

# LAS TUMBAS DEL MAÑANA

**Anne Perry**

Cambridge, Inglaterra, semanas previas al estallido de la Primera Guerra Mundial. Joseph Reavley recibe la visita inesperada de su hermano Matthew, quien le anuncia la fatídica muerte de sus padres en un accidente de tráfico. A su dolor se suma el desasosiego: la noche anterior a los hechos, John Reavley había revelado a su hijo Matthew que estaba en posesión de un documento que iba a cambiar la historia de Inglaterra para siempre. Matthew y él habían decidido encontrarse en Londres para discutir sobre el tema, pero nunca tuvieron oportunidad de hacerlo. Joseph –desde su cátedra de Cambridge– y Matthew –desde su cargo en el Servicio Secreto de Inteligencia británico– intentarán averiguar qué encerraba ese documento y cuáles fueron los motivos que tenía la persona que por preservar el contenido del mismo había decidido eliminar al matrimonio Reavley.

La tragedia familiar coincide con otra a nivel mundial: el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo. El atentado devela las fricciones existentes entre las distintas naciones europeas, las cuales van tomando posiciones progresivamente y preparándose para un eventual enfrentamiento. La guerra se palpa en el ambiente.

En Cambridge, las acaloradas discusiones acerca del conflicto acaban de ser silenciadas por un inquietante suceso: Sebastian Allard, uno de los alumnos más brillantes de su promoción, ha sido hallado muerto en las dependencias estudiantiles.

Con la veracidad y detalle que caracterizan sus novelas de corte victoriano, Anne Perry recrea el ambiente prebélico europeo, a la vez que nos introduce en la vida de los Reavley, quienes protagonizarán la serie de novelas en torno a la Primera Guerra Mundial que se inicia con *Las tumbas del mañana*.

**Anne Perry** (nacida como **Juliet Marión Hulme** en

Blackheath, Londres el **28** de octubre de **1938**) es una escritora inglesa, autora de historias de detectives, además de una asesina sentenciada por el caso Parker-Hulme. Fue una niña enfermiza, muy joven fue diagnosticada de tuberculosis. Su padre, un renombrado físico llamado Henry Hulme la envió al Caribe y a Sudáfrica para que se recuperara. Al cumplir **13** años, regresó a su casa a la espera de partir hacia Nueva Zelanda, donde a su padre le esperaba un trabajo como rector de una universidad.

Anne y su amiga Pauline Parker decidieron matar a la madre de ésta última, de nombre Honora Rieper. La razón: No querían separarse, y planeaban robar el dinero de la madre y huir juntas a los Estados Unidos. El **22** de Junio de **1954**, las niñas acompañaron a Honora Rieper a una caminata por el parque Victoria de la ciudad de Christchurch. Cuando llegaron a un lugar solitario, Juliet (Anne Perry) arrojó al suelo un pequeño trozo de piedra decorativa y la señora Rieper se agachó a recogerla. Entonces, ambas niñas (por

turnos) comenzaron a golpearla en la cabeza con un ladrillo envuelto en un calcetín. Fueron necesarios cerca de **45** golpes para finalmente matarla. No cabe duda de que la brutalidad del crimen contribuyó de enorme manera a su notoriedad.

Las niñas, entonces, se alejaron del lugar y comenzaron a pedir ayuda. Estaban cubiertas de sangre. Pronto descubrieron el cuerpo de la mujer, y el arma homicida. El desastroso estado de la cabeza de la víctima echó por tierra la historia de las niñas, quienes decían que ésta había resbalado y que se golpeó la cabeza contra el suelo.

El juicio fue una sensación en aquella época (**1954**), con alusiones al posible lesbianismo de las niñas como agravante del asesinato, ya que en aquél entonces ser homosexual era un crimen. El **30** de Agosto, ambas fueron condenadas a pasar cinco años en prisión, y una de las condiciones para su liberación fue que jamás volvieran a verse.

Los sucesos sirvieron como argumento de la película de Peter Jackson "Criaturas Celestiales", en la cual Kate Winslet encarnó a Anne Perry.

Tras su liberación a los cinco años del crimen, Juliet Hulme (Anne Perry) regresó a Inglaterra y se convirtió en asistente de vuelo. Vivió en los Estados Unidos durante un tiempo, donde se unió a los mormones y su Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. También cambió su nombre por el de Anne Perry, tomando como apellido el segundo nombre de su padre.

Con el tiempo, comenzó a escribir novelas de corte policiaco, la primera de las cuales fue *The Cater Street Hangman*, que fue publicada en **1979**, a la edad de **41** años, título protagonizado por el policía Thomas Pitt y su esposa Charlotte, personajes, junto a la serie del inspector William Monk y su compañera Hester, que le concedieron fama internacional.

Sus libros, algunos de ellos dignos sucesores de la gran maestra del relato policiaco Agatha Christie, están ambientados en la rígida sociedad victoriana y narrados con un estilo sencillo y ligero que hace muy agradable su lectura.

Para el **2003**, ya había publicado cerca de **47** novelas y era un escritora de gran éxito, ganadora de numerosos premios y convertida en una celebridad. Sin embargo, la historia del homicidio cometido en su juventud jamás ha sido olvidado, y el hecho de que se dedique a escribir novelas sobre asesinatos indudablemente añade un toque macabro a su biografía.

Su Saga de libros sobre la Primera Guerra Mundial comprende los siguientes títulos:

1. *No Graves As Yet* (Sin muertes todavía / Las tumbas del mañana -en España-)
2. *Shoulder the Sky* (Atlas / El peso del cielo -en España-)
3. *Angels in the Gloom* (Ángeles en la Penumbra / Ángeles en las tinieblas -en España-)
4. *At some Disputed Barricade* (En una peleada trinchera / Las trincheras del odio -en España-)

5. We Shall Not Sleep (No deberíamos dormir / No dormiremos -en España-)

Dedicado a mi abuelo, el capitán Joseph Reavley, que sirvió como capellán en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial

Y ellos, que rigen Inglaterra, en majestuoso cónclave servidos,  
ay, ay de Inglaterra, no tienen tumbas todavía.

G. K. CHESTERTON

\* \* \*

# 1

Era una dorada tarde de finales de junio, de un día perfecto para el críquet. El sol resplandecía en un cielo totalmente despejado y la brisa agitaba suavemente las faldas de tonos claros de las mujeres que, sombrilla en mano, contemplaban el partido que se disputaba en el prado de Fenner's Field. Los hombres, con pantalones blancos de franela, se mostraban relajados y sonrientes.

Los muchachos de St. John the Baptist iban a batear. El lanzador de Gonville and Caius se volvió con la pelota en la mano y corrió sin prisa hasta lo alto de la línea. La pelota voló y Elwyn Allard la golpeó con fuerza, enviándola lo bastante lejos para cubrir un mínimo de cuatro bases sin demasiado esfuerzo.

Joseph Reavley se sumó al aplauso. Elwyn era uno de sus pupilos, y bastante más hábil con el bate que con la pluma. Carecía de la brillantez académica de su hermano Sebastian, pero su modo de ser le hacía caer bien, y poseía un sentido del honor que lo gobernaba como un acicate.

Al equipo de St. John's aún le quedaban otros cuatro bateadores por jugar, muchachos oriundos de toda Inglaterra que habían llegado a Cambridge y que, por una razón u otra, permanecían en el colegio universitario durante las largas vacaciones de verano.

Elwyn obtuvo un modesto dos. Un vientecillo de las marismas, que se extendían hacia el este hasta alcanzar el mar, mitigaba el calor. Era una tierra antigua, silenciosa, atravesada por canales navegables secretos y una iglesia sajona en cada pueblo. Ocho siglos y medio antes había sido el último bastión de la resistencia contra la invasión normanda.

En el campo, uno de los jugadores por poco falló al atrapar la pelota. Se oyó un grito ahogado seguido de un suspiro. Todo aquello era importante, ya que por cosas como ésa se podía ganar o perder un partido, y pronto volverían a jugar contra Oxford. ¡Una derrota sería catastrófica!

En la ciudad que quedaba detrás de ellos, el reloj de la torre norte de Trinity dio las tres; cada gran campanada en la bemol seguida al instante por un breve mi bemol. Joseph se dijo que quedaba fuera de lugar pensar en el transcurso del tiempo en una tarde que se antojaba eterna como aquélla. Resultaba irrelevante, un artificio contra la inmutable marea de la vida. A pocos metros de allí, Harry Beecher se fijó en él y sonrió. Beecher había pertenecido al colegio universitario de Trinity en sus años de estudiante, y una antigua broma decía que el reloj de Trinity sonaba una vez por él mismo y otra por el de St. John's.

La pelota derribó las estacas, levantando una ovación, y Elwyn finalizó su turno con un muy respetable tanteo de ochenta y tres puntos. Se retiró con un breve ademán de agradecimiento y fue sustituido por Lucian Foubister, un muchacho moreno de complexión quizá demasiado huesuda, aunque a Joseph le constaba que su torpeza era engañosa. Era más tenaz de lo que muchos creían y en ocasiones demostraba una habilidad extraordinaria.

Se reanudó el juego, se oyó el golpe seco del bate, los vítores momentáneos, bajo el ardiente azul del cielo y entre el perfume de la hierba.

Aidan Thyer, el rubísimo director del St. John's, permanecía inmóvil a pocos metros de Joseph, sumido en remotos pensamientos. Su esposa Connie, que estaba a su lado, lo miró y se encogió levemente de hombros. Llevaba un vestido blanco de brocado que caía con mucho vuelo a partir de las caderas y cuyas faldas, a la última moda, llegaban hasta el suelo. Se la veía tan elegante y femenina como un ramillete de margaritas, pese a que aquel verano era el más caluroso que había conocido Inglaterra en años.

En el otro extremo del campo Foubister dio un golpe desmañado, con los codos en una postura incorrecta, y lanzó la pelota directamente al límite del terreno de juego. Se oyó un grito de aprobación y todo el mundo aplaudió.

Joseph notó movimientos a su espalda y se volvió esperando vera un encargado del campo anunciándole que estaban sirviendo limonada y bocadillos de pepino, pero a quien vio fue a su hermano Matthew, que caminaba sin garbo hacia él, con los hombros encogidos. Llevaba un traje gris claro de ciudad, como si acabase de llegar de Londres.

Joseph fue a su encuentro, presa de una creciente inquietud que le hizo estremecerse. ¿Qué hacía Matthew allí en Cambridge interrumpiendo un partido un domingo por la tarde?

—¡Matthew! ¿Qué ocurre? —preguntó al alcanzarlo.

Matthew se detuvo. Estaba tan pálido que parecía que no tuviera sangre en las venas. Había cumplido veintiocho años, por lo que era siete años más joven que Joseph, y rubio en vez de moreno como éste. Le estaba costando trabajo mantener la compostura y no pudo evitar tragar saliva antes de hablar.

—Se trata... —Carraspeó. Había una especie de desesperación en sus ojos—. Se trata de madre y padre —añadió, y a punto estuvo de quebrársele la voz—. Han tenido un accidente.

Joseph se negó a asimilar lo que le estaba diciendo su hermano menor.

—¿Un accidente?

Matthew asintió con la cabeza, esforzándose por dominar su entrecortada respiración.

—Con el coche. Ambos han... muerto.

Por un instante aquellas palabras no significaron nada para Joseph. De inmediato le vino a la mente el enjuto y delicado rostro de su padre, sus ojos azules de mirada firme. Era imposible que estuviese muerto.

—El coche se salió de la carretera —prosiguió Matthew—. Justo antes del puente de Hauxton Mill.

Su voz sonaba extraña y lejana.

Joseph, a cuyas espaldas seguían jugando al críquet, oyó un golpe de bate y otra salva

de aplausos.

—Joseph... — Matthew apoyó la mano en el brazo de su hermano, asiéndolo con fuerza.

Joseph asintió con la cabeza e intentó hablar, pero tenía la garganta seca.

—Lo lamento —murmuró Matthew—. Ojalá no hubiese tenido que decírtelo así. Yo...

—No te preocupes —lo interrumpió Joseph—. Voy a... —Cambió de parecer, pues todavía estaba intentando aceptar la realidad—. ¿Has dicho la carretera de Hauxton? ¿Adónde iban?

Matthew le apretó el brazo con más fuerza aún. Comenzaron a caminar despacio, muy juntos, por la hierba agostada. El calor producía una curiosa sensación de mareo. Joseph estaba bañado en sudor, pero por dentro se sentía helado.

Matthew se detuvo otra vez.

—Padre me telefoneó ayer bien entrada la noche —contestó con voz ronca, como si a duras penas soportara pronunciar aquellas palabras—. Me explicó que alguien le había entregado un documento que, de manera sucinta, revelaba una conspiración tan espantosa que cambiaría el mundo que conocemos, arruinando a Inglaterra y todo aquello con lo que nos identificamos, para siempre. —Su tono era desafiante, y parecía a punto de perder el dominio de sí mismo—. Me dijo que alcanza a salpicar a la familia real.

Miró fijamente a su hermano aguardando una respuesta.

Joseph estaba confuso. ¿Qué debía hacer? Las palabras carecían de sentido y más aún de significado. John Reavley había sido miembro del Parlamento hasta 1912, dos años atrás. Había renunciado al cargo por motivos que jamás había comentado, aunque desde entonces había mantenido vivo su interés por la política, así como su preocupación por la honestidad del Gobierno. Quizá se había debido, sencillamente, a que prefería dedicar más tiempo a la lectura, a cultivar su pasión por la filosofía, a husmear en las tiendas de antigüedades y de segunda mano en busca de gangas. Con frecuencia no hacía más que conversar con la gente, escuchar historias, intercambiar chistes excéntricos y ampliar su colección de quintillas satíricas.

—¿Una conspiración para arruinar a Inglaterra y todo aquello con lo que nos identificamos? —repitió Joseph, incrédulo.

—No —rectificó Matthew—. Una conspiración que podría echar todo eso por tierra. Ése no era el objetivo principal, sino sólo la consecuencia indirecta.

—¿Qué conspiración? ¿Quién está implicado? —inquirió Joseph.

Matthew se veía casi gris de tan pálido.

—No lo sé. Iba a traérmelo... hoy.

Joseph iba a preguntar por qué, pero se abstuvo. La respuesta era lo único que tenía sentido. De pronto, al menos dos hechos resultaban coherentes. John Reavley había

deseado que Joseph estudiase Medicina, y cuando éste abandonó la universidad para seguir la carrera eclesiástica, puso todas sus esperanzas en Matthew. Ahora bien, Matthew había estudiado Historia Moderna e idiomas allí mismo, en Cambridge, para luego ingresar en el Servicio de Inteligencia. Si tal conspiración existía, era lógico que John se lo hubiese comunicado.

Joseph tragó saliva para deshacer el nudo que le oprimía la garganta.

—Entiendo.

Matthew dejó de apretar con tanta fuerza el brazo de su hermano. Había dispuesto de más tiempo que éste para encajar la noticia. Escrutó el rostro de Joseph con honda preocupación, buscando algo que decir o hacer para mitigar la pena.

Joseph hizo un esfuerzo enorme por hablar.

—Entiendo —repitió—. Tenemos que ir a verlos. ¿Dónde están?

—En la comisaría de Great Shelford —contestó Matthew. Hizo un breve ademán con la cabeza—. He venido en mi coche.

—¿Lo sabe Judith?

—Sí —respondió Matthew con expresión sombría—. No sabían dónde dar contigo o conmigo, de modo que fueron a verla.

No dejaba de ser lo más lógico, y hasta evidente, a decir verdad. Judith era su hermana menor y aún vivía en casa de sus padres. Hannah, entre Joseph y Matthew, se había casado con un oficial de la Marina y vivía en Portsmouth. La policía habría acudido a la casa de Selborne St. Giles. Matthew pensó en cómo se habría sentido Judith, sola, a excepción de la servidumbre, sabiendo que su padre y su madre no volverían a casa aquella noche, ni ninguna otra.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos al aparecer alguien junto a él. No había oído sus pasos en la hierba. Se volvió y vio a Harry Beecher a su lado, con una expresión de perplejidad en un rostro que por lo general reflejaba ironía.

—¿Va todo...? —se interrumpió al ver los ojos de Joseph—. ¿Puedo hacer algo? —preguntó sin más.

Joseph negó levemente con la cabeza.

—No... no, gracias. —Joseph se esforzó por recobrar la compostura—. Mis padres han sufrido un accidente. —Soltó un profundo suspiro y añadió—: Han fallecido.

Qué extrañas y vacuas sonaban aquellas palabras. Aún no transmitían ninguna realidad.

—¡Dios mío! —exclamó Beecher, consternado—. ¡Lo lamento mucho!

—Por favor... —comenzó Joseph.

—Por supuesto —lo interrumpió Beecher—. Se lo diré a los demás. Vete tranquilo. —

Apoyó por un instante la mano en el brazo de Joseph—. Si puedo hacer algo, ya sabes dónde me tienes.

—Sí, por supuesto. Gracias.

Joseph meneó la cabeza y echó a andar mientras Matthew daba las gracias a Beecher para luego encaminarse hacia la salida a través de la vasta extensión de hierba. Joseph lo siguió sin volverse para echar un último vistazo a los jugadores, cuyos pantalones de franela blanca brillaban al sol. Hacía sólo unos instantes habían constituido la única realidad, y de pronto parecía que un abismo insalvable los separaba.

El Talbot Sunbeam de Matthew estaba aparcado en Gonville Place. Joseph subió al asiento del acompañante con gesto mecánico sin abrir la portezuela. El coche miraba hacia el norte, como si Matthew hubiese ido primero a St. John's para luego dirigirse al campo de críquet a través de la ciudad en busca de Joseph. Giró de nuevo hacia el sudoeste, regresando por Gonville Place hasta la carretera de Trumpington.

Joseph y Matthew no tenían nada que decirse. Cada uno se hallaba inmerso en su propia pena aguardando el momento en que tendrían que rendirse ante la evidencia material de la muerte. La conocida carretera que serpenteaba entre dorados campos de cultivo, los setos, los árboles inmóviles semejaban objetos pintados al otro lado de un muro que revestía la mente. Joseph sólo los percibía como un resplandor difuminado.

Matthew debía concentrarse en lo que hacía para conducir. Cogía el volante con tanta fuerza que de vez en cuando tenía que soltar una mano deliberadamente.

Al sur del pueblo giraron a la izquierda hacia St. Giles, bordeando la ladera de la colina por encima del puente del ferrocarril hasta Great Shelford, donde detuvieron el coche frente a la comisaría. Los recibió un sargento de aire sombrío, con el rostro cansado y el cuerpo un poco encorvado, como si tuviera que armarse de valor para llevar a cabo su tarea.

—Lo lamento mucho, señor. —Miró a ambos hermanos, mordiéndose el labio inferior—. No se lo pediría si no fuese necesario.

—Me consta —dijo Joseph al instante. No tenía ganas de conversar. Puesto que estaban en aquel lugar, lo único que quería era hacerlo cuanto antes, mientras todavía fuera capaz de contenerse.

Matthew hizo un ademán y el sargento los condujo un breve trecho por las calles hasta el depósito de cadáveres del hospital. Todo se hacía con suma formalidad. Sin duda había pasado por la misma rutina montones de veces; una muerte repentina, familias conmocionadas moviéndose como en un sueño, apenas conscientes de lo que decían, tratando de comprender lo ocurrido y al mismo tiempo negándolo.

Dejaron atrás la luz del sol y se adentraron en la súbita penumbra del edificio. Joseph iba delante. Las ventanas estaban abiertas con la intención de refrescar el aire y hacer menos opresiva la atmósfera. Los estrechos pasillos, que olían a piedra y ácido fénico, devolvían el eco de sus pasos.



El sargento abrió la puerta de una habitación lateral y los hizo pasar. Había dos cuerpos tendidos en sendas camillas, decorosamente cubiertos con sábanas blancas.

A Joseph le dio un vuelco el corazón. Dentro de un momento sería real, irreversible: una parte de su propia vida terminaría. Se aferró a ese segundo de incredulidad, el último y precioso instante del «ahora» antes que todo cambiara para siempre.

El sargento miró a Joseph y luego a Matthew, aguardando a que estuvieran preparados.

Matthew asintió con la cabeza.

El sargento apartó la sábana del rostro. El difunto era John Reavley. Tenía las mejillas y los ojos hundidos, por lo que la característica nariz aguileña parecía algo mayor. Presentaba un corte en la frente, pero alguien había limpiado la sangre. Las peores heridas debían de estar en el pecho..., causadas probablemente por el volante. Joseph apartó de sí aquel pensamiento, negándose a imaginarlo siquiera. Quería recordar el rostro de su padre tal como estaba, con el aspecto de dormir profundamente tras un día agotador. Quizás aún despertara y volviese a sonreír.

—Gracias —susurró, sorprendido de la firmeza de su propia voz.

El sargento murmuró algo, pero Joseph no lo oyó. Contestó Matthew. Se acercaron al otro cuerpo y el sargento, con cara de compasión, levantó la sábana, aunque sólo parcialmente, manteniendo medio rostro tapado. Se trataba de Alys Reavley, la frente y la mejilla derecha perfectas, la piel muy pálida, sin una sola mancha, la ceja delicadamente curvada. La otra mitad quedaba oculta.

Joseph oyó a Matthew inspirar bruscamente, y la habitación pareció oscilar bajo sus pies, como si estuviera borracho. Se agarró a Matthew, quien lo sujetó con fuerza de la muñeca.

El sargento volvió a cubrir el rostro. Abrió la boca para decir algo, pero cambió de parecer.

Los hermanos salieron al pasillo y fueron con paso vacilante a una salita de espera. Una mujer con el uniforme almidonado les llevó sendas tazas de té. Joseph bebió. El té era demasiado fuerte y dulce, y de entrada pensó que le produciría náuseas, pero al cabo de un momento el calor le hizo sentir bien, y bebió un poco más.

—Lo lamento muchísimo —repitió el sargento—. Por si les sirve de consuelo, sepan que tuvo que ocurrir muy deprisa.

Presentaba un aspecto desdichado, con los ojos hundidos y enrojecidos. Al observarlo, Joseph recordó a su pesar las ocasiones en que ejercía de párroco cuando aún vivía Eleanor y había tenido que anunciar tragedias a las familias de su parroquia y procurar consolarlos, esforzándose por manifestar una fe que estuviera a la altura de las circunstancias. Todo el mundo se mostraba siempre muy educado, pues eran perfectos desconocidos que intentaban aproximarse salvando un abismo de dolor.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó Joseph en voz alta.

—Todavía no lo sabemos, señor —contestó el sargento. Había dado su nombre pero Joseph lo había olvidado—. El coche se salió de la carretera justo antes del puente de Hauxton Mill — prosiguió—. Según parece iba bastante deprisa...

—¡Ese tramo es recto! —intervino Matthew.

—Sí, ya lo sé, señor —convino el sargento—. A juzgar por las marcas que hay en la calzada, la impresión es que ocurrió de repente, como si se hubiese reventado un neumático. Puede costar mucho conservar el control cuando eso sucede. Además, si había algo en la carretera que causara el pinchazo, es posible que se reventaran los dos neumáticos del mismo lado. —Apretó los labios con expresión de duda—. Eso lo arroja a uno a la cuneta, por buen conductor que sea.

—¿El coche sigue allí? —preguntó Matthew.

—No, señor. —El sargento negó con la cabeza—. Lo estamos trayendo. Pueden verlo si lo desean, naturalmente, pero si prefieren no...

—¿Y las pertenencias de mi padre? —dijo Matthew con brusquedad—. ¿Su maletín, lo que llevara en los bolsillos?

Joseph lo miró sorprendido. Aquella petición era de pésimo gusto, como si las posesiones importaran en un momento así. Entonces recordó que Matthew le había dicho que John Reavley llevaría un documento. Miró al sargento.

—Sí, señor, por supuesto —convino el sargento—. Pueden ver ahora los efectos personales, si realmente así lo desean, antes de que... los limpiemos.

Fue casi una pregunta. El pobre hombre intentaba ahorrarles aquel mal trago y no sabía cómo hacerlo sin parecer impertinente.

—Hay un papel —explicó Matthew—. Es importante.

—¡Oh! Sí, señor —dijo el sargento en tono sombrío—. En ese caso, tengan la bondad de acompañarme.

Miró a Joseph, quien asintió y los siguió fuera de la habitación y a lo largo del silencioso y caluroso pasillo, cohibido por el retumbar de sus pasos. Tenía ganas de ver qué diablos podía ser aquel documento que su padre había creído que guardaba relación con una conspiración tan terrible que cambiaría y destruiría todo cuanto valoraban. La primera idea que se le ocurrió fue que quizá guardara alguna relación con el motín de oficiales del ejército británico acaecido recientemente en el Curragh. Siempre había problemas en Irlanda, pero aquél parecía más inquietante de lo habitual. En realidad, varios políticos habían advertido que podía conducir a la peor crisis en más de doscientos años. Estaba al corriente de los hechos, pues los periódicos los referían, pero en aquel momento sus pensamientos eran demasiado caóticos para sacar algo en claro.

El sargento los condujo hasta otra habitación pequeña, donde abrió uno de los numerosos armarios y luego un cajón del que sacó con cuidado un maletín de piel bastante

estropeado, con las iniciales J. R. R. grabadas justo debajo de la cerradura, así como un elegante bolso de señora de piel marrón oscuro manchado de sangre. Nadie había intentado limpiarlo aún.

Joseph se sintió mareado. Aunque ya no tuviera importancia, sabía que se trataba de la sangre de su madre. Ella había muerto y no sufría, pero aun así a él le importaba. Era pastor de la Iglesia, y como tal tenía el deber de valorar el espíritu por encima del cuerpo. La carne era temporal, un mero tabernáculo del alma, y, sin embargo, resultaba absurdamente preciada. Era poderosa, frágil e intensamente real. Siempre formaba parte inextricable de un ser querido.

Matthew abrió el maletín y revisó con cuidado su contenido. Había algo relativo a un seguro, un par de cartas, un extracto de cuenta bancaria.

Matthew frunció el entrecejo y puso el maletín boca abajo. Cayó otro papel, pero no era más que el recibo de un par de zapatos. Pasó las manos por el interior del compartimiento principal y luego por los bolsillos laterales sin encontrar nada más. Miró por un instante a Joseph y, con dedos temblorosos, dejó el maletín encima de la mesa y cogió el bolso. Puso mucho cuidado en no tocar la sangre. De entrada se limitó a mirar dentro, como si el papel tuviera que estar a la vista, mas al no encontrar nada, comenzó a rebuscar el contenido.

Joseph alcanzó a ver dos pañuelos, un peine... Recordó entonces el suave y rizado cabello de su madre, y el modo en que lo llevaba recogido en un moño. Tuvo que cerrar los ojos para que no le saltaran las lágrimas, el doloroso nudo que se le hizo en la garganta le impedía tragar.

Cuando hubo recobrado el dominio de sí y bajó la vista hacia el bolso, Matthew estaba contemplándolo presa de una gran confusión.

—A lo mejor lo llevaba en el bolsillo —sugirió Joseph con voz quebrada, rompiendo el silencio.

Matthew le dirigió una mirada significativa y se volvió hacia el sargento, que titubeó.

Joseph echó un vistazo alrededor. La habitación, más un almacén que un despacho, estaba desnuda salvo por los armarios y la mesa. Una simple ventana daba al patio de la entrada de servicio y a los tejados de los edificios vecinos.

De mala gana, el sargento abrió otro cajón y sacó un montón de prendas envueltas en un trozo de hule. La ropa estaba empapada en sangre oscura y ya un poco reseca. Hizo cuanto pudo por ocultarla, pasando a Matthew sólo la chaqueta que había pertenecido a su padre.

Blanco como la cera, Matthew la cogió y hurgó torpemente en los bolsillos. Encontró un pañuelo, un cortaplumas, dos escobillas para pipa, un botón viejo y un poco de calderilla. No había ningún papel. Levantó la vista hacia Joseph, con el entrecejo fruncido.

—¿Estará en el coche, tal vez? —aventuró Joseph.

—Me figuro que sí. —Matthew permaneció inmóvil un momento. Joseph supo lo que pensaba su hermano como si éste lo hubiese expresado en voz alta: tendría que registrar el resto de la ropa, por si acaso. Sería mucho más fácil no hacerlo. Se sorprendió al constatar hasta qué punto deseaba no inmiscuirse en la intimidad de los difuntos, con su olor reconocible, como si aún siguieran con vida. Su muerte todavía no era real, la pena apenas si comenzaba a aflorar, pero sabía de sobra cómo avanzaría. Sería exactamente igual que cuando había perdido a Eleanor. No obstante, era preciso efectuar el registro, de lo contrario, si el documento no aparecía en el coche tendrían que regresar de nuevo y llevarlo a cabo más tarde.

¡Pero claro que tenía que estar en el coche! En la guantera o en una de las bolsas de las puertas. Aunque no dejaba de resultar extraño que no lo hubiera metido en el maletín con los demás papeles. ¿No era eso lo que cualquiera habría hecho de forma automática?

El sargento aguardaba. Él tampoco deseaba obligarlos a pasar por aquello.

Matthew pestañeó varias veces.

—¿Podemos ver el resto, por favor? —solicitó.

El sargento puso todas las prendas encima de la mesa, y Joseph ayudó a Matthew, procurando no pensar en lo que estaban haciendo. No hallaron ningún papel aparte de un pequeño recibo en uno de los bolsillos del pantalón de su padre, empapado en sangre e ilegible, pero que en ningún caso tenía aspecto de documento. Apenas medía dos o tres centímetros cuadrados.

Doblaron otra vez la ropa y la amontonaron encima del hule. Fue un momento incómodo. Joseph no sabía qué hacer con ella. El verla y tocarla le había revuelto el estómago. Ojalá no hubiese tenido que hacerlo. No quería quedársela y, sin embargo, tampoco deseaba dársela a unos desconocidos como si careciera de importancia para él.

—¿Podemos llevárnosla? —preguntó con voz entrecortada.

Matthew levantó la mano bruscamente y acto seguido la sorpresa se esfumó de su rostro; comprendía la actitud de su hermano.

—Sí, señor, por supuesto —respondió el sargento—. Se la envolveré.

—¿Podríamos ver el coche, por favor? —pidió Matthew.

El vehículo aún no había llegado de Hauxton, por lo que tuvieron que esperar casi media hora. Dos tazas de té más tarde los acompañaron al garaje donde habían guardado el Lanchester amarillo, que tan bien conocían, completamente abollado. El bloque del motor había girado hacia un lado, quedando medio embutido en la parte delantera del habitáculo. Los cuatro neumáticos estaban hechos trizas. Ningún ser humano habría podido salir con vida del interior de aquel coche.

Matthew permaneció quieto, esforzándose por no perder el equilibrio.

Joseph lo sostuvo, agradeciendo la ocasión de establecer contacto físico con él.

Matthew se enderezó y caminó hasta el lado más alejado del vehículo, donde la puerta del conductor colgaba abierta. Se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

Joseph fue hasta la ventanilla rota de la otra puerta, intentando no mirar el asiento ensangrentado y hubo de golpear la guantera para abrirla.

Dentro sólo había una lata pequeña de caramelos y un par de guantes de conducir de recambio. Volvió la vista hacia el lado del conductor y observó que Matthew estaba boquiabierto y demacrado, a todas luces confuso. No había ningún documento en la bolsa de la puerta. Ésta sólo contenía una guía de carreteras que hojeó sin que nada cayera de entre sus páginas.

Registraron el resto del coche tan a fondo como pudieron, obligándose a pasar por alto la sangre, el cuero rasgado, el metal retorcido y los fragmentos de cristal, mas no hallaron documento alguno de ninguna clase. Joseph por fin se apartó del coche, con los codos y los hombros magullados por haberse enganchado con los restos salientes de lo que habían sido asientos y bastidores de puertas.

Se había pelado los nudillos y roto una uña al intentar arrancar un trozo de metal haciendo palanca.

Miró a su hermano.

—Aquí no hay nada —dijo en voz alta.

—No... —Matthew torció el gesto. Tenía la manga derecha desgarrada y la cara sucia y manchada de sangre.

Unos cuantos años antes Joseph quizá le hubiese preguntado si estaba seguro de lo que sabía, pero a aquellas alturas ya no correspondía tratar a Matthew con condescendencia fraternal. Los siete años que los separaban habían perdido importancia a medida que ambos crecían.

—¿En qué otro sitio podría estar? —preguntó en cambio.

Matthew titubeó, inspirando y exhalando lentamente.

—No lo sé —admitió, mostrándose derrotado, con los ojos hundidos y el rostro ensombrecido por el cansancio de la lucha interna contra la conmoción y la tristeza para evitar que lo abrumaran más de la cuenta. Tal vez aquel documento constituyera lo único a lo que aferrarse para no perder el control.

Joseph comprendió lo importante que era para su hermano. John Reavley había deseado que uno de sus hijos se dedicara a la Medicina, pues siempre había pensado con verdadera pasión que se trataba de una de las profesiones más nobles. En su juventud había conocido el dolor y la enfermedad innecesarios y consideraba muy importante hacer algo al respecto. Joseph había comenzado la carrera de Medicina para complacer a su padre y luego se había visto atado de pies y manos por la incapacidad de mantener la sangre fría ante el dolor que se veía obligado a presenciar. Así fue cómo descubrió sus limitaciones al mismo tiempo que sus virtudes y la que consideró su auténtica vocación. Respondió a la

llamada de la Iglesia, empleando su don para los idiomas al estudio del hebreo y el griego antiguos con que se habían redactado las escrituras. Las almas necesitaban curarse tanto como los cuerpos. John Reavley no tuvo más remedio que contentarse con la decisión de su primogénito y trasladó a su segundo hijo la esperanza de ver su sueño hecho realidad.

Sin embargo, Matthew rehusó categóricamente, dedicando su imaginación, su intelecto y su ojo para los detalles a la obtención de un puesto en el Servicio Secreto de Inteligencia. John Reavley se llevó una desilusión tan amarga y profunda que no supo o no quiso ocultarla. Despreciaba cuanto tuviera que ver con el espionaje, y eso incluía a quienes se dedicaban a él. Que hubiese recurrido a Matthew como profesional para que le echase una mano con un documento que había encontrado daba fe de la valía que le atribuía con una contundencia que nadie más acertaría a comprender.

Era la primera vez que Matthew podía hacer algo por su padre gracias a la profesión que había elegido, y la ocasión se esfumaba para siempre. Aquello formaba parte del pesar que aparecía grabado en su rostro.

Joseph bajó la vista. La comprensión tal vez resultase indiscreta en un momento tan doloroso.

—¿Tienes idea de qué es? —preguntó, adoptando un tono de apremio, como si en verdad le importara.

—Dijo que se trataba de una conspiración—respondió Matthew, enderezando la espalda. Se apartó de la puerta, rodeó el coche por la parte trasera hacia donde se encontraba Joseph y, bajando la voz, añadió—: Y también que era lo más deshonesto que había visto en su vida, una traición absoluta.

—¿Por parte de quién?

—No lo sé. Dijo que todo estaba en el documento.

—¿Se lo había contado a alguien más?

—No. No se atrevió. Ignoraba quién estaba implicado aunque tenía claro que llegaba tan alto como hasta la familia real.

Matthew se mostró sorprendido al decirlo, como si al oír aquellas palabras pronunciadas en voz alta le asustara la enormidad de su significado. Levantó la vista hacia Joseph en busca de una reacción, una respuesta.

Joseph tardó demasiado en contestar.

—¡No te lo crees! —La voz de Matthew sonó ronca, ni siquiera él mismo estaba seguro de que se trataba de una acusación. Lo llevaba escrito en los ojos: su propia certidumbre estaba a punto de derrumbarse.

Joseph quiso salvar algo de aquella confusión.

—¿Dijo que iba a llevártelo o que te lo contaría? ¿Es posible que lo dejara en casa? ¿En la caja fuerte, quizás?

—Yo debía verlo —explicó Matthew, bajándose las mangas y abotonando los puños.

—¿Por qué? —insistió Joseph—. ¿Acaso no habría sido mejor para él que te contara de qué iba el asunto, siendo como era perfectamente capaz de memorizarlo, para luego decidir qué hacer, pero manteniendo el documento a buen recaudo mientras tanto?

Era una sugerencia de lo más razonable. Matthew, que estaba muy tenso, se relajó en parte.

—Me figuro que sí. De todos modos, más vale que vayamos a casa. Judith está sola. Ni siquiera sé si se lo ha comunicado a Hannah. Habrá que mandarle un telegrama. Querrá venir, lógicamente. Y tenemos que saber en qué tren llegará para ir a recogerla.

—Sí, por supuesto —concedió Joseph—. Habrá un montón de cosas que hacer.

No quería pensar en ellas en ese momento, pues se trataba de cosas íntimas, definitivas, el reconocimiento de que la muerte era real y de que el pasado nunca les sería devuelto. Era como cerrar una puerta con llave.

Regresaron de Great Shelford por caminos poco transitados. El pueblo de Selborne St. Giles presentaba el mismo aspecto de siempre a la pálida y dorada luz del atardecer. Pasaron junto al molino de piedra, cuyos muros se hundían en el río. La superficie del estanque semejava una chapa bruñida y reflejaba el esmalte azul claro del cielo. Un arco de madreSelva festoneaba el arco de la verja de la iglesia, y el reloj del campanario indicaba que eran las seis y media pasadas. En menos de dos horas comenzaría el oficio de vísperas.

Vieron a una media docena de personas en la calle principal, aunque las tiendas llevaban un buen rato cerradas. Se cruzaron con el médico, que iba en su carruaje ligero de dos ruedas tirado por su brioso poni. Los saludó jovialmente con la mano. Sin duda aún no se había enterado de la noticia.

Joseph se puso tenso. Aquélla era una de las tareas que les aguardaban, comunicar la muerte de sus padres a la gente. Ya era demasiado tarde para devolver el saludo. El médico pensaría que era un grosero.

Matthew giró a la izquierda enfilando una calle lateral. La puerta cochera de la verja estaba cerrada y Joseph se apeó para abrirla y volver a cerrarla mientras Matthew aparcaba junto a la entrada principal. Alguien, probablemente la señora Appleton, el ama de llaves, ya había corrido las cortinas de la planta baja. Judith no habría caído en la cuenta.

Matthew se apeó justo cuando Joseph lo alcanzaba y la puerta principal se abría. Judith apareció en el umbral. Era blanca de tez, igual que Matthew, aunque tenía el pelo muy ondulado y de un color castaño más oscuro. Era bastante alta para tratarse de una mujer, y, aun siendo su hermana, Joseph veía en ella una clase de belleza excepcionalmente vulnerable y salvaje. Su fuerza interior todavía estaba por definir, aunque resultaba patente en su estructura ósea y en la expresión de franqueza de sus ojos azules.

En ese momento se la veía pálida y con los párpados hinchados. Pestañeó varias veces para contener las lágrimas. Miró a Matthew y trató de sonreír, luego bajó los escalones del porche en dirección a Joseph, en cuyos brazos permaneció inmóvil por unos instantes, antes

de ponerse a temblar al dar rienda suelta a los sollozos.

Joseph no halló palabras para consolarla. No había ningún razonamiento que tuviera sentido, ninguna respuesta para aquel dolor. Estrechó el abrazo, aferrándose a ella tanto como ella a él. Judith no se parecía en nada a Alys, pero la suavidad de su cabello, el modo en que tendía a rizarse, hicieron que se formara un nudo en la garganta.

Matthew entró delante de ellos. Sus pasos se desvanecieron en el suelo entarimado del vestíbulo, y luego oyeron que murmuraba algo y que la señora Appleton le contestaba.

Judith respiró hondo y se apartó un poco. Buscó un pañuelo en el bolsillo de Joseph. Se sonó y se enjugó las lágrimas con él, para acto seguido estrujarlo en un puño. Se volvió y entró a su vez, hablando a Joseph sin dejar de darle la espalda.

—¿No es absurdo? —Tragó saliva—. Llevo horas recorriendo una habitación tras otra, entro y salgo y vuelvo a entrar, ¡como si eso fuese a servir de algo! Me imagino que habrá que avisar a todo el mundo...

Joseph subió la breve escalinata tras ella.

—Por el momento sólo he enviado un telegrama a Hannah —prosiguió Judith—, Ni siquiera recuerdo qué le he puesto. —Una vez dentro giró sobre sus talones para mirarlo haciendo caso omiso de Henry, el golden retriever que salió del salón al oír la voz de Joseph—. ¿Cómo se le dice a la gente algo así? —preguntó—. ¡No puedo creer que sea cierto!

—Es lógico —convino Joseph, inclinándose para acariciar al perro cuando éste le empujó la mano con el hocico. Se enderezó y echó un vistazo al vestíbulo que tan bien conocía, a la escalera de roble que subía trazando una curva al piso alto. La luz de la ventana del rellano alumbraba las acuarelas de la pared—. Hace falta tiempo. Mañana por la mañana empezará a ser real.

Recordó, con una escalofriante claridad, la primera vez que despertó después de la muerte de Eleanor. Hubo un instante en el que todo fue como siempre había sido durante su primer año de matrimonio. Después, la verdad lo envolvió con su gélido manto y una parte de su ser nunca volvió a conocer el calor.

Una fugaz expresión de compasión cruzó el semblante de Judith, y Joseph comprendió que también ella estaba recordando algo. Hizo un esfuerzo por apartar a Eleanor de su mente. Judith sólo tenía veintitrés años, había nacido cuando sus padres ya no pensaban tener más niños. Su deber era protegerla en lugar de pensar en sí mismo.

—No te preocupes por la gente —dijo con dulzura—. Yo me encargaré de dar la noticia. —Sabía lo difícil que era, casi como si el fallecimiento sucediera de nuevo cada vez—. Habrá otras cosas que hacer. Para empezar, hay que ser prácticos y no descuidar el gobierno de la casa.

—Ah, es verdad. —Judith se obligó a concentrarse en asuntos cotidianos—. La señora Appleton se ocupará de la cocina y la colada, pero diré a Lettie que prepare la habitación de Hannah. Llegará mañana. Y me figuro que habrá que encargarse de la comida. ¡No lo he hecho



nunca! Siempre lo hacía mamá.

Se quedó un tanto perpleja y torció el gesto. Judith distaba mucho de ser como su madre o su hermana, quienes amaban su cocina, con el olor de los guisos, la ropa blanca, la cera de abeja para la madera, el jabón de limón. Para ellas, llevar una casa constituía un arte. Para Judith, una distracción de lo que realmente importaba en la vida aunque, a decir verdad, en su caso todavía no supiera en qué consistiría eso. No obstante, tenía claro que no serían las tareas del hogar. Para gran exasperación de su madre, había rechazado al menos dos proposiciones de matrimonio perfectamente sensatas.

Pero no era momento para tales pensamientos.

—Pregunta a la señora Appleton —recomendó Joseph, procurando que su voz sonase firme—. Tendremos que revisar las agendas y cancelar sus compromisos.

—Mamá iba a formar parte del jurado de la exposición de flores —dijo Judith, sonriendo y mordiéndose el labio inferior, con los ojos arrasados en lágrimas—. Tendrán que buscar una sustituta. Yo no podría hacerlo aunque me lo pidieran.

—Y las facturas —apuntó Joseph—. Iré al banco y al abogado.

Judith se quedó plantada en medio del vestíbulo con los hombros encogidos. Llevaba una blusa blanca y una falda estrecha de color verde. Todavía no se le había ocurrido vestirse de luto.

—Supongo que alguien tendrá que ordenar... la ropa y demás cosas. Aún... —Tragó saliva—. Aún no he entrado en el dormitorio. ¡No puedo!

Joseph sacudió la cabeza.

—Es demasiado pronto. No te apures, eso puede esperar. Judith pareció calmarse un poco, como si hubiese temido que su hermano mayor fuese a obligarla a hacerlo.

—¿Te apetece un té?

—Sí —respondió Joseph, sorprendido al constatar lo sediento que estaba. Tenía la boca seca.

Encontraron a Matthew en la cocina con la señora Appleton, una mujer fornida y de rostro afable pese a la testarudez que reflejaba el rictus de su prominente mandíbula. Estaba de pie junto a la mesa, de espalda a los fogones donde la tetera comenzaba a silbar. Llevaba el acostumbrado vestido liso azul, y la punta derecha del delantal de algodón se veía arrugada como si la hubiese usado inconscientemente para enjugarse las lágrimas. Se sorbió con fuerza la nariz al ver primero a Judith y luego a Joseph, sin molestarse, por una vez, por que el perro osara entrar en sus dominios. Tomó aire para decir algo pero, como se sentía incapaz de mantener la compostura, carraspeó ruidosamente y se volvió hacia Matthew.

—Ya lo hago yo, señorito Matthew, que si no se va a escaldar. Nunca se le dio bien la cocina. Lo único que sabía hacer era llevarse mis tartas de mermelada, como si no hubiese nadie más en la casa para comérselas. ¡Deme eso!

Le arrebató la tetera y preparó el té armando un considerable jaleo con los cacharros.

Lettie, la criada, entró silenciosamente; estaba pálida y tenía el rostro manchado de lágrimas. Judith le pidió que arreglara la habitación de Hannah, y la muchacha se fue para cumplir la orden, encantada de tener algo que hacer.

Reginald, el único sirviente varón que trabajaba dentro de la casa, se presentó y preguntó a Joseph si deseaban tomar vino con la cena y si debía preparar ropa negra para él o para Matthew.

Joseph contestó que no, que no tomarían vino, y aceptó el ofrecimiento de disponer de prendas de luto, tras lo cual Reginald se marchó. El marido de la señora Appleton, Albert, estaba fuera desahogándose de su pena a solas, trabajando en su querido jardín.

En la cocina, se sentaron en torno a la mesa recién fregada, en silencio y sumido cada uno en sus pensamientos, tomando sorbos de té. La estancia les resultaba tan familiar como la vida misma. Los cuatro hijos habían nacido en aquella casa, allí habían aprendido a caminar y a hablar, habían salido a diario por la puerta principal para ir al colegio. Matthew y Joseph habían partido de allí para estudiar en la universidad, Hannah para casarse en la iglesia del pueblo. Joseph recordó las incesantes pruebas del vestido en el cuarto de huéspedes: Hannah, de pie y tan quieta como podía, mientras Alys daba vueltas a su alrededor con alfileres en las manos y la boca, un pliegue aquí, una jareta allí, empeñada en que el traje de novia fuese perfecto. Y lo fue.

Nunca volvería a verla. Rememoró su perfume, siempre lirio de los valles. El dormitorio aún olería así.

Hannah debía de sentirse destrozada. Estaba muy unida a su madre, a quien tanto se parecía en muchos aspectos, y ya no tendría el modelo que había seguido toda su vida. No podría compartir con ella los pequeños éxitos y fracasos de su hogar, el crecimiento de sus hijos, las cosas que iba aprendiendo. Nadie la tranquilizaría cuando estuviera preocupada, le enseñaría remedios sencillos y eficaces contra la fiebre y el dolor de garganta, o el modo más fácil de zurcir, coser o adaptar una prenda de vestir. Aquella camaradería había desaparecido para siempre.

Para Judith sería distinto, una herida abierta a causa de las cosas que no habían sido hechas ni dichas, y que ya no estaría en condiciones de enmendar.

Matthew dejó su taza sobre la mesa y miró a Joseph.

—Creo que deberíamos empezar a ordenar parte de los papeles y facturas —dijo. Se puso de pie empujando la silla.

Judith no pareció percatarse de que a su hermano le temblaba la voz, ni de que estaba tratando de dejarla al margen.

Joseph sabía muy bien a qué se refería Matthew: había llegado la hora de buscar el documento. Si existía tenía que estar allí, en la casa, si bien costaba comprender que si su padre tenía intención de mostrárselo a Matthew no lo hubiese llevado consigo.

—Sí, por supuesto —convino Joseph, levantándose a su vez. Debían mantener a Judith ocupada en algo. No tenía por qué saber nada de aquello todavía, y quizás aún consiguieran ahorrárselo por completo. Se volvió hacia ella—. ¿Te importaría revisar las cuentas de la casa con la señora Appleton para ver si es preciso hacer algo al respecto? Tal vez haya que cancelar algún pedido o, cuando menos, reducirlo. Y mira si hay invitaciones que debamos declinar, esa clase de cosas.

Judith, que se sentía incapaz de hablar, asintió con la cabeza.

—¿Se quedarán? —preguntó la señora Appleton conteniendo las lágrimas—. ¿Qué querrá para cenar, señorito Joseph?

—Cualquier cosa —contestó él—. Lo que haya preparado.

—Tengo salmón frío y pudín de frambuesas —dijo la señora Appleton un tanto malhumorada y agresiva, como si estuviera defendiendo la elección de Alys. Si el menú era lo bastante bueno para el señor y la señora, sin duda también lo sería para el señorito, a pesar de las circunstancias—. Y además hay un poco de queso de Ely muy sabroso —agregó.

—Me parece excelente, gracias —aceptó Joseph, y siguió a Matthew, que ya había abierto la puerta.

Fueron por el pasillo y el vestíbulo hasta el estudio de John Reavley, cuyas ventanas daban al jardín. El sol aún estaba alto en el horizonte y su luz dorada bañaba las copas de los árboles del huerto. Las hojas titilaban mecidas por la brisa y una bandada de estorninos se arremolinó en el cielo, negra sobre refulgente ámbar, girando en amplias espirales hacia el ocaso.

Joseph echó un vistazo a la estancia, casi una réplica del estudio que su padre había ocupado en Cambridge. Había un sencillo escritorio de roble y estanterías que cubrían buena parte de dos paredes, abarrotadas con toda suerte de libros que se remontaban a los tiempos de estudiante del propio John. Algunos volúmenes estaban escritos en alemán. Muchos estaban encuadernados en piel, unos pocos en tela, muy desgastados, y otros incluso en papel. Un pliego de dibujos descansaba sobre la mesa de la ventana; se trataba de una adquisición reciente que no había tenido tiempo de estudiar como era debido.

Una marina de Bonnington colgaba encima de la chimenea, exquisitamente bella, de un color que no era azul ni verde, sino esa especie de gris luminoso que contiene ambos colores. Cuando uno la contemplaba le parecía respirar un aire más limpio y casi notaba el hormigueo de la sal que llevaba el viento. John Reavley había amado cuanto contenía aquella habitación, cada objeto señalaba un instante de belleza o felicidad que había conocido, pero el cuadro de Bonnington era especial.

Joseph apartó la vista de él.

—Empezaré por aquí —dijo, sacando el primer libro de la estantería más próxima a la ventana.

Matthew comenzó por el escritorio.

Buscaron durante media hora hasta que sirvieron la cena, después de ésta continuaron hasta bien entrada la noche. Judith fue a acostarse, dieron las doce y aún estaban revolviendo papeles, revisando libros por segunda y tercera vez, moviendo los muebles incluso. Finalmente se dieron por vencidos y se obligaron a entrar en el dormitorio principal para hurgar con torpeza en los armarios, los estantes donde se guardaban las joyas y los artículos de tocador, los bolsillos de las prendas colgadas en las perchas. No había ningún documento.

A la una y media, con dolor de cabeza y los ojos escocidos, Joseph llegó al último sitio que quedaba por mirar. Se enderezó, moviendo cuidadosamente los hombros para desentumecerlos.

—No está aquí —dijo en tono cansino.

Matthew tardó un poco en contestar. Miraba fijamente el cajón que acababa de registrar por tercera vez.

—Papá fue muy claro —repitió con terquedad—. Habló del efecto que tendría. La osadía era tan grande que no cabría en la mente de casi ningún hombre. Tenía que ser algo terrible. — Levantó la vista. Tenía los ojos irritados y expresión de enfado, como si sintiera que Joseph no acababa de creerle—. No podía confiar en nadie más debido a la identidad de los implicados.

Joseph estaba demasiado cansado y triste para mostrar una pizca siquiera de imaginación e inventiva para no herir los sentimientos de su hermano.

—En tal caso, ¿dónde está? —inquirió—. ¿Es posible que se lo confiara al banco, o al abogado?

El rostro de Matthew denotaba negación, aunque por un instante se aferró a esa posibilidad, puesto que no se le ocurría nada más.

—De todas formas, mañana tendremos que hablar con ellos. Joseph se sentó en la silla del escritorio; Matthew estaba sentado sobre la alfombra, junto al cajón.

—No creo que se lo diera a Pettigrew. —Matthew se apartó el cabello de la frente—. Sólo es un abogado de familia, lo suyo son los testamentos y los títulos de propiedad.

—Un lugar bastante seguro para esconder algo tan valioso como peligroso —razonó Joseph.

Matthew lo fulminó con la mirada.

—¿Intentas defender a nuestro padre, demostrar que no se lo imaginó a partir de algo perfectamente inofensivo?

La acusación tocó la fibra sensible de Joseph. Eso era exactamente lo que estaba haciendo, defender, negar, confuso y turbado como estaba por la pérdida, aturdido por el dolor de cabeza.

—¿Acaso debería? —inquirió.

—¡Deja de ser tan puñeteramente razonable! —A Matthew se le quebró la voz, dejando su emoción al desnudo—. ¡Claro que deberías! ¡No estaba en el coche! No está en la casa. —Señaló bruscamente hacia la puerta y el descansillo que había más allá de ésta—. ¿No te parece suficientemente increíble e insólito? ¡Un documento que demuestra la existencia de una conspiración para arruinar todo aquello que amamos y en lo que creemos, y que alcanza a estratos tan altos de la sociedad como la mismísima familia real, pero que cuando nos ponemos a buscarlo, se esfuma sin dejar rastro!

Joseph no contestó. Una idea apenas perceptible empezó a formarse en su mente, pero el agotamiento le impidió captarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Matthew con aspereza—. ¿En qué estás pensando?

—¿Y si fuera algo evidente? —Joseph frunció el entrecejo—. Me refiero a algo que estamos viendo pero que no reconocemos. Matthew echó un vistazo a la habitación.

—¿Como qué? ¡Por el amor de Dios, Joe! ¡Se trata de una conspiración que cambiará el mundo que conocemos y deshonorará a Inglaterra para siempre! ¡No va a estar colgado en la pared junto con los cuadros! —Metió los papeles en el cajón y, tras ponerse de pie, llevó éste de vuelta al escritorio. Volvió a encajarlo en sus ranuras y lo cerró—. Y antes de que te molestes en preguntarlo, te diré que he quitado y mirado los fondos de todos los cajones.

—Bien, sólo caben dos posibilidades —dijo Joseph—. O ese documento existe, o no existe.

—¡Tienes el don de la clarividencia! —exclamó Matthew en tono de amargura—. Hasta ahí he llegado por mí mismo.

—¿Y has sacado la conclusión que existe? ¿Con qué fundamento?

—¡No! —espetó Matthew—. ¡Si te parece me he pasado la noche registrando la casa de arriba abajo porque no tenía nada mejor que hacer!

—Es que no tienes nada mejor que hacer —contestó Joseph—. De todos modos, debíamos revisar los papeles por si había algo que requiriese nuestra atención. —Señaló el montón que habían separado—. Y estas cosas, cuanto antes se hacen menos espantosas resultan. Podemos pensar en una conspiración mientras lo hacemos, pues siempre es más fácil creer que estamos llevando a cabo una especie de rito final por nuestros padres, porque ayer todo era como de costumbre, nos aguardaban años de amor, seguridad y bienestar familiar, y hoy ambos están muertos...

—¡De acuerdo! —lo interrumpió Matthew—. Lo lamento. —Volvió a apartarse el abundante cabello rubio de la cara—. Pero la verdad es que parecía tan seguro... Su voz estaba cargada de emoción, no había en ella ni una pizca de la mordacidad y la ironía que solía mostrar. —Torció los labios, y cuando volvió a hablar se le quebró la voz—. Sé lo mucho que debió de costarle avisarme de algo así. Detestaba todo cuanto tuviera que ver con el Servicio Secreto. Si no hubiese estado seguro no habría dicho nada.

—Pues entonces lo guardó en un sitio que aún no se nos ha ocurrido —concluyó Joseph, poniéndose de pie—. Vayamos a acostarnos. Son casi las dos y mañana tendremos

mucho que hacer.

—Hemos recibido un telegrama de Hannah. Llega en el tren de las dos y cuarto. ¿Podrás ir a buscarla? —preguntó Matthew mientras se frotaba la frente dolorida—. Todo esto va a resultarle muy duro.

—Sí, tienes razón. Iré a recogerla. Albert me llevará. ¿Puedo usar tu coche?

—Claro. —Matthew meneó la cabeza—. Hay algo que no dejo de preguntarme: ¿por qué no conduciría Albert ayer?

—Sí, es muy extraño —convino Joseph—. Se lo preguntaré a Albert camino de la estación.

El día siguiente estuvo lleno de pequeñas obligaciones poco felices. Hubo que encargarse de los preparativos para el funeral. Joseph fue a ver a Hallam Kerr, el párroco, y se sentó en la prolija y más bien austera salita de la vicaría observando cómo el pobre hombre se esforzaba sin éxito por hallar unas palabras de consuelo espiritual. Mucho más fácil le resultó, en cambio, abordar los aspectos prácticos: el día, la hora, quién diría el qué, los cánticos. Se trataba de un ritual eterno que venía celebrándose en aquella antigua iglesia para todos los difuntos del pueblo desde hacía casi mil años. El que fuera tan conocido era precisamente lo que más reconfortante lo hacía, pues daba la tranquilidad de que pese a que el viaje de un individuo hubiese tocado a su fin, la vida en sí seguía siendo la misma y siempre sería así. En la ceremonia había una especie de certidumbre que transmitía una paz profunda.

Justo antes del almuerzo se personó el señor Pettigrew, del bufete de abogados. Era un hombre menudo, pálido y muy pulcro. Dio el pésame a los presentes, les aseguró que todos los asuntos legales estaban en orden, y añadió que no, no le habían confiado ningún documento en custodia recientemente; de hecho, nada a lo largo del año en curso. Un par de bonos en agosto de 1913 había sido lo último. Evitó aludir al testamento, si bien todos sabían que tarde o temprano tendrían que abordar aquella cuestión.

El director del banco, el médico y otros vecinos pasaron de visita o a dejar flores y tarjetas. Nadie sabía muy bien qué decir, pero a todos los movía la generosidad. Judith les ofrecía té, que a veces, aceptaban dando lugar a conversaciones incómodas.

A primera hora de la tarde Albert Appleton llevó a Joseph a la estación de Cambridge para recoger a Hannah cuando llegara en el tren procedente de Londres. Joseph iba sentado a su lado en la parte delantera del Talbot Sunbeam de Matthew mientras recorrían los caminos flanqueados de rosas silvestres y trigales casi listos para la cosecha, salpicados aquí y allá de amapolas escarlata.

Albert no apartaba los ojos de la carretera. Tenía aspecto de cansado, y bajo el oscuro bronceado la piel aparecía apergaminada; además, esa mañana no se había afeitado con la pulcritud habitual. No era la clase de hombre que manifestaba su pena, pero había llegado a St. Giles a los dieciocho años y servido a John Reavley toda su vida adulta. Para él, la muerte de éste constituía el final de una época.

—¿Sabe por qué mi padre decidió conducir él mismo ayer? —preguntó Joseph mientras recorrían la sombra de una alameda.

—No, señorito Joseph —respondió Albert. Pasaría mucho tiempo antes de que lo llamara «señor Reavley», si alguna vez llegaba a hacerlo—. Lo único que puedo decirle es que el viejo ciruelo del huerto tiene una rama que cuelga muy baja, casi hasta el suelo. Me pidió que viera si era posible salvarla. La apuntalé, pero eso no siempre da buen resultado. A la que se levanta un poco de viento vuelve a soltarse y se rompe de mala manera. Deja un tajo en el tronco y echa el árbol a perder. Basta con que refresque para que la escarcha haga el resto.

—Ya veo. ¿Conseguirá salvarlo?

—Lo mejor será cortarla.

—¿Sabe por qué lo acompañó mi madre?

—Le apetecería ir con él, imagino. —Siguió mirando fijamente al frente.

Joseph no volvió a hablar hasta que llegaron a la estación. Albert era de esas personas con las que se podía pasar el rato en un silencio cordial, y así lo recordaba Joseph desde cuando era crío y soñaba despierto en el huerto o el jardín.

Albert aparcó el coche delante de la estación y Joseph fue hasta el andén a esperar. Había una media docena de personas y se guardó de mirar a nadie a los ojos por si encontraba a algún conocido. Lo último que deseaba era que le dieran conversación.

El tren llegó puntual, escupiendo humo y chirriando al detenerse junto al andén. Las puertas se abrieron con un ruido metálico. La gente se saludaba a voz en cuello y trajinaba con los equipajes. Joseph vio a Hannah casi de inmediato. Las pocas pasajeras a la vista lucían brillantes colores veraniegos o delicados tonos pastel. Hannah iba de luto riguroso, con un fino traje de viaje totalmente negro. El dobladillo de la falda ahuecada aparecía manchado de polvo y unas relucientes plumas negras decoraban el sobrio aunque elegante sombrero. La tez pálida, los grandes ojos pardos y las delicadas facciones del rostro la asemejaban tanto a Alys que, por un instante, Joseph sintió que perdía el control de sus emociones, presa de un dolor insoportable. Permaneció inmóvil mientras la gente pasaba por su lado a empujones, incapaz de pensar ni de enfocar la vista siquiera.

De pronto Hannah estuvo delante de él, con su bolsa de viaje en una mano y las mejillas bañadas en lágrimas. Dejó caer la bolsa al suelo y aguardó a su hermano.

Joseph la abrazó, estrechándola con fuerza. Notó que temblaba. Había preparado algo que decirle pero en ese momento no acudía a su mente, todo le parecía trivial y predecible. Era religioso, por lo que se suponía que poseía la fe que daba respuesta a la muerte y vencía el dolor que le consumía a uno las entrañas. Ahora bien, también sabía lo que era la pérdida de un ser querido, brusca y reciente, y lo ineficaces que resultaban las palabras para llegar hasta el corazón de los dolientes.

¡Por Dios, debía hallar algo que decirle a Hannah! ¿De qué servía su vocación si, precisamente él, era incapaz de consolarla?

Finalmente se apartó de ella, cogió su bolsa y la condujo hasta donde Albert aguardaba junto al coche.

Hannah se detuvo, mirando fijamente aquel vehículo desconocido, como si hubiese esperado ver el Lanchester amarillo, y entonces, ahogando un grito, cayó en la cuenta del motivo por el que no estaba allí.

Joseph la sostuvo por el codo y la ayudó a subir al asiento de atrás, recogándole las faldas negras a la altura de los tobillos antes de cerrar la puerta y rodear el coche para sentarse a su lado.

Albert hizo lo propio detrás del volante y puso el motor en marcha.

Hannah no dijo nada. Era a Joseph a quien correspondía hablar antes de que el silencio fuese demasiado opresivo. Ya había resuelto no mencionar el documento. Sería una preocupación añadida, y ella poco podría hacer al respecto.

—Judith estará muy contenta de verte —comenzó.

Hannah lo miró levemente sorprendida y Joseph comprendió al instante que estaba sumida en sus pensamientos, absorta en la pérdida que acababa de sufrir. Como si leyera tal apreciación en los ojos de su hermano, Hannah esbozó una sonrisa, como quien admite una culpa.

Joseph acercó la mano a ella, con la palma abierta hacia arriba, y Hannah la tomó en la suya. Durante varios minutos permaneció en silencio, conteniendo las lágrimas.

—Si tú aciertas a verle sentido —dijo por fin—, por favor, no me lo digas ahora. No creo que lo soportara. No quiero saber nada de un Dios que hace estas cosas. Sobre todo, no quiero que nadie me diga que debería amarlo, ¡porque no lo amo!

Varias respuestas acudieron a los labios de Joseph, todas ellas racionales y bíblicas, pero ninguna contestaba lo que ella necesitaba.

—Es normal que sufras —dijo en cambio—. No creo que Dios espere que ninguno de nosotros se lo tome con calma.

—¡Sí que lo espera! —replicó Hannah, y a punto estuvo de quebrársele la voz—. «¡Hágase tu voluntad!» —Meneó la cabeza—. Pues yo no puedo decir eso. Es estúpido, horrible y carece de sentido. No tiene nada de bueno. —Hacía lo posible por que la ira venciera su espantoso pesar—. ¿Murió alguna otra persona en el otro coche? —inquirió—. Porque tuvo que haber otro coche. Papá no se habría salido de la carretera así por las buenas, digan lo que digan.

—No hubo ningún otro herido, y tampoco hay pruebas de que hubiera otro coche.

—¿Qué quieres decir con eso de «pruebas»? —exclamó colérica, sonrojándose—. ¡No seas tan pedante, tan obscenamente razonable! ¡Si nadie lo vio, será que no lo hubo y punto!

Joseph no discutió. Hannah necesitaba enfadarse con alguien, y él la dejó hacer hasta



que cruzaron la verja y el coche se detuvo ante la puerta principal. Entonces Hannah respiró hondo varias veces, estremeciéndose, se sonó la nariz y anunció que estaba lista para entrar. Pareció a punto de agregar algo, quizá más amable, mirando fijamente a Joseph con los ojos arrasados en lágrimas mientras Albert mantenía abierta la puerta del coche. No obstante, cambió de parecer y se apeó, aceptando la mano que Albert le ofrecía para ayudarla.

Los hermanos cenaron juntos en silencio. De vez en cuando uno de ellos sacaba a colación algún detalle de tipo práctico pendiente de resolver, pero nadie hacía mucho caso. El dolor era como una quinta entidad en la estancia y dominaba todo lo demás.

Más tarde Joseph fue otra vez al estudio de su padre para asegurarse de que se habían escrito todas las cartas a los amigos de la familia informando de la muerte de John y Alys y anunciando la hora del funeral. Vio que Matthew había redactado la carta que consideraba más importante, dirigida a Shanley Corcoran, el amigo más íntimo de su padre. Habían ido juntos al mismo colegio mayor de la Universidad de Cambridge —Gonville and Caius—, y habían estudiado Ciencias Exactas. Sería uno de los asistentes más difíciles de saludar en la iglesia, dado que su pena sería muy profunda, pues sus recuerdos se remontaban al pasado, entretejiéndose con los mejores días de ambos.

Sin embargo, en cierto modo sería reconfortante compartir la pena. Quizá más adelante fueran capaces de hablar acerca de John. Así mantendrían viva una parte de su ser. A Corcoran nunca le aburriría hacerlo, jamás diría «ya basta» ni permitiría que el recuerdo se hundiera en alguna placentera región del pasado donde la intensidad del presente dejara de ser molesta.

A eso de las nueve y media se presentó un agente de la policía local. Era un hombre joven, más o menos de la edad de Matthew, aunque presentaba un aspecto cansado y agobiado.

—Lo siento mucho —dijo, meneando la cabeza y apretando los labios—. No sabe cuánto los echaremos en falta. Ambos eran grandes personas.

—Gracias —contestó Joseph con sinceridad. Resultaba grato oírlo, aunque agudizara la pena. Permanecer callado habría sido como negar que tenían su sitio en la comunidad.

—El domingo fue un mal día en todos los sentidos —prosiguió el agente, incómodo en medio del vestíbulo—. ¿Se ha enterado de lo que ocurrió en Sarajevo?

—No... —Joseph no sentía el menor interés, pero no quería resultar descortés.

—Un loco disparó contra el archiduque de Austria y su esposa. —El agente sacudió la cabeza—. ¡Ambos están muertos! Me figuro que no habrá tenido tiempo de leer los periódicos.

—No. —Joseph apenas entendía de qué le estaba hablando. No había pensado en los periódicos ni por un instante. El resto del mundo parecía no existir, como si no formara parte de su vida—. Lo lamento.

El agente se encogió de hombros.

—Eso queda muy lejos de aquí, señor. Probablemente no tenga ninguna consecuencia para nosotros.

—No. Gracias por venir, Barker.

El agente bajó la vista, pestañeando.

—Lo lamento de veras, señor Reavley. Este pueblo no será el mismo sin ellos.

—Gracias.

\* \* \*

## 2

El funeral de John y Alys Reavley se celebró la mañana del 2 de julio en la iglesia parroquial de Selborne St. Giles. Era un día cálido y sin brisa, y el perfume de la madre selva que cubría la entrada techada del cementerio embalsamaba el aire, haciendo que uno se amodorrara incluso antes del mediodía. Los tejos se veían polvorientos bajo el sol.

El cortejo llegó muy despacio. Los hombres jóvenes del pueblo portaban a hombros los ataúdes. La mayoría había ido al colegio con Joseph o Matthew, al menos durante los primeros años de infancia, habían jugado a fútbol con ellos o pasado horas a la orilla del río pescando o simplemente soñando mientras los veranos se sucedían. En ese momento caminaban arrastrando los pies, poniendo cuidado en mirar siempre al frente y mantener el equilibrio sin tropezar. Las piedras inclinadas del sendero estaban desgastadas por mil años de fieles, dolientes y oficiantes cuyos pasos habían recorrido el mismo camino desde los tiempos de los sajones hasta la actualidad, el mundo moderno del nieto de Victoria, Jorge V.

Joseph iba tras ellos llevando del brazo a Hannah, que se esforzaba por no perder la compostura. Había adquirido un nuevo vestido negro en Cambridge, así como un sombrero negro de paja con velo. Caminaba muy erguida, pero Joseph estaba seguro de que debía de tener los ojos prácticamente cerrados, pues se aferraba a él para que la guiara. Había aborrecido los días de espera. Cada habitación a la que entraba le recordaba la pérdida sufrida. Lo peor era la cocina, pues estaba llena de recuerdos: las prendas que Alys había cosido, los platos con flores silvestres pintadas que tanto le gustaban, la canasta plana que empleaba para recoger rosas secas, la muñequita de maíz que había comprado en la feria de Madingley. Los aromas a comida le habían hecho recordar a su madre comprando, cocinando, sobre todo platos regionales como los panecillos tostados de levadura y el pan dulce hecho con manteca de cerdo, y, en invierno, los crujientes aros de cebolla.

Disfrutaba comprando el queso azul Double Cottenham y la mantequilla por tarros en vez de usar los pesos modernos. Las cosas más insignificantes eran las que más le dolían, quizá porque la pillaban desprevenida: Lettie disponiendo flores en el jarrón equivocado, uno que Alys jamás hubiese elegido; Horatio, el gato, sentado en la antecocina, donde Alys nunca lo habría permitido; el repartidor de la pescadería mostrándose descarado y contestando en un tono que antes no se habría atrevido a emplear. Eran las primeras señales de un cambio irrevocable.

Matthew y Judith iban unos pocos pasos atrás, tensos y mirando fijamente al frente. Ella también llevaba un vestido negro nuevo con las mangas hasta el dorso de las manos y la falda tan estrecha que la obligaba a caminar dando pasos cortos. No le gustaba demasiado, pero lo cierto era que la favorecía, creando un efecto dramático. Naturalmente, su sombrero también estaba provisto de velo.

Dentro de la iglesia, donde el aire era más fresco, el olor de las piedras y el moho de los viejos libros se mezclaba con la penetrante fragancia de las flores. Joseph reparó en ellas de inmediato llevándose una sorpresa. Las mujeres del pueblo debían de haber despojado sus jardines de todas las flores blancas que ya se habían abierto, pues había rosas, polemonios, clavelinas y enramadas de margaritas de todos los tamaños, simples y dobles. Formaban una especie de espuma blanca que se derramaba, brillante a causa del sol que entraba por las vidrieras, desde la antigua madera tallada del altar. Le constó que eran para Alys. Su madre había sido la clase de mujer que todo el pueblo deseaba que fuera: modesta, leal, afable, capaz de guardar un secreto, orgullosa de su hogar y encantada de cuidar de él. Siempre se había mostrado dispuesta a intercambiar recetas con la señora Worth y esquejes con la parlanchina Tucky Spence, y se había mostrado paciente con las interminables historias de la señorita Anthony acerca de su sobrina de Sudáfrica.

John les había resultado algo más difícil de comprender. Se trataba de un hombre con un intelecto por encima de lo habitual, que había estudiado mucho y viajado con frecuencia al extranjero. Ahora bien, cuando se encontraba allí, sus placeres eran muy simples: su familia y su jardín, los artefactos antiguos, las acuarelas del siglo anterior, que disfrutaba restaurando y volviendo a enmarcar. Le encantaban las gangas y rebuscaba en las tiendas de antigüedades y de segunda mano, escuchando de buena gana los relatos pintorescos de personas corrientes, siempre pronto a compartir un chiste, cuanto más largo y complicado mejor.

Joseph estaba pensando en esas cosas cuando comenzó el oficio religioso y se fijó en todos aquellos rostros conocidos, tristes y turbados por el precipitado luto. El nudo que se le hizo en la garganta le impidió entonar los cánticos.

Luego le llegó el turno de hablar, aunque brevemente, como representante de la familia. No deseaba predicar, no era el momento de hacerlo. Que otro se ocupara de ello; el mismo Hallam Kerr, si tenía ganas. Joseph estaba allí como hijo para recordar a sus padres. Su intervención nada tenía que ver con las alabanzas, sino con el amor.

Le costó trabajo evitar que se le quebrase la voz, mantener sus pensamientos en orden y expresarse con palabras claras y simples. Pero ésa, al fin y al cabo, era su más destacada aptitud. Conocía de primera mano el pesar por la pérdida de un ser querido y había explorado ese sentimiento hasta lo más recóndito de su mente.

—Henos aquí reunidos, en el corazón de nuestro pueblo, tal vez en su alma, para dar un adiós temporal a dos miembros de esta comunidad que fueron vuestros amigos y nuestros padres, y hablo en mi nombre, en el de mi hermano Matthew y en el de mis hermanas Hannah y Judith.

Titubeó por un instante, esforzándose por conservar la compostura. No se produjo un solo movimiento o susurro entre los rostros levantados hacia él.

—Todos vosotros los conocíais —prosiguió—. Coincidíais en la calle día tras día, en la estafeta de correos, en las tiendas, junto a la tapia del jardín. Y, sobre todo, os encontrabais aquí. Eran buenas personas, y su partida nos duele y nos aflige. —Se detuvo un instante,

antes de continuar—. Echaremos de menos la paciencia de mi madre, su espíritu de esperanza que nunca se limitaba a vanas palabras, pues jamás negaba el mal o el sufrimiento, sino que traducía la fe en que todo podía superarse y la confianza en un futuro mejor. No debemos fallarle olvidando lo que nos enseñó. Debemos agradecer todas las vidas que nos han dado felicidad, pues sólo con gratitud lograremos atesorar ese don para servirnos de él y transmitirlo en toda su pureza a los demás.

Joseph percibió un movimiento, un asentimiento colectivo por parte del centenar de personas que lo miraban, tristes y abatidas por lo inesperado de aquel pesar, cada cual herida por sus propios recuerdos.

—Mi padre era distinto —continuó—. Su mente era brillante pero su corazón sencillo. Sabía escuchar al prójimo sin sacar conclusiones precipitadas. Era capaz de contar los chistes más largos, divertidos e intrincados que jamás haya oído contar, y éstos nunca eran soeces ni crueles. Para él, la falta de amabilidad era el peor de los pecados. Podías ser valiente y honesto, obediente y devoto, pero si no sabías ser amable, eras un desdichado.

Se sorprendió sonriendo ante aquellas palabras, pese a que su voz estaba tan ahogada por las lágrimas que costaba entender con claridad lo que decía.

—Cierto es que no le preocupaban mucho las ceremonias religiosas. Más de una vez se durmió en la iglesia y se despertó aplaudiendo al creer por un instante que se encontraba en el teatro. No soportaba la intolerancia y pensaba que quienes profesan una creencia a veces se cuentan entre los peores déspotas. Ahora bien, habría defendido a san Pablo con su propia vida por sus palabras sobre el amor: «Aunque hable las lenguas de los hombres y los ángeles, si no tengo caridad no soy nada.»

»No era perfecto pero era amable, y comprensivo con las debilidades del prójimo. De buen grado trabajaré incansablemente toda mi vida para que podáis decir lo mismo de mí cuando me llegue la hora de decir adiós temporalmente.

Temblaba de alivio cuando regresó a su sitio junto a Hannah y ésta le estrechó la mano. No obstante, advirtió que debajo del velo lloraba y que no volvería la vista hacia él.

Hallam Kerr subió al púlpito y le dio las gracias con palabras grandilocuentes y seguras aunque curiosamente desprovistas de convicción, como si también él se sintiera perdido. Continuó con el funeral del modo acostumbrado, las palabras y la música entrelazadas como un hilo brillante a través de la historia de la vida del pueblo. El oficio religioso era tan cierto y rico como el paso de las estaciones, apenas distinto de un año a otro a lo largo de los siglos.

Después Joseph asumió el papel que en parte resultaba más angustioso, plantándose en la puerta de la iglesia para estrechar la mano de quienes deseaban dar el pésame a la familia, tratando de expresar su dolor y su apoyo, por lo general con bastante torpeza. Aún quedaban cosas por decir, como si el funeral, por sí solo, no bastara. En el aire flotaba un ansia, una necesidad insatisfecha que Joseph percibía y le hacía que se sintiera vacío. Cuando más las necesitaba, las palabras habían perdido todo su poder. El último retazo de confianza en sí mismo pareció escurrírsele entre los dedos.

Judith y Hannah permanecían juntas, resguardadas en la sombra del pórtico de la iglesia. Matthew todavía no había salido. Joseph avanzó hacia el sol para hablar con Shanley Corcoran, que aguardaba a pocos metros, vestido de negro; su cabello prematuramente blanco era como una aureola bajo la resplandeciente luz de la mañana. No se trataba de un hombre alto, y sin embargo la fuerza de su carácter y su vitalidad infundían un respeto que mantenía a la gente apartada, si bien casi nadie lo conocía ni, mucho menos, estaba al corriente de sus logros, los cuales tampoco habrían comprendido en caso de que se los hubieran referido. La palabra «científico» tendría que haber sido suficiente.

Fue al encuentro de Joseph, tendiendo las manos, con el rostro transido de pena.

—Joseph —dijo simplemente.

Joseph sintió su afectuoso contacto, y la emoción que éste suscitó le resultó casi insoportable. La familiaridad en el trato de un amigo tan próximo resultaba abrumadora. Fue incapaz de hablar.

Orla Corcoran acudió a socorrerlo. Era una mujer hermosa, con una exótica tez morena, y su traje de seda negra, con su elegante cintura y el vuelo de la chaqueta por debajo de las caderas, constituía el cumplido perfecto a su delicada figura.

—Joseph sabe bien lo mucho que lo sentimos, querido —dijo, posando una mano enguantada en el brazo de su marido—. No es preciso que nos esforcemos por expresar algo para lo que no hay palabras. Todo el pueblo aguarda. Ahora es su turno, y cuanto antes haya cumplido con este deber, antes podrá retirarse la familia a su casa para estar a solas. —Miró a Joseph—. Quizá dentro de unos días podríamos visitaros con más calma.

—Por supuesto —dijo Joseph impulsivamente—. Háganlo, por favor. Yo no regresaré a Cambridge hasta la semana que viene, por lo menos. Ignoro qué hará Matthew, pues aún no hemos hablado de ello. Lo único que nos preocupaba era pasar el día de hoy.

—Naturalmente —convino Corcoran, soltando por fin la mano de Joseph—. Y sin duda Hannah regresará a Portsmouth, ¿verdad? —Fruunció el entrecejo con expresión de inquietud—. Me figuro que Archie está en el mar, pues no lo he visto por aquí.

Joseph asintió con la cabeza.

—Sí. Aunque quizá le concedan permiso por motivos familiares cuando arribe al próximo puerto.

No podía hacer nada por Hannah, que debía enfrentarse a la dura prueba de ayudar a sus hijos a superar el dolor por la muerte de sus abuelos. Se trataba de la primera pérdida de sus vidas e iban a necesitarla más que nunca. Ya llevaba fuera más de media semana.

—Por supuesto, es posible —admitió Corcoran, quien todavía miraba a Joseph con ceño, a todas luces preocupado.

—¿Por qué no iba a ser posible? —preguntó Joseph con cierta brusquedad—. ¡Por el amor de Dios, su esposa acaba de perder a sus padres!

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Corcoran amablemente—, pero Archie es un oficial en servicio activo. Me imagino que habréis estado demasiado consternados para seguir las noticias del mundo, como es natural. No obstante, el asesinato perpetrado en Sarajevo es muy alarmante.

—Sí —dijo Joseph sin entender—. Los mataron a tiros, ¿verdad? —¿Realmente importaba? ¿Por qué lo sacaba Corcoran a colación en ese momento?—. Lo siento, pero...

Corcoran hundió los hombros, un tanto abatido. Fue un gesto tan leve que apenas se percibió, pero su expresión ensombrecida iba más allá de la pena; le daba miedo lo que estaba por venir.

—No fue un loco aislado con un arma —dijo con gravedad—. Se trata de algo mucho más complejo que eso.

—¿De veras? —dijo Joseph, incrédulo y sin comprenderle.

—Había varios asesinos —explicó Corcoran en tono grave—. El primero no hizo nada, el segundo arrojó una bomba pero el chofer la vio venir y se las arregló para acelerar y esquivarla. —Apretó los labios—. El hombre que la arrojó tomó alguna clase de veneno y luego saltó al río, pero lo sacaron del agua y sobrevivió. La bomba explotó e hirió a varias personas. Las llevaron al hospital.

Hablaba en voz muy baja, como si no quisiera que las demás personas presentes en el cementerio lo oyeran, pese a tratarse de un asunto público. Quizá no habían captado el alcance de lo ocurrido.

—El archiduque prosiguió con los actos previstos para el día —continuó, haciendo caso omiso del gesto de Orla—. Acudió a la recepción en el ayuntamiento y luego decidió visitar a los heridos, pero el chofer se equivocó de bocacalle y se encontró cara a cara con el asesino, que se subió al estribo del coche y disparó al archiduque en el cuello y a la duquesa en el vientre. Ambos fallecieron en cuestión de minutos.

—Lo lamento. —Joseph se estremeció con una mueca de dolor. Se imaginó la escena, pero en cuanto lo hizo los rostros de las víctimas se convirtieron en los de John y Alys, y la muerte de dos aristócratas austriacos a más de mil kilómetros de distancia volvió a perder importancia.

Corcoran lo cogió otra vez por el brazo con todas sus fuerzas.

—Se realizó de forma caótica pero surge de una corriente de sentimiento, Joseph —dijo en voz baja—. Podría conducir a una guerra entre Austria y Serbia, y en tal caso es posible que Alemania se involucre. Ayer el káiser deshizo su alianza con Austria-Hungría.

Joseph estuvo a punto de decir que le parecía muy poco probable, pero vio en los ojos de Corcoran hasta qué punto éste hablaba en serio.

—¿De veras? —inquirió, perplejo—. Lo más seguro es que se trate de un castigo, una reparación o algo de esa índole, ¿no? Es un asunto interno del Imperio austro—húngaro, ¿no cree?

Corcoran asintió con la cabeza, retirando la mano.

—Tal vez. Si al mundo le queda algo de cordura, así será.

—¡Claro que será así! —intervino Orla con firmeza—. Será una desgracia para los serbios, pobre gente, pero no es algo que nos ataña. No inquietes a Joseph con esas ideas, Shanley —añadió con una sonrisa—. Bastante tenemos con nuestra pena como para hacernos cargo de las de otros.

Corcoran se vio imposibilitado de contestar por la llegada de Gerald y Mary Allard, unos amigos de la familia a quienes Joseph conocía desde hacía muchos años. Elwyn era su hijo menor, y el mayor, Sebastian, un muchacho de notable talento, era alumno de Joseph, quizás el mejor. Parecía dominar no sólo la gramática y el vocabulario de los idiomas extranjeros sino también su musicalidad, la sutileza de los significados y el sabor de las culturas que los ha producido.

Joseph vio de inmediato que era un muchacho prometedor, y lo alentó a conseguir una plaza en Cambridge para estudiar lenguas antiguas, no sólo las bíblicas sino los grandes idiomas de la cultura clásica. Sebastian había aprovechado la oportunidad, trabajando con afán y una sorprendente disciplina para un chico de su edad, y se convirtió en el más aventajado de los estudiantes, licenciándose con matrícula de honor. En ese momento seguía estudios de pos— grado antes de iniciar una carrera que Joseph le auguraba brillante como catedrático y filósofo, y tal vez hasta como poeta.

Mary cruzó una mirada con Joseph y sonrió, con expresión de pena.

Gerald se aproximó. Era un hombre agradable, de apariencia corriente y pelo rubio, y con una actitud benévola que sin embargo le otorgaba una apostura algo mediocre. Tras las presentaciones de rigor, los Corcoran se marcharon.

—Lo siento —murmuró Gerald, meneando la cabeza—. Lo siento mucho.

—Gracias —dijo Joseph, deseando responder algo acertado y al mismo tiempo huir de allí.

—Elwyn está aquí, por supuesto —dijo Mary, señalando con un ademán por encima del hombro hacia el lugar donde Elwyn Allard estaba conversando con Pettigrew, el abogado, ansioso por ir a reunirse con los muchachos de su edad—. Por desgracia, Sebastian ha tenido que quedarse en Londres —agregó—. Un compromiso previo que no podía romper. —Era una mujer delgada, de rasgos sorprendentemente marcados, cabello oscuro y una hermosa tez aceitunada—. Aunque estoy totalmente segura de que sabes lo mucho que lo siente.

Gerald carraspeó como si fuese a decir algo, posiblemente manifestando su desacuerdo, a juzgar por su expresión sombría, pero cambió de parecer.

Joseph les dio las gracias de nuevo y se disculpó antes de ir a hablar con otras personas.

La amabilidad, la tristeza, la incomodidad parecían prolongarse interminablemente,



pero por fin se fue terminando. Vio que la señora Appleton, apenada y pálida, se despedía del párroco y emprendía el regreso hacia la casa. Todo estaba preparado para recibir a los amigos más próximos, lo único que tendría que hacer el servicio sería retirar las telas de muselina que cubrían la comida ya dispuesta en las mesas. A Lettie y Reginald también les habían concedido tiempo libre pero ambos estarían de vuelta a tiempo para ayudar a recoger.

La casa quedaba a poco más de medio kilómetro de la iglesia, y la gente fue saliendo lenta y desordenadamente por la entrada techada del campo santo y recorrió la calle que se adentraba en el pueblo para luego torcer a la derecha hacia el hogar de los Reavley. Todos se conocían y formaban parte integrante de la vida de los demás. Habían acudido a bautizos, bodas y funerales recorriendo aquellas apacibles calles, habían discutido y hecho las paces, juntos habían reído y chismorreado, entrometiéndose para bien o para mal.

Ahora los unía la aflicción, y eran pocos quienes precisaban palabras para expresarla.

Joseph y Hannah los recibían en la puerta principal. Matthew y Judith ya habían entrado, ella en el salón y él, en principio, para ir en busca del vino y escanciarlo.

Hicieron pasar al último invitado y Joseph lo siguió. Estaba atravesando el vestíbulo cuando Matthew salió del estudio de John con cara de preocupación.

—Joseph, ¿has estado ahí dentro esta mañana?

—¿En el estudio? No. ¿Por qué? ¿Has perdido algo? —No. No había vuelto a entrar desde anoche.

De haber presentado un semblante menos preocupado Joseph se habría impacientado, pero la inquietud que torcía el gesto de su hermano le llamó la atención.

—Si no has perdido nada, ¿qué ocurre? —preguntó.

—He sido—el último en salir esta mañana —contestó Matthew en voz muy baja para evitar que alguno de los presentes lo oyera—. Después de la señora Appleton —prosiguió—, y ella no ha regresado, ha estado todo el tiempo en el funeral.

—¿Dónde querías que estuviera!

—Alguien ha estado ahí dentro —dijo Matthew quedamente, pero sin ningún titubeo o tono de interrogación en la voz—. Sé exactamente cómo lo dejé todo. Son los papeles. Están perfectamente apilados y dejé algunos un poco salidos, a modo de punto.

—¿Horatio? —preguntó Joseph, pensando en el gato.

—La puerta estaba cerrada —respondió Matthew.

—Entonces será que la señora Appleton... —Joseph dejó la frase por la mitad al ver la expresión grave de Matthew—. ¿Qué estás insinuando?

—Alguien ha entrado aquí mientras nosotros estábamos en el funeral —contestó Matthew—. Nadie habrá reparado en los ladridos de Henry, ya que estaba encerrado en la caseta del jardín.

No veo que falte nada..., y no me salgas con que fue un vulgar ratero. Cerré con llave, y no me olvidé de la puerta de atrás. Además, un ladrón no hubiese revisado los papeles de nuestro padre, se hubiera llevado la plata y los adornos fáciles de transportar. El jarrón de cristal y plata sigue sobre la repisa de la chimenea y las cajas de rapé encima de la mesa, y no digamos ya el Bonnington, que es lo bastante pequeño como para transportarlo sin problemas.

Las ideas se agolpaban atropelladamente en la cabeza de Joseph, pero antes de que pudiera expresar ninguna de ellas con palabras,

Hannah salió del comedor. Escrutó los semblantes de sus hermanos y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

—Matthew ha extraviado algo, eso es todo —contestó Joseph

Voy a ver si lo ayudo a encontrarlo. Enseguida me reúno con vosotros.

—¿Tan importante es eso ahora? —inquirió ella agudizando la voz, que casi se le quebró—. ¡Por el amor de Dios, ven y habla con la gente! ¡Te están esperando! ¡No puedes dejarlos plantados! ¡Es horrible!

—Prefiero echar un vistazo antes —contestó Matthew con firmeza antes de que lo hiciera Joseph—. ¿Has estado arriba desde que has vuelto a casa?

Hannah, que no daba crédito, abrió los ojos como platos.

—¡Pues claro que no! Tenemos a medio pueblo en casa, son nuestros invitados, ¿o es que no te has dado cuenta?

Matthew dirigió una mirada a Joseph y luego, volviéndose hacia Hannah, dijo en voz baja:

—Es importante. Lo siento. Bajaré dentro de nada. ¿Joe?

Matthew respiró hondo, fue hasta el pie de la escalera y subió.

Joseph lo siguió. Hannah se quedó en medio del vestíbulo, echando chispas. Cuando aquél alcanzó el rellano, Matthew se encontraba en la entrada del dormitorio de sus padres, recorriendo el interior con la mirada como para memorizar cada objeto, cada línea y cada sombra, así como las brillantes listas de luz que entraban por la ventana y cruzaban las tablas del entarimado y la alfombra. Resultaba dolorosamente familiar; todo seguía tal como recordaba: la cómoda de roble oscuro con los cepillos de su padre y la caja de piel que Alys le había regalado para los gemelos de los puños y los cuellos de las camisas; el tocador de Alys, con el espejo ovalado cuyo soporte necesitaba un calzo de papel para mantenerse en el ángulo adecuado; las bandejas y boles de cristal tallado para las horquillas, los polvos, los peines, el armario ropero con la sombrerera redonda en lo alto.

Allí le había dicho a su madre que iba a dejar los estudios de Medicina porque no soportaba la impotencia que sentía ante el dolor cuando no estaba en condiciones de aliviarlo, a sabiendas de la decepción que se llevaría su padre. John había deseado

ardientemente que fuese médico, aunque nunca le explicó por qué. Apenas dijo nada al enterarse, aunque no comprendió la decisión de su hijo, a quien su silencio hizo más daño que cualquier acusación o exigencia de explicaciones.

Y más adelante Joseph había vuelto a entrar allí para anunciar a su madre que iba a casarse con Eleanor. Fue un día de invierno en que la lluvia repiqueteaba en las ventanas. Alys se estaba arreglando el pelo después de cambiarse para cenar. Siempre había tenido un cabello precioso.

Joseph se obligó a regresar al presente.

—¿Falta algo? —preguntó en voz alta.

—Me parece que no. —Matthew no hizo ademán de entrar—. Pero puede que sí, porque noto algo distinto.

—¿Estás seguro? —Fue una pregunta estúpida ya que era obvio que Matthew no lo estaba. Sencillamente ansiaba negar una realidad que iba cobrando forma y afianzándose en su mente a cada segundo que pasaba—. No veo nada —agregó.

—Espera un momento. —Matthew levantó la mano como para impedir que Joseph lo adelantara, si bien éste no se había movido—. Hay algo... Todavía no sé exactamente el qué... Está... muy ordenado. No da la impresión de que alguien acabe de salir.

—La señora Appleton... —dijo Joseph.

—No —lo interrumpió Matthew—. Es demasiado pronto para que haya entrado aquí. Aún le parecerá una intromisión, como si lo hiciera a espaldas de mamá.

—Judith? ¿O Hannah?

—No —repuso Matthew con aplomo—. Hannah tal vez haya echado un vistazo, pero seguro que no ha tocado nada, al menos por el momento. Y lo último que haría Judith sería entrar aquí. A menos que... Preguntaré, pero lo dudo mucho. —Inspiró profundamente—. Son las almohadas. No están como mamá solía ponerlas, y nadie de esta casa las habría dispuesto de este modo.

—¿No es así como las pone la mayoría de la gente?

Joseph dirigió la vista hacia la cama de matrimonio con su cobertor hecho a mano y los cuadrantes a juego, uno al lado del otro. El conjunto presentaba un aspecto de lo más normal, como el de cualquier otro dormitorio. Entonces un breve recuerdo acudió a su mente mientras rememoraba la escena de cuando le había dicho a su madre que Eleanor estaba embarazada. Se había puesto muy contenta. Vio su rostro y la cama tras ella, con los cuadrantes en ángulo, uno un poco encima del otro. El conjunto respiraba una despreocupada comodidad, no la rígida formalidad de ahora.

—Alguien ha estado aquí —convino. El corazón le latía con tanta fuerza que le faltaba el aire—. Han registrado la casa mientras todos asistíamos al funeral. —El pulso le golpeaba los oídos—. ¿Buscarían el documento, tal como hicimos nosotros?

—Sí —repuso Matthew—. Eso significa que papá llevaba razón: no cabe duda de que tenía algo. —Hablabla con voz clara y fuerte, como si esperara que lo contradijeran—. Y no se lo arrebataron.

Joseph tragó saliva con dificultad, consciente de la magnitud de lo que se ocultaba detrás de aquella frase.

—Aún no lo tienen, puesto que no estaba aquí. Hemos buscado en todas partes. ¿Dónde crees que puede estar?

—¡No lo sé! —Matthew estaba perplejo. Sus pensamientos corrían más que sus palabras, pero eso no le impedía constatar los hechos—. No sé lo que hizo con él pero desde luego ellos no lo tienen, de lo contrario no seguirían buscando, y nosotros tampoco.

—¿Quiénes son «ellos»? —inquirió Joseph.

Matthew se volvió hacia él, desconcertado y con la emoción a flor de piel.

—No tengo ni idea. Te he contado todo lo que él me dijo.

Un rumor de voces subía por la escalera. En algún lugar próximo a la cocina sonó un portazo. Él y Matthew deberían estar abajo atendiendo a los invitados. Era injusto que Judith y Hannah se encargaran solas de darles conversación, agradecerles su presencia allí y aceptar sus condolencias. Miró por encima del hombro.

—¡Joe!

Joseph se volvió otra vez. Matthew lo miraba fijamente con expresión sombría.

—No se trata sólo de qué contenía ese documento y qué ha sido de él —dijo en voz baja, como si le preocupara que alguien pudiera oírlo desde el vestíbulo—. Se trata de a quién implica. ¿De dónde lo sacó papá? Obviamente, quienes quiera que sean ellos, saben que él lo tenía, de lo contrario no hubiesen venido a buscarlo aquí.

Dejó que aquellas palabras flotaran en el aire, apoyando la mano, con los nudillos blancos, en el marco de la puerta.

Joseph fue captando la idea despacio. La enormidad y el espanto que contenía impedía asimilarla de buenas a primeras. Al cabo, una vez asumida, ya no cupo negarla.

—¿Fue un accidente? —preguntó con la boca seca.

Matthew permaneció inmóvil, apenas parecía que respirara.

—No lo sé —respondió—. Si el documento era lo que dijo que era y las personas a quienes se lo había quitado sabían que me lo iba a enseñar, lo más probable es que no.

Oyeron un paso al pie de la escalera.

Joseph giró sobre sus talones. Hannah estaba abajo con la mano apoyada en el poste, muy pálida, esforzándose por conservar la compostura.

—¿Qué pasa? —preguntó abruptamente—. ¡La gente empieza a preguntar dónde estáis! Tenéis que hablar con ellos, no podéis eludir vuestra responsabilidad. Todos nos

sentimos como...

—Ya vamos —la interrumpió Joseph, comenzando a bajar la escalera. No debían asustarla con la verdad, por descontado, al menos en aquel momento—. Matthew había perdido algo, pero ya ha recordado dónde lo dejó.

—Tienes que hablar con la gente —repitió Hannah cuando la alcanzó—. Esperan que todos lo hagamos. Tú ya no vives aquí, pero eran los vecinos de mamá y la querían.

Joseph le rodeó el hombro con el brazo.

—Sí, claro que sí. Me consta.

Hannah sonrió, aunque su rostro seguía reflejando enojo y frustración, así como un inmenso dolor imposible de disimular. Hoy había ocupado el lugar de su madre y detestaba todo lo que aquello significaba.

Joseph no volvió a ver a su hermano a solas hasta minutos antes de cenar. Condujo a Henry hasta el jardín al declinar el día y observó cómo iba menguando la luz, que teñía de dorado las copas de los árboles. Levantó la vista hacia las bandadas de estorninos, arremolinándose como hojas secas surcando el cielo luminoso, semejaban una infinidad de motas oscuras que un viento invisible zarandease.

No oyó a Matthew acercarse silenciosamente detrás de él y se sobresaltó cuando el perro se volvió meneando la cola.

—Mañana por la mañana acompañaré a Hannah a la estación —dijo Matthew—. Tomará el tren de las diez y cuarto. Así llegará a Portsmouth cómodamente antes de la hora del té. Hay una buena conexión.

—Supongo que debería regresar a Cambridge —repuso Joseph—. Aquí ya no hay nada más que hacer. Pettigrew nos avisará si nos necesita para algo. Judith se quedará en la casa. Me figuro que ya te lo habrá dicho. De todos modos, a la señora Appleton le vendrá bien tener de quien ocuparse.

Dijo esto último irónicamente. Estaba tan preocupado por Judith como lo habían estado John y Alys. No daba muestras de decidirse por nada y en general parecía no hacer más que perder el tiempo. Ahora que sus padres ya no estarían allí, las circunstancias la obligarían a tomar las riendas de su futuro, pero aún era demasiado pronto para hablar con ella de eso.

—¿Cuánto tiempo puede mantener la casa con el dinero disponible mientras se autentifica el testamento? —preguntó Matthew, metiéndose las manos en los bolsillos y siguiendo la mirada de Joseph a través de los campos hasta un bosquecillo cuya silueta se recortaba contra el cielo.

Ambos estaban evitando decir lo que realmente pensaban: ¿cómo sobrellevaría la pena? ¿Contra quién se rebelaría ahora que Alys no estaría allí? ¿Quién velaría para que no se dejara llevar por el desenfreno hasta hacerse un daño irreparable? ¿Hasta qué punto la conocían como para empezar a mostrar el amor, la paciencia, la mano que la guiase, que

súbitamente habían pasado a ser responsabilidad de los hermanos?

Sin embargo, era demasiado pronto. Ninguno de ellos estaba preparado todavía.

—Según dijo Pettigrew, alrededor de un año —respondió Joseph—. Algo más, de ser necesario. Ahora bien, es preciso que haga algo más que perder el tiempo con sus amigos y recorrer la campiña en ese coche que tiene. Ignoro si papá sabía dónde suele ir ni a qué velocidad.

—¡Claro que lo sabía! —replicó Matthew—. Es más, estaba bastante orgulloso de su pericia al volante..., así como del hecho de que sea mejor mecánico que Albert. Apuesto a que empleará parte de su herencia en la compra de un nuevo coche —agregó, encogiéndose de hombros—. Más rápido y elegante que el Modelo T. ¡Eso si no se decide por uno de carreras!

Joseph tendió la mano.

—¿Qué te juegas?

—¡Nada que no pueda perder! —respondió Matthew con sequedad—. Supongo que no habrá forma de impedirselo...

—¿Cómo? —preguntó Joseph—. Tiene veintitrés años. Hará lo que quiera.

—¡Siempre ha hecho lo que ha querido! —exclamó Matthew—. ¿Si al menos se hiciera cargo de la realidad! La económica, quiero decir.

No era eso lo que quería decir, y ambos lo sabían. Se trataba de algo que iba más allá del dinero. Judith necesitaba una meta, algo que le permitiera manejar su pesar.

Joseph enarcó las cejas.

—¿Acaso estás insinuando que es responsabilidad mía el decírselo?

¡Claro que era su responsabilidad! Era el hermano mayor, el que iba a ocupar el lugar de su padre, y eso dejando a un lado el hecho de que vivía en Cambridge, que estaba unos cinco kilómetros, mientras que Matthew residía en Londres. Si se sentía contrariado era porque aquello lo cogía desprevenido. En lo profundo de su alma existía un pozo de ira que ni siquiera osaba mentar, un dolor que le daba miedo.

—¡Así es! —convino Matthew con una sonrisa. Ésta se esfumó rápidamente y salió a relucir la oscuridad que lo invadía—. Pero hay algo que debemos hacer antes de que te marches. En realidad, ya tendríamos que haberlo hecho.

Joseph supo lo que iba a decir un instante antes de que lo dijera.

—El accidente. —Matthew empleó la palabra sin excesivo rigor. Una mitad de su rostro era como de bronce a la luz mortecina del ocaso; la otra quedaba oculta en la sombra—. No sé si cabrá discernir algo a estas alturas, pero hemos de intentarlo. No ha llovido desde que ocurrió. De hecho, no recuerdo un verano mejor que éste.

—Yo tampoco. —Joseph miró a lo lejos—. Hoy se jugaba la final de Wimbledon. Ninguna interrupción por el tiempo. Norman Brookes y Anthony Wilding.

No se le podía haber ocurrido nada menos importante pero era un comentario agradable, una manera de sortear el dolor.

—Shearing me ha telefoneado —contestó Matthew—. Me ha dicho que ha ganado Brookes, y Dorothea Chambers se ha proclamado campeona femenina.

—Era de esperar. ¿Quién es Shearing?

Joseph trataba de ubicar a un amigo de la familia, alguien que hubiese llamado para disculparse por no estar presente. Acarició con ternura la cabeza del perro.

—Calder Shearing —respondió Matthew—. Mi jefe en el Servicio de Inteligencia. Sólo quería darme el pésame y, por supuesto, saber cuándo iba a regresar.

Joseph volvió a mirarlo.

—¿Y cuándo lo harás?

Matthew sostuvo su mirada.

—Mañana, una vez hayamos ido a la carretera de Hauxton. No podemos permanecer aquí indefinidamente. Todos debemos seguir adelante con nuestras vidas y, cuanto más lo demoremos, más nos costará hacerlo.

Era horrible pensar que semejante violencia fuese deliberada. No soportaba imaginar que alguien hubiese planeado y llevado a cabo el asesinato de sus padres. Sin embargo, la alternativa era que la mente perspicaz y lógica de John Reavley hubiera perdido el control de sí, llevándolo a huir de una amenaza que no era real sino una disparatada ocurrencia. Eso era mucho peor. Se negaba a creerlo.

—¿Y si no fue un accidente? —preguntó Joseph. ¿Por qué costaba tanto expresarlo en voz alta?

Matthew fijó la vista en el último arbol bermellón y ámbar que el sol encendía en las nubes del horizonte, y en las sombras de los árboles alargadas a través de los campos. La brisa del crepúsculo traía un penetrante aroma a heno y tierra seca mezclado con el dulzor del césped recién cortado. El tiempo de la siega estaba próximo. Había un puñado de amapolas, escarlatas como un rasguño sanguinolento, en la penumbra dorada del campo. El viento se había llevado todos los pétalos de los espinos de los setos y en unos pocos meses éstos se hallarían cuajados de bayas.

—No lo sé—contestó—. ¡Ésa es la cuestión! No podemos contárselo a nadie porque no sabemos en quién confiar. Nuestro padre no se fió de la policía, de lo contrario no habría emprendido el viaje a Londres. Pero aun así, necesito comprobarlo. ¿Tú no?

Joseph reflexionó por un instante.

—Sí —admitió—. Sí. Necesito saberlo.

A la tarde del día siguiente, 3 de julio, Matthew y Joseph se dirigieron de nuevo a la comisaría de Great Shelford y preguntaron si podían mostrarles sobre un mapa el lugar exacto donde había ocurrido el accidente. El sargento se lo indicó de mala gana.

—No vayan a ver ese sitio —dijo con tristeza—. Es lógico que quieran comprender lo que pasó, pero allí no hay nada que ver. No hubo nadie más implicado, ningún jovencito demasiado borracho conduciendo más deprisa de lo que debía. Le aconsejo que lo olvide.

—Gracias —respondió Matthew con una sonrisa forzada—. Sólo quiero echar un vistazo. ¿Ha dicho que fue aquí? —Señaló el mapa con el dedo.

—Exacto, señor. En dirección al sur.

—¿Ha habido otros accidentes ahí con anterioridad?

—Que yo sepa, no, señor. —El sargento frunció el entrecejo—. No me explico lo ocurrido, pero lo cierto es que a veces las cosas son así. Los Lanchester son buenos coches, capaces de correr a bastante velocidad. No me extrañaría que alcanzaran los ochenta kilómetros por hora. Un pinchazo repentino puede hacerte salir de la carretera. Le pasaría a cualquiera.

—Gracias —dijo Joseph en tono enérgico. Deseaba terminar con aquello e inspeccionar personalmente el lugar de los hechos. Zanzar el asunto. Estaba aterrado. Encontraran lo que encontrasen, su mente recrearía una imagen de lo que allí había sucedido. El resultado final sería el mismo, con independencia de la causa. Se volvió y salió de la comisaría. Fuera el aire era húmedo. Las nubes se apelotonaban en el oeste y unas moscas —las típicas mosquillas negras que anunciaban lluvia— diminutas se le posaban en la piel.

Fue hasta el coche y ocupó su asiento y aguardó a que Matthew hiciera lo mismo.

Se dirigieron hacia el oeste atravesando Little Shelford y Hauxton hasta la carretera de Londres, donde giraron hacia el norte en dirección al puente del molino. Era un trayecto de unos seis kilómetros en total. Matthew pisó a fondo el acelerador, echándole una carrera a la tormenta. No se molestó en dar explicaciones, pues le constaba que Joseph sabía por qué corría.

Llegaron al puente en cuestión de minutos. Matthew se vio obligado a frenar bruscamente para no pasar de largo el lugar indicado en el mapa. Detuvo el coche a un lado de la carretera, levantando una nube de polvo y gravilla con los neumáticos.

—Lo lamento —dijo—. Más vale que nos demos prisa. Empezará a llover en cualquier momento.

Saltó del vehículo, seguido de Joseph.

A sólo unos veinte metros vio el hueco que el coche había abierto en la hierba al salirse de la carretera, cruzando el amplio arcén, aplastando retamas y dedaleras. También había arrancado un árbol joven y esparcido unas cuantas piedras antes de chocar contra un grupo de abedules, dejando marcas en los troncos y desgajando una rama baja que había caído unos metros más adelante, cuyas hojas empezaban a marchitarse.

Matthew se detuvo junto a los arbustos de retama contemplando el estropicio.

Joseph lo alcanzó. De pronto se sintió idiota y más vulnerable a cada instante que



pasaba. No tendrían que haber ido allí. Habría sido mucho mejor dejarlo librado a la imaginación. Ahora ya no lograría olvidarlo nunca.

Un sordo retumbar de truenos llegó desde el oeste, semejante al bramido de advertencia de una enorme bestia oculta más allá de los árboles y los campos silenciosos.

—No vamos a sacar nada en claro —dijo Joseph en voz alta—. El coche se salió de la carretera. Nunca sabremos por qué.

Matthew no le hizo el menor caso y siguió escrutando la estela de destrozos producida por el accidente.

Joseph siguió su mirada. Al menos la muerte de sus padres debió de ser rápida, advirtió, casi instantánea, un momento de terror al advertir que habían perdido el control, una sensación de velocidad loca y destructora, y luego, tal vez, un ruido metálico y un golpe, nada más. Todo en cuestión de segundos, menos tiempo del que llevaba imaginarlo.

Matthew se volvió y regresó a la carretera bordeando el rastro que había dejado el coche, poniendo mucho cuidado en no pisarlo aunque no hubiera más que plantas destrozadas. El suelo estaba demasiado seco como para que observasen marcas de ruedas.

Joseph estaba a punto de repetir que no había nada que ver allí cuando se dio cuenta de que Matthew se había detenido y observaba detenidamente el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué has encontrado?

—El coche iba zigzagueando —contestó Matthew—. ¡Mira eso! —Señaló hacia el borde de la carretera, donde, unos diez metros más adelante, había otro macizo de dedaleras aplastadas—. Ahí es donde se salió de la calzada por primera vez —añadió—. Papá intentó recobrar el control pero no lo consiguió. Un pinchazo no provocaría eso, al menos no de este modo. Lo sé muy bien porque tuve uno.

—Hubo más de un pinchazo —le recordó Joseph—. Los cuatro neumáticos estaban reventados.

—Pues entonces había algo en la carretera que lo causó —afirmó Matthew con convicción—. La posibilidad de que se produzcan cuatro pinchazos espontáneos en el mismo momento ni siquiera merece ser considerada.

Echó a correr hasta la altura del primer macizo de dedaleras rotas, donde aminoró el paso y se puso a inspeccionar el suelo.

Joseph fue tras él, mirando a un lado y a otro, al frente y atrás. Fue el primero en descubrir las diminutas rayas sobre la superficie de macadán. Miró de reojo y vio otra a menos de un palmo, y luego otra más.

—¡Matthew!

—Sí, ya las veo.

Matthew llegó hasta la línea y se puso en cuclillas. Una vez halladas era fácil seguirles el rastro a través de la carretera. Separadas entre sí por una distancia menor a la anchura de

un neumático de coche, eran marcas muy superficiales, salvo en dos sitios separados por la longitud del eje, donde parecían más profundas, formando hendiduras en el pavimento. Habida cuenta del calor que imperaba aquel verano, con un día soleado tras otro, el alquitrán se habría reblandecido más de lo habitual, por lo que resultaba más fácil de señalar. En invierno quizá no hubiese quedado rastro alguno.

—¿Qué son? —preguntó Joseph, que no atinaba a entender qué había podido reventar los neumáticos de un coche en movimiento dejando aquellas marcas para luego desaparecer tanto de la carretera como de los neumáticos. Claro que, por otra parte, nadie había buscado algo así.

Matthew se puso de pie. Estaba muy pálido.

—No puede tratarse de clavos —dijo—. ¿Cómo te las arreglarías para sembrar una carretera de clavos con la punta hacia arriba y conseguir no sólo que únicamente el coche que quisieras pasase por encima de ellos, sino que no quedasen hundidos en los neumáticos, de modo que la policía no los encontrara al investigar el accidente?

—Los esperaron —contestó Joseph. El corazón le latía con tanta fuerza que le temblaba todo el cuerpo. Se puso hecho una furia al pensar que alguien pudiera tener la sangre fría de colocar semejante trampa en la carretera para luego ocultarse al acecho de un vehículo y ver cómo éste se estrellaba. Sintió que le faltaba el aire al imaginarlos caminar hacia los restos del coche, no hacer caso de los cuerpos rotos y ensangrentados, quizá todavía con vida, y buscar el documento. Y al no encontrarlo, sencillamente se marcharon, tomando la precaución de llevarse consigo lo que había causado el accidente.

Los odió tanto que en un momento el acaloramiento le dejó la piel bañada en sudor. Al cabo de nada se encontró temblando incontrolablemente, y ello a pesar del calor y de que no soplabla una gota de viento. Más mosquillas se le posaron en el rostro y las manos.

Matthew había vuelto al margen de la carretera, sólo que al lado opuesto del lugar donde el coche había virado bruscamente. Allí la cuneta era más honda y estaba cubierta de primulas. Había una línea recta y estrecha que las cruzaba justo desde el borde del macadán y se prolongaba a través de la cuneta y más allá de ésta.

Mareado, con la visión borrosa salvo por una claridad cristalina en el centro, Joseph vio un abedul joven junto al seto. Un trozo deshilachado de cuerda colgaba del tronco e iba a clavarse en la corteza a un par de palmos del suelo. Acertó a imaginar la fuerza que lo había causado, podía verlo, el Lanchester amarillo con John Reavley al volante y Alys a su lado, posiblemente a unos setenta y cinco kilómetros por hora, golpeándolo... Pero ¿golpeando el qué?

Se volvió hacia Matthew, deseoso de que éste lo desmintiera, de que borrara lo que acababa de imaginar.

—Abrojos —dijo Matthew en voz baja, meneando como si así fuera a librarse de la idea.

—¿Abrojos? —preguntó Joseph, perplejo.

—Unas piezas de hierro formadas por cuatro puntas o cuchillas dispuestas en tal forma que siempre presentan una hacia arriba —explicó Matthew, juntando los dedos para mostrárselo—. Como las que ponen en el alambre de espino, sólo que más grandes. Se usaban en la Edad Media para derribar a los caballeros de sus monturas.

Los truenos retumbaron de nuevo, esta vez más cerca. Hacía tanto calor que costaba respirar.

—En una cuerda —prosiguió Matthew. No miraba a Joseph, como por miedo a ver su expresión—. Supongo que aguardaron aquí hasta que oyeron que el coche se aproximaba y, entonces, tras comprobar que se trataba del Lanchester, cruzaron la carretera a toda prisa hasta el otro lado y la ataron. —Agachó la cabeza por un instante—. Aunque papá la hubiese visto —añadió con voz quebrada—, le habría sido imposible evitarla. —Titubeó por un instante, inspirando profundamente—. Luego cortaron la cuerda, de un hachazo a juzgar por su aspecto, y se llevaron el horrendo dispositivo consigo.

Al fin estaba claro. Joseph no dijo nada. Todo resultaba espantosamente real, ya no había lugar para la duda. John y Alys Reavley habían sido asesinados: él para que no hablara y recuperar el documento; ella porque la casualidad había querido que lo acompañase. ¡Era algo brutal, monstruoso! El dolor se apoderó de él. Podía ver el terror en el rostro de su madre, a su padre esforzándose desesperadamente para no perder el control del coche sabiendo que no lo conseguiría, la destrucción física, la impotencia. ¿Habían tenido tiempo de comprender que iban a morir y que no podían hacer nada el uno por el otro, ni siquiera tocarse o decirse adiós por última vez?

Y él tampoco podía hacer nada. Era agua pasada, algo concluido, fuera de su alcance. Sólo quedaba la ira. Encontrarían a los responsables. Las víctimas eran su padre y su madre. Alguien había eliminado a dos personas buenas, arrebatándoselas a sus seres queridos. ¿Quién lo había hecho? ¿Qué clase de gente era capaz de algo así, y por qué?

Tenían que hallarlos, detenerlos. Aquello no tenía que ocurrir otra vez.

Haría lo que debía. Sería amable, obediente y honorable, pero no volvería a sufrir de ese modo. Sería incapaz de soportarlo.

—¿Estará a salvo Judith? —preguntó de repente—. ¿Y si vuelven a ir a casa?

La idea de tener que contarle la verdad era muy desagradable, pero ¿cómo evitarlo?

—No volverán. —Matthew se enderezó, un tanto vacilante—. Saben que no está allí, ¡y no tengo ni idea de dónde puede estar!

Estaba a punto de perder el dominio de sí mismo. Miró fijamente a Joseph deseando que le echase una mano, que le diera una respuesta que no lograba encontrar.

Un trueno estalló en el cielo justo encima de ellos y comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia, reventando calientes contra ellos y la carretera.

Joseph cogió a Matthew del brazo y ambos se dirigieron hacia el coche, echando una carrera corta antes de montar apresuradamente y desplegar con torpeza la capota mientras

el cielo se partía y una lluvia torrencial se arremolinaba sobre los campos y los setos, chorreando en el parabrisas y golpeteando contra el metal de la carrocería. El destello de un rayo iluminó fugazmente la campiña.

Matthew arrancó el motor, cuyo rugido lleno de vida supuso un alivio. Metió la marcha y avanzó lentamente por la carretera cubierta de agua. Ninguno de los dos dijo nada.

Cuando el chaparrón amainó y pudieron abrir las ventanillas, el aire olía intensamente a lluvia recién caída sobre la tierra agostada. Era una fragancia sin igual, tan penetrante y limpia que no se cansaban de respirarla. Volvió a salir el sol e hizo relucir las carreteras mojadas y las brillantes hojas de los setos.

—¿Qué te dijo nuestro padre exactamente? —preguntó Joseph una vez que hubo recobrado el dominio de sí y se sintió nuevamente con fuerzas para hablar casi con normalidad.

—Lo he repetido tantas veces que ya no estoy seguro de nada —contestó Matthew sin apartar los ojos de la carretera—. Pensaba que había dicho que iba a llevármelo a Londres, pero ahora no lo sé... Y puesto que ellos no lo encontraron, y sin duda lo buscaron, igual que nosotros, me parece que la única alternativa es que lo escondiera en algún lugar.

Se mostraba bastante sereno, planteándolo como si se tratara de un problema intelectual que tuviera que resolver, como si la pasión que lo embargaba jamás hubiese existido.

—Hemos de decírselo a Judith —señaló Joseph, atento a la reacción de su hermano—. Aparte de cerrar la casa a cal y canto cuando se quede a solas, tiene derecho a saberlo. Y Hannah también..., aunque quizá más adelante.

Matthew guardó silencio. Otro relámpago brilló a lo lejos y al cabo se oyó un trueno por la parte del sur.

Joseph iba a repetir lo que acababa de decir cuando Matthew se decidió a hablar.

—Supongo que debemos hacerlo, pero deja que sea yo quien se lo diga.

Joseph no discutió. Si Matthew creía que Judith le permitiría eludir algún aspecto sobre el asunto, era que no conocía a su hermana pequeña tan bien como él.

Cuando llegaron a St. Giles comenzó a llover otra vez. Ambos se alegraron de salir del coche y aprovechar el pretexto de estar empapados para evitar conversar de inmediato. Bastante emotivo resultaba ya despedirse de Hannah mientras Albert cargaba su equipaje en el Ford. No quería que nadie la acompañara a la estación.

—¡Prefiero que no vengáis! —dijo con cierta premura—. Si voy a romper a llorar, permitidme que lo haga aquí, no en el andén.

Nadie le llevó la contraria. En el fondo quizá preferían hacerlo así. Hannah los abrazó sin saber qué decir ni cómo evitar que se le quebrara la voz. Luego, levantando tanto la cabeza que a punto estuvo de tropezar con el escalón, aunque éste llevaba allí desde

siempre, siguió a Albert hasta el coche. Joseph, Matthew y Judith permanecieron en el umbral hasta que el vehículo se perdió de vista. Entonces Joseph cruzó el césped y cerró la verja.

—Sé perfectamente lo que vais a decirme —dijo Judith a la defensiva cuando aún estaban sentados en el comedor después de cenar. Henry dormía en el suelo. La tormenta hacía rato que había terminado y unos nubarrones dispersos oscurecían intermitentemente las últimas luces del día.

—Me parece que no.

Matthew dejó su taza de café en el plato y contempló a Judith muy serio.

—¿No deberías ser tú quien hiciera esto? —preguntó ella en tono desafiante, mirando a Joseph, y haciendo patente su furia en la voz y los ojos—. ¿Por qué no me dices lo que tengo que hacer? ¿Te faltan agallas? ¿O es que sabes que será una pérdida de tiempo? ¡Eres sacerdote! ¡Es una cobardía no intentarlo siquiera! ¡Papá siempre lo intentaba!

Lo estaba acusando de no ser como su padre, de no mostrarse lo bastante sensato, paciente y persistente. Joseph sabía que tarde o temprano sucedería. Sentía un profundo dolor y también, igual que ella, una rabia profunda, pues nadie lo había preparado para aquello. John Reavley se había marchado dejando una tarea inconclusa y a nadie para que le reemplazara, como si no le importase.

—Judith... —comenzó Matthew.

—¿Ya lo sé! —lo interrumpió ella—. La casa es de Joseph, pero puedo vivir aquí mientras él no la necesite, y ahora no la necesita. Ya hemos hablado de eso. Pero no puedo seguir perdiendo el tiempo. Ésa es la condición. O bien me caso, o bien encuentro algo provechoso a lo que dedicarme, a ser posible que esté lo bastante bien remunerado para costearme la alimentación y la ropa. —Tenía los ojos enrojecidos y arrasados en lágrimas—. ¿Por qué no tienes el valor de decírmelo? ¡Papá lo habría hecho! Y no necesito un jardinero, una cocinera, un criado y una criada que cuiden de mí. —Lo fulminó con la mirada—. De eso me he dado cuenta sin ayuda de nadie. —Dirigió una mirada de soslayo a Joseph, cargada de desdén.

Joseph se sintió herido, pero carecía de argumentos en su defensa. Era la verdad.

—¡En realidad no iba a decirte nada de eso! —exclamó Matthew en tono áspero—. Joseph me ha explicado que eras perfectamente consciente de la situación. Lo que iba a decirte es por qué papá fue a verme el día que lo mataron y lo que hemos descubierto desde entonces. Hubiese preferido mantenerte al margen, pero creo que no podemos permitirnoslo, y además Joseph piensa que tienes derecho a saberlo.

Una breve expresión de disculpa dejó paso al miedo. Judith se mordió el labio inferior y preguntó con voz ronca:

—¿Saber el qué?

Matthew le refirió sucintamente la llamada telefónica que había recibido de John

Reavley, admitiendo que no estaba seguro de cuáles habían sido sus palabras exactas.

—Y mientras nos encontrábamos en el funeral, alguien registró la casa —concluyó—. Por eso Joseph y yo tardamos en reunirnos con vosotras en el comedor.

—Bien, ¿y dónde está? —preguntó Judith, mirando primero a uno y luego al otro. A su enfado se sumaba la confusión y el principio de un acuciante miedo.

—No lo sabemos —contestó Matthew—. Hemos mirado en todos los sitios que se nos han ocurrido. Hasta hemos ido al lavadero y a la leñera esta mañana, pero no hemos encontrado nada.

—Entonces, ¿quién lo tiene? —Judith se volvió hacia Joseph—. Porque existe, ¿verdad?

Joseph no estaba preparado para hacer frente a aquella pregunta, pues ponía en entredicho la fe en su padre, a lo que se negaba en redondo a renunciar.

—Sí, claro que existe —respondió en tono cáustico. Percibió la duda que anidaba en los ojos de su hermana, cuyo esfuerzo por creer y comprender la situación iba mucho más allá de lo que él estaba dispuesto a admitir—. Hemos ido al tramo de carretera donde se produjo el accidente — prosiguió con palabras medidas pero precisas—. Hemos visto el sitio donde el coche comenzó a zigzaguear y donde finalmente salió del arcén y se estrelló contra los árboles...

Matthew fue a decir algo, pero cambió de parecer y, pestañeando de prisa, se volvió.

Judith miraba fijamente a Joseph, aguardando a que justificara lo que le estaba diciendo.

—Una vez que entendimos lo que ocurrió, nos quedó bastante claro —continuó él—. Alguien utilizó una especie de alambre de púas atado a una cuerda... Un extremo todavía estaba anudado al tronco de un árbol joven... Lo extendieron a través de la carretera deliberadamente. Había marcas en el macadán.

Joseph vio la incredulidad reflejada en el rostro de su hermana.

—¡Pero eso es un asesinato! —exclamó Judith.

—En efecto.

Judith meneó la cabeza y por un instante Joseph creyó que le faltaba el aire. Le tendió una mano y ella la agarró con tanta fuerza que se le puso morada.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó por fin—. Porque vais a hacer algo, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —Matthew levantó la cabeza de golpe—. Claro que vamos a hacer algo. Pero todavía no sabemos por dónde empezar. No conseguimos encontrar el documento y, por tanto, desconocemos su contenido.

—¿De dónde lo sacó papá? —preguntó ella, procurando hablar con firmeza y mostrar cierto dominio de sí misma—. Quien se lo dio sabrá de qué iba.

Matthew hizo un gesto de impotencia.

—¡No tengo ni idea! Podría ser cualquier cosa: corrupción gubernamental, un escándalo financiero o, ya puestos, un escándalo que incluyera a miembros de la familia real. Puede ser de índole política o diplomática. Quizá se trate de una solución deshonrosa al problema irlandés.

—El problema irlandés no tiene solución, ni honorable, ni deshonrosa —replicó Judith, al borde de la histeria—. Pero papá seguía en contacto con unos cuantos de sus antiguos colegas del Parlamento. Quizá se lo entregara uno de ellos.

Matthew se inclinó un poco hacia delante.

—¿Ah, sí? ¿Sabes si se había visto con alguien recientemente? Cuando me telefoneó hacía sólo unas horas que obraba en su poder.

—¿Estás seguro? —preguntó Joseph—. Pues de ser así significa que lo obtuvo el mismo sábado antes de morir. Pero si se tomó un tiempo para meditar antes de llamarte, pudo ser el viernes o incluso el jueves.

—Empecemos por el sábado —propuso Matthew, volviendo a mirar a Judith—. ¿Sabes qué hizo el sábado? ¿Estuvo aquí? ¿Salió? ¿Recibió alguna visita?

—No lo sé —contestó Judith en tono de abatimiento—. Entré y salí varias veces... ¡Ahora me acuerdo! Albert tenía que hacer algo en el huerto. La única que podía saberlo debía de ser... mamá. —Tragó saliva e inspiró entrecortadamente. Seguía aferrando la mano de Joseph; tenía los nudillos blancos por la fuerza con que lo hacía—. ¡Pero no puedes dejarlo correr! ¿Piensas hacer algo al respecto? ¡Si no lo haces tú, lo haré yo! ¡No pueden salirse con la suya!

—Sí, claro que haré algo —aseguró Matthew—. ¡Por supuesto que nadie va a salirse con la suya! Pero papá dijo que se trataba de una conspiración. Eso significa que hay varias personas implicadas, y no sabemos quiénes son.

—Pero... —comenzó Judith, y se interrumpió. Bajó mucho la voz y continuó—. Iba a decir que no podía ser nadie que conozcamos pero no es así, ¿verdad?, ¡sino justo lo contrario! Tuvo que ser alguien que confiara en él, o de lo contrario, no le habría entregado el documento.

Matthew no contestó.

—¡Pertenece al Servicio Secreto! —exclamó Judith con rabia y amargura—. ¿No es ésta la clase de cosas a las que os dedicáis? ¿De qué sirves si no eres capaz de atrapar a quienes han matado a nuestra familia? —Fulminó a Joseph con la mirada—. ¡Y como me digas que los perdone, juro por Dios que te arreo!

—No tendrás que hacerlo —prometió Joseph—. No puedo pedirte que hagas algo que yo tampoco soy capaz de hacer.

Judith escrutó el rostro de su hermano como si lo viese por vez primera.

—Jamás te había oído decir algo así en el pasado, por dura que fuese una situación. — Se inclinó hacia delante y apoyó la frente en su hombro—. ¡Joe! ¿Qué nos está pasando? ¿Cómo es posible que ocurra esto?

Joseph la abrazó.

—No lo sé —reconoció—. No lo sé.

Matthew se restregó los ojos y se echó el cabello hacia atrás con fuerza.

—¿Claro que voy a hacer algo! —repitió—. Por eso nuestro padre iba a contarme lo que sabía. —Había orgullo y furia en su voz. Tenía el rostro transido de amargura por la pérdida de algo que no había forma de recuperar. Seguía esforzándose por mostrarse razonable—. Si se tratara de algo que la policía pudiera resolver, habría acudido a ella. — Miró a Joseph—. No debemos confiar en nadie —advirtió a ambos—. Judith, tienes que asegurarte de cerrar bien la casa cada noche, así como siempre que tú y los sirvientes estéis fuera, sólo por precaución. Creo que no regresarán, pues aquí ya han buscado y saben que nosotros no lo tenemos. Aunque si prefieres instalarte...

—¿En casa de una amiga? ¡Ni hablar! —se apresuró a decir. —Judith...

—Si cambio de parecer, iré a casa de los Manning —dijo en tono áspero—. Diré que me siento sola. Lo comprenderán. ¡Lo prometo! Sólo te pido que no me presiones. Haré lo que me plazca.

—¡Esto sí que es una novedad! —Matthew esbozó una sonrisa, como si necesitara aliviar la tensión.

Judith lo miró con acritud, pero enseguida su expresión se suavizó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Daré con ellos —prometió Matthew con voz ahogada—. No sólo porque mataron a papá y a mamá, sino para evitar que hagan lo que sea que contenga ese documento, si podemos.

—Me alegra que hayas dicho «si podemos» —apuntó Judith devolviéndole la sonrisa—. Dime qué puedo hacer yo.

—En cuanto lo sepa, te lo diré —repuso Matthew—. Prometido. ¡Y llámame si ocurre cualquier cosa! O a Joseph, aunque sólo sea porque tienes ganas de hablar. ¡No dejes de hacerlo!

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! —exclamó Judith, aunque con evidente alivio en la voz. Había recobrado una pizca de seguridad, una sensación conocida, aunque se tratara de una restricción contra la que rebelarse—. Pero descuida que lo haré. —Se aproximó para tocarlo—. Gracias.

\* \* \*



### 3

Joseph encontró su primer día de regreso en St. John's más difícil de lo que había previsto. La antigua belleza de los edificios, con sus ladrillos añejos, las fachadas almenadas y las ventanas con marcos de piedra, lo tranquilizó. Su calma era indestructible; su dignidad, eterna. Sus habitaciones lo envolvieron como una armadura hecha a medida. Miró complacido los irregulares reflejos de la luz en las viejas librerías acristaladas con el íntimo regocijo que suponía conocer al dedillo todos los volúmenes que contenían, los pensamientos y sueños de grandes hombres de todas las épocas. En la pared que quedaba entre las ventanas que daban al patio interior había pinturas de Verona y Florencia. Recordó haberlas elegido para mantener cerca de su corazón aquellas calles de adoquines desgastados por los pasos de sus héroes. Y, por supuesto, ahí estaba, sobre la repisa, el busto de Dante, ese genio de la poesía, de la imaginación, del arte del relato y, por encima de todo, de la comprensión del bien y el mal.

Hasta Bertie, el gato del colegio universitario, flaco y negro como el carbón, se coló por la ventana y le dio la bienvenida, dignándose aceptar un trocito de chocolate.

Joseph había estado fuera lo suficiente como para que se le acumulara el trabajo, y la concentración necesaria para ponerse al día también constituía una especie de cura. El lenguaje de la Biblia era sutil y distinto del habla moderna. Su propia naturaleza hacía necesario que aludiera a cosas cotidianas comunes a toda la humanidad, como la siembra y la cosecha; el agua de la vida material y espiritual; hombres que caminaban despacio calzando sandalias y que sabían el nombre de todas las ovejas de su rebaño. Los ritmos tenían tiempo de repetirse para permitir que el significado penetrara en la mente; su sabor y musicalidad lo alejaban del presente y, por lo tanto, también de su propia realidad.

Los amigos eran quienes más le recordaban su reciente pérdida. Veía la compasión en sus miradas, la inseguridad sobre si hablar de ello o no, qué decir que no resultase una torpeza. Al parecer, todos los estudiantes estaban al corriente de las muertes, cuando no de los detalles.

El director, Aidan Thyer, se mostró muy considerado al preguntarle a Joseph si se sentía preparado para reincorporarse tan pronto. Naturalmente, era apreciado e irremplazable, pero aun así debía tomarse más tiempo si lo necesitaba.

Joseph contestó que había hecho cuanto tenía que hacer y que sus responsabilidades laborales no suponían una carga sino una bendición. Le dio las gracias y prometió dictar su primera clase a la mañana siguiente.

No fue sencillo retomar el hilo tras una ausencia de casi dos semanas, y conseguirlo le exigió poner los cinco sentidos para que el resultado fuese aceptable. Al final de la jornada se encontraba agotado, y se alegró de salir del refectorio después de cenar dejando atrás las vidrieras con los escudos de armas de benefactores que se remontaban hasta principios del siglo XV, el magnífico techo artesonado, con sus vigas talladas y sus ornamentos dorados, las paredes revestidas con paneles de roble Y—, sobre todo, el parloteo de tantas personas

bienintencionadas. Estaba deseando escapar hacia el río.

Comenzó cruzando el estrecho arco del puente de los Suspiros con su calado de piedra como encaje congelado, un pasillo con ventanas hacia los campos de más allá. Pasearía por el césped de los Backs\* Jardines traseros de los colegios universitarios de Cambridge. (N. del T.) que se extendía desde el puente de Magdalene hasta el de las Matemáticas pasando por St. John's, Trinity, Gonville and Caius, Ciare y la capilla de King's College. Quizá se llegaría hasta el estanque de Mili y cruzaría el paso elevado de Causeway hasta Lammas Land. Aún hacía calor. El lento y prolongado crepúsculo todavía duraría una hora y media, por lo menos.

Se encontraba en la poco pronunciada cuesta del puente contemplando por la celosía abierta los reflejos del agua cuando oyó pasos detrás de él. Al volverse vio a un muchacho de veintitantos años. Su rostro era hermoso, de rasgos pronunciados y ojos claros, y su cabello castaño estaba desteñido en las puntas por efecto del largo verano.

—¡Sebastian! —lo saludó Joseph, contento.

—¡Profesor Reavley! Yo... —Sebastian Allard se interrumpió. Se ruborizó levemente, pues tomó conciencia de su ineptitud para decir algo que se ajustara a la situación y tal vez también de no haber asistido al funeral—. Lo lamento mucho. No sé cómo decirle lo mal que me siento.

—No tienes por qué hacerlo —lo tranquilizó Joseph de inmediato—. Además, preferiría hablar de cualquier otra cosa.

Sebastian titubeó. Joseph no quería presionarlo, aunque le parecía que Sebastian tenía algo que decirle y, por tanto, no iba a rechazar su compañía. Las familias de ambos llevaban años viviendo en pueblos vecinos, y Joseph vio en el joven Sebastian la promesa de una carrera brillante, alentándolo para que se dedicara a estudiar. El curso anterior había sido su mentor en St. John's y su trato se convirtió en una de esas amistades tan espontáneas que resultaba imposible imaginar que no hubiese surgido.

—Voy a dar un paseo por los Backs —dijo Joseph—. Si te apetece acompañarme, por mí, encantado. —Sonrió y comenzó a volverse, de modo que el muchacho no se sintiera obligado ni confundiera su ofrecimiento con una petición.

Se produjo un instante de silencio y, al cabo, oyó los pasos rápidos y ligeros de Sebastian cruzando el puente tras él, y ambos salieron a la claridad del exterior casi simultáneamente. El clima aún era cálido y el perfume de la hierba cortada flotaba en la suave brisa. El río estaba quieto como una balsa de aceite, apenas agitado por tres o cuatro bateas en el trecho que separaba St. John's de Trinity. En la más cercana un muchacho con pantalones grises de franela y camisa blanca se apoyaba en la pértiga con natural elegancia, dando la espalda al sol que dejaba sus facciones en sombra y dibujaba una aureola alrededor de su cabeza.

Una chica pelirroja iba sentada en la parte trasera, riendo y con la vista levantada hacia él. Su vestido de muselina parecía amarillo pálido en la luz evanescente, aunque en

pleno día tal vez fuese de color marfil o incluso blanco. Su tez era ambarina por haber desafiado las convenciones permitiendo que el sol del verano la broncease. Comía cerezas de un cesto y arrojaba los huesos al agua de uno en uno.

El muchacho los saludó haciendo señas y alzando la voz.

Joseph y Sebastian lo saludaron a la vez.

—Es un buen tipo —comentó Sebastian—. Estudia Física en Caius. Terriblemente práctico.

Pareció que iba a agregar algo, pero se metió las manos en los bolsillos y siguió caminando en silencio por la hierba.

Joseph no sentía la menor necesidad de hablar. El ligero chapoteo de las pértigas de las bateas, los sorbos de la corriente del río contra sus cascos de madera y las risas esporádicas componían una especie de música. Ni siquiera la aflicción podía estropear aquella paz eterna.

—¡Tenemos que proteger esto! —dijo Sebastian de improviso, incapaz de disimular la emoción. Se volvió, tenso, hacia los edificios que quedaban al otro lado del agua reluciente—. ¡Todo! Las ideas, la belleza, los conocimientos..., la libertad de pensamiento. —Inspiró profundamente—. Para indagar en la mente. Somos responsables de lo que tenemos ante la humanidad. Ante el futuro.

Joseph quedó perplejo. Se había dejado sumir en una especie de vacío de pensamiento en el que la emoción bastaba. De pronto, las palabras de Sebastian lo devolvían bruscamente al presente. Merecía una respuesta ponderada, y a juzgar por la pasión manifiesta en su rostro, la necesitaba.

—¿Te refieres a Cambridge en concreto? —preguntó, desconcertado ante el acaloramiento del muchacho—. La universidad lleva aquí más de medio milenio, y más bien diría que el tiempo la fortalece en lugar de debilitarla.

Sebastian lo miraba muy serio. El sol le había tostado la piel, que a la luz ambarina se veía dorada.

—Supongo que no habrá tenido tiempo de leer las noticias —apuntó—. O que no le habrá apetecido. —Volvió la cabeza para no inmiscuirse en los sentimientos de Joseph o, tal vez, para ocultar los suyos.

—No mucho —convino Joseph—, aunque estoy al corriente de los asesinatos cometidos en Sarajevo y del descontento que han suscitado en Viena. Los austriacos desean alguna clase de reparación por parte de los serbios. Supongo que cabía esperar algo así.

—¡Si ocupas un país, es de esperar que su población no esté contenta! —respondió Sebastian acaloradamente—. De hecho, cabe esperar toda clase de cosas —insistió con sarcasmo—. Ataque y contraataque, venganza por esto y aquello, justicia según el punto de vista del contrario... ¿Acaso no es responsabilidad de los pensadores interrumpir ese círculo vicioso para alcanzar algo mejor? —Separó los brazos señalando hacia los exquisitos

edificios de la otra orilla, cuyas fachadas resplandecían con la luz del atardecer—. ¿No es para eso para lo que sirve todo esto, para enseñarnos algo más elevado que el consabido «ojo por ojo y diente por diente»? ¿No se supone que abrimos camino hacia una moralidad más elevada?

Aquello no, admitía discusión, pues no era sólo el objetivo de la filosofía sino también el del cristianismo, y Sebastian sabía que Joseph no lo podía negar.

—Sí —convino Joseph, buscando el consuelo supremo de la razón—, pero siempre ha habido conquistas, injusticias y rebeliones, o revoluciones si así lo prefieres, y eso nunca ha puesto en peligro el alma del saber.

Sebastian se detuvo. Se oyeron unas risas procedentes del río, donde dos bateas estuvieron en un tris de colisionar cuando los muchachos que las ocupaban, que bebían champaña, trataron de entrechocar sus copas para brindar desde sus respectivas embarcaciones. Uno de ellos perdió el equilibrio y por poco no cayó al agua. Su compañero lo agarró a tiempo por la camisa y lo único que perdió fue su canotier de paja, el cual flotó en la brillante superficie hasta que un muchacho de la otra batea lo pescó con el extremo de su pértiga. Se lo ofreció a su dueño, que lo cogió y se lo puso en la cabeza aunque estaba chorreando, provocando gritos de aprobación y sonoras carcajadas.

La escena emanaba tan buen humor, que Joseph no pudo por menos de sonreír ante aquella celebración de la vida. El cálido sol le daba en la cara y era un placer aspirar el olor a tierra y hierba.

—Es difícil de imaginar, ¿verdad? —dijo Sebastian.

—¿El qué?

—La destrucción..., la guerra —contestó Sebastian, apartando la vista del río para mirar de nuevo a Joseph con ojos ensombrecidos por el peso de sus pensamientos.

Joseph titubeó, no tenía una respuesta preparada. No había reparado en lo profundamente atribulado que se sentía Sebastian.

—¿No está de acuerdo? —dijo éste—. Usted está llorando una pérdida, señor, y lo siento de veras, pero si Europa se ve arrastrada a una guerra, todas las familias de Inglaterra llorarán, no sólo por sus seres queridos, sino por el estilo de vida que hemos cultivado durante más de mil años. Si permitimos que eso suceda, ¡nos convertiremos en auténticos bárbaros! Y seremos mucho más culpables que los godos y los vándalos que saquearon Roma. Ellos no conocían nada mejor. ¡Nosotros sí!

Hablaba con fiereza, casi al borde del llanto.

Joseph se asustó al percibir aquel dejo de histeria.

—En **1848** se produjo una revolución que sacudió Europa entera —dijo amablemente, eligiendo sus palabras con cuidado para expresar una verdad incontestable—, y no destruyó la civilización. De hecho, ni siquiera acabó con el despotismo al que pretendía poner fin. —Aquello era una manifestación de la razón, una exposición serena de hechos

históricos—. Todo volvió a la normalidad en cosa de un año.

—No estará diciendo que eso fue bueno, ¿verdad? —inquirió Sebastian, desafiante, seguro al menos de aquello. Conocía a Joseph demasiado bien para suponer lo contrario.

—No, claro que no —admitió Joseph—. Lo que digo es que el orden establecido se asienta sobre cimientos muy profundos y que será preciso mucho más que el asesinato de un archiduque y su duquesa, por brutal que haya sido, para que se produzca un cambio radical.

Sebastian se agachó, arrancó una ramita y la arrojó hacia el río, pero era demasiado ligera y no alcanzó el agua.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Sí—contestó Joseph con certeza. Los pesares personales quizás hicieran temblar su mundo interior arrancándole el corazón, pero la belleza y la razón de la civilización permanecían intactas, inconmensurablemente mayores que el individuo.

Sebastian miraba fijamente hacia el río sin verlo, pues tenía la vista nublada por las imágenes que poblaban su mente.

—Eso es lo que dijo Morel, y también Foubister. Ambos piensan que el mundo nunca cambiará, o que si lo hace será centímetro a centímetro. Otros, como Elwyn, piensan que aunque haya una guerra, todo será rápido y noble, una especie de versión más dramática de un relato de Rider Haggard o Anthony Hope. ¿Conoce El prisionero de Zenda y esa clase de cosas? Todo son altos honores y muertes limpias a punta de espada. ¿Está bien informado sobre la verdad de lo acaecido durante la guerra de los Bóers, señor? ¿Sabe lo que de verdad hicimos allí?

—Un poco —reconoció Joseph. Le constaba que había sido despiadada y que Gran Bretaña tenía mucho de lo que avergonzarse. Aunque quizá no más que los propios bóers—. Pero eso fue en África —añadió levantando la voz—. Y tal vez hayamos aprendido de ello. En Europa sería distinto. Aunque no hay motivos para pensar que habrá guerra, salvo si surgen más problemas en Irlanda y la situación se nos va de las manos.

Sebastián guardó silencio.

—Lo de Sarajevo ha sido el acto aislado de un grupo de asesinos —prosiguió Joseph—. Europa no va a emprender una guerra por eso. Ha sido un crimen, no...

Sebastián se volvió hacia él; sus ojos se veían asombrosamente claros en la luz menguante.

—¿No un acto de guerra? —interrumpió—. ¿Está seguro, señor? Yo no. Sepa que el domingo pasado el káiser reafirmó su alianza con Austria-Hungría.

La brisa crepuscular rizó levemente la superficie del agua. El calor del día aún se notaba como una caricia en la piel.

—Y Serbia es el patio trasero de Rusia —continuó Sebastián—. Si Austria exige una

reparación excesiva, no será de extrañar que se involucre. Y no hay que olvidar la antigua enemistad entre Francia y Alemania. Los hombres que combatieron en la guerra franco-prusiana todavía viven, y están amargados.

Echó a andar de nuevo, quizá para evitar el grupo de estudiantes que se aproximaba a ellos. Quedó claro que no deseaba que se metieran en su conversación e interrumpieran unas reflexiones infinitamente más serias.

Joseph adaptó su paso al de Sebastián, adentrándose en la sombra de los árboles, cuyas hojas susurraban quedamente en lo alto.

—Tal vez se ejerza una represión injusta sobre los serbios —admitió, tratando de recobrar la seguridad de la razón—, y el grueso de la población sea castigado por los actos violentos de unos pocos, lo cual está mal, por supuesto. Pero eso dista mucho de la catástrofe para la civilización que estás dando a entender. —Tendió las manos para abarcar la escena que se iba desvaneciendo ante ellos—. Todo esto se encuentra a salvo —añadió con incuestionable certidumbre. Eran mil años de progreso sin interrupciones hacia una humanidad cada vez mejor—. Seguiremos estando aquí, aprendiendo, explorando, creando belleza, aumentando las riquezas del género humano.

Sebastián estudió su rostro, debatiéndose entre la furia y la compasión, casi con ternura.

—Lo cree sinceramente, ¿verdad? —dijo con una incredulidad rayana en el desespero. Luego siguió caminando sin aguardar respuesta. En cierto modo, su actitud daba a entender una especie de rechazo.

Joseph debía intentar que la realidad, el sentido de la proporción, aliviara el temor que con tanto ahínco atormentaba al joven.

—¿Tú qué piensas que va a suceder? —preguntó con firmeza.

—Las tinieblas —contestó Sebastián—. Autocomplacencia sin visión para ver, sin coraje para actuar. ¡Y se necesita coraje! Es preciso ver más allá de lo evidente, de la confortable moralidad con la que todo el mundo está conforme, y entender que en ocasiones, en momentos terribles, el fin justifica los medios. —Bajó la voz—. Incluso cuando el coste es alto. De lo contrario nos llevarán a ciegas por la senda que conduce a una guerra que superará con creces cualquier horror que hayamos imaginado hasta hoy. —Sus palabras eran hirientes y sin el menor titubeo—. No serán unas cuantas cargas de caballería aquí y un puñado de hombres valientes muertos o heridos allí. Veremos a toda la población, al hombre de la calle, arrastrado a un bombardeo incesante de armas más poderosas que arrasarán cuerpos y espíritus. Habrá hambre, miedo y odio hasta que eso sea lo único que conozcamos. —Entrecerró los ojos ya que el sol irradiaba al nivel de las copas de los árboles de poniente y pintaba de fuego la parte alta de los muros de Trinity y Caius—. Piense en los pueblos y ciudades que conoce, St. Giles, Haslingfield, Grantchester y todos los demás, con un crespón en cada ventana, sin bodas ni bautizos, sólo muertes. —Imprimió a su voz un tono de dolorosa ternura—. Piense en la campiña, los campos sin hombres para plantar ni cosechar. Piense en los bosques de abril sin nadie que los vea

florecer. Los colegiales ya no soñarán con esto. —Señaló hacia los tejados—. Sólo con llevar armas. Su única ambición será matar y sobrevivir. —Se volvió de nuevo hacia Joseph; sus ojos eran claros como agua de mar—. ¿No merece la pena pagar el precio que sea para evitarlo? ¿No es por eso por lo que hay aquí seres humanos, para alentar y proteger lo que nos ha sido dado y mejorarlo antes de pasarlo a la siguiente generación? ¡Mírelo! —exigió—. ¿No lo ama casi hasta el punto de no soportarlo?

Joseph no necesitaba mirarlo para saber qué responder.

—Sí, en efecto —admitió con la misma gravedad y conocimiento absoluto—. Es la suprema razón de ser de la vida. Al final, es lo único que queda a lo que aferrarse.

Sebastián hizo un gesto de dolor y palideció de pronto.

—Lo siento —susurró. Movi6 la mano como si se dispusiera a tocar el brazo de Joseph, pero la retir6—. Sin embargo, se trata de una razón universal, ¿no es así? Mayor que cualquiera de nosotros, una meta, una salvación para la humanidad. —Su voz sonaba apremiante, como si le rogara que lo tranquilizase.

—Sí, Sebastián —convino Joseph en tono afable. Y lo pensaba mucho más profundamente de lo que hubiese imaginado, pero, tal como sucedía en tantas ocasiones desde que eran amigos, Sebastián lo había expresado con palabras que formulaban con toda exactitud sus propias creencias—. Y sí, es nuestro deber, el de quienes lo hemos visto y formado parte de ello, protegerlo con todas nuestras fuerzas.

Sebastián esbozó una sonrisa y apartó la vista mientras emprendían el regreso,

—Pero no teme que haya una guerra, ¿verdad, señor? Me refiero a una guerra real, en sentido literal.

—Me daría un miedo espantoso si la considerara un peligro inminente —aseguró Joseph—. Pero no creó que sea el caso. Hemos pasado por muchas guerras con anterioridad, hemos perdido muchos hombres y rechazado a más de un invasor, y no hemos sufrido ningún daño irreparable; más bien nos ha servido para fortalecernos.

—Esta vez no será así —dijo Sebastián con amargura—. Si sucede, no habrá modo de detenerla, será una destrucción ciega.

Joseph lo miró de reojo. Vio reflejado en su rostro el amor hacia todo lo valioso y vulnerable, todo cuanto podía verse roto por la sinrazón. Bajo aquella extraña luz del anochecer que proyectaba sombras tan negras, lo embargó un dolor descarnado.

Habían hablado muchas veces de toda suerte de cosas, sin límite de tiempo y lugar: los hombres medio humanos y medio divinos de las leyendas épicas de Egipto y Babilonia; el Dios del Antiguo Testamento, que era creador de mundos y no obstante hablaba de tú a tú con Moisés, del mismo modo que un hombre habla con otro. Se habían deleitado con la sobria esplendidez de Grecia, la colosal magnificencia de Roma, las intrincadas glorias de Bizancio, la sofisticación de Persia. Todo aquello había poblado sus sueños. Sebastián seguía a Joseph con entusiasmo allí donde fuera, captando cada nueva experiencia con una alegría insaciable.

Casi había oscurecido. El color sólo brillaba en el horizonte, las sombras se adueñaban de los Backs. El agua era pálida y lustrosa como la plata vieja, y añil bajo los puentes.

—Si estalla una guerra podríamos desaparecer en las ruinas del tiempo —continuó Sebastián—. Un día, dentro de mil años, los estudiosos de culturas que somos incapaces de imaginar, jóvenes y curiosos, quizá desentierren lo que quedará de nosotros y, partiendo de unos pocos fragmentos, trozos de escritura, tratarán de averiguar cómo fuimos realmente. Y se equivocarán. El inglés será una lengua muerta, perdida, como el arameo o el etrusco —agregó con pesadumbre—. Adiós al ingenio de Oscar Wilde, o a la grandeza de Shakespeare, adiós al trueno de Milton, la música de Keats o... Sabe Dios cuántos más... Y lo peor de todo, el futuro sacrificado. Esto es lo que quizá consiga la generación actual. Hemos de evitarlo, ¡a toda costa!

—Es absurdo preocuparse más de la cuenta —dijo Joseph con amabilidad—. Todo esto posee un valor infinito. —Tenía que acudir de nuevo a la razón, disipar aquel miedo con realidades duraderas—. No hay nada que tú o yo podamos hacer para alterar el resultado de las disputas entre Austria y Serbia. Siempre habrá enfrentamientos en alguna parte. Y puesto que inventos como el teléfono y el telégrafo van mejorando, cada vez nos enteraremos antes de lo que ocurra. Hace cien años habríamos tardado semanas en saber lo que ha sucedido, suponiendo que hubiésemos llegado a saberlo, y para entonces la crisis ya habría tocado a su fin. Ahora leemos las noticias a diario, de modo que las percibimos como una realidad más inmediata, pero sólo es eso, una percepción. Aférrate a las certidumbres, a aquello que perdura.

Sebastián lo miró dando la espalda a la última luz, de modo que Joseph no llegaba a ver su expresión.

—¿No piensa que esto de ahora es distinto? —inquirió con voz ronca—. Hace cien años faltó poco para que nos conquistara Napoleón.

Joseph se dio cuenta de que había cometido un error táctico al elegir como ejemplo un período de cien años.

—Sí, pero no nos invadieron —dijo confiado—. Ningún soldado francés llegó a pisar suelo inglés, salvo como prisionero.

—Tal como ha dicho, señor, las cosas han cambiado mucho en el último siglo —señaló Sebastián—. Tenemos barcos de vapor, aeroplanos, armas capaces de alcanzar blancos más lejanos y causar una destrucción mayor. Hoy en día un viento del oeste no dejará a las armadas de Europa amarradas en puerto.

—Estás permitiendo que tus temores triunfen fácilmente sobre tu razón —lo censuró Joseph—. Hemos pasado por otros momentos mucho más desesperados y siempre hemos salido airosos. Y desde las guerras napoleónicas no somos más débiles sino más fuertes. Debes tener fe en nosotros... y en Dios.

Sebastián soltó un gruñido, irónico y desdeñoso, como si abrigara otro temor más profundo que fuese incapaz de explicar y que al parecer Joseph rechazaba o no atinaba a



comprender.

—¿Por qué? —preguntó amargamente—. Israel era el pueblo elegido, ¿y dónde está ahora? Estudiamos su idioma como una curiosidad. Sólo sigue siendo importante porque es el idioma de Cristo, a quien los judíos negaron y crucificaron. Si la Biblia no hablara de Él, poco nos importaría el hebreo. No podemos decir lo mismo del inglés. ¿Por qué iba nadie a recordarlo, si nos conquistaran? ¿Por Shakespeare? ¿Acaso recordamos el idioma de Aristóteles, Homero o Esquilo? se enseña en las mejores escuelas, a unos pocos privilegiados, como reliquia de una gran civilización del pasado. —La voz se le quebró, e hizo una mueca de dolor—. ¡No quiero convertirme en una reliquia! Quiero que dentro de mil años las personas hablen la misma lengua que yo, que amen la misma belleza, que entiendan mis sueños y lo importantes que fueron para mí. Quiero escribir algo, o incluso hacer algo, que conserve el alma de lo que somos.

La última luz del día no era más que un pálido arrebol sobre la línea del horizonte.

—La guerra nos cambia, aunque ganemos. —Sebastián dio la espalda a Joseph, como si quisiera ocultar su desnudez—. Somos demasiados los que nos volvemos bárbaros de corazón. ¿Tiene idea de cuántos hombres pueden morir, de cuántos de los que sobrevivan se verán consumidos por el odio en toda Europa, cuando todo lo que hay de bueno en ellos haya sido devorado por las cosas que habrán visto o, peor aún, por lo que se habrán visto obligados a hacer?

—¡Eso no sucederá! —exclamó Joseph, aunque de inmediato se preguntó si estaba en lo cierto. Hablaba a ciegas, echando mano de la razón porque era lo único que tenían, e incluso mientras lo hacía, no tuvo más remedio que aceptar que quizá no bastara para contestar al miedo que anidaba en su corazón—. Si no puedes tener fe en las personas, en los dirigentes de las naciones, ten al menos fe en que Dios no permitirá que el mundo se precipite hacia la clase de destrucción que estás imaginando —añadió en voz alta—. ¿A qué propósito Suyo podría servir eso?

Sebastián esbozó una amarga sonrisa.

—¡No tengo ni idea! ¡No conozco los designios de Dios! ¿Usted sí, señor? —La amabilidad de su voz y el que lo llamara «señor» evitaron que sonara ofensivo.

—Salvar las almas de los hombres —respondió Joseph sin titubeos.

—¿Y qué significa eso? —Sebastián se volvió para mirarlo—. ¿Debo suponer que Él ve las cosas igual que yo?

De nuevo apuntó una sonrisa, esta vez burlándose de sí mismo.

Joseph se vio obligado a devolverle la sonrisa aunque lo asaltó una profunda tristeza, como si el final de la luz fuese algo definitivo.

—No necesariamente —concedió—, pero Él tiene más probabilidades de estar en lo cierto.

Sebastián no contestó, y siguieron caminando por el césped mientras se levantaba un

poco de brisa. Todas las bateas habían vuelto a sus atracaderos, y las agujas de piedra del techo arqueado del puente de los Suspiros apenas eran más oscuras que el cielo.

De regreso en Londres, Matthew se dirigió en primer lugar a su piso. Lo encontró exactamente como lo había dejado, sin embargo, notó algo distinto, y no porque la asistente lo hubiese limpiado. Debería haberle transmitido una sensación hogareña. Era donde había vivido durante los últimos cinco años, desde que había salido de la universidad y comenzado a trabajar para el Servicio Secreto. Allí estaban sus libros: historia moderna, biografías, aventuras... Y también los dibujos y pinturas que componían su colección. Su cuadro favorito, colgado encima de la chimenea, representaba a unas vacas en un rincón campestre. Para él, su afable rumia, sus ojos serenos y su lenta generosidad constituían la suprema cordura del mundo. Sobre la repisa había un jarrón de plata que su madre le había regalado unas navidades y una daga turca con la vaina ricamente ornamentada.

No obstante, el piso parecía extrañamente vacío. Matthew sintió como si estuviera regresando al pasado en lugar de al presente. La última vez que se había sentado en el desgastado sillón de piel o que había comido en aquella mesa, su familia estaba entera y él no tenía conocimiento de ningún documento evanescente que fuera el meollo de una conspiración, de un acto violento, de secretos por los que alguien estaba dispuesto a matar. Tampoco era que entonces el mundo fuese un sitio más seguro, pero los peligros radicaban en lugares remotos y sólo alcanzaban a Inglaterra o al propio Matthew de refilón.

Pasó una larga velada sumido en sus pensamientos. Era la primera vez que estaba a solas, excepto para dormir, desde que había cruzado el prado de Fenner's Field para dar la noticia a Joseph. Las preguntas se agolpaban en su mente.

John Reavley lo había llamado a última hora de la tarde del sábado, no al piso sino a su despacho en el Servicio Secreto. Había trabajado hasta tarde sobre los problemas de Irlanda, como de costumbre. El Gobierno liberal llevaba desde mediados del siglo anterior intentado aprobar un proyecto de ley para conceder autonomía a aquélla, y una vez tras otra los protestantes del Ulster lo habían impedido, negándose de plano a verse separados de Gran Bretaña por la fuerza para pertenecer a la Irlanda católica. Sostenían que tanto su libertad religiosa como su supervivencia económica dependían de que se evitara esa integración forzosa que, en última instancia, sería un sometimiento.

Gobierno tras gobierno el proyecto había tropezado con el mismo escollo, y ahora el Partido Liberal de Asquith precisaba del apoyo del Partido Parlamentario Irlandés para seguir en el poder.

Shearing, el jefe de Matthew, compartía con muchos otros la opinión de que había una buena dosis de estratagema política por parte de Londres detrás del motín de las tropas británicas estacionadas en el Curragh. Cuando los hombres del Ulster, firmemente respaldados por sus mujeres, habían amenazado con una rebelión armada contra el proyecto de ley de autogobierno, las tropas británicas se habían negado a alzar las armas contra ellos. El general Gough había dimitido junto con todos sus oficiales, con lo cual sir John French, jefe del Estado Mayor en Londres, también había presentado su dimisión,

imitado de inmediato por sir John Seely, ministro de la Guerra del Gabinete.

No era de extrañar que Shearing y sus hombres trabajaran hasta tarde. La situación amenazaba con convertirse en una crisis tan grave como cualquier otra de los últimos trescientos años.

Matthew se encontraba en su despacho al recibir la llamada de John Reavley para hablarle del documento, anunciarle que iría en coche a Londres al día siguiente y que esperaba llegar entre la una y media y las dos. Llevaría a Alys consigo para dar la impresión de que iban a pasar la tarde en la ciudad y así no llamar la atención.

¿Cómo podía haberse enterado nadie de que estaba en posesión del documento y, más aún, de que iba a llevárselo a Matthew, así como de la hora prevista del viaje? Si iba a ir en coche, la ruta era evidente. Sólo había una carretera principal desde St. Giles hasta Londres.

Matthew recordó aquella tarde: las oficinas estaban casi en silencio, apenas quedaba nadie, sólo media docena de hombres, talvez un par de oficinistas. Recordó que se hallaba de pie ante su escritorio con el teléfono en la mano, incapaz de dar crédito a lo que su padre le estaba diciendo. Repitió algunas de sus palabras como para cerciorarse de que había oído bien.

Sintió un escalofrío. ¿Sería eso? ¿Era posible que alguien le oyese en el silencio que reinaba en la oficina? Con eso habría bastado. Pero ¿quién? Trató de aclarar sus ideas y pensar quién más había allí, pero no lo consiguió. Una tarde se mezclaba con otra. Había oído pasos, murmullo de voces deliberadamente bajas para no molestar a los demás. Quizá no las hubiese reconocido entonces y, desde luego, ahora le resultaba imposible.

Aunque podría averiguarlo discretamente, seguir el rastro, el cual podía ramificarse hasta implicar a colegas suyos, en quienes sólo una semana antes habría confiado a ciegas.

Cuando a la mañana siguiente acudió al trabajo, todo le resultó familiar, los espacios abarrotados, el eco del suelo entarimado, la cruda luz de las lámparas de sobremesa, innecesaria ahora con el sol que entraba a raudales por las ventanas, los teléfonos negros, las motas de polvo que flotaban en el aire y las superficies desgastadas. Los oficinistas iban y venían afanosamente por los pasillos, con las mangas mugrientas por el incesante trasiego de papeles .y tinta, los cuellos de las camisas rígidos y a menudo un poco torcidos.

Le dieron los buenos días y el pésame, tímidos y torpes, y, según le pareció, sumamente sinceros. Les dio las gracias y se dirigió a su angosto despacho, donde los libros se apretujaban en estanterías demasiado pequeñas y los documentos permanecían dentro de cajones cerrados con llave. El tintero y los papeles secantes estaban como de costumbre, un poco inclinados sobre el escritorio, al lado de sus dos plumas. El papel secante estaba limpio. Nunca dejaba nada que pudiera descifrarse.

Sacó las llaves del bolsillo para abrir el cajón más alto. Al principio la llave se resistió a entrar, por lo que tuvo que forcejear un poco con ella. Se agachó para mirar con mayor detenimiento y entonces observó unos levísimos arañazos en el metal de la cerradura. No estaban cuando él se había ido. Alguien había registrado su despacho durante su ausencia.

Se sentó, turbado y confuso. Lo invadió una sensación de culpa, pues ya no cabía duda de que alguien había oído sus palabras y éstas habían enviado al asesino en pos de John y Alys Reavley.

Encima del escritorio había un montón de informes sobre el motín del Curragh.

El martes 9 de julio Calder Shearing lo hizo llamar, y Matthew se presentó en su despacho poco después de las cuatro de la tarde. Como en todas las dependencias del Servicio Secreto, sólo había los muebles estrictamente necesarios, y tan baratos como fuera posible, pero, a diferencia de otros, Shearing no había añadido nada de su propiedad, ninguna fotografía que hablara de su hogar, ningún libro o recuerdo personal. Los papeles y libros relacionados con el trabajo estaban amontonados sin orden aparente, aunque él sabía con exactitud dónde se encontraba cada uno de ellos.

Shearing no era un hombre alto, pero eso no impedía que su presencia resultara imponente. Su pelo moreno presentaba pronunciadas entradas pero uno apenas se percataba porque tenía las cejas pobladas y expresivas y los ojos, bordeados de largas pestañas, eran tan oscuros que parecían negros. La prominente nariz formaba una curva perfecta y la boca le confería un aire grave y de susceptibilidad.

Estudió pensativo el semblante de Matthew, evaluando hasta qué punto se había recobrado de la pérdida de sus progenitores y, por consiguiente, si estaba en condiciones de cumplir con su deber. Su pregunta fue cuestión de mera cortesía.

—¿Cómo se encuentra, Reavley? ¿Ha resuelto sus asuntos?

—Por el momento sí, señor —contestó Matthew, manteniéndose en posición de firmes.

—¿Seguro que está bien? —insistió Shearing.

—Sí, señor. Gracias.

Shearing siguió mirándolo unos instantes antes de darse por satisfecho.

—Bien. Siéntese. Supongo que ya se habrá puesto al corriente de las últimas novedades. El rey de los belgas está de visita oficial en Suiza, lo cual podría tener su importancia, aunque lo más probable es que se trate de un asunto de rutina. Ayer el Gobierno dijo que quizás aceptará la enmienda de la Cámara de los Lores al proyecto de ley de autogobierno para Irlanda con exclusión del Ulster. Matthew conocía la noticia, aunque no los detalles.

—¿Paz en Irlanda? —preguntó en un tono levemente sarcástico.

Shearing levantó la vista hacia él con expresión de incredulidad.

—Si eso es lo que piensa, quizá sea mejor que se tome unos días más de permiso. ¡Es obvio que no está en condiciones de trabajar!

—Bueno, ¿un paso en la dirección correcta? —corrigió Matthew. Shearing apretó los labios.

—¡Sabe Dios! No veo que la partición de Irlanda vaya a ayudar a nadie. Aunque tampoco lo hará ninguna otra cosa.

Matthew pensaba a toda velocidad. ¿Sería eso de lo que trataba el documento sobre la conspiración? ¿Estaría relacionado con la división de Irlanda en dos países, uno católico independiente y otro protestante en el seno de Gran Bretaña? El mero planteamiento había llevado a las tropas británicas a amotinarse, despojado al ejército de su comandante en jefe, al gabinete de su ministro de la Guerra, y dejado al Ulster al borde de la rebelión armada y la guerra civil. ¿Acaso no era eso terreno abonado para urdir una conspiración que condujera a Gran Bretaña a la ruina y el deshonor?

Sin embargo, corría el mes de julio y desde hacía semanas había una relativa paz. La Cámara de los Lores estaba a punto de aceptar la exclusión del Ulster del proyecto de ley de autogobierno, permitiendo así que sus habitantes siguieran formando parte de Gran Bretaña, un derecho por el que a todas luces no sólo estaban dispuestos a morir, sino a arrastrar consigo al resto de Irlanda y no digamos ya al ejército británico estacionado allí.

—¡Reavley! —dijo Shearing bruscamente, haciendo que Matthew volviera de golpe al presente—. ¡Por el amor de Dios, hombre, si necesita más tiempo, tómeselo! ¡No me sirve de nada que sueñe despierto!

—No, señor —repuso Matthew con aspereza, notando que se ponía tenso y que se sonrojaba—. Estaba pensando en la situación irlandesa, me preguntaba hasta qué punto servirá de algo que el Gobierno acepte la enmienda. Este asunto levanta pasiones que sobrepasan con mucho la razón.

Shearing abrió como platos sus ojos oscuros.

—No necesito que me diga eso, Reavley. Cualquier inglés con dos dedos de frente lo sabe desde hace trescientos años. —Observaba a Matthew fijamente, buscando el pensamiento que ocultaban sus palabras, al tiempo que intentaba juzgar si cabía que éstas fuesen tan vacías como parecían—. ¿Sabe algo que yo no sepa? —preguntó.

Matthew había guardado silencio ante Shearing en alguna ocasión, pero nunca le había mentado. Creía que sería muy peligroso hacerlo. De pronto, por primera vez, consideró la posibilidad de que fuera necesario. Su padre había dicho que la conspiración llegaba hasta la esfera de la familia real y no tenía idea de quién estaba implicado, aunque desde luego debía de haber al menos una persona en su propia oficina. Ahora bien, no podía decírselo a Shearing hasta que tuviera pruebas. ¡Y quizá ni siquiera entonces!

¿Quién era católico, quién era angloirlandés, quién tenía lealtades o intereses creados en un sentido o en el otro? Una rebelión en Irlanda no iba a cambiar el mundo pero quizá John Reavley hubiera sentido que aquél era su mundo. Y el honor de Inglaterra afectaría al imperio, que para él venía a ser el mundo. Quizá no estuviera tan equivocado. Y, por supuesto, había decenas de miles de hombres y mujeres irlandeses en Estados Unidos que seguían sintiendo una apasionada lealtad hacia su tierra de origen. Otros pueblos celtas podrían simpatizar con la causa en Gales, Escocia, Cornualles, desgarrando Gran Bretaña y extendiendo la crisis a otras colonias.

—No, señor —dijo en voz alta, eligiendo con cuidado sus palabras—, pero a veces oigo rumores, y eso ayuda a formarse un juicio sobre la situación y a saber dónde residen las lealtades de cada uno. Siempre estoy oyendo hablar de conspiraciones...

Estuvo atento para detectar algún cambio en la expresión de Shearing.

—¿Para hacer qué? —preguntó Shearing poniendo cuidado en bajar la voz.

Matthew estaba pisando terreno peligroso. ¿Hasta dónde osaría llegar? Un paso en falso y, si Shearing estaba al corriente de la conspiración, o incluso si simpatizaba con ella, Matthew se pondría en evidencia. La idea le resultó mucho más desagradable de lo que había esperado. Se encontraba extraordinariamente solo. Joseph no estaría en condiciones de ayudarlo, y no podía confiar en Shearing ni en ningún otro miembro del Servicio Secreto, sobre todo en los que trabajaban cerca de su despacho.

—Para unificar Irlanda —contestó con atrevimiento. Sin duda aquello era suficientemente radical. Habida cuenta de las circunstancias en el Curragh, eso destrozaría Gran Bretaña y, posiblemente, con ello se sacrificaría tanto el ejército como el Gobierno, lo cual proporcionaría una oportunidad sin precedentes a los enemigos de Gran Bretaña tanto en Europa como en Asia o África. Tal vez John Reavley no hubiese exagerado al fin y al cabo. Podría ser la primera en caer de muchas fichas de dominó, el principio de la desintegración del imperio, lo cual sin lugar a dudas afectaría al mundo entero.

—¿Qué ha oído, exactamente? —inquirió Shearing.

Matthew decidió que era mejor evitar cualquier mención a su padre, pero aun así debía mostrarse preciso en cuanto a los detalles.

—Cosas extrañas sobre una conspiración —dijo, procurando sonar tan cauteloso como preocupado—. Nada concreto, sólo que tendría efectos muy vastos, en todo el mundo, y, aunque es posible que esté exagerando, arruinaría el honor de Inglaterra.

—¿En boca de quién?

Faltó muy poco para que Matthew fuese sincero. Si respondía que de su padre, quedaría fácilmente explicado por qué no había podido hacer más averiguaciones, pero también se aproximaría peligrosamente a la verdad y, por el momento, no podía confiar en Shearing, pues entre otras cosas cabía que éste se lo repitiera a la persona de la oficina que había traicionado a John Reavley. Sería mucho más sensato guardarse esa información.

—Lo oí de pasada en un club —mintió. Era la primera vez que engañaba deliberadamente a Shearing y se sintió sumamente incómodo, no sólo por no decir la verdad a un hombre al que respetaba, sino porque además era peligroso. A Shearing no había que tratarlo a la ligera. Tenía una mente sagaz e incisiva, una imaginación que saltaba de una cosa a otra siguiendo a su instinto con suma rapidez y facilidad. No olvidaba casi nada y perdonaba muy poco.

—¿Quién lo dijo? —repitió.

Matthew sabía que si le daba una respuesta poco satisfactoria, como por ejemplo que

no lo sabía, Shearing advertiría que estaba mintiendo. Sería como sembrar la semilla de la desconfianza y, a la larga, acabaría perdiendo el empleo. Puesto que de hecho estaba mintiendo, su historia tenía que ser muy buena. ¿Estaba a la altura de las circunstancias? ¿Sabría alguna vez si había triunfado o fracasado? La respuesta le vino antes de terminar de formular la pregunta. No, nunca lo sabría. Shearing no revelaría nada en su mirada, en la expresión de su rostro, la postura de su cuerpo, la tensión de sus fuertes y pulcras manos apoyadas en el escritorio.

—Un oficial del ejército, un comandante llamado Trenton. —Matthew mencionó a un hombre de quien había obtenido cierta información unas semanas antes y que de vez en cuando frecuentaba el mismo club que él.

Shearing permaneció callado unos instantes.

—Podría ser cualquier cosa —dijo por fin. Torció muy levemente los labios—. Siempre corren rumores de conspiraciones en Irlanda, es parte de la naturaleza de la vida. Se trata de una sociedad dividida por la religión. Si existe alguna solución, no la hemos encontrado en trescientos años y Dios sabe bien que no hemos dejado de intentarlo. Pero si en este momento hay algo concreto, me parece más probable que resida en la política que en un complot personal. Y algo personal no deshonraría a la nación.

—Si no es Irlanda, ¿qué nos queda? —preguntó Matthew. No quería dar el asunto por zanjado. Su padre había muerto de forma violenta por tratar de sacar a la luz y evitar la tragedia que preveía.

Shearing le sostuvo la mirada.

—Los asesinatos en Sarajevo —contestó pensativo—. ¿Fue antes o después de eso? No lo ha dicho:

Aquello semejó un rayo de luz que hendiera la oscuridad.

—Antes —repuso Matthew, sorprendido al percibir que su voz sonaba ronca. ¿Era concebible que su padre hubiese tenido noticia de ello, demasiado tarde? Lo habían matado casi simultáneamente—. ¡Pero eso no afecta a Inglaterra! —añadió casi sin sopesar el significado de sus palabras. Se le hizo un nudo en la garganta—. ¿O es que hay más..., algo que aún no ha sucedido y desconocemos?

—Siempre hay algo más que desconocemos, Reavley —dijo Shearing en un tono levemente irónico—. Si todavía no ha aprendido eso, me temo que no tiene mucho futuro entre nosotros. El káiser reafirmó su alianza con Austria-Hungría hace cuatro días.

—Sí, lo sé.

Matthew aguardó, consciente que Shearing iba a proseguir.

—¿Qué sabe acerca de Su Alteza Serenísima? —preguntó Shearing, con una débil chispa de luz titilando en sus ojos. Matthew lo miró perplejo.

—¿Perdón?

—¡El káiser, Reavley! ¿Qué sabe acerca del káiser Guillermo II del Imperio alemán?

—¿Así es como se hace llamar? —preguntó Matthew con incredulidad mientras ordenaba sus pensamientos acerca de historias que pudiera repetir relacionadas con los berrinches del káiser y sus falsas ideas acerca de que primero su tío, Eduardo VII, y ahora su primo Jorge V lo estaban desairando aposta, ridiculizándolo y menospreciándolo. Habría resultado poco prudente repetir la mayor parte de ellas—. Es primo del rey, y también del zar —comenzó, y al instante vio la impaciencia reflejada en el semblante de Shearing—. Ha estado escribiendo a este último durante un tiempo y se han hecho confidentes —prosiguió con mayor aplomo—, pero odiaba al rey Eduardo porque estaba convencido de que éste conspiraba contra él, de que por alguna razón lo despreciaba, y ha transferido ese sentimiento al monarca actual. Es un hombre muy temperamental, muy orgulloso y susceptible. Y tiene un brazo atrofiado, lo cual posiblemente explique por qué es tan mal jinete. Pierde el equilibrio.

Aguardó a que Shearing hiciera algún comentario. Los labios de éste temblaron, como si estuviera a punto de sonreír, pero se abstuvo de hacerlo.

—¿Su relación con Francia? —inquirió en cambio.

Matthew sabía lo que su superior esperaba. Había leído los informes.

—Mala —contestó—. Siempre ha querido ir a París, pero el presidente francés nunca lo ha invitado, por eso está resentido con él. Está... —Se interrumpió de nuevo. Había estado a punto de decir «rodeado de relaciones difíciles», pero quizás hubiese resultado un poco presuntuoso por su parte. No sabía qué concepto tenía Shearing de la monarquía, aunque fuese extranjera y, además, el káiser era un pariente próximo de Jorge V.

—Lo más importante—señaló Shearing— es que se cree rodeado de enemigos.

Matthew dejó que el peso de esa observación calara hondo en su mente. Vio el reflejo de ella en el rostro de Shearing.

—¿Una conspiración para comenzar una guerra que empezaría en Serbia? —preguntó, tanteando el terreno.

—¿Quién sabe? —respondió Shearing—. Hay nacionalistas serbios dispuestos a cualquier cosa con tal de obtener la libertad, incluso a asesinar al archiduque austriaco, obviamente, pero también hay socialistas radicales por toda Europa...

—Contrarios a la guerra —lo interrumpió Matthew—. Al menos a la guerra internacional. Lo suyo es la guerra de clases. Sin duda no es posible que... —Se calló.

—¡Usted oyó el comentario, Reavley! ¿Es posible o no? —preguntó Shearing con aspereza—, ¿Qué me dice de una revolución socialista paneuropea? El continente entero es un hervidero de conspiraciones: Victor Adler en Viena, Jean Jaurès en Francia, Rosa Luxemburg en todas partes y Dios sabe quién en Rusia. Austria anda buscando pelea y sólo le falta el pretexto, Francia tiene miedo de Alemania, el káiser teme a todo el mundo, y el zar no está al corriente de nada. Elija usted.



Matthew observó que el rostro sombrío y enigmático de Shearing mostraba una especie de humor desconsolado, y se dio cuenta de que llevaba más de un año trabajando con él y no sabía prácticamente nada sobre su persona. Conocía su intelecto y sus aptitudes, pero en lo que a sus pasiones se refería, ni siquiera las imaginaba. No tenía la más remota idea acerca de su procedencia, su familia o su educación, sus gustos o sus aspiraciones. Era un hombre profundamente reservado y además protegía tan bien su vida privada que nadie se daba cuenta de que lo hacía. Uno sólo pensaba en él en relación con su trabajo, como si al salir por la puerta principal dejara de existir.

—Quizá lo mejor será que lo olvide, a no ser que ocurra algo más —dijo Matthew, consciente de no haber averiguado nada y de que, muy probablemente, se había mostrado distraído ante Shearing—. No parece que cuadre con nada.

—Al contrario, cuadra con todo —replicó Shearing—. Se respira un ambiente lleno de conspiraciones aunque, por suerte, la mayor parte no tiene nada que ver con nosotros. Pero siga con los oídos bien abiertos y no deje de acudir a mí si se entera de algo que tenga sentido.

—Sí, señor.

Comentaron otros asuntos durante veinte minutos más, en particular quién iba a suceder al ministro de la Guerra, que había dimitido después del motín. Había dos candidatos principales: Blunden, que estaba a favor de la paz aunque su coste fuese alto, y Wynyard, quien era bastante más beligerante.

—Detalles —dijo Shearing de forma muy significativa—. Todos los detalles que pueda, Reavley. Puntos flacos. ¿Dónde es vulnerable Blunden? Nuestro trabajo consiste en saberlo. No se puede proteger a un hombre hasta que no sabes cómo pueden perjudicarlo.

—Sí, señor —convino Matthew—. Me consta.

Se marchó, olvidando por un instante al ministro de la Guerra y dando vueltas en la cabeza a lo que Shearing había dicho a propósito de la conspiración. Parecía como si él no creyera que John Reavley hubiese encontrado nada que fuera inquietante para Inglaterra.

Recorrió los silenciosos pasillos hasta su despacho, saludando con la cabeza a uno y dando las buenas tardes a otro. Se sentía extraordinariamente solo, pues de pronto cayó en la cuenta de que seguía estando profundamente enfadado, aunque por una razón bien distinta. Shearing había condenado indefectiblemente la idea que John Reavley había tenido de la verdad. Si Shearing estaba en lo cierto, su padre había interpretado de forma incorrecta un trozo de papel y había muerto por nada. Matthew se puso tan a la defensiva ante la insinuación de que su padre era incompetente, que apretaba los puños con fuerza y tuvo que abrirlos deliberadamente para hacer girar el picaporte de la puerta de su despacho y entrar.

¡Pero John Reavley había muerto! Y además había que considerar el resto de cuerda en el árbol y las marcas en la carretera, los arañazos de una línea de abrojos que habían reventado los cuatro neumáticos haciendo que el coche perdiera el control y terminara

estrellándose contra los árboles. ¿Dónde podían conseguirse esa clase de clavos? ¿O eran de fabricación casera? Resultaría bastante fácil hacerlos con un poco de alambre grueso, una cizalla y unos alicates. Cualquiera hombre estaría en disposición de ello si contaba con el tiempo y la destreza precisos.

Alguien había registrado la casa de St. Giles y su despacho. Pero Matthew no tenía modo de demostrarlo. Las dedaleras aplastadas volverían a crecer, la lluvia, el polvo y el tráfico borrarían las marcas. El trozo de cuerda atado al árbol podía estar allí por una docena de razones. Y nadie más estaría en condiciones de decir si los objetos del estudio y el dormitorio habían sido cambiados de sitio o no. Las pruebas residían en la memoria como una sensación de alteración, pequeñas cosas que no estaban como debían, muescas en una cerradura que quizás hubiese hecho él mismo.

Dirían que John Reavley era un hombre que había dejado el cargo y que, con sus facultades mermadas, veía conspiraciones donde no las había. Matthew y Joseph se habían llevado a engaño arrastrados por la aflicción. Sin duda la pérdida repentina de los padres bastaba para causar, y también para excusar, desarreglos en la capacidad de raciocinio de cualquiera.

Todo aquello era cierto, y la rabia se convirtió en un dolor sordo que lo embotaba. Imaginaba con toda claridad el rostro avisado de su padre. Era un hombre eminentemente razonable, de mente rápida y perfectamente cuerdo. Él era quien ponía freno a los excesos de Judith, quien se mostraba paciente con las dificultades de Hannah para expresarse con fluidez, quien había ocultado su disgusto cuando ninguno de sus hijos había seguido la carrera que tanto deseaba que siguieran.

Había sido amante de las cosas pintorescas y excéntricas de la vida. Mostraba una tolerancia infinita ante la diferencia y sólo perdía los estribos ante la arrogancia y, también, con frecuencia, con los estúpidos que reprimían al prójimo valiéndose de su mezquina parcela de autoridad. A los verdaderos estúpidos, a los simples, los perdonaba al instante.

Matthew apenas podía soportar el dolor de pensar que no había sabido interpretar una ridícula conspiración sin importancia que no iba a dejar huella en la historia y mucho menos a cambiar su curso para arruinar a una nación y con ella al mundo.

Lo irónico del caso era que a su padre le hubiese costado mucho menos que a Matthew aceptar que estaba equivocado. Matthew lo sabía, pero no le servía de nada. Se quedó plantado en medio del despacho y tuvo que hacer un esfuerzo para no romper a llorar.

\* \* \*

## 4

Joseph reanudó la rutina de la enseñanza y se encontró con que los placeres del conocimiento aliviaban un poco la pena que sentía. La música de las palabras en el oído y la mente borraba el pasado, creando un mundo de íntima inmediatez.

De pie en medio del aula veía los rostros serios que tenía ante sí, distintos en cuanto a rasgos y tez pero todos alterados por las sombras de la inquietud. Sólo Sebastian había expresado su preocupación a propósito de una posible guerra en Europa, pero Joseph oía los ecos de esa angustia en todos sus compañeros. Habían llegado noticias de que un avión francés efectuaba vuelos de reconocimiento sobre Alemania, se especulaba sobre las reparaciones que Austria-Hungría exigiría a Serbia e incluso acerca de quién sería el próximo en caer asesinado.

Joseph había hablado un par de veces sobre el asunto con los demás estudiantes. Su información se limitaba a lo que publicaban los periódicos y, por tanto, era de dominio público, pero dado que el decano se había tomado un breve período sabático consideraba que debía ocupar su lugar valiéndose de los recursos espirituales necesarios para cubrir una necesidad como aquélla. Nada era mejor que la razón para contestar al miedo. No había motivos para creer que fuese a desencadenarse un conflicto que involucrara a Inglaterra. Nadie pediría a aquellos muchachos que fueran a luchar y tal vez a morir.

Éstos lo escucharon educadamente, esperando que los tranquilizara, y Joseph supo por la expresión de sus ojos, por la tensión que seguía siendo patente en sus voces, que no bastaría con reconfortarlos.

El sábado, entrada ya la tarde, se presentó en la habitación de Harry Beecher, a quien encontró repantigado en su sillón leyendo la última edición del *Illustrated London News*. Beecher levantó la vista al tiempo que bajaba el periódico. Joseph alcanzó a reconocer, incluso al revés, la imagen del escenario de un teatro.

Beecher la miró de reojo y sonrió.

—Eugenio Onegin —explicó.

—¿Aquí? —preguntó Joseph, sorprendido.

—No, en San Petersburgo. ¡El mundo es más pequeño de lo que uno piensa! Y Carmen — agregó Beecher señalando la foto de la parte inferior de la página—. Aunque al parecer han repuesto el Mefistófeles de Boito en el Covent Garden, y dicen que es muy bueno. El Ballet Ruso presenta Dafne y Cloe en Drury Lane, aunque eso no va mucho conmigo.

Joseph sonrió.

—Conmigo tampoco —convino—. ¿Te apetece que vayamos a tomar un bocadillo o una empanada y un vaso de sidra al Pickerel? —Se trataba de la taberna más antigua de Cambridge, ubicada a corta distancia calle abajo, al otro lado del puente de la Magdalene. Podrían sentarse en la terraza y contemplar el río aprovechando que el día era largo, tal

como Samuel Pepys quizás hiciera cuando estudiaba allí en el siglo XVII, o bien cualquier otro a lo largo de los últimos seiscientos años.

—Buena idea —convino Beecher de inmediato, poniéndose de pie. La habitación era un agradable revoltijo de libros. El latín era su tema, aunque su interés radicaba en los iconos de la fe. Él y Joseph habían pasado infinidad de horas hablando, discutiendo, proponiendo una teoría tras otra, serios, apasionados o divertidos, sobre el concepto de santidad. ¿En qué momento dejaba de ser una ayuda a la concentración, un recordatorio de la fe, para convertirse en el objeto de reverencia propiamente dicho, imbuido de poderes milagrosos?

Beecher cogió su chaqueta del respaldo del viejo sillón de piel, salió detrás de Joseph y cerró la puerta. Bajaron la escalinata y cruzaron el patio interior hasta la enorme verja principal, por cuya puerta accesoria salieron a St. John's Street, enfilando a la izquierda hacia el puente de la Magdalene.

La terraza del Pickerel estaba atestada. Era el lugar perfecto para beber algo y conversar largamente durante las tardes de verano.

Como de costumbre, el río estaba lleno de bateas deslizándose en dirección al puente. Su perfil se recortaba por un instante bajo el arco de éste para acto seguido desaparecer en el meandro a impulsos de la corriente.

Joseph pidió sidra y empanada fría de carne para ambos, llevó el pedido hasta una mesa y se sentó.

Beecher lo miró fijamente por unos instantes.

—¿Estás bien, Joseph? —preguntó gentilmente—. Si necesitas más tiempo, puedo encargarme de parte de tu trabajo. Lo digo en serio.

—Me sienta bien trabajar, gracias —repuso Joseph con una sonrisa.

Beecher seguía observándolo.

—¿Pero? —cuestionó.

—¿Tan obvio resulta?

—Para quien te conoce, sí.

Beecher dio un buen trago a su sidra y dejó el vaso en la mesa. No insistió para obtener contestación. Eran amigos desde que estudiaron juntos allí y habían pasado muchas vacaciones recorriendo a pie la región de Lake District y la antigua muralla romana que atravesaba Northumberland y Cumbria desde el mar del Norte hasta el Atlántico. Se habían imaginado a los legionarios de los césares que la guarnecieron cuando constituía la última frontera del imperio contra los bárbaros.

Caminaban durante kilómetros y se sentaban al sol para contemplar el juego de luces y sombras en los páramos, comían pan crujiente con queso y bebían vino tinto barato. Y hablaban de todo y de nada, y no paraban de contar chistes, y reían.

Joseph se preguntó si comentar algo a Beecher acerca de la muerte de su padre y del miedo a una conspiración de la magnitud que éste había dado a entender, pero él y Matthew habían acordado no hablar de ello ni siquiera con los amigos más íntimos.

—Estaba pensando en la alarmante situación en que se encuentra Europa —dijo—. Me preguntaba qué clase de futuro aguarda a los muchachos que se licencian este año. Desde luego, más sombrío que el que nos correspondió a nosotros. —Miró su vaso de sidra, que centelleaba bajo la ambarina luz del atardecer—. Cuando me licencié, la guerra de los Bóers ya había terminado y el mundo bullía con todo el entusiasmo de un nuevo siglo. Parecía que nada fuese a cambiar salvo para mejor; mayor sabiduría, mejores leyes más liberales, viajes, nuevas corrientes artísticas.

Beecher, de habitual inclinado al buen humor y un tanto mordaz, lo miró seriamente.

—El poder siempre está cambiando de manos y el socialismo es una fuerza emergente que a mi juicio nada conseguirá detener —dijo—, ni falta que hace, pues avanzamos hacia un progresismo real. Hasta las mujeres tendrán derecho a voto con el tiempo.

—Me refería más bien a la crisis en los Balcanes —dijo Joseph meditabundo. Dio otro bocado a su empanada y hablando con la boca llena prosiguió—: Creo que eso es lo que preocupa a muchos de nuestros estudiantes.

Dijo «muchos» cuando en realidad pensaba en Sebastian. Consideraba que no había logrado apaciguar sus acuciantes temores.

—No creo que ninguno de nuestros estudiantes vaya a incorporarse al ejército —dijo Beecher, antes de tragarse el último bocado de su porción de empanada—. Y por más que se enciendan los ánimos entre Austria y Serbia, eso nos queda muy lejos. No es asunto nuestro, a menos que deseemos que sí lo sea. Los jóvenes siempre andan preocupados antes de abandonar la universidad y salir al mundo real. —Sonrió de oreja a oreja—. A pesar de la competencia, aquí hay una especie de seguridad e infinidad de distracciones. El colegio universitario ofrece un semillero de ideas que la mayoría de ellos ni siquiera había imaginado jamás, así como las primeras tentaciones de la edad adulta. Sin embargo, el único patrón real es tu propia capacidad. Puede que no seas el mejor, pero la única persona capaz de impedirte tener éxito eres tú mismo. Fuera es distinto. El mundo es más duro y frío. Los más preparados lo saben de sobra. —Terminó su sidra—. Deja que se preocupen, Joseph. Eso forma parte del crecimiento de las personas.

Joseph volvió a pensar en el rostro atormentado de Sebastian cuando miraba a través del agua bruñida hacia la oscura silueta del colegio.

—No es tanto inquietud por uno mismo como por las consecuencias que una guerra en Europa podría tener sobre la civilización en general.

Beecher le dedicó una sonrisa de indulgencia.

—Demasiado estudio minucioso de lenguas muertas, Joseph. Siempre hay algo inefablemente triste en una cultura cuyo pueblo ha desaparecido cuando un eco de su belleza permanece, sobre todo si forma parte de la música de la nuestra.

—Él pensaba que nuestro idioma sería aniquilado y nuestra forma de pensar se perdería —dijo Joseph.

—¿Él? —Beecher enarcó las cejas—. ¿Tienes en mente a alguien en concreto?

—A Sebastian. Allard... —Joseph apenas había terminado de pronunciar su nombre cuando percibió una sombra en los ojos de Beecher. La apacible luz del ocaso no había cambiado, las risas de un grupo de muchachos flotaba en la brisa crepuscular procedente de la verde penumbra de los Backs pero, inexplicablemente, el aire le pareció más frío—. Es más despierto que los demás — explicó.

—Posee una inteligencia notable —convino Beecher, aunque sin mirar a Joseph. Había algo oculto en su voz.

—Es algo más que inteligencia. —Joseph sintió la necesidad de defenderse a sí mismo y tal vez a Sebastian—. Puedes tener una mente brillante sin delicadeza, ardor ni visión... — Había empleado la misma palabra otra vez, pero no había ninguna otra que describiera lo que él sabía de Sebastian. En sus traducciones captaba la música y entendía no sólo lo que los poetas y filósofos del pasado habían escrito, sino las vastas regiones de sueños y pasión que alimentaban los textos. Enseñar a una mente como la suya era el deseo de todos cuantos anhelaban transmitir la belleza que ellos mismos habían visto—. ¡Lo sabes de sobra! —añadió con más ímpetu del que pretendía.

—No corremos el peligro de acabar como Cartago o Etruria. —Beecher sonrió, aunque el gesto no alcanzó sus ojos—. Los bárbaros no están a nuestras puertas. Si existen, se encuentran entre nosotros. —Miró su vaso vacío, pero no se molestó en llamar al camarero—. Me parece que estamos en condiciones de mantenerlos a raya, al menos la mayor parte de las veces.

Joseph percibió una nota de pesar en su voz y supo que era real, el atisbo de algo que no había visto antes.

—Pero ¿no siempre? —preguntó con tacto.

Entonces reaparecieron en su mente las dedaleras aplastadas en el arcén de la carretera, las marcas de los abrojos en el macadán, los chirridos metálicos que había imaginado y la sangre. Y comprendió la violencia y la rabia por completo, así como el temor.

—Por supuesto, no a todos —respondió Beecher, mirando más allá de Joseph, sin darse cuenta de la emoción que lo embargaba—. Son mentes jóvenes llenas de energía y promesas, pero a veces carecen de disciplina moral. Están comenzando a aprender cómo es el mundo y cómo son ellos. Tienen el privilegio de educarse en la mejor escuela que existe y de que los enseñen, modestia aparte, algunos de los mejores profesores de habla inglesa. Viven en una de las culturas más sutiles y tolerantes de Europa. Y tienen la inteligencia y la ambición, el empuje y el ardor necesarios para sacar buen provecho de ello. Al menos en su mayoría. —Se volvió para mirar a Joseph a los ojos—. Nuestro deber también consiste en civilizarlos, en enseñarles la tolerancia y la compasión, a aceptar el fracaso además del

éxito, a no culpar a los demás ni a sí mismos en exceso para poder seguir adelante e intentarlo de nuevo como si no les doliera. Eso sucede con frecuencia en la vida, de modo que es necesario acostumbrarse a poner las cosas en su sitio. Resulta duro, cuando eres joven. Son muy orgullosos y todavía no tienen demasiado sentido de la proporción.

—Pero ponen coraje —apuntó Joseph—. ¡Y se preocupan apasionadamente!

Beecher se miró las manos apoyadas en la mesa.

—Claro que sí. ¡Por Dios, si los jóvenes no se preocupan, pocas esperanzas nos quedan a los demás! Pero aun así a veces son egoístas. Más, me parece a mí, de lo que tú estás dispuesto a aceptar.

—¡Ya lo sé! Pero es algo inocente —arguyó Joseph, inclinándose un poco hacia delante—. También son generosos e idealistas. Están descubriendo el mundo y todo les resulta valiosísimo. Y ahora tienen miedo de perderlo. ¿Qué puedo decirles? —inquirió en tono de súplica—. ¿Cómo puedo hacer llevadero ese temor?

—No puedes —contestó Beecher, meneando la cabeza—. No puedes cargar con el mundo, y si lo intentas lo único que conseguirás será hacerte un esguince y, probablemente, se te caerá. ¡Deja eso para Atlas! —Retiró su silla y se levantó—. ¿Quieres otra sidra?

Sin aguardar respuesta cogió su vaso y el de Joseph y se alejó.

Joseph permaneció sentado envuelto en el murmullo de voces, el tintineo de vasos y las risas ocasionales, y se sintió solo. No se había dado cuenta hasta entonces de que a Beecher le caía mal Sebastian. No fue sólo por sus desdeñosas palabras sino por la inexpresividad de su rostro al pronunciarlas. Joseph se sintió distanciado, aislado de la comprensión que había esperado hallar en su amigo.

No se quedó mucho más rato. En cuanto oscureció se excusó y regresó a St. John's caminando lentamente.

Joseph estaba cansado pero no durmió bien. Finalmente se despertó poco antes de las seis y decidió no perder más tiempo tumbado en la cama pensando. Se levantó, se vistió con ropa vieja, salió y se encaminó hacia el río. Aquella mañana reinaba una calma total, hasta las hojas más altas de los árboles estaban quietas contra el azul del cielo. La pálida claridad del amanecer era tan nítida que cada brizna de hierba brillaba con el rocío y no había una sola señal sobre la tersa superficie del agua.

Desamarró uno de los botes y se sentó en él, desató los remos y remó hasta más allá de Trinity, en dirección al este, notando el calor del sol en la espalda. Ciaba sin parar con todas sus fuerzas. El ritmo lo tranquilizaba, y recorrió a buen ritmo todo el trecho hasta el puente de las Matemáticas antes de dar media vuelta y emprender el regreso. Su mente se vació de todo pensamiento, y sólo sentía el puro placer físico del esfuerzo.

Se encontraba de nuevo en sus habitaciones, afeitándose, con el torso desnudo, cuando alguien llamó con apremio, casi con histeria, a su puerta. Fue a abrir sin calzarse.

Elwyn Allard se encontraba en el umbral con el rostro crispado, el cabello revuelto

sobre la frente y la mano derecha alzada a punto de aporrear de nuevo la puerta.

—¡Elwyn! —Joseph estaba horrorizado—. ¿Qué ha sucedido? Entra. —Se apartó para permitirle pasar—. Tienes un aspecto terrible. ¿Qué ocurre?

Elwyn temblaba. Respiraba entrecortadamente y comenzó a hablar por dos veces antes de lograr articular una frase coherente.

—¡Han disparado a Sebastian! ¡Está muerto! Estoy seguro de que está muerto. ¡Tiene que ayudarme!

Joseph precisó unos instantes para captar el significado de lo que Elwyn acababa de decir y se negó a aceptarlo. ¡Era imposible!

—¡Ayúdeme! —suplicó Elwyn, dejándose caer contra la jamba de la puerta ya que necesitaba un apoyo para sostenerse en pie. —Por supuesto.

Joseph cogió su batín, que estaba colgado detrás de la puerta, y no se molestó en ponerse las zapatillas. Preocuparse por la vestimenta habría resultado ridículo. Seguro que Elwyn se equivocaba. La situación no podía ser tan grave. Lo más probable era que Sebastian estuviese enfermo o... ¿O qué? Elwyn había mencionado un disparo. En Cambridge la gente no iba pegándose tiros. ¡Nadie tenía armas! Era algo impensable.

Bajó corriendo por la escalera detrás de Elwyn y cruzaron el patio sumido en el silencio de la primera hora de la mañana; la hierba estaba casi seca salvo en las partes aún en sombra. Entraron por otra puerta y Elwyn subió la escalera a trompicones, tambaleándose. En el primer descansillo giró a la derecha y al llegar a la segunda puerta arremetió con el hombro como si no pudiera hacer girar el picaporte, aun cuando lo cogió con las dos manos.

Joseph lo adelantó y abrió sin dificultad.

Las cortinas se hallaban descorridas y los primeros rayos de sol bañaban la escena con su luz implacable. Sebastian estaba sentado en su butaca, un poco inclinado hacia atrás. La mesa baja que tenía al lado estaba cubierta de libros, no desparramados sino cuidadosamente apilados uno encima del otro; algunos trozos de papel asomaban entre las páginas a modo de punto. Tenía un libro abierto en el regazo y sus manos, largas, fuertes y bronceadas por el sol, yacían inertes encima de él. Con la cabeza echada hacia atrás, el rostro perfectamente sereno, sin rastro de miedo o dolor, los ojos cerrados y el pelo rubio apenas revuelto, podría haber estado durmiendo a no ser por la herida escarlata que presentaba en la sien derecha y la sangre que salpicaba el brazo del asiento y el suelo, procedente del agujero abierto en el otro lado. Elwyn llevaba razón, con una lesión como aquella tenía que estar muerto.

Joseph se acercó a él instintivamente, como si de un modo u otro hasta el fútil gesto de socorrerlo siguiera siendo necesario. De pronto se quedó quieto y sintió un tremendo escalofrío mientras contemplaba con angustiada consternación a la tercera persona que le habían arrebatado de un modo inhumano en el espacio de dos semanas. Era como si hubiese despertado de una pesadilla para sumergirse en otra.



Alargó el brazo y tocó la mejilla de Sebastian. Estaba más fría de lo normal pero aún no del todo.

El grito ahogado de Elwyn lo sacó de su estupor. Con un esfuerzo infinito reprimió su propio horror y se volvió hacia el muchacho. Tenía la tez cenicienta y los ojos hundidos por la conmoción. El sudor le perlaba la frente y los labios. Temblaba de la cabeza a los pies y respiraba entrecortadamente mientras intentaba conservar cierto dominio de sí mismo.

—No puedes hacer nada por él —dijo Joseph, sorprendido por la firmeza con que su voz resonó en la habitación silenciosa. Todavía no había nadie en el patio, ni se oían pasos en la escalera—. Ve a buscar al bedel.

Elwyn no se movió.

—¿Quién..., quién ha podido hacer algo así? —balbuceó, casi sin aliento—. ¿Quién...? —Se interrumpió, con los ojos arrasados en lágrimas.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo —respondió Joseph. No había ninguna arma en la mano de Sebastian, y tampoco en el suelo, donde habría caído si la hubiese usado contra sí mismo—. Ve a buscar al bedel —repitió—. No hables con nadie más. —Paseó la mirada por la habitación. Su mente comenzaba a recobrar cierta claridad. El reloj de la repisa marcaba las siete menos tres minutos. Se encontraban en el primer piso. Las ventanas estaban cerradas, con el cerrojo echado y todos los cristales intactos. No había nada forzado o roto en ellas y la puerta tampoco presentaba marcas. La espantosa evidencia ya le rondaba la mente: aquello era obra de alguien perteneciente al colegio, alguien a quien Sebastian conocía y a quien había dejado entrar.

—Sí... —dijo Elwyn obedientemente—. Sí... —Giró sobre sus talones y se fue dando un traspié, dejando la puerta abierta. Joseph oyó sus pasos pesados y torpes bajar la escalera.

Joseph cerró la puerta, se volvió y miró con detenimiento a Sebastian. Su rostro parecía tranquilo pero muy cansado, como si por fin se hubiese librado de una carga terrible permitiendo que lo venciera el sueño. Quienquiera que hubiese estado allí empuñando un arma, Sebastian no había tenido tiempo de darse cuenta de lo que iba a hacer o quizá no había creído que la cosa fuese en serio.

El dolor era demasiado atroz aún como para dejar paso a la ira. Su mente no podía aceptarlo. ¿Quién haría algo semejante? Y ¿por qué?

Los muchachos eran de natural vehementes, se encontraban al comienzo de la vida y para ellos todo resultaba más intenso y profundo: el primer amor verdadero; el despertar de la ambición; el triunfo y el desengaño eran abrumadores; el poder de los sueños, incalculable; la mente remontaba el vuelo y probaba el gozo de las alturas. Pasiones de toda índole cobraban forma, pero la violencia rara vez iba más allá de una pelea a puñetazos o una reyerta cuando alguien bebía más de la cuenta.

Sin embargo, lo que tenía ante sus ojos era de una maldad ajena a todo cuanto conocía y amaba de Cambridge, de la vida que allí se llevaba y lo que ésta significaba. De pronto recordó lo que Sebastian había dicho acerca del modo en que la guerra cambiaba los

corazones, de cómo los ignorantes destruían la belleza y la luz que guiaba al espíritu. Fue como si con aquellas breves palabras hubiese escrito su propio epitafio.

Oyó que la puerta se abría a sus espaldas y se volvió para ver al bedel de pie en la entrada, con el pelo alborotado y el rostro arrugado con expresión de alarma. Miró primero a Joseph y luego más allá, en dirección a Sebastian, y palideció. Tuvo una arcada que a duras penas logró controlar.

—Mitchell, por favor, cierre esta habitación con llave y luego llévese al señor Allard... —con un ademán de la cabeza señaló a Elwyn, que estaba en el pasillo a un par de pasos tras él—. Dele una taza de té bien caliente con un buen chorro de coñac. Cuide de él, haga el favor. —Suspiró con un estremecimiento—. Habrá que avisar a la policía, de modo que nadie debe subir ni bajar por esta escalera, de momento. Diga a los demás caballeros que normalmente pasan por aquí que permanezcan en sus habitaciones hasta nuevo aviso. Explíqueles que ha ocurrido un accidente. ¿Entendido?

—Sí, profesor Reavley... Yo...

Mitchell llevaba más de veinte años trabajando en St. John's y era un buen hombre capaz de hacer frente de la manera apropiada a la mayor parte de los momentos difíciles, desde las peleas entre borrachos que en ocasiones acababan con un hueso roto o dislocado hasta los casos de estudiantes excesivamente entusiastas que se encaramaban al tejado y luego les daba miedo bajar. Ahora bien, los peores crímenes habían sido el robo de un puñado de libras o copiar en un examen. Aquello era de una naturaleza bien distinta, algo que se inmiscuía en su mundo.

—Gracias —dijo Joseph, saliendo al pasillo. Miró a Elwyn por encima del hombro de Mitchell—. Iré a ver al director para hacer lo que sea necesario. Ve con Mitchell y quédate con él.

—Sí..., sí... —musitó Elwyn, que permaneció inmóvil hasta que Mitchell hubo cerrado la puerta. Entonces Joseph lo cogió del brazo con delicadeza, obligándolo a volverse, y lo guió hasta la escalera, que bajaron juntos lentamente.

Una vez en el patio, Joseph caminó a paso vivo por el sendero adoquinado hasta el patio siguiente, que era más pequeño y silencioso, y en cuya parte izquierda se alzaba un árbol solitario. Al otro lado estaba la verja de hierro forjado que conducía al jardín de Fellow's Garden. A esa hora estaría cerrada, como de costumbre. La vivienda del director tenía dos puertas, una que daba a Fellow's Garden y la otra a aquel patio.

Pasó por una parte en sombra aún húmeda del rocío y de pronto recordó que iba descalzo. Tenía los pies fríos. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza regresar a su habitación para ponerse las zapatillas. Ahora ya era demasiado tarde.

Llamó a la puerta y se apartó el cabello del rostro, pues de pronto cayó en la cuenta del aspecto que presentaría si la abría Connie Thyer en lugar del propio director.

El caso fue que tuvo que llamar dos veces más hasta oír pasos en el interior. Entonces el pomo giró y apareció Aidan Thyer pestañeando.

Por Dios, Reavley! ¿Sabe qué hora es? —inquirió. Su rostro largo y pálido aún estaba aturdido por el sueño y el pelo rubio le caía sobre la frente. Miró el batín de Joseph y sus pies descalzos y subió la vista de inmediato, parpadeando con inquietud—. ¿Qué sucede? ¿Algo va mal?

—Han matado a Sebastian Allard de un tiro —respondió Joseph. En cierto modo las palabras otorgaron una espantosa realidad a la pesadilla. El mero hecho de comunicar el suceso aumentaba la sensación de que era cierto. Al advertir la confusión de Thyer comprendió que éste no había captado que Joseph se refería a un acto de violencia mental además de física. No había empleado la palabra «asesinato», aunque eso era lo que quería decir—. Elwyn acaba de avisarme —agregó—. Si no le importa, entraré un momento.

—¡Oh! —Thyer reaccionó avergonzado—. Sí, claro. Disculpe. —Abrió la puerta de par en par y retrocedió.

Joseph entró y agradeció pisar una alfombra después de las piedras frías del sendero. No se había dado cuenta, pero estaba temblando.

—Vayamos al estudio —propuso Thyer.

Joseph cerró la puerta principal y lo siguió. Se sentó en uno de los grandes sillones mientras Thyer le servía una generosa copa de coñac de una botella del aparador y se la ofreció, antes de volverse y llenar una segunda para él.

—Cuénteme lo que ha ocurrido —pidió—. ¿Dónde estaban?

—Eché un vistazo al reloj de caoba de la repisa de la chimenea—. El pobre Elwyn debe de estar descompuesto. ¿Quiénes más se hallaban presentes? —Cerró los ojos un instante—. Por el amor de Dios, ¿cómo se las han arreglado para disparar a un compañero?

Joseph no sabía a ciencia cierta qué se imaginaba Thyer. ¿Prácticas de tiro, un trágico descuido?

—En su habitación —contestó—. Debí de levantarse muy temprano para estudiar. Es..., era uno de mis mejores estudiantes. —Procuró tranquilizarse. Tenía que ceñirse a lo práctico, apartar de su mente los aspectos personales—. Estaba en su butaca, a solas, salvo por la persona que le disparó. Las ventanas se encontraban cerradas y con el cerrojo echado, y no hay indicios desde que hayan forzado la puerta. Un único disparo, en un lado de la cabeza, pero el arma no está allí.

Thyer, cuyo rostro se crispó, agarró con fuerza los brazos de su asiento. Se inclinó un poco hacia delante.

—¿Qué me está diciendo, Joseph?

—Que alguien le pegó un tiro y se marchó llevándose el arma consigo —contestó Joseph—. Es la única explicación que veo.

¿Cómo era posible que en el espacio de dos semanas hablara de asesinato como un entendido?

Thyer permaneció inmóvil por unos instantes. Joseph oyó un frufú a sus espaldas y al volverse vio a Connie en el umbral de la puerta abierta, con la morena cabellera suelta sobre los hombros y envuelta en un salto de cama de satén claro que la cubría del cuello a los pies.

Ambos hombres se levantaron.

—¿Qué sucede? —preguntó Connie en voz baja. Su rostro denotaba preocupación, lo que hacía que pareciera más joven y mucho más vulnerable que la hermosa mujer segura de sí misma que solía mostrar en público. Era la primera vez que Joseph la veía sin que ella interpretara, por encima de todo, el papel de esposa del director.

»Profesor Reavley, ¿se encuentra bien? —preguntó con inquietud—. Tiene mala cara. Me temo que estos últimos tiempos han sido muy duros para usted. —Entró en la habitación, pasando por alto el hecho de que en realidad no iba vestida adecuadamente para recibir a nadie—. Si molesto, díganmelo, por favor. Pero si puedo ayudar en algo..., lo que sea...

Joseph fue consciente de la calidez que irradiaba aquella mujer, no sólo por su proximidad física, el leve perfume de su pelo y su piel y el deslizarse de la seda al moverse, sino por la dulzura de su rostro, por su comprensión de lo que significaba sufrir.

—Gracias, señora Thyer —dijo Joseph intentando sin éxito esbozar una sonrisa—. Me temo que ha ocurrido algo espantoso. Yo...

—No hay nada que puedas hacer al respecto, querida —lo interrumpió Thyer. Joseph tuvo la sensación de que había cometido una torpeza. Sin embargo, carecía de sentido protegerla de la realidad. En cuestión de horas todo St. John's estaría al corriente.

—¡Tonterías! —replicó Connie con brusquedad—. Siempre hay cosas que hacer, aunque sólo sea velar por la continuidad de la vida doméstica. Pase lo que pase, no podemos dejar de comer y ponernos ropa limpia, y de nada sirve tener al servicio desconcertado. ¿Qué es lo que ha sucedido?

El rostro de Thyer se endureció.

—Han matado a Sebastian Allard. Según parece, hay que descartar que se trate de un accidente.

La miró con expresión contrita y la vio palidecer.

Joseph se acercó a ella y por poco perdió el equilibrio al tender las manos para sostenerla, notando que los músculos de sus brazos se tensaban con una fuerza sorprendente.

—Gracias, profesor Reavley —dijo Connie con voz muy baja pero haciendo gala de un dominio casi absoluto de sí misma—. Estoy bien. ¡Qué horror! ¿Se sabe quién es el responsable?

Thyer también avanzó hasta ella, aunque se abstuvo de tocarla.

—No. Eso es precisamente lo que Joseph espera que hagamos, avisar a la policía, ¿me equivoco?

—Es inevitable, señor director —contestó Joseph, dejando caer los brazos a los costados—. Y si me disculpan, tengo que ir a ver de qué modo puedo consolar a Elwyn. El decano... —no terminó la frase.

Thyer salió al vestíbulo, donde había un teléfono sobre una mesa accesoria. Levantó el auricular y Joseph le oyó pedir a la operadora que lo pusiera con la comisaría.

Connie miró fijamente a Joseph tratando de hallar alguna respuesta al miedo que ya anidaba en su interior.

—A veces... —comenzó, y se dio cuenta de que no sabía cómo seguir. Ella contaba con que él, como hombre que predicaba la fe en Dios, se lo explicara en términos que tuvieran sentido. Recordó de pronto las frases idiotas que la gente le había dicho tras la muerte de Eleanor, alusiones a que la voluntad divina escapaba a la comprensión de los hombres, que la obediencia radicaba en la aceptación y cosas por el estilo. Entonces le parecieron sin sentido y ahora incluso más, dado que se trataba de un acto violento deliberado y personal.

»No lo sé —admitió, percibiendo desconcierto en el rostro de Connie. Con aquello no bastaba—. Aunque tiene usted razón —se obligó a mostrarse seguro—. Es preciso que cumplamos con los deberes de la vida cotidiana para darnos apoyo mutuo. Aprecio su sensatez. Los estudiantes que están aquí se sentirán acogidos. Por su bien, no podemos perder la cabeza. Resultará muy desagradable tener a la policía aquí haciendo preguntas, pero hemos de pasar por ello con tanta dignidad como sea posible.

Connie, al parecer más serena, esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. Si tenía que ocurrir algo tan espantoso, no sabe lo mucho que me alegra el que se encuentre usted aquí. Usted siempre capta el meollo de las cosas, otras personas no ven más allá de la superficie.

Joseph se sintió incómodo. Connie había visto en él más de lo que realmente había. Ahora bien, si eso la confortaba, no se permitiría la sinceridad de negarlo.

—Es algo bueno tener algo que hacer, ¿verdad? —prosiguió ella con un dejo de ironía—. Alguien a quien ayudar. Así te concentras en su dolor y no en el tuyo. Qué sabio es usted. Eso al menos nos permitirá soportar los peores momentos con entereza y honor. Mejor será que me vista. Imagino que la policía se presentará aquí de inmediato. El director informará a la familia de ese pobre muchacho y debo procurarles alojamiento aquí, por si deciden quedarse. Por suerte, en esta época del año hay un montón de habitaciones vacías. —Soltó una risilla nerviosa—. Práctica y hogareña como de costumbre. No se me ocurre qué decirle a una mujer cuyo hijo ha sido... ¡asesinado!

Joseph pensó en Mary Allard y en lo mucho que la consumiría la aflicción. Ninguna madre soporta la muerte de un hijo, pero Mary amaba a Sebastian con un orgullo desmedido. Veía en él cuanto alimentaban su ambición y sus sueños.

¡Qué poco le costaba comprenderla! Sebastian poseía una fuerza de espíritu que

encendía no sólo su propia visión del mundo sino también la de los demás. Había hecho mella en sus vidas tanto si lo deseaban como si no. Resultaba imposible creer que su mente ya no existía. ¿Cómo iba a soportarlo Mary Allard?

—Sí —dijo, volviéndose hacia ella con súbito apremio—. Tendrá que atenderlos... y no darse por aludida ni mostrarse consternada si manifiestan esa clase de dolor que a veces, por descuido, hiere al prójimo sin querer... o incluso adrede. En ocasiones, cuando nos hallamos sumidos en la aflicción arremetemos contra quien está más a mano... Es como si la furia lo hiciese todo más llevadero...

Aquello era terriblemente cierto y, sin embargo, no lo dijo movido por su propia pasión sino sirviéndose de los lugares comunes al uso que venía utilizando desde hacía años. Se avergonzaba de sí mismo pero no sabía qué otra cosa decir. Si abría su corazón permitiría que Connie viera la ira y la confusión que anidaban en su fuero interno, y eso no se lo podía permitir. La ferocidad de sus sentimientos le repugnaría, llegando tal vez a asustarla.

—Ya lo sé... —Connie sonrió con suma dulzura—. No hace falta que me lo diga... ni que se preocupe por ellos. —Habló como si Joseph hubiese respondido a su necesidad—. Gracias...

Joseph tenía que escapar antes de echar a perder la gracia del juicio de Connie.

—Gracias a usted. Voy a ver qué más puedo hacer.

Se disculpó y se marchó, todavía descalzo y sintiéndose ridículo a plena luz del día. No había sido capaz de dar una sola respuesta, al menos guiado por la fe. Se había limitado a dar consejos de sentido común. Ocúpese de lo que pueda. Haga lo que esté en su mano.

Cruzó el pasadizo abovedado hasta su patio. Dos estudiantes que regresaban de una sesión matutina de ejercicio lo miraron divertidos conteniendo la risa. ¿Acaso se figuraban que regresaba en pijama después de una cita? En otro momento se habría ocupado de sacarlos de dudas, pero ahora las palabras murieron en su boca. Era como si existiesen dos realidades paralelas, brillantes como cristales rotos, una en la que la muerte era violenta y terrible, el olor de la sangre llenaba la garganta y las imágenes flotaban ante los ojos, incluso cuando estaban cerrados, y que habría dado cualquier cosa con tal de olvidar, y otra en la que meramente aparecía ridículo deambulando en batín.

No se atrevió a hablarles por miedo a informarles a gritos de la espantosa verdad. Oía su propia voz alzándose descontrolada dentro de su cabeza.

Corrió con torpeza para salvar el último trecho hasta el portal y luego escaleras arriba, y al llegar a su habitación cerró la puerta dando un portazo.

Se plantó en medio de la habitación, jadeando. Debía recobrar el dominio de sí mismo. Había cosas que hacer, obligaciones, que siempre resultaban de ayuda. En primer lugar, acabar de afeitarse y vestirse. Tenía que presentar un aspecto respetable. Se sentiría mejor. ¡Y comer algo! Sólo que sentía un nudo en el estómago y la garganta le dolía tanto que sería incapaz de tragar.

Se quitó el batín.

El día era caluroso y, sin embargo, tenía frío. Olía a sangre, y a miedo, como si estuviera bañado en ella.

Con sumo cuidado, pues tenía las manos agarrotadas, abrió el grifo del agua caliente y se lavó. Luego se miró en el espejo. Los ojos negros le devolvían la mirada desde encima de los pómulos altos, la prominente nariz un poco aguileña y la personalísima boca. La piel se veía gris, incluso a través de la barba a medio afeitar.

Terminó de afeitarse con mucho cuidado y aun así no pudo evitar cortarse. Se puso una camisa limpia y sus dedos no conseguían encontrar los botones ni pasarlos por los ojales.

¡Todo resultaba absurdo, ridículo! Los estudiantes habían supuesto que regresaba de un encuentro amoroso. ¿Con semejante aspecto? Era un hombre atrapado en una pesadilla. Y, sin embargo, había sido tan consciente de Connie Thyer... su afectuosa acogida, la dulzura de su olor, su proximidad. ¿Cómo era posible que pensase en eso ahora?

¡Porque estaba, obvia y desesperadamente, solo! Habría dado cualquier cosa por tener a Eleanor allí, estrecharla entre sus brazos, dejar que lo sostuviera, que aliviara su pesar compartiendo con él la pérdida.

Sus padres habían muerto aplastados por culpa de un documento. ¡Y ahora Sebastian! Su cerebro destruido, hecho trizas por un impacto de bala.

Todo estaba desvaneciéndose, todo lo que era bueno y valioso y que daba luz y sentido. ¿Qué quedaba que aún se atreviera a amar? ¿Cuánto tardaría Dios en destruirlo y arrebatárselo?

Jamás volvería a permitir que sucediera. No estaba dispuesto a sufrir otro revés como aquél. Se veía incapaz de exponerse de nuevo al dolor.

La costumbre le dijo que no era culpa de Dios. ¿Cuántas veces lo había explicado a otras personas con el alma destrozada por algo que no podían soportar?

¡Sí que lo era! ¡Podría haber hecho algo! Sino. era capaz, ¿de qué le servía ser Dios?

Y la fría voz de la razón decía: «Dios no existe. Estás solo.» Ésa era la peor de todas las verdades: la soledad. Aquella palabra constituía una especie de muerte.

Permaneció quieto, de pie, por espacio de varios minutos, sin ningún pensamiento coherente en la cabeza. Poco a poco dejó de sentir frío. Estaba demasiado enojado. Alguien había matado a John y Alys Reavley y él no tenía recursos para averiguar quién o por qué. Allí fuera, en el mundo, se tramaba una conspiración, a saber de qué alcance.

Lo asaltaron recuerdos de entretenidas mañanas trabajando en el jardín, de John contando chistes interminables, del olor almizclado del muguete, de Hannah cepillando el pelo de Alys, de cenas de domingo.

Se apoyó contra la repisa de la chimenea y lloró, renunciando por fin a contenerse y

dejándose llevar por la aflicción.

\* \* \*

A media mañana seguía presentando el rostro ceniciento pero había recobrado la serenidad. La asistenta, una mujer mayor que se encargaba de limpiar y arreglar las habitaciones de aquella escalera, había pasado por la suya, temblorosa y llorosa, y había llevado a cabo su tarea. La policía había llegado, encabezada por un tal inspector Perth, un hombre de aspecto muy corriente, de estatura normal, con entradas, unas cuantas canas y los dientes, de los que le faltaban dos, torcidos. Hablaba con calma pero se desenvolvía con una determinación inquebrantable, y aunque se mostró amable con los afligidos y nerviosos estudiantes, no permitió que ninguna de sus preguntas quedara sin contestar.

En cuanto averiguó que el decano se encontraba ausente, en Italia, y que Joseph era clérigo, le pidió que se quedara cerca.

—Quizá me sirva de ayuda —dijo, asintiendo con la cabeza. No explicó si pensaba que así sería más probable que los estudiantes di—j eran la verdad o si quería contar con él para consolar a los afligidos.

»Al parecer nadie entró ni salió durante la noche —dijo Perth, mirando a Joseph con sus penetrantes ojos grises. Estaban solos en el pabellón del bedel, tras mandar a Mitchell a hacer un recado—. Nadie ha forzado la entrada. Mis hombres han recorrido todo el recinto. Lo lamento, padre, pero parece que a su joven señor Allard, el muerto, se entiende, le disparó alguien que estaba dentro de este colegio. El forense quizá sepa decirnos a qué hora, pero eso no cambia las cosas en cuanto a quiénes se encontraban aquí. Estaba levantado, vestido y concentrado en sus libros...

—Le he tocado la mejilla — interrumpió Joseph—. Cuando he ido a ver qué ocurría. No estaba fría..., quiero decir..., no del todo.

Se estremeció al recordarlo. De eso hacía tres horas. Ahora ya estaría frío. El espíritu, los sueños y la sed de aprender que lo hacían excepcional se habrían disuelto en... ¿qué? Sabía de sobras cuál se suponía que era la respuesta..., pero en su fuero interno ningún ardor la corroboraba.

Perth asentía con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—Eso encaja. A juzgar por lo que me han explicado, diría que la víctima conocía a su asesino. Usted conocía al joven caballero, padre. ¿Era la clase de muchacho que dejaría entrar a un desconocido a esas horas, creemos que hacia las cinco y media, mientras se encontraba estudiando?

—No. Se trataba de un estudiante muy serio —respondió Joseph—. Semejante intromisión le habría molestado. Normalmente nadie pasa a visitar a un compañero antes del desayuno, salvo en caso de emergencia.

—Lo suponía —convino Perth—. Hemos registrado la habitación y el arma no está allí. Inspeccionaremos todo el colegio, por supuesto. No parece que haya ofrecido resistencia. Todo indica que lo cogieron desprevenido. Alguien en quien confiaba.



Joseph había pensado lo mismo, pero hasta ese momento no lo había expresado con palabras. Resultaba indescriptiblemente horrible.

Perth lo miraba fijamente.

—He hablado con unos cuantos estudiantes, padre. Les he preguntado si han oído un disparo, puesto que lo ha habido. Un muchacho asegura que oyó un estrépito, aunque no le hizo más caso. Pensó que sería algo en la calle, un coche tal vez, y no sabe qué hora era. Se volvió en la cama y siguió durmiendo. —Perth se mordió otra vez el labio inferior—. Y a nadie se le ocurre un motivo, o al menos no lo reconocen. Todos se muestran sorprendidos. Pero aún es pronto. ¿Sabe de alguien que se peleara con él, por celos, quizá? Era un joven muy apuesto. Inteligente, también, según afirman, buen estudiante, uno de los mejores. Licenciado con matrícula de honor, tengo entendido.

Su expresión era cuidadosamente indescifrable.

—¡No se mata a un compañero porque te eclipse intelectualmente! —espetó Joseph con mayor brusquedad de la debida. Estaba siendo grosero sin poder remediarlo. Las manos le temblaban y tenía la boca seca. Le costaba respirar con normalidad.

—¿Ah, no? —dijo Perth, sentándose en el borde del escritorio del bedel—. ¿Por qué se mata entonces, padre? A jóvenes caballeros como éstos —prosiguió, tenso—, con todas las ventajas del mundo y la vida entera por delante... —Con un ademán invitó a Joseph a tomar asiento—. ¿Qué podría empujar a uno de ellos a coger una pistola, ir a la habitación de un compañero antes de las seis de la mañana y dispararle en la cabeza? Tiene que haber sido un motivo de peso, padre, algo para lo que no cupiera otra actitud.

A Joseph le flaquearon las piernas y se desplomó en la butaca.

—Ha sido un acto premeditado —continuó Perth—. Alguien se ha levantado aposta y se ha procurado un arma, y no ha existido pelea, o de lo contrario no habríamos encontrado al señor Allard sentado tranquilamente, sin un libro fuera de sitio. —Se detuvo y aguardó, mirando a Joseph con curiosidad.

—No lo sé —dijo Joseph.

La tremenda enormidad de los hechos caía sobre él con un peso tan opresivo que apenas si le permitía respirar. Joseph pasó revista mentalmente a los estudiantes más próximos a Sebastian. ¿A quién habría dejado pasar éste a semejantes horas para conversar en lugar de decirle que regresara a una hora más prudencial? A Elwyn, por descontado. Pero ¿por qué iba Elwyn a querer verlo tan temprano? Joseph no se lo había preguntado, pero seguro que Perth lo haría.

Nigel Eardslie. Él y Sebastian compartían el interés por la poesía griega. Eardslie era más erudito en lo que a la lengua se refería, conocía un vasto vocabulario, pero tenía menos intuición para el ritmo y la musicalidad, así como para la sutileza de la cultura. Formaban un buen equipo y disfrutaban colaborando el uno con el otro, hasta el punto de que a menudo—publicaban conjuntamente el resultado de su trabajo en la revista del colegio. Si Eardslie también se había levantado temprano para estudiar y había encontrado un verso o

una frase especialmente bueno, uno que captara pero no del todo, no habría dudado en molestar a Sebastian, incluso a esa hora.

Ahora bien, Joseph no iba a decirle eso a Perth, al menos por el momento.

También estaban Foubister y Morel, buenos amigos entre sí, con quienes Sebastian y Peter Rattray solían juntarse para jugar a tenis. Rattray era un entusiasta del debate, y él y Sebastian habían pasado muchas noches enfrascados en discusiones para gran regocijo de ambos. Aunque eso no parecía un motivo para ir a la habitación de nadie tan temprano.

¿Quién más había? se le ocurrieron al menos otros seis, todos ellos aún en el colegio por una razón u otra, aunque no se imaginó a ninguno acariciando pensamientos violentos, y mucho menos llevándolos a la práctica.

Perth lo observaba sin que al parecer le importara aguardar, paciente como un gato ante una ratonera.

—No tengo ni idea —repitió Joseph con un gesto de impotencia, consciente de que Perth sabría que estaba siendo evasivo. ¿Cómo era posible que un hombre formado para prestar asistencia espiritual al prójimo, que vivía y trabajaba con un grupo de estudiantes, fuese totalmente ciego ante una pasión tan intensa como para conducir al asesinato? Semejante terror u odio no surgía de la nada ni de un día para otro. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta?

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, padre? —preguntó Perth. Joseph notó que se sonrojaba, el calor casi le dolía en el rostro. —Poco más de un año.

Tendría que haberlo visto y no había hecho más que negarse a reconocer lo evidente. ¡Qué estúpido! ¡Era un auténtico inútil!

—¿Y enseñaba usted al señor Sebastian Allard? Y a su hermano, el señor Elwyn, ¿le enseñaba también?

—Durante un tiempo. Latín. Lo dejó.

—¿Por qué?

—Lo encontraba difícil y consideró que no lo necesitaba para su carrera. Tenía razón.

—Así pues, ¿no es tan inteligente como su hermano?

—Muy pocos lo son. Sebastian poseía un talento excepcional. Hubiese... —Las palabras se le atragantaron. Sin previo aviso, la realidad de la muerte volvió a envolverlo. La dorada promesa de futuro que había visto para Sebastian ya no existía, como si la noche hubiese tapado el día. Tuvo que hacer una pausa para recobrar el dominio de sí mismo antes de seguir hablando—o. Le aguardaba una brillante carrera —concluyó.

—¿Como qué? —Perth enarcó las cejas.

—Como lo que quisiera.

—¿Como profesor? —Perth frunció el entrecejo—. ¿Como sacerdote?

—Como poeta, o filósofo. En el Gobierno, si así lo deseara.

Perth se mostró sumamente perplejo.

—Muchos de nuestros dirigentes más importantes comenzaron su carrera con una licenciatura en lenguas clásicas —explicó Joseph—. El señor Gladstone constituye el ejemplo más obvio.

—¡Vaya, no lo sabía! —Estaba claro que para Perth resultaba incomprendible.

—No me he explicado bien —prosiguió Joseph—. En la universidad siempre hay quienes son más brillantes que quienes poseen un talento espectacular para un campo concreto. Si no lo sabes al ingresar, seguro que lo aprendes enseguida. Aquí todos los estudiantes están dotados del talento y la inteligencia necesarios para triunfar, siempre y cuando se apliquen. No conozco a ninguno lo bastante tonto para sentir más que un momento pasajero de envidia ante una mente superior.

Lo dijo con absoluta certeza, y sólo al reparar en la expresión de Perth cayó en la cuenta de lo condescendiente que parecía, aunque ya era tarde para retractarse.

—De modo que no ha notado nada extraño —observó Perth. Resultaba imposible decir si era sincero, o lo que pensaba de un profesor y sacerdote capaz de ser tan ciego.

Joseph se sintió como un alumno novato al que reprenden por una equivocación estúpida.

—Nada que a mi juicio pudiera conducir más que a un distanciamiento pasajero..., a una cierta frialdad en el trato —se defendió—. Los jóvenes son emotivos, están muy unidos a veces. Los exámenes...

Se le apagó la voz, pues no sabía qué más añadir. Estaba intentando explicar una cultura y un estilo de vida a un hombre que era totalmente ajeno a aquel mundo. El abismo entre un estudiante de Cambridge y un policía era insalvable. ¿Cómo iba Perth a comprender las pasiones y sueños que impelían a los hijos de familias privilegiadas y en la mayor parte de casos acaudaladas, muchachos cuyas dotes intelectuales eran lo bastante sobresalientes para ganarse una plaza allí? Él debía de proceder de un hogar común y corriente donde estudiar constituía un lujo, donde el dinero nunca alcanzaba, donde la necesidad era una fiel compañera que pisaba los talones al trabajo.

Sintió escalofríos al caer en la cuenta de que Perth, inevitablemente, sacaría conclusiones erróneas acerca de aquellos muchachos, interpretaría de forma incorrecta lo que dijeran e hicieran, confundiría sus motivos y culparía a la inocencia, sencillamente porque todo aquello le era del todo ajeno. Y el daño sería irreparable.

Y entonces, un instante después, su propia arrogancia le golpeó como un puñetazo. Él pertenecía a su mismo mundo, los conocía desde hacía un año como mínimo, los había visto casi a diario en la época de clases y, sin embargo, no había tenido la más remota idea de que se hubiese ido acumulando lentamente un odio tan grande hasta que había explotado con violencia letal.

Sin duda debió de haber indicios; los había tomado por inofensivos y no había comprendido su significado. Ojalá pudiese pensar que lo había hecho por amor al prójimo pero no era así. No haber visto la verdad denotaba, en el mejor de los casos, estupidez, y, en el peor, cobardía.

—Si puedo ayudarle en algo, cuente conmigo —dijo en tono humilde—. Ahora..., estoy... muy impresionado...

—Es lógico, padre —dijo Perth con sorprendente amabilidad—. Todo el mundo lo está. Nadie cuenta con que pueda ocurrirle algo así. Sólo le pido que si recuerda algo, o si algo le llama la atención, me lo comunique. Y, por supuesto, me figuro que hará cuanto esté en su mano para ayudar a los jóvenes caballeros. Algunos parecen muy abatidos.

—Sí..., naturalmente. ¿Hay algo...?

—Nada, padre —aseguró Perth.

Joseph le dio las gracias y se marchó, saliendo a la brillante e implacable luz del patio. Casi de inmediato topó con Lucian Foubister, que se veía muy pálido, con el oscuro cabello encrespado como si lo hubiese atusado más de la cuenta.

—¡Profesor Reavley! —exclamó—, ¡Piensan que lo ha hecho uno de nosotros! No puede ser verdad. Tiene que haber sido... —Se detuvo delante de Joseph, impidiéndole el paso. No sabía cómo pedir ayuda, pero sus ojos reflejaban desesperación. Procedía del norte de Inglaterra, de las afueras de Manchester, y estaba acostumbrado a las hileras de casas de ladrillo adosadas, sin jardín trasero, propias de las ciudades industriales, al agua fría y a los retretes comunitarios. Aquel mundo de rancia e intrincada belleza, de espacios abiertos y tiempo libre, lo había dejado atónito, cambiándolo para siempre. Nunca terminaría de pertenecer de veras a él, como tampoco lograría volver a ser quien había sido antes. Parecía más joven de los veintidós años que ya había cumplido, y más delgado de lo que Joseph recordaba.

—Me temo que al parecer ha sido así —dijo Joseph con delicadeza—. Quizá logremos dar con otra respuesta, pero no hay indicios de que haya entrado nadie, y Sebastian estaba sentado con toda calma en su butaca, lo cual indica que no temía a su agresor.

—Entonces tiene que haber sido un accidente —balbuceó Foubister—. Y... quienquiera que fuese está demasiado asustado para reconocerlo. Lo que me parece normal, la verdad. Pero lo dirá en cuanto se dé cuenta de que la policía piensa que se trata de un asesinato. —Calló de nuevo, buscando en los ojos de Joseph una señal tranquilizadora.

Joseph ansiaba creer aquella versión. Quien fuese responsable de tan trágico suceso debía de estar deshecho. Huir constituía un acto de cobardía, y estaría avergonzado, pero siempre sería mejor eso que cargar con un asesinato. Además, significaría que Joseph no había sido ciego ante el odio, pues en tal caso no habría habido ningún odio en el que reparar.

—Espero que estés en lo cierto —dijo con la mejor sonrisa que fue capaz de brindarle. Apoyó una mano en el brazo de Foubister—. Aguardemos hasta ver qué ocurre. Y no

saques conclusiones precipitadas, sean buenas o malas.

Foubister asintió con la cabeza pero permaneció en silencio. Joseph lo observó alejarse deprisa hacia el otro extremo del patio. Con la misma certeza que si se lo hubiese dicho, supo que iba directamente a ver a su amigo Morel.

Gerald y Mary Allard llegaron antes de las doce, pues eran vecinos de Haslingfield, que quedaba a menos de siete kilómetros al sudoeste. La noticia debía de haberles llegado después de desayunar, y seguramente habían quedado demasiado atónitos para reaccionar de inmediato. Probablemente habían tenido que contárselo a distintas personas, quizás a un médico o a un sacerdote, así como a otros miembros de la familia.

Joseph temía el momento de encontrarse con ellos. Le constaba que Mary estaría abrumada por la pena, que sentiría la misma rabia contenida que él. Las palabras de consuelo que con tanta sinceridad le había dicho en el funeral de sus padres carecerían de significado cuando se las repitiera a ella, como entonces nada habían significado para él.

Puesto que le daba miedo, fue a su encuentro sin más dilación pocos minutos después de que su coche se detuviera ante la verja de St. John's Street. Vio que Mitchell los recibía con solemnidad, que estaban aturridos y tensos por la herida reciente de la pérdida, y que los acompañaba a través de los dos patios hacia la casa del director. Joseph los alcanzó a pocos metros de la puerta principal.

Mary iba vestida de negro, con la falda manchada de polvo en el dobladillo, y llevaba un sombrero de ala ancha que ensombrecía su rostro velado. Junto a ella, Gerald presentaba el aspecto de un hombre que se esforzaba por soportar la mañana tras una noche de juerga y borrachera. Estaba pálido y demacrado, y tenía los ojos inyectados en sangre. Tardó un momento en reconocer a Joseph, y al hacerlo se acercó a él con paso vacilante, desentendiéndose por un instante de su esposa.

—¡Reavley! ¡Gracias a Dios que está usted aquí! ¿Qué ha sucedido? Nadie haría...

Dejó de hablar con un gesto de impotencia, sin saber qué agregar. Necesitaba ayuda, que alguien le dijera que aquello no era verdad liberándolo así de una aflicción que le resultaba insoportable.

Joseph le dio la mano y lo agarró fuertemente del brazo, aguantando parte de su peso cuando se tambaleó.

—No sabemos qué ha ocurrido —dijo con firmeza—. Al parecer ha sido alrededor de las cinco y media de esta mañana, y lo único que puedo confirmar por el momento es que ha sido muy, rápido, un par de segundos, como mucho. No ha sufrido.

Mary estaba delante de él. Sus ojos negros centelleaban incluso a través del velo.

—¿Se supone que eso debe consolarme? —inquirió con voz ronca—. ¡Está muerto! ¡Sebastian ha muerto!

Su pasión estaba demasiado encendida como para que Joseph pudiera hacer nada al respecto y, sin embargo, allí se encontraba él, de pie en medio del patio bajo el sol de julio,

tratando de hallar unas palabras que constituyeran algo más que la mera constatación de su propia futilidad. No sabía cómo paliar la pérdida, ni la de ella ni la suya. ¿Dónde estaba el ardor de su fe cuando más lo necesitaba? Cualquiera podía creer sentado en el banco de una iglesia una tranquila mañana de domingo, cuando la vida era plena y segura. La fe sólo es real cuando entre uno y el abismo no hay nada más que un hilo oculto lo bastante fuerte para sostener el mundo.

—Sé que ha muerto, Mary —contestó Joseph—. No estoy en condiciones de decirle por qué ni cómo. Tampoco sé quién lo ha hecho ni si ha sido adrede o involuntariamente. Puede que lo averigüemos todo menos el motivo, pero llevará tiempo.

—¡Lo que quiero saber es el motivo! —exclamó ella con voz temblorosa a causa de la furia—. ¿Por qué Sebastian? Era... ¡encantador!

Joseph sabía que no sólo se refería a su rostro sino a la brillantez de su mente, a la fuerza de sus sueños.

—Sí que lo era —convino.

—¿Y por qué su Dios ha dejado que un estúpido, despreciable... —no se le ocurría una palabra lo bastante gruesa como para transmitir su odio— acabara con su vida? —espetó—. ¡Dígame por qué, reverendo Reavley!

—No lo sé. ¿Pensaba acaso que sería capaz de decírselo? Soy tan humano como usted, tengo la misma necesidad de aprender a tener fe y confianza, no...

—¿Confianza en qué? —lo interrumpió Mary, levantando airada la delgada mano—. ¿En un

Dios que me lo quita todo y permite que el mal aniquile el bien?

—Nada aniquila el bien —dijo Joseph, preguntándose si eso era cierto—. Si el bien nunca se viera amenazado, e incluso vencido en ocasiones, ya no habría ningún bien, pues con el tiempo se convertiría en poco más que sabiduría e interés personal. Si...

Mary le dio la espalda con impaciencia y se fue indignada hacia Connie Thyer, que aguardaba en el umbral de la casa del director.

—Lo siento —masculló Gerald, avergonzado—. Se lo está tomando... Yo... Francamente...

—No pasa nada —lo tranquilizó Joseph. Resultaba doloroso de ver y deseó ponerle fin por el bien de ambos—. Lo comprendo. Mejor será que se reúna con ella. Le necesita.

—No, no nos engañemos—dijo Gerald con amargura. Acto seguido se recompuso, se sonrojó y fue en busca de su esposa. Joseph se encaminó de regreso al primer patio y ya casi había llegado a él cuando vio a una segunda mujer, también con velo y de luto. Al parecer andaba perdida, pues se asomaba al pasadizo abovedado con vacilación. A juzgar por la gracilidad de su postura, era joven y, sin embargo, emanaba una dignidad y una seguridad innata que daban a entender que en otras circunstancias habría demostrado mucho más dominio de sí misma.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Joseph, sorprendido aún de su presencia. No acertaba a figurarse qué podía estar haciendo en St. John's ni por qué Mitchell la había dejado entrar.

Ella se aproximó con evidente alivio.

—Gracias, es muy amable de su parte, señor...

—Reavley, Joseph Reavley —se presentó—. Me ha parecido que no estaba segura de hacia dónde ir. ¿Adónde se dirige?

—A la casa del director —contestó ella—. Tengo entendido que es el señor Aidan Thyer. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, pero me temo que en este momento está ocupado y me atrevo a aventurar que lo estará bastante rato. Lo lamento mucho, pero un acontecimiento inesperado ha cambiado los planes de todo el mundo. —No había ninguna necesidad de referirle la tragedia—. Le daré el recado que quiera en cuanto esté libre. ¿No le importaría fijar una cita para visitarlo en otra ocasión?

La joven se irguió.

—Estoy al corriente de los «acontecimientos», señor Reavley, si se refiere a la muerte de Sebastian Allard acaecida esta mañana, como me parece. Me llamo Regina Coopersmith. Era su prometida.

Joseph la miró fijamente como si le hubiese hablado en una lengua extranjera. ¡No podía ser posible! ¿Cómo era posible que Sebastian, el idealista apasionado, el erudito cuya mente bailaba al son de la música del lenguaje, se hubiese enamorado y prometido en matrimonio sin mencionarlo ni una sola vez?

Joseph miraba a Regina Coopersmith sabiendo que debería estar diciéndole lo mucho que lo sentía, ofreciéndole sus condolencias pese a que resultara imposible dar o recibir consuelo, pero su mente se negaba a aceptar sus palabras.

—Lo lamento, señorita Coopersmith—dijo con torpeza—. No lo sabía. —Tenía que añadir algo. Aquella muchacha aparentemente serena había perdido al hombre al que amaba en unas circunstancias atroces—. Acepte mi más sentido pésame.

Era sincero. Sabía lo que sentía al enfrentarse súbitamente a aquel abismo de soledad, sin ninguna clase de aviso. Todo lo que uno tenía se esfumaba en un instante. También le constaba que ninguna frase le serviría de nada.

—Gracias —contestó Regina esbozando una sonrisa.

—¿Me permite acompañarla a casa del director? Es por aquí. —Hizo un gesto hacia su espalda—. Confío que el portero se haya encargado de su equipaje.

—Sí, lo ha hecho. Agradezco su cortesía —repuso Regina.

Joseph se volvió y ambos regresaron al sendero adoquinado. La miró de reojo. El velo sólo le ocultaba el rostro en parte; la boca y el mentón quedaban claramente visibles. Sus rasgos eran marcados, más agradables que delicados. Emanaba dignidad y determinación,

pero en modo alguno pasión. ¿Qué había hecho que Sebastian se enamorara de ella? ¿Acaso era la que Mary Allard había elegido para su hijo en lugar de haberlo hecho él mismo? Tal vez fuese rica y estuviera bien relacionada con las familias del condado. En tal caso daría a Sebastian la seguridad y el lustre precisos para emprender una carrera como poeta y filósofo, lo que no solía proporcionar por sí solo esa clase de cosas.

O bien existían aspectos enteros del carácter de Sebastian que Joseph había dado equivocadamente por supuestos.

El sol del mediodía, intenso y ardiente, pintaba sombras con perfiles recortados semejantes a las afiladas realidades del saber.

\* \* \*



## 5

En una silenciosa casa de Marchmont Street, un hombre a quien gustaba que aquellos en quienes confiaba lo llamaran «el Conciliador» estaba de pie junto a la repisa de la chimenea de su sala de estar del piso superior, mirando con ira no disimulada la rígida figura que tenía delante de él.

—¡Registró su despacho y no encontró nada! —masculló.

—Nada de interés para nosotros —puntualizó el otro hombre. Hablaba inglés con absoluta desenvoltura aunque sin expresiones coloquiales—. Atañían a asuntos que ya conocemos. El documento no estaba allí.

—Pues tampoco estaba en casa de los Reavley —dijo el Conciliador—. Fue registrada a conciencia.

—¿De veras? —preguntó el otro con escepticismo—. ¿Cuándo?

—Durante el funeral —contestó el Conciliador, haciendo patente un peligroso mal genio en su voz. No le gustaba que lo cuestionaran, y menos aún un sujeto de rango bastante inferior. Sólo el respeto por su primo lo llevaba a tolerar a aquel hombre hasta el punto en que lo hacía. Al fin y al cabo, se trataba del aliado de su primo.

—Bueno, usted tiene la copia que Reavley llevaba consigo —señaló el hombre—. Seguiré a su hijo. Si sabe dónde está, la encontraré.

El Conciliador, con su porte elegante, daba la impresión, a primera vista, de sentirse muy a gusto. No obstante, un observador perspicaz habría reparado en que tenía los nudillos blancos y en que la tensión de su cuerpo era tal que la tela de la chaqueta le tiraba a la altura de los hombros.

—No hay tiempo —dijo con un tono gélido—. Los acontecimientos no van a aguardar. ¡Si no se da cuenta de eso es que es idiota! Tenemos que utilizarlo en los próximos días, de lo contrario será demasiado tarde. Una semana, dos a lo sumo.

—Una copia...

—¡Tengo que tener las dos! ¡No puedo presentarle una! —Conseguiré otra —propuso el hombre.

El Conciliador palideció.

—¡No puede!

El otro hombre se enderezó como para marcharse.

—Volveré a ir esta noche...

—Será inútil. —El Conciliador levantó la mano—. El káiser está furioso. No encontrará nada. Puede que incluso pierda lo que tenemos —pronunció estas palabras con el inconfundible tono de una orden.

El otro hombre inspiró y espiró lentamente varias veces pero no discutió. Su rostro

mostraba enojo y frustración, aunque no contra el hombre conocido como el Conciliador sino contra las circunstancias que se veía obligado a aceptar.

—¿Se encargó del otro asunto? —preguntó el Conciliador. Su voz era poco más que un susurro, su rostro estaba transido de dolor.

—Sí —contestó el hombre.

—¿Cómo consiguió hacerse con él? —preguntó el Conciliador con ceño.

—Él fue quien lo escribió —respondió el otro.

—¿Que lo escribió? —inquirió imperioso el Conciliador.

—Esas cosas tienen que estar escritas a mano —explicó el hombre—. Lo exige la ley.

—¡Maldita sea! —exclamó el Conciliador. Fueron sólo dos palabras, pero tan cargadas de pasión como si se las hubiesen arrancado haciéndole daño. Se inclinó un poco hacia delante, con los hombros encogidos y los músculos en tensión—. ¡No tendría que haber ocurrido de ese modo! ¡No debimos permitirlo! ¡Reavley era un buen hombre, la clase de persona que necesitamos con vida!

—No tiene remedio —explicó el otro con resignación.

—¡Pues debió tenerlo! —replicó el Conciliador, sin disimular su resentimiento—. Tenemos que hacer las cosas mejor.

—Lo intentaremos —repuso el otro con una mueca.

A última hora de la tarde del sábado Matthew fue en coche de Londres a St. Giles. Había sido una jornada desagradable, no por una causa que tuviera prevista, como noticias frescas sobre Irlanda o los Balcanes, sino por un problema interno cada vez más apremiante. Habían encontrado una bomba con la mecha encendida dentro de una iglesia en el corazón de Westminster. Al parecer había sido obra de un grupo de mujeres que luchaban de manera cada vez más violenta para que les concedieran el derecho al voto.

Por suerte no había que lamentar heridos, pero el daño que habría podido causar el artefacto resultaba sumamente alarmante. Como consecuencia de ello Matthew había tenido que abandonar su investigación acerca de Blunden y las armas políticas que cabía utilizar contra él. En su lugar, se había ocupado todo el día de mejorar la seguridad en Londres, por lo que tuvo que pedir permiso a Shearing para marcharse, algo que no habría sido necesario en fin de semana.

La sensación de alivio que experimentó al salir del calor y el encierro de la ciudad a bordo del coche fue tan excitante como escapar del cautiverio. Se sintió embriagado al pisar con fuerza el acelerador y lanzar el Talbot Sunbeam a toda velocidad por la carretera.

Hacia buen tiempo, otro atardecer dorado con grandes nubes amontonándose en el este y el sol resplandeciendo en ellas hasta que fueron alejándose, como blancos galeones con el velamen desplegado, hacia el horizonte. Debajo de ellas los campos ya estaban listos para la cosecha.

La luz se intensificó en los cielos más abiertos del pantanal, casi inmóviles en el ámbar del ocaso.

Matthew se adentró en St. Giles, recorrió la calle mayor hasta más allá de la represa del molino y giró a la derecha en la calle que conducía a la casa. La señora Appleton salió a recibirlo a la puerta principal y se le iluminó la cara en cuanto lo vio.

—Oh, señorito Matthew, qué bien que haya venido. Se quedará, ¿verdad?

Retrocedió para abrirle paso, justo cuando Judith bajaba por la escalera, pues había oído el rechinar de los neumáticos del coche en la grava. Saltó el último par de escalones seguida de Henry, que le pisaba los talones con la cola en alto. Se arrojó al cuello de Matthew y le dio un rápido y estrecho abrazo. Acto seguido se apartó y lo miró más detenidamente.

—Sí, claro que me quedo —dijo él dirigiéndose a la señora Appleton por encima del hombro de Judith—. Al menos hasta mañana a la hora del almuerzo.

—¿Nada más? —inquirió Judith—. ¡Es sábado por la tarde, ahora! ¿Acaso esperan que trabajes todo el tiempo?

Matthew no se molestó en discutir, pues ya lo habían hecho antes y no era nada probable que se pusieran de acuerdo. Sentía una pasión por su trabajo que Judith seguramente nunca comprendería. Si algo iba a conseguir inflamar su voluntad y su imaginación lo bastante como para entregarse a ello de cuerpo y alma, lo cierto era que aún no lo había descubierto.

Saludó al perro y después siguió a su hermana hasta la sala de estar con su viejo y confortable mobiliario y la alfombra un tanto desgastada y descolorida por el tiempo. En cuanto hubo cerrado la puerta, Judith le preguntó si había descubierto algo.

—No —contestó Matthew, retrepándose en el sillón donde solía sentarse su padre. Le dio cierto apuro ocupar su sitio. No obstante, siempre lo había hecho cuando su padre estaba ausente, aunque en ese momento le pareció un gesto de apropiación. Sin embargo, sentarse en otro sitio hubiese resultado forzado, un cambio de hábitos sumamente absurdo, otra diferencia con el pasado que no tenía razón de ser.

Judith lo observaba con el entrecejo fruncido y un brillo de desafío en los ojos.

—Me figuro que lo estás intentando...

—En parte es por eso por lo que he venido este fin de semana..., y a verte a ti, por supuesto. ¿Has tenido noticias de Joseph? —preguntó Matthew.

—Un par de cartas. ¿Y tú?

—No he sabido nada de él desde que regresó a Cambridge.

La miró, tratando de descifrar sus sentimientos basándose en su expresión. Estaba sentada un poco de lado, con los pies encima del sofá, de un modo que Alys siempre le criticaba advirtiéndole que era impropio de una dama. ¿Se sentiría tan serena como

aparentaba, con el pelo peinado hacia atrás mostrando su frente tranquila, las tersas mejillas y la boca ancha y vulnerable?

¿O acaso la emoción estaba contenida en su interior, demasiado tierna para mostrarla, aunque consumiéndola a su antojo? Era la única de ellos que seguía viviendo en la casa. ¿Cuántas veces habría bajado la escalera, asustándose al constatar que no había nadie a quien decir «buenos días», aparte de la señora Appleton? ¿Oiría el silencio, las voces desaparecidas, los pasos? ¿Imaginaría los detalles de la vida familiar, el olor a tabaco de pipa, la puerta del estudio cenada para indicar que no había que interrumpir a John? ¿Aguzaría el oído para oír a Alys cantando ensimismada mientras arreglaba unas flores y desempeñaba las docenas de otras pequeñas tareas que demostraban que en aquella casa vivía alguien que amaba su hogar y que era feliz en él?

Él podía escapar. Su vida en Londres era exactamente igual que antes salvo por las escasas llamadas telefónicas y las visitas a sus padres. Toda la diferencia radicaba en su interior. Se trataba de un conocimiento que podía dejar de lado cada vez que era preciso.

Para Hannah también sería así, igual que para Joseph. Ellos también le preocupaban, aunque de otra manera. Hannah contaba con el consuelo de Archie, y sus hijos la necesitaban y ocupaban su tiempo.

El caso de Joseph era distinto. Desde la muerte de Eleanor, algo en su fuero interno se había alejado de las emociones para esconderse en la razón. Matthew había crecido con Joseph, que era siete años mayor y siempre había parecido más inteligente, sabio y perspicaz. Solía decirse a sí mismo que con el tiempo se pondría a su altura, pero ya eran adultos y comenzaba a pensar que tal vez Joseph poseyera un intelecto extraordinariamente dotado. Comprendía con suma facilidad cuestiones que a los demás les costaba un gran esfuerzo. Alzaba el vuelo con el pensamiento hasta regiones que la mayoría de la gente a duras penas imaginaba.

Aunque también había en ello una evasión de la realidad, sobre todo de ciertas clases de dolor, y en el transcurso del último año se había escapado casi por completo. Matthew había visto en los ojos de su hermano, en fugaces momentos de descuido, que éste era consciente de ello.

Judith lo observaba, aguardando que prosiguiese.

—He estado muy ocupado últimamente —dijo él—. La gente no piensa en otra cosa que en Irlanda y, por supuesto, en el conflicto de los Balcanes.

—Lo de Irlanda lo comprendo, pero ¿por qué los Balcanes? —Judith enarcó las cejas—. La verdad es que no tiene nada que ver con nosotros. Serbia está muy lejos, al otro lado de Italia, por Dios. La idea es repugnante, pero me da la impresión que los austriacos sencillamente entrarán y tomarán lo que les plazca a modo de reparación y que castigarán a los responsables. ¿No es lo que suele pasar con las revoluciones, tanto si tienen éxito y consiguen derrocar al Gobierno como si son sofocadas? Caramba, cualquiera que piense que un par de asesinos serbios van a acabar con el Imperio austro—húngaro tiene que estar loco.

Pasó los pies al otro lado y se arrellanó en los cojines, abrazando uno en el regazo como si temiera que fuese a escapar si lo soltaba.

Henry se levantó de donde estaba tumbado y se acomodó más cerca de ella.

—No son ellos quienes lo harán —dijo en voz baja, preguntándose mientras hablaba si debía ir más allá. Sólo era especulación, un temor a la peor posibilidad.

—¿Quién, entonces? —preguntó Judith con ceño—. Pensaba que se trataba de un hatajo de jóvenes exaltados. ¿Acaso no es así?

—Todo indica que sí —convino Matthew—. La guerra es sólo el último eslabón de una cadena de posibles acontecimientos..., pero es casi seguro que alguien con sentido común tomará cartas en el asunto para evitarla. Aunque sean los banqueros. ¡Una guerra saldría muy cara!

Judith lo miró fijamente, con rostro inexpresivo.

—¿Por qué la mencionas, entonces? —inquirió.

Matthew se obligó a sonreír.

—Ojalá no lo hubiese hecho. Sólo quería que supieras que no estoy justificándome. No sé por dónde empezar. Iré a visitar a Robert Isenham mañana. Supongo que irá a misa. Lo veré después.

—¿Un domingo a la hora del almuerzo? —dijo Judith, sorprendida—. ¡No creo que le entusiasme la idea! ¿Qué quieres preguntarle, a todo esto?

Matthew meneó la cabeza esbozando una sonrisa.

—No voy a mostrarme tan franco. ¡Menuda detective estás hecha!

—¡Bueno, de acuerdo! —dijo Judith, tensa—. ¿Qué piensas que sabe?

Matthew volvió a ponerse serio.

—Tal vez nada, pero si padre se confió a alguien, probablemente fuese a Isenham. Quizá le comentó adónde iba a ir o con quién tenía previsto verse. No sé por dónde empezar, como no sea entrevistando a todos sus conocidos.

—Eso puede llevarte siglos. —Judith permaneció muy quieta y pensativa—. ¿Qué piensas que podría ser, Matthew? Quiero decir..., ¿de qué estaría al corriente papá? Las personas que traman grandes conspiraciones no van dejando documentos por ahí para que los encuentre por casualidad el primero que pase.

Matthew tuvo un escalofrío. Primero no supo muy bien a qué respondía, aunque, desde luego, a nada agradable. Entonces detectó en los ojos de su hermana un temor que ésta era incapaz de expresar con palabras.

—Me consta que no lo encontró por casualidad —contestó—. A no ser que perteneciera a alguien a quien conocía muy bien...

—Como Robert Isenham. —Judith acabó la frase por él—. ¡Ten cuidado! —Ahora su

miedo saltaba a la vista.

—No padezcas —la tranquilizó Matthew—. No tiene nada de sospechoso que vaya a verlo. Tarde o temprano, lo haría. Era uno de los amigos más próximos de papá, al menos geográficamente. Sé que no estaban de acuerdo en muchas cosas, pero eso no quita que se apreciaran mutuamente.

—Puedes apreciar a una persona y aun así traicionarla —sentenció Judith, con más realismo del que Matthew hubiese imaginado que poseía—, siempre y cuando sea por una causa en la que creas con la suficiente pasión. Tienes que traicionar a los demás antes de traicionarte a ti mismo, llegado el caso. —Entonces, al ver la sorpresa reflejada en el rostro de Matthew, agregó—: Fuiste tú quien me lo dijo.

—¿De veras? No me acuerdo.

—Pues así es. La Navidad pasada. Yo no estuve de acuerdo contigo. Reñimos. Me dijiste que era una ingenua, que los idealistas ponen las causas por encima de todo. Me dijiste que adoptaba la típica actitud femenina de ver las cosas desde el punto de vista personal en lugar de tener una visión más amplia.

—De modo que no estás de acuerdo conmigo pero te permites citar mis palabras contra mí en una discusión, ¿eh? —replicó Matthew.

—En realidad sí que estoy de acuerdo contigo, sólo que entonces no quise admitirlo. Bastante gallito eres ya.

—Tendré cuidado.

Sonrió relajado y se inclinó hacia delante para tocarla un instante. Judith le estrechó con fuerza la mano.

La mañana siguiente amaneció nublada y la atmósfera, calurosa y húmeda, presagiaba tormenta. Matthew fue a misa, en buena medida porque quería encontrarse con Isenham como por casualidad.

El párroco le vio entre los fieles justo antes de comenzar el sermón. Kerr no era buen orador, y la presencia de alguien por quien sentía cierta responsabilidad le hizo perder la concentración. Se sentía incómodo, y fue obvio que recordaba la última vez que había visto a Matthew, a saber, en el funeral de sus padres. Entonces no había estado a la altura de las circunstancias, y le constaba que seguía sin estarlo.

Sentado en la quinta fila del fondo, Matthew casi podía notar el sudor que iba perlado la frente de Kerr sólo de pensar que tendría que enfrentarse a él después del oficio y buscar algo apropiado que decirle. Sonrió para sus adentros y le sostuvo la mirada con expectación. La única alternativa era marcharse, pero eso habría sido aún peor.

Kerr llegó penosamente hasta el final. Tras el último cántico y la bendición, fila tras fila la congregación salió en tropel al aire húmedo e inmóvil.

Matthew se acercó a Kerr y le estrechó la mano.

—Gracias, padre —dijo cortésmente. No podía marcharse sin hablar con él y tampoco quería que lo entretuviera y perder así la oportunidad de topar con Isenham—. He ido a casa para ver cómo seguía Judith.

—No pone un pie en la iglesia —contestó Kerr con pesar—. Quizá podrías hablar con ella. La fe es un gran consuelo en momentos como éste.

Fue una torpeza por su parte. No había otros «momentos como éste». ¿A cuántas personas les asesinaban los padres en un único crimen espantoso? Claro que, por descontado, Kerr no sabía que se trataba de un asesinato. Ahora bien, habida cuenta del carácter de Judith, ¡lo último que el pobre Kerr necesitaba era un encuentro con ella! se esforzaría desesperadamente por mostrarse amable, decir algo que resultara valioso, y ella se iría impacientando con él hasta dejarle bien claro que era un inútil.

—Sí, por supuesto —murmuró Matthew—. Le daré recuerdos de su parte. Gracias.

Al volverse para alejarse tuvo la sensación de que su madre o Joseph habrían dicho exactamente lo mismo. Y habrían hablado tan poco en serio como él.

Alcanzó a Isenham en el sendero a la altura de la entrada techada al cementerio contiguo a la iglesia. Resultaba fácil reconocerlo incluso desde atrás. Era de estatura mediana, aunque fornido y con el cabello rubio entrecano cortado al rape, y caminaba con aire arrogante.

Oyó llegar a Matthew aun cuando sus pasos apenas sonaban en la superficie de piedra. Se volvió y sonrió, tendiéndole la mano.

—¿Cómo estás, Matthew? ¿Más animado? —Fue una pregunta, aunque también una orden.

Isenham había servido veinte años en el ejército y combatido en la guerra de los Bóers. Creía firmemente en el valor del estoicismo. La emoción estaba muy bien, era incluso necesaria, pero uno jamás debía ceder ante ella, salvo en los momentos y lugares más íntimos, y aun entonces sólo brevemente.

—Sí, señor. —Matthew sabía a qué atenerse y quería que aquel encuentro le granjeara la confianza de Isenham para así enterarse de cuanto John Reavley le hubiera contado, aunque fuese de la forma más velada—. Lo último que habría querido nuestro padre hubiese sido que nos viniéramos abajo.

—¡Exacto! ¡Exacto! —convino Isenham con firmeza—. Gran hombre, tu padre. Todos lo echamos de menos.

Matthew aflojó el paso junto a él como si hubiese estado avanzando en la misma dirección, aunque, si tenía intención de dirigirse a su casa, en cuanto llegaran al final del sendero debería girar en sentido contrario.

—Ojalá le hubiese conocido mejor. —Lo dijo tan en serio que la vehemencia de su deseo se hizo patente en su voz, más de lo que hubiese querido. Se había propuesto llevar las riendas de aquella conversación—. Si no me equivoco, ustedes dos estaban muy unidos

—prosiguió con más brío—. Resulta curioso lo diferente que la familia ve a una persona..., hasta que eres adulto, al menos.

Isenham asintió con la cabeza.

—Sí. Nunca me había detenido a pensarlo, pero creo que tienes razón. Es curioso, en efecto. Uno mira a sus padres con otros ojos, supongo.

Sin darse cuenta, apretó el paso.

Matthew le siguió el ritmo con facilidad, pues sus piernas eran un poco más largas.

—Usted probablemente haya sido la última persona con quien habló de verdad —continuó Matthew—. Yo no lo había visto el fin de semana anterior, Joseph tampoco, y Judith sale con tanta frecuencia...

—Sí... Me figuro que sí. —Isenham metió las manos en los bolsillos—. Corren malos tiempos. ¿Te has enterado de lo de Sebastian Allard? Qué espanto. —Titubeó por un instante—. Joseph estará muy disgustado por eso, también. Hizo mucho por ese muchacho. De hecho, me atrevería a decir que si no llega ser por los ánimos que le dio Joseph, ni siquiera habría ido a Cambridge.

—¿Se refiere a Sebastian Allard? —preguntó Matthew, confuso.

Isenham se volvió hacia él, deteniéndose en el camino justo donde éste se convertía en la larga avenida arbolada que conducía hasta a su casa.

—Oh, vaya. No te lo han dicho. —Se mostró un tanto avergonzado—. Seguramente pensaron que bastante tenías con lo tuyo. Sebastian Allard fue asesinado en Cambridge. En su mismo colegio... St. John's. Algo diabólico. Ocurrió ayer por la mañana. Acabo de enterarme por Hutchinson. Conoce—a los Allard desde hace años. Se han llevado un disgusto tremendo, como comprenderás. —Apretó los labios—. No cabe esperar que tú sientas lo mismo, por supuesto. Imagino que ya cargas con todo el pesar que puedes soportar ahora mismo.

—Lo lamento de verdad —dijo Matthew en voz baja. Reinaba un silencio absoluto al cobijo de los árboles y no corría ni una gota de aire. Tuvo la impresión de que Isenham percibía lo conmovido que se sentía—. Qué tragedia tan espantosa —añadió para romper el silencio—. Tengo que ir a ver a Joseph antes de regresar a Londres. Debe de estar muy apenado. Hacía años que conocía a Sebastian.

Era consciente del inmenso dolor que Joseph estaría sintiendo y más tarde tendría que pensar en qué decirle, pero en ese momento deseaba interrogar a Isenham acerca de John Reavley. Apartó todos los demás pensamientos de su mente y siguió caminando junto a él a la sombra de los viejos olmos que tapaban el cielo sobre sus cabezas.

Las minúsculas y molestas mosquillas volvían a flotar en el aire. Mató unas cuantas a manotazos, aun sabiendo que era inútil. ¡Si al menos lloviera de una vez! No le importaba mojarse, y sería una buena excusa para quedarse un rato en casa de Isenham.

—La verdad es que estamos pasando una época muy mala —continuó Matthew—.



Conozco a varias personas que andan seriamente preocupadas por la situación en los Balcanes.

Isenham sacó las manos de los bolsillos.

—¡Ah! Ése sí que es un verdadero motivo para inquietarse —admitió con una expresión muy seria—. Es muy preocupante, ¿sabes? Sí, claro que lo sabes... Me atrevería a afirmar que mejor que yo mismo, ¿no es cierto?

Miró fijamente a Matthew, a quien pilló un tanto desprevenido. No había caído en la cuenta de que Isenham sabía dónde trabajaba. Era de suponer que John se lo habría contado. ¿Con orgullo o avergonzado? La idea le picó en lo más vivo, como antaño, multiplicada por el hecho de que Matthew ya nunca podría demostrarle a su padre el valor de su profesión, ni hacerle ver que no todo eran sucios tejemanejes, traiciones y compromisos inmorales.

—Sí —reconoció—, Sí, pinta bastante mal. Austria ha exigido reparaciones y el káiser ha reiterado la alianza de Alemania con ella. Y, por supuesto, los rusos sin duda serán leales a Serbia.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre las hojas más altas, salpicando ruidosamente, y a lo lejos retumbó un trueno como un carro cargado sobre una calle adoquinada, traqueteando y chirriando por el horizonte.

—Guerra —dijo Isenham sucintamente—. ¡Nos arrastrará a todos, maldita sea! Hay que estar listos para intervenir; preparar hombres y armas.

—¿Cree que mi padre lo sabía? —preguntó Matthew. —No estoy seguro, francamente — repuso Isenham. Fue un comentario inacabado, como si se hubiera interrumpido antes de hablar más de la cuenta.

Matthew aguardó.

Isenham se mostró descontento pero, al parecer, se dio cuenta de que tenía que proseguir.

—Parecía un poco raro últimamente. Nervioso, ¿sabes? Pensaba... —Meneó la cabeza—. El día antes de morir daba por supuesto que habría guerra. —Estaba perplejo—. No era propio de él, en absoluto. —Avivó el paso, erguido y con los hombros en tensión. La lluvia azotaba la bóveda de hojas que los cubría, comenzando a traspasarla—. Lo siento, Matthew, pero es así. No puedo mentir al respecto. Indudablemente, estaba raro.

—¿En qué sentido? —preguntó Matthew maquinalmente mientras asimilaba aquella información, cuyo significado le inquietaba. Había algo oscuro y frío en aquella revelación.

Se alegró de que el tiempo le facilitara el permanecer junto a Isenham aunque al mismo tiempo lo dejara sin excusas para eludir formular preguntas todavía más perspicaces. Por fortuna había poco más de cincuenta metros hasta la casa, de lo contrario acabarían empapados. Isenham se inclinó hacia delante y echó a correr.

—¿Vamos! —gritó—, ¡Te vas a calar hasta los huesos, muchacho?

Alcanzaron la verja del jardín y atravesaron éste como una exhalación hasta la puerta principal. El sendero ya se había encharcado y el aire olía a tierra caliente y mojada. Las plantas se inclinaban bajo la violencia del chaparrón que tamborileaba en las hojas.

Matthew se volvió para cerrar la verja y vio a un hombre que cruzaba la avenida con el cuello del abrigo subido y el rostro moreno reluciente de agua, para luego desaparecer entre los árboles.

Una vez que se hubo reunido con Isenham en el interior, Matthew permaneció chorreando en medio del vestíbulo, rodeado por paneles de roble, grabados de escenas de caza y correas de cuero con toda una colección de medallones de latón de los que antaño solían emplearse para decorar los arneses de los caballos.

—Gracias. —Matthew aceptó la toalla que Isenham le ofreció, con la que se secó las manos y la cara y se echó el pelo hacia atrás. La lluvia no habría podido llegar en mejor momento—. Me parece que había determinados grupos, o intereses, que preocupaban a mi padre —prosiguió, retomando el hilo de la conversación interrumpida por la carrera hasta la casa.

Isenham se encogió de hombros con un ademán de negación, tomó la toalla húmeda y la arrojó al suelo con la suya junto a la puerta del guardarropa.

—Me comentó algo acerca de un complot, pero, para serte franco, todo ello me pareció un tanto... descabellado. —Se había esforzado por dar con la palabra más cortés para describirlo, pero el significado real saltaba a la vista en su rostro—. A juzgar por lo que me dijo, estaba imaginando grandes confabulaciones detrás de los hechos. —Meneó la cabeza—. Las cosas no son así, y tú lo sabes bien. La mayor parte de nuestros desastres se ha debido a errores garrafales cometidos ala antigua usanza británica. Nosotros no tramamos el modo de entrar en guerra, tropezamos con nuestros propios pies y caemos en ellas sin querer. —Hizo una mueca de disculpa y se pasó la mano por el cabello mojado—. Si al final vencemos, es por el mismo principio por el que Dios cuida de los idiotas y los borrachos. Supongo que también siente cierta debilidad por nosotros.

—¿No cree que quizá descubriese algo?

—No —repuso Isenham con expresión grave—. Había perdido el hilo, en serio. Divagaba sobre el motín en el Curragh, o al menos creo que era de eso de lo que hablaba. No estaba muy claro, ¿entiendes? Dijo que la situación iba a empeorar mucho, insinuó que terminaría en una conflagración que afectaría a toda Inglaterra, incluso a Europa. —Se ruborizó—. Tonterías, ¿no lo ves? El ministro de la Guerra ha dimitido, lo sé, pero no puede decirse que Europa esté envuelta en llamas. No creo que a nadie al otro lado del Canal le importe un bledo en un sentido o en otro. Tienen sus propios problemas. Más vale que te quedes y almuerces algo —agregó, mirando los pies y los hombros empapados de Matthew—. Tengo teléfono. Llama a Judith y avísale. No puedes marcharte ahora con esta lluvia.

Se volvió y echó a andar hacia el comedor, donde la criada había dispuesto carne fría, encurtidos, pan tierno y mantequilla, un pastel recién salido del horno que apenas se había

enfriado y una jarra de crema de leche.

—Suficiente para dos, me parece —sentenció. Hizo caso omiso de su ropa mojada, puesto que no podía hacer nada por la de Matthew. Formaba parte de su código de hospitalidad sentarse a comer con las perneras de los pantalones empapadas dado que su huésped se veía obligado a hacer lo mismo.

—¿Entonces no piensa que la situación que se vive en Irlanda vaya a intensificarse? —preguntó Matthew cuando hubieron dado buena cuenta de la mitad del exquisito cordero frío.

—¿Hasta el punto de involucrar a Europa? Ni por casualidad. Es un asunto interno. Siempre lo ha sido. —Isenham tomó otro bocado y no siguió hablando hasta que se lo tragó—. Lo lamento, pero el bueno de John se dejó llevar por conclusiones erróneas. Suele pasar.

Fue el dejo de compasión en su voz lo que Matthew no pudo soportar. Pensó en su padre y evocó su rostro tan vívidamente como si acabara de salir de la habitación, serio y delicado, con la misma mirada franca de Judith. A veces perdía los estribos y le costaba tolerar a los vanidosos, pero era un hombre sin malicia. Oír hablar de él con tanta condescendencia le dolía profundamente, de ahí que se pusiera a la defensiva.

—¿Qué quiere decir con que «suele pasar»? —inquirió—. ¿Qué es lo que pasa? —Hizo un esfuerzo por dominar su disgusto. Se encontraba en casa de Isenham, comiendo de su comida y, lo que era más importante aún, necesitaba su ayuda—. ¿A qué temía?

—Más vale olvidarlo —respondió Isenham, bajando la vista a su plato y sosteniendo en equilibrio, con mucho cuidado, un trozo de encurtido encima de una corteza de pan.

—¿Me está diciendo que era un iluso? —En cuanto cerró la boca, Matthew deseó haber elegido una palabra menos peyorativa. Así delataba su propio dolor, a la vez que bajaba la guardia. Saboteaba lo que se proponía. Se enfadó consigo mismo. ¡Podía ser mucho más hábil que eso!

Isenham levantó la vista, entre airado y abatido.

—No, no, por supuesto que no. Sólo que estaba un poco... nervioso. Diría que todos lo estamos, con el ejército amotinándose y esa situación de violencia en los Balcanes.

—Mi padre no llegó a enterarse del atentado contra el archiduque —señaló Matthew—. Él y mi madre fueron muertos ese mismo día.

—¿Fueron muertos?

Matthew se corrigió al instante.

—Cuando el coche se salió de la carretera.

—Ah, claro. Estoy..., estoy más dolido de lo que acierto a expresar. Oye, ¿no preferirías...?

—No. Me gustaría saber qué era lo que le preocupaba tanto. Verá, él me lo mencionó,

pero sólo por encima.

¿Estaría corriendo un riesgo? En cualquier caso, sería un riesgo deliberado. Observó el rostro de Isenham minuciosamente para detectar siquiera un parpadeo, el más leve movimiento de los ojos que revelara más de lo que había dicho, pero no percibió nada. Isenham sólo se sentía incómodo.

—No sé qué decirte. No quisiera hacer quedar mal a un viejo amigo. Recuérdale tal como era, Matthew...

—¿Tan descaminado iba, realmente? —preguntó Matthew entre dientes. Le impresionó constatar hasta qué punto estaba ofendido y cuánto le dolía. Estuvo en un tris de contraatacar.

Isenham se sonrojó.

—No..., ¡claro que no! Fue sólo que... malinterpretó los hechos, creo, con excesivo dramatismo, sacando las cosas de quicio. Al fin y al cabo..., —añadió, intentando arreglarlo, sin demasiada fortuna—, siempre hemos tenido guerras, aquí o allí, durante los últimos mil años, más o menos. Es nuestro espíritu nacional, nuestro destino, si quieres. —Fue levantando la voz a medida que ganó confianza—. Sobreviviremos. Siempre lo hemos hecho. Resultará desagradable durante un tiempo, aunque me atrevería a decir que no durará más que unos meses.

Para Matthew saltaba a la vista que Isenham era consciente de haber revelado el punto flaco de su amigo al hijo de éste y, para postre, el interesado no estaba presente para poder defenderse.

—Estoy seguro de que no habría tardado en darse cuenta de ello —agregó sin convicción.

Matthew se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Pero ¿qué pensaba él? —El corazón le latía con fuerza.

—Eso es todo —dijo Isenham, meneando la cabeza—. No fue más explícito. La verdad, Matthew, ¡no creo que lo supiera! Me parece... No quería decirte esto, pero puesto que me obligas... —Se mostró resentido, con el rostro colorado pese a su enrojecimiento habitual—. Me parece que consiguió una información incompleta y que se imaginó el resto. No me dijo de qué se trataba porque ni él mismo lo sabía. Aunque tenía algo que ver con el honor... y deseaba la guerra. ¡Ya está! Lo lamento. Sabía que iba a dolerte, pero has insistido.

Era ridículo. John Reavley jamás habría deseado la guerra, independientemente de lo que nadie hubiese hecho. ¡Era una barbaridad, algo repugnante! ¡Atentaba contra todo aquello en lo que había creído y por lo que había luchado a lo largo de su vida, contra el sentido de la dignidad que tanto había alimentado y valorado, contra los principios que profesaba! El verdadero motivo por el que detestaba de todo corazón los servicios de inteligencia era precisamente que los consideraba faltos de honradez. En su opinión, además, manipulaban a las personas para servir a fines nacionalistas y, en última instancia,

propiciaban los conflictos armados.

—¡Él no hubiese deseado la guerra! —exclamó con voz temblorosa. Había exigido saber y, sin embargo, deseó que Isenham no le hubiese dicho aquello. No podía ser cierto. Convertía a su padre en un desconocido, un extraño que infundía miedo. La sola idea bastó para despojarlo de sus certidumbres.

Sin embargo, ¿hasta qué punto conocía a su padre? ¿Cuántos hijos conocen a sus padres como hombres, como luchadores, amantes o amigos? ¿Acaso alguna vez llegamos a crecer lo bastante para ver con claridad más allá del vínculo del amor?

—¡Jamás hubiese deseado la guerra! —repitió apasionadamente, fulminando a Isenham con la mirada.

—Eso es lo que he dicho. —Isenham asintió con la cabeza—. Tenía una información a medias y no conseguía darle sentido. Era un buen hombre. Recuerda eso, Matthew, y olvida el resto. — Engulló otro trozo de pan con encurtido y se sirvió más carne. Con la boca llena, prosiguió—. Esta clase de tensiones hace que todo el mundo tenga los nervios a flor de piel. El miedo causa reacciones distintas en las personas. Hay quien huye y quien va derecho a su encuentro antes de que aparezca, ¡como intentando provocar que suceda! No soportan la incertidumbre. Según parece, John era de los segundos. A veces lo he visto en las cacerías, y con más frecuencia en el ejército. Hay que ser fuerte para esperar.

La acusación de falta de carácter hizo que Matthew experimentase un dolor casi físico. ¡John Reavley no era un hombre débil! Respiró hondo, deseando replicar algo que la desbaratase, pero ni siquiera encontró una idea, y mucho menos palabras para expresarla.

—Sólo existen intrigas ocasionales, no grandes conspiraciones —continuó Isenham, como si fuese consciente de la furia que se estaba desatando dentro de Matthew—. Ya no estaba en el Gobierno y me parece que lo echaba de menos. Pero mira a tu alrededor. — Hizo un gesto con la mano que tenía libre—. ¿Qué puede estar pasando aquí?

Matthew asumió cuanto de cierto había en ello como una carga que lo aplastara lentamente: Isenham probablemente tuviera razón, y cuanto más se esforzaba en no aceptarlo, más agobiado se sentía.

—Debes recordar lo mejor de tu padre, Matthew —aconsejó Isenham—. Así es como era él en realidad.

No añadió «aunque se comportase como un idiota», pero Matthew lo oyó en su cabeza con la misma claridad que si lo hubiese hecho. Permaneció en silencio.

Isenham cambió de tema deliberadamente y Matthew permitió que la conversación derivara hacia asuntos triviales: el tiempo, las gentes del pueblo, el próximo partido de críquet, las minucias cotidianas de una vida segura y despreocupada en la paz de un verano perfecto.

Matthew volvió caminando a casa en cuanto dejó de llover. Los olmos aún chorreaban y la calle echaba vapor como relumbrantes retales de seda, imposibles de atrapar pero que, no obstante, tejían una brillante alfombra a sus pies. El perfume de la tierra era casi

embriagador. Las hojas y flores mojadas relucían cuando les daba el sol.

Al pasar junto a la iglesia vio a un hombre que se metía con prisas en la sombra de la entrada techada del cementerio, de modo que la tupida madre selva lo ocultó por completo. Cuando Matthew llegó a su altura y miró de reojo, había desaparecido. Estaba convencido, por su figura y la peculiar inclinación de sus hombros, de que se trataba del mismo hombre que había visto antes, camino de casa de Isenham. ¿Se dirigía hacia algún sitio y había buscado refugio de la lluvia? Sin un motivo bien definido, Matthew cruzó la entrada techada y penetró en el cementerio.

No advirtió la presencia de nadie. Dio unos pasos entre las lápidas y miró hacia el único sitio donde alguien podía esconderse. El hombre no había entrado en la iglesia, cuya puerta Matthew no había perdido de vista en ningún momento.

Avanzó un poco más y luego torció a la derecha, y entonces vislumbró la silueta del hombre medio oculta por los troncos de un grupo de tejos. Permanecía inmóvil. Delante de él sólo estaba la tapia del cementerio, y no miraba hacia abajo como si contemplara las lápidas, sino hacia fuera, en dirección a los campos vacíos.

Inclinó la cabeza como para leer la lápida que tenía a sus pies. Estuvo quieto unos instantes. El hombre que se hallaba entre los tejos tampoco se movió.

Finalmente, se dirigió a la tumba de sus padres. Había flores frescas. Debía de haberlas llevado Judith. Todavía no había lápida. Se veía muy desnuda, muy nueva. Dos semanas antes sus padres aún estaban vivos.

El mundo parecía el mismo, pero no lo era. Todo había cambiado como cuando una masa de nubes aparece de pronto tapando el sol. Aunque los contornos son los mismos, los colores son distintos, más apagados, desprovistos de parte de su vida.

Las marcas de los abrojos en la carretera habían sido reales, como la cuerda en el árbol joven, los neumáticos hechos trizas, el registro de la casa y, ahora, aquel hombre que parecía estar siguiéndolo.

¿O acaso era eso precisamente lo que su padre había hecho, juntar pequeñas piezas que no guardaban relación entre sí y construir con ellas un todo que no reflejaba ninguna realidad? Quizá las marcas no fuesen de abrojos sino de cualquier otra cosa que había sido puesta allí no en el momento del accidente sino en cualquier otro del mismo día. ¿Tal vez un labrador se había detenido allí y había apoyado las cuchillas de una rastra en el asfalto?

¿En verdad había entrado alguien en la casa, o era sólo que las cosas habían quedado mal arregladas por la conmoción de la tragedia, un cambio de hábito como tantos otros?

¿Y qué demostraba que el hombre que se ocultaba entre los tejos estuviera allí por Matthew? Podía desear no ser visto por un montón de razones, por ejemplo algo tan simple como una cita ilícita de domingo por la tarde. ¿Una tumba que quisiera visitar en privado para ocultar su emoción? ¿Era así como comenzaba el engaño? ¿Una conmoción, demasiado tiempo para pensar, la necesidad de otorgar sentido a los hechos hasta el punto de pretender entretejerlos sin que importase dónde encajaban?

Por un instante se le ocurrió hablar con el hombre, hacerle un comentario sobre la lluvia, tal vez, pero decidió no entrometerse en su contemplación. En lugar de eso, se incorporó y desanduvo lo andado hasta la entrada del cementerio y salió a la calle sin volverse otra vez a mirar hacia los tejos.

\* \* \*

## 6

A pocos kilómetros de allí, en Cambridge, el domingo también fue tranquilo y deprimente. La tormenta amenazó toda la mañana y por la tarde llegó del oeste con lluvia abundante. Joseph pasó la mayor parte del día a solas. Como todos los demás, fue a la capilla a las once y durante una hora ahogó 'sus pensamientos en la música. Almorzó en el refectorio que, pese a su magnificencia, resultó claustrofóbico debido al calor y el opresivo ambiente del exterior. Hizo un esfuerzo por entablar una conversación con Harry Beecher a propósito de los últimos hallazgos de los egiptólogos, sobre los que su interlocutor se mostró muy entusiasmado. Luego regresó a su habitación para leer. El Illustrated London News estaba encima de su escritorio, y echó un vistazo a las secciones de teatro y arte, saltándose las páginas de actualidad, ilustradas con profusión de fotografías del funeral del gran estadista Joseph Chamberlain. No abrigaba el menor deseo de contemplar imágenes de dolientes, fueran quienes fueren.

Pensó en coger la Biblia pero finalmente decidió perderse en el conocido esplendor del Infierno de Dame. Su imaginación era tan sugerente que lo arrastraba lejos del presente, y su sabiduría lo bastante intemporal, al menos por el momento, para elevarlo por encima de la pena y la confusión.

Presentaba una justicia infinita, los castigos por pecar no eran infligidos desde fuera, decididos por una instancia superior, sino que eran los propios pecados perpetuados eternamente, aunque despojados de las máscaras que una vez los habían hecho seductores. Quienes se habían rendido a las egoístas tormentas de la pasión sin tener en cuenta a costa de quién lo hacían, se veían azotados por temporales incesantes, obligados a hacerles frente sin descanso. Y lo mismo sucedía, a lo largo de sucesivos círculos, con los pecados de complacencia que dañaban al propio ser, con los pecados de ira que dañaban al prójimo, y hasta con la traición y la corrupción, que dañaban a todo el género humano. Aquella obra poseía un sentido infinito.

Y, no obstante, la belleza estaba ahí. Cristo aún «caminaba por las aguas de la laguna Estigia sin mojarse los pies».

Joseph se ensimismó en su curación. Si el inspector Perth estaba trabajando, no lo vio en todo el día. Como tampoco vio a Aidan Thyer ni a ningún miembro de la familia Allard.

Matthew le hizo una breve visita camino de Londres, sencillamente para comunicarle lo mucho que lamentaba lo de Sebastian. Fue un gesto noble, lleno de tácita compasión.

—Menudo desastre —dijo sucintamente, sentándose en la habitación de Joseph a la luz del crepúsculo—. Lo lamento mucho.

Cientos de palabras pasaban por la cabeza de Joseph, pero ninguna parecía importante y menos aún de ayuda. Guardó silencio, contento de que Matthew estuviera allí sin más.

Sin embargo, el lunes fue completamente distinto. Era el 13 de julio. Al parecer, la víspera el primer ministro había hablado largo y tendido acerca de los métodos de



reclutamiento que estaba empleando el ejército. Fue una forma clara y desagradable de recordar que si la situación en los Balcanes no se resolvía y en efecto había guerra, Gran Bretaña quizá no estuviera en condiciones de defenderse con garantías.

Más inmediata para Joseph fue la presencia en St. John's de Perth, que iba discretamente de un sitio a otro, hablando con una persona tras otra. Joseph alcanzó a verlo varias veces, siempre marchándose, dejando tras de sí una estela de muchachos hondamente atribulados.

—¡Es aborrecible! —exclamó Elwyn cuando se encontró con Joseph cruzando el patio.

Elwyn parecía aturullado y descontento, como si anduvieran acosándolo desde distintos frentes, tratando de hacer algo por todos y ansioso por encontrarse a solas y ocuparse de su propio pesar. Siguió con la mirada la figura de Perth mientras se alejaba, resuelto y ordinario, sin la gracia y la soltura de los estudiantes que solían verse en aquel entorno.

—¡Por lo visto piensa que ha sido uno de nosotros! —exclamó Elwyn, exasperado y a la vez incrédulo, como si estuviera perdiendo el dominio de sí mismo—. Mi madre lo observa atenta como un halcón. Cree que resolverá el caso en cualquier momento. Pero aunque lo hiciera, no conseguiría devolvernos a Sebastian. —Bajó la vista—. Y eso es lo único que la haría feliz.

Joseph vio en su rostro todo lo que callaba y lo imaginó con suma facilidad: Mary Allard loca de pena, arremetiendo contra el primero que se le ponía delante sin darse cuenta de lo que le estaba haciendo a su otro hijo, mientras Gerald ofrecía inútiles comentarios de consuelo que sólo conseguían enardecerla aún más y Elwyn se esforzaba por comportarse como sus padres esperaban que hiciera.

—Me consta que es espantoso —respondió Joseph—. ¿Te apetece salir un rato del colegio y dar un paseo por el pueblo? Necesito un par de calcetines nuevos. Olvidé algunos de los míos en casa.

Elwyn lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Dios mío! Me había olvidado de sus padres. ¡Lo siento mucho! Joseph sonrió.

—No pasa nada. Yo también me olvido a veces. ¿Te apetece ese paseo?

—Sí, señor. Mucho. La verdad es que necesito unos libros. Iré a Heffer's, y usted puede probar en Eaden Lilley's. Es la mejor tienda de ropa y accesorios para caballeros de por aquí.

Cruzaron juntos el patio y salieron por la verja principal a St. John's Street para luego girar a la derecha al llegara Sydney Street. El tiempo era bueno después de la lluvia y el tráfico del lunes por la mañana comprendía no menos de media docena de coches, además de las consabidas furgonetas de reparto, carros y carromatos. Los ciclistas y peatones zigzagueaban entre los vehículos con estudiada velocidad. El ambiente era más relajado que durante el curso académico debido a la ausencia de las habituales figuras togadas de los estudiantes.

—Si no encuentran a nadie, ¿qué ocurrirá? —preguntó Elwyn en cuanto tuvieron ocasión de oír lo que decían.

—Supongo que se darán por vencidos —contestó Joseph. Lo miró de soslayo y detectó inquietud en su rostro. Se imaginó la furia de Mary Allard. Tal vez Elwyn también estuviera pensando en eso, temiendo lo peor—. Pero lo resolverán.

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras se dio cuenta de su error. Elwyn adoptó una sombría expresión de dolor. Joseph se detuvo en la acera y, asiendo a Elwyn del brazo, le hizo volverse.

—¿Estás enterado de algo? —preguntó bruscamente—. ¿Tienes miedo de decirlo por si puede revelar que alguien tenía motivos para matar a Sebastian?

—¡No, no sé nada! —replicó Elwyn, ruborizado y con los ojos encendidos—. Sebastian no era ni mucho menos tan perfecto como piensa mi madre, pero en esencia era bastante buena persona. ¡Usted lo sabe bien! Por supuesto, decía estupideces y podía hacerte pedazos con su afilada lengua, pero muchas personas son capaces de eso. Hay que aceptarlo. Es como ser bueno en remo, en boxeo o en cualquier otra cosa. A veces ganas y a veces pierdes. ¡Ni siquiera aquellos a quienes les caía mal odiaban a Sebastian! —La emoción lo abrumaba—. Ojalá... ¡Ojalá no tuvieran que hacer esto!

—Estoy de acuerdo —dijo Joseph con sinceridad—. Quizás al final resulte que fue un accidente en vez de un acto deliberado. Elwyn no dio categoría de respuesta a esas palabras.

—¿Cree que habrá guerra, señor? —preguntó en cambio, echando a andar de nuevo.

Joseph recordó las declaraciones del primer ministro.

—Debemos tener un ejército en condiciones, tanto si hay guerra como si no —razonó—. Y el motín en el Curragh ha sacado a relucir cierta debilidad.

—¡Y que lo diga! —Elwyn metió las manos en los bolsillos y echó los hombros hacia atrás, tenso. Era más ancho de espaldas y más musculoso que Sebastian, aunque el cabello rubio y el tono de la tez le conferían un notable parecido con su hermano—. Fue a Alemania en primavera, ¿lo sabía?

—¿Sebastian? No, no lo sabía —respondió Joseph, perplejo—. Nunca lo mencionó.

Elwyn le lanzó una mirada, satisfecho de haberse enterado primero.

—Le encantó —dijo, esbozando una sonrisa—. Tenía intención de regresar en cuanto pudiera. Estaba leyendo a Schiller en los ratos libres. Y a Goethe, por supuesto. ¡Decía que había que ser un bárbaro para no amar su música! En toda la historia de la humanidad sólo ha surgido un Beethoven.

—Me consta que tenía miedo, por supuesto. Hablamos de ello el otro día.

Elwyn levantó la cabeza de golpe, con los ojos como platos.

—¡Querrá decir que estaba preocupado, no que tuviera miedo! ¡Sebastian no era

ningún cobarde! —Dijo la última palabra airado, en tono de desafío.

—Ya lo sé —repuso Joseph—. Quería decir que tenía miedo de que toda esa belleza fuese destruida, no por sí mismo.

—Oh. —Elwyn se serenó. Ese único gesto bastó para que Joseph viera la intensidad de la pasión de Mary, su orgullo y crispación, la identificación con sus hijos, sobre todo con el mayor—. Sí, claro —agregó—. Lo lamento.

Joseph sonrió.

—No le des más vueltas. Y no pierdas el tiempo pensando quién odiaba a Sebastian o por qué. Deja que el inspector Perth se encargue de eso. Cuida de ti mismo... y de tu madre.

—Lo estoy haciendo —dijo Elwyn—. Hasta donde me es posible.

—Lo sé.

Elwyn asintió con la cabeza, apesadumbrado.

—Hasta luego, señor.

Enfiló la calle de la librería dejando que Joseph siguiera su camino hacia los grandes almacenes en busca de calcetines.

Una vez dentro, Joseph deambuló entre las mesas y las estanterías que llegaban hasta el techo, donde se apilaban en perfecto orden toda suerte de artículos.

Acababa de salir, con un par de calcetines negros y otro gris oscuro, cuando topó con Edgar Morel.

Morel se mostró aturdido.

—Perdón, señor —se disculpó, haciéndose a un lado—. Estaba en las nubes.

—Todos andamos un poco alterados —respondió Joseph, y se disponía a alejarse cuando reparó en que Morel seguía mirándolo.

Una muchacha pasó junto a ellos. Llevaba un vestido azul marino y blanco, con el pelo recogido bajo un sombrero de paja. Titubeó por un instante, sonriendo en dirección a Morel. Éste se sonrojó, pareció ir a decir algo y finalmente desvió la mirada. La muchacha cambió de parecer y avivó el paso.

—Espero que no se vaya por culpa mía —dijo Joseph.

—¡No! —contestó Morel con excesiva vehemencia—. En realidad... era más amiga de Sebastian que mía. Me figuro que sólo quería darme el pésame o algo por el estilo.

Joseph pensó que aquello distaba mucho de ser la verdad. La muchacha había mirado a Morel con bastante intención.

—¿La conocía bien? —preguntó. Le parecía bastante atractiva, y elegante, y calculó que no debía de haber cumplido los veinte.

—No lo sé —respondió Morel, y esta vez Joseph tuvo claro que mentía—. Lamento

haber chocado con usted, señor —añadió—. Disculpe.

Antes de que Joseph dijera algo más, Morel se encaminó a toda prisa hacia la puerta de Eaden Lilley's y desapareció en su interior.

Joseph se adentró más en el pueblo, deteniéndose un rato en Petty Cury, la calle del mercado. Pasó por delante de Jas. Smith & Sons, de Star & Garter, sorteó un par de carretas de reparto y dos bicicletas que pasaron velozmente, y regresó a St. John's por Trinity Street.

El martes fue bastante parecido, con las mismas tareas rutinarias sin importancia. Vio al inspector Perth ajetreado de un lado a otro, pero aun así logró mantener la muerte de Sebastian alejada de su mente casi todo el tiempo, hasta que Nigel Eardslie le alcanzó mientras cruzaba el patio a primera hora de la tarde. El calor volvía a apretar; las ventanas de todas las habitaciones ocupadas estaban abiertas de par en par y de vez en cuando se oía música y risas procedentes de ellas.

—¡Profesor Reavley!

Joseph se detuvo.

Eardslie, cuyo rostro más bien cuadrado revelaba ansiedad, fijó en Joseph sus ojos pardos.

—Ese policía acaba de hablar conmigo, señor. Me ha formulado un montón de preguntas acerca de Allard. La verdad es que no sé qué decir. —Parecía incómodo y preocupado.

—Si sabes algo que pueda guardar relación con su muerte, tienes que decirle la verdad — contestó Joseph.

—¡Yo no sé la verdad! —exclamó Eardslie, desesperado—. Si sólo fuese cuestión de «¿Dónde se encontraba usted?» o «¿Vio esto o aquello?», claro que podría contestar. ¡Pero quería que le dijera cómo era Allard! ¿Y cómo contesto a eso decentemente?

—Le conocías bastante bien —repuso Joseph—. Háblale de su carácter, de cómo trabajaba, de quiénes eran sus amigos, de sus esperanzas y ambiciones.

—No lo mataron por nada de eso —dijo Eardslie con un dejo de impaciencia—. ¿Le hablo también de su sarcasmo? ¿Del modo en que lo hacía pedazos a uno con su lengua viperina, consiguiendo que se sintiera un perfecto idiota?

Se mostró tenso y triste a la vez.

Joseph quiso negarlo. Aquél no era el muchacho que él había conocido. Aunque ningún estudiante osaría poner de manifiesto su orgullo o su crueldad ante un tutor. Los bravucones eligen blancos fáciles.

—Podría decirle lo divertido que era —continuó Eardslie—. A veces me hacía reír hasta que me faltaba el aire y me dolía el pecho, aunque fuese a costa de un tercero, sobre todo si éste lo había criticado recientemente.

Joseph no hizo ningún comentario.

—¿Le cuento que sabía perdonar generosamente y que contaba con que le perdonaran, hiciera lo que hiciese, porque era inteligente y guapo? —continuó Eardslie—. Y si tomabas prestado algo suyo sin pedirlo y lo perdías o lo rompías, era capaz de restarle importancia y hacerte creer que le daba igual, aun cuando se tratara de algo que apreciaba. —Apretó un poco los labios y el brillo desapareció de sus ojos—. Pero si ponías en tela de juicio una de sus opiniones o lo vencías en algo que de verdad le importaba, ¡era capaz de llevar el rencor hasta extremos inimaginables! Era generoso... ¡Te lo daba todo! Pero, por Dios, ¡también era cruel! —Miró fijamente a Joseph con expresión de impotencia—. No puedo decir esto a la policía... Está muerto.

Joseph se sentía como atontado. Aquél no era el Sebastian que había conocido. ¿Acaso la de Eardslie era la voz de la envidia? ¿O refería una verdad que Joseph había rehusado ver en su momento?

—No me cree, ¿verdad? —espetó Eardslie, desafiante—. Perth quizá sí, pero los demás no lo harán. Morel sabe que Sebastian le quitó la chica, Abigail no sé qué..., para luego plantarla. Pienso que lo hizo porque podía, sencillamente. Cuando conoció a Sebastian ella creyó que se hallaba ante una especie de joven Apolo, y él permitió que lo creyera. Se sintió halagado...

—Si alguien se enamora de ti no puedes hacer nada al respecto —arguyó Joseph, aunque recordó el carácter atribuido al dios griego, la puerilidad, la vanidad, la mezquindad, así como la belleza.

Eardslie lo miró casi sin disimular su enojo.

—¡Puedes decidir qué hacer al respecto! —repuso—. No se le roba la novia a un amigo. ¿O sí? —Se sonrojó, mostrándose arrepentido—. Lo siento, señor. Ha sido una grosería y no tenía ningún derecho a decirla. —Levantó el mentón—. Pero Perth no deja de preguntar. Queremos ser respetuosos con los muertos, además de justos. Pero alguien lo mató y dicen que fue uno de nosotros. Cada vez que veo a un compañero me pregunto si fue él.

»Ayer por la tarde me encontré con Rattray en los Backs; comencé a recordar las peleas que había tenido con Sebastian y me pregunté si podía ser él. Tiene un genio de mil demonios. — Volvió a sonrojarse—. Luego recordé una pelea que tuvo conmigo, ¡y me pregunté si estaría pensando lo mismo de mí! —Sus ojos suplicaban alguna clase de tranquilidad—. ¡Todo el mundo ha cambiado! De pronto tengo la sensación de que en realidad no conozco a nadie..., y lo que en cierto modo aún es peor, tampoco creo que nadie se fíe de mí. Yo sé quién soy, y también que no lo hice..., ¡pero nadie más lo sabe! —Respiró profundamente—. Las amistades que daba por sentadas ya no existen. ¡Y eso ya: no tiene vuelta de hoja!

—Sí que existen —dijo Joseph con firmeza—. Pon freno a tu imaginación, Eardslie. Como es natural, todo el mundo está muy alterado con la muerte de Sebastian, y también asustado. Pero confío que en un par de días Perth haya resuelto el caso, y entonces todos os daréis cuenta de que vuestras sospechas eran infundadas. Una persona ha hecho algo

trágico y posiblemente malvado, pero los demás no habéis cambiado.

Su voz sonó hueca e irreal. No se creía lo que estaba diciendo: ¿cómo iba a creerle Eardslie? El muchacho merecía algo mejor que aquello, pero Joseph no tenía nada que darle que fuese a un tiempo reconfortante y siquiera remotamente sincero.

—Sí, señor —dijo Eardslie obedientemente—. Gracias, señor. Se volvió y se marchó, desapareciendo bajo el arco que daba al segundo patio, dejando a Joseph solo.

A la mañana siguiente Joseph estaba sentado de nuevo en su estudio, tras haber escrito a Hannah, lo que no le había resultado nada fácil. Comenzar fue bastante sencillo, pero en cuanto intentaba decirle algo sincero se imaginaba su rostro y cobraba conciencia de la soledad de su hermana, de la perplejidad que trataba de ocultar sin éxito. No estaba acostumbrada al dolor. La amabilidad con que trataba al prójimo estaba enraizada en las certidumbres de su propia vida; primero sus padres y Joseph, luego Matthew y Judith, más joven y dependiente de ella, deseosa de parecerse a su hermana mayor. Más adelante había sido Archie. y por fin los hijos que había tenido con éste.

Le recordaba mucho a Alys, no sólo por su aspecto sino por sus gestos, el tono de su voz, a veces incluso las palabras que empleaba, los colores que le gustaban, la manera de pelar una manzana o de marcar el punto de un libro que estaba leyendo con un trozo de papel doblado.

Hannah y Eleanor habían simpatizado de inmediato, como si hubiesen sido dos amigas que simplemente llevaban una temporada sin verse. Recordó el inmenso placer que eso le había proporcionado.

Hannah había sido la primera en ir a verlo tras la muerte de Eleanor, y la había echado de menos como nadie, pese a que vivían a kilómetros de distancia. Joseph sabía que todas las semanas se escribían largas cartas llenas de pensamientos y sensaciones, detalles triviales de la vida doméstica, y que lo hacían más por una cuestión de afecto que por mantenerse informadas. Ahora, escribir a Hannah entrañaba dificultades, pues removía el pasado.

Había terminado, más o menos satisfactoriamente, y estaba intentando redactar una carta para Judith, cuando llamaron discretamente a la puerta.

Suponiendo que sería un estudiante, se limitó a invitarlo a pasar. Fue Perth quien entró y cerró la puerta.

—Buenos días, reverendo —saludó alegremente. Seguía llevando el mismo traje oscuro, ligeramente arrugado en las rodillas, y un cuello duro limpio—. Perdone que interrumpa su correspondencia.

—Buenos días, inspector —contestó Joseph poniéndose de pie, en parte por cortesía pero también porque con el sobresalto se sentía en desventaja sentado—. ¿Tiene novedades? —Ni siquiera estaba seguro de cuál era la respuesta que deseaba oír. Tendría que haber una resolución pero todavía no estaba dispuesto a aceptar que alguien a quien conocía hubiese matado a Sebastian, pese a que su mente le dijera que tenía que ser así.

—No exactamente —respondió Perth, meneando la cabeza—. He estado hablando con sus jóvenes caballeros, por supuesto. —Se pasó una mano por el pelo ralo—. El problema es que si un hombre afirma que estaba en la cama a las cinco y media de la mañana, ¿quién sabe si está diciendo la verdad o no? Pero no puedo permitirme aceptar su palabra sin más, ¿comprende? Su caso es distinto, pues sé por el señor Beecher que usted estaba remando en el río.

—Vaya... —Joseph se sorprendió. No recordaba haber visto a Beecher. Invitó a Perth a sentarse—. Lo lamento, pero no sé cómo ayudar. No había nadie por los pasillos ni en la escalera a esa hora.

—Desgraciadamente para nosotros. —Perth se sentó en el sillón de enfrente del que Joseph había ocupado, y Joseph volvió a dejarse caer en el suyo—. No tenemos un solo testigo —añadió compungido—. De todos modos, las personas no suelen ser lo suficiente serviciales para cometer un asesinato cuando saben que alguien las está mirando. Normalmente podemos descartar a un buen puñado porque son capaces de demostrar que se encontraban en otro sitio. —Estudió a Joseph con seriedad—. Abordamos un crimen, sobre todo un asesinato, desde tres ángulos distintos, reverendo. —Levantó un dedo—. En primer lugar, ¿quién tuvo ocasión de cometerlo? Si alguien no se hallaba presente en el momento del crimen, queda excluido.

—Naturalmente —convino Joseph, asintiendo con la cabeza. Perth lo miraba fijamente.

—En segundo lugar —prosiguió, levantando el dedo siguiente—, está el medio, en este caso un arma de fuego. ¿Quién disponía de un arma?

—No tengo ni idea.

—Es una lástima, ¿sabe?, porque nadie posee una, o al menos es lo que sostienen. —Perth seguía derrochando simpatía, como si fuese un profesor universitario con un estudiante brillante, conduciéndolo por los vericuetos de un problema lógico—. Sabemos que se trató de un arma pequeña, alguna clase de revólver, gracias a la bala, que hemos encontrado, por cierto.

Joseph hizo una mueca de horror al imaginar el proyectil atravesando el cerebro de Sebastian para ir a impactar, seguramente, contra una pared de su habitación. No lo había buscado. Notaba los ojos de Perth estudiándolo, pero no conseguía borrar la expresión de repulsa de su semblante, como tampoco reprimir la ligera sensación de náusea que le oprimía el estómago.

—Además, habría sido una torpeza pasearse con un rifle o una escopeta en un lugar como éste —agregó Perth, en tono neutro—. Sería imposible esconderlo de las miradas indiscretas, excepto en el estuche de una trompeta o algo por el estilo. Ahora bien, ¿quién se pasea con una trompeta a las cinco de la madrugada?

—Un bate de críquet —dijo Joseph al instante—. Si... Perth abrió los ojos como platos.

—¡Muy perspicaz, reverendo! No se me había ocurrido, pero tiene razón. Una buena

sesión de entrenamiento a primera hora en ese hermoso prado que hay junto al río, o incluso en uno de esos campos de críquet, Fenner's, o, ¿cuál es el otro, Parker's Piece?

—Parker's Piece pertenece al municipio —puntualizó Joseph—. La universidad utiliza Fenner's. Pero uno no juega a críquet en solitario.

—Por supuesto, juntos pero no revueltos. —Perth asintió con la cabeza, apretando los labios. La diferencia entre los habitantes de la ciudad y los— estudiantes universitarios era un abismo insalvable, y Joseph acababa de recordárselo sin darse cuenta—. Pero eso no quita que nuestro sujeto quizá no se ciñera a las reglas —añadió con fría formalidad y expresión altanera, a la defensiva—. De hecho, puede que ni siquiera llegase a jugar, ya que en el estuche no llevaba un bate sino un arma. —Se inclinó hacia delante—. Sin embargo, puesto que estamos teniendo muchos problemas para encontrar esa arma, que a estas alturas puede estar en cualquier parte, eso significa que sólo nos queda un elemento para atrapar al asesino: el motivo! —Levantó el dedo anular.

Joseph debería haberse dado cuenta desde el momento en que Perth había llegado, pues estaba claro que éste no contaba con que Joseph le aclarara nada en cuanto a los medios o la oportunidad, y tampoco cabía esperar que fuera a verlo con el propósito de mantenerlo informado acerca de sus progresos.

—Entiendo —dijo en tono cansino.

—Estoy seguro, reverendo —convino Perth, con una chispa de satisfacción en la mirada—. No resulta fácil averiguar eso. Ni siquiera descontando el hecho de que nadie quiere incriminarse a sí mismo, pues tampoco quiere hablar mal de un difunto. No es decoroso. La gente dice las estupideces más grandes sobre una persona en cuanto ésta ha muerto. ¿A qué se deberá, reverendo? Sin duda debe de encontrarse con muchas situaciones semejantes en su profesión.

—Actualmente no estoy en activo como sacerdote —explicó Joseph, sorprendido por la punzada de culpabilidad que le causó el comentario, como si fuese un capitán que abandona el barco a su suerte, y para colmo delante de su tripulación. Aquello era ridículo; el trabajo que hacía allí era tanto o más importante, y, además, encajaba mejor con su manera de ser.

—Pero no ha renunciado a los votos, supongo —dijo Perth.

—No...

—Tendrá buen ojo para juzgar a la gente y, si no me equivoco, confiarán en usted más que en la mayoría y le contarán cosas...

—A veces —admitió Joseph, precavido, cayendo en la cuenta, con una amarga sensación de vacuidad, de lo poco que le había sido confiado; de lo contrario no se habría sentido tan confuso en relación con los motivos de aquel brote de violencia—. Pero una confidencia es precisamente eso, inspector, y yo no la rompería. Aunque puedo decirle que no sé quién mató a Sebastian Allard ni por qué.

Perth asintió lentamente con la cabeza.



—Lo doy por descontado, reverendo, pero usted conoce a esos muchachos mejor que nadie, quizás. Y comprenderá que no puedo marcharme de aquí hasta que sepa qué sucedió. De ahí que tenga que averiguar el porqué. Si descubro algo que no tenga nada que ver con el asesinato, romperé mis notas y lo olvidaré por completo.

—¡No se me ocurre ninguna razón! —protestó Joseph—. ¡Ser sacerdote conlleva que las personas no se sientan inclinadas a contarle a uno sus pensamientos más horribles! —Se dio cuenta, consternado, de la verdad que encerraba aquello. ¿Cuántas cosas no había querido ver?, y ¿durante cuánto tiempo? ¿Años? ¿Acaso su propia pena lo había llevado a apartarse de la realidad buscando refugio en la futilidad? Entonces, sin acabar de captar el alcance de sus palabras, exclamó—: ¡Pero lo averiguaré! ¡Tendría que haberlo sabido!

Hablaba en serio, despiadadamente, con la imperiosa necesidad de aire de un hombre que se está ahogando. La violencia y el dolor habían destruido sus viejas certidumbres, y tenía que recobrar la cordura si pretendía sobrevivir. Perth quizá tuviera que resolver el caso en aras de su reputación profesional, o incluso para demostrar que los habitantes de la ciudad eran tan buenos como los estudiantes universitarios, pero Joseph necesitaba hacerlo porque creía en la razón y en la facultad del hombre de elevarse por encima del caos.

Perth asintió lentamente con la cabeza, aunque con los ojos bien abiertos y sin pestañear.

—Muy bien, reverendo. —Tomó aire como para agregar algo, pero se limitó a asentir de nuevo.

En cuanto Perth se hubo marchado Joseph comenzó a percatarse de la enormidad de lo que había prometido. No tenía sentido aguardar a que la gente fuera a verlo para confiarle algún motivo de resentimiento contra Sebastian. Si no lo habían hecho antes, cuando hubiese resultado de lo más inocente, menos aún ahora. Tenía que salir a buscar la información que precisaba.

La primera persona con quien habló fue Aidan Thyer. Lo encontró en su casa, al final de un desayuno más tardío de lo acostumbrado. Presentaba un aspecto de cansancio y nerviosismo, con el pelo rubio más cano de lo que parecía a primera vista y el rostro demacrado por la falta de reposo. Levantó la vista sorprendido hacia Joseph cuando la sirvienta le hizo pasar al comedor.

—Buenos días, Reavley. No ocurrirá nada malo, espero.

—Nada nuevo —repuso Joseph no sin cierta aspereza. ¿Té? —ofreció Thyer.

—Gracias. —Joseph se sentó, no porque le apeteciera especialmente el té, sino para obligar al director a proseguir la conversación—. ¿Cómo siguen Gerald y Mary?

—Inconsolables —contestó Thyer con expresión grave—. Supongo que es natural. No me imagino cómo debe de ser perder a un hijo, y mucho menos de semejante manera. — Dio un mordisco a su tostada—. Connie hace todo lo que puede, aunque no parece que sirva de nada.

—Me figuro que una de las peores cosas es darse cuenta de que alguien lo odiaba

hasta el punto de recurrir al asesinato. Debo admitir que no imaginaba que alguien pudiese abrigar semejante sentimiento. —Joseph se sirvió té de la tetera de plata y dio un sorbo para probarlo. Estaba muy caliente; obviamente, alguien la había rellenado—. Lo cual demuestra que no estaba prestando toda la atención debida.

Thyer lo miró sorprendido.

—¡Yo tampoco lo sabía! Por el amor de Dios, ¿cree que de haberlo sabido...?

—¡No! Claro que no —lo interrumpió Joseph—, pero se me ocurrió que quizás usted hubiese sido más consciente que yo de un trasfondo de emoción, una rivalidad, una afrenta, real o imaginada, o alguna clase de amenaza. —La verdad lo avergonzaba y le costaba reconocerla—. Yo estaba tan concentrado en el trabajo académico de los muchachos que apenas presté atención a sus demás pensamientos y sentimientos. Tal vez usted tuviera una perspectiva más amplia.

—Es usted un idealista —dijo Thyer, levantando su taza de té, aunque la agudeza de su mirada no carecía de amabilidad.

Joseph aceptó el comentario sin rechistar, pero para él constituía una crítica más dura de lo que Thyer pretendía.

—Y usted no puede permitirse serlo —respondió ¿Quién odiaba a Sebastian?

—Veo que no se anda con rodeos.

—En efecto. —Joseph esbozó una sonrisa—. Me parece que sería mejor que lo supiéramos antes que Perth, ¿no cree?

Thyer volvió a dejar la taza en el plato y miró a Joseph fijamente.

—La verdad es que muchas más personas de las que le gustaría pensar. Me consta que usted lo apreciaba mucho y que conocía a su familia, tal vez por eso le mostrara lo mejor de sí mismo.

Joseph respiró hondo.

—¿Y quién veía el otro lado? —preguntó.

Recordó de pronto la mala cara que había puesto Harry Beecher, sentado en el banco del Pickerel contemplando los botes en el río a la luz del ocaso, y la repentina tensión en su voz.

Thyer meditó por un instante.

—Casi todo el mundo, de una forma u otra. A ver, su trabajo era brillante, en eso llevaba usted razón y, además, se dio cuenta antes que nadie. Tenía aptitudes para llegar a destacar algún día, posiblemente como uno de los grandes poetas de la lengua inglesa. Pero le quedaba un largo trecho que recorrer para alcanzar una mínima madurez emocional. —Se encogió de hombros—. No es que la madurez emocional sea necesaria para un poeta. Byron y Shelley, por mencionar sólo a dos, no destacaron precisamente por ella. Y me inclino a pensar que si ambos se libraron de morir asesinados, fue más por suerte que por

virtud.

—Eso no es muy concreto, que digamos —dijo Joseph, deseando poder dejar todo aquello en manos de Perth, contentándose con enterarse de quién lo había hecho sin llegar a conocer el porqué. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Thyer suspiró.

—Bueno, siempre está la cuestión de las mujeres, supongo. Sebastian era guapo y disfrutaba ejerciendo sus encantos, así como el poder que eso le otorgaba. Tal vez con el tiempo habría aprendido a gobernarlo, aunque, por otra parte, podría haber ido a peor. Hace falta mucho carácter para tener poder y abstenerse de usarlo. Y él aún estaba muy lejos de eso. —Su rostro se tensó hasta conferirle una expresión extrañamente sombría—. Y, por supuesto, siempre cabe la posibilidad de que no se tratara de una mujer sino de un hombre. A veces ocurre, sobre todo en un lugar como Cambridge. Un hombre de más edad, un estudiante lleno de vitalidad, sueños, anhelos... —Se interrumpió. No era necesario dar más explicaciones ni nombrar los peligros que entrañaban.

Joseph oyó un ligero ruido en la entrada y al volverse vio a Connie de pie en el umbral, con la cara muy seria y una chispa de enojo en sus ojos oscuros.

—Buenos días, profesor Reavley.

Entró y cerró la puerta a sus espaldas. Llevaba un vestido de color añil, adecuado tanto para el calor como para la tragedia que afligía a sus huéspedes. La prenda, muy estrecha a la altura de las rodillas, realzaba su figura, y el color favorecía a su tez. Incluso en aquellas circunstancias daba gusto contemplarla.

—La verdad, Aidan, si tienes que ser tan franco, ¡al menos podrías serlo con más discreción! —dijo con aspereza, adentrándose en la habitación—. ¿Y si la señora Allard te hubiese oído sin querer? No soporta oír nada que no sean alabanzas sobre su hijo, lo cual me figuro que es bastante normal, habida cuenta de lo que ha ocurrido. No es que yo suponga que el muchacho fuese un santo, pocos de nosotros lo somos, pero así es como ella necesita verlo en este momento. Y, aparte de ahorrarle una crueldad innecesaria, lo último que deseo es tener que habérmelas con un ataque de histeria. —Apartó la vista de su marido, posiblemente sin advertir el cambio de expresión de su rostro, como si hubiese recibido un golpe que casi esperaba—. ¿Le apetece desayunar, profesor Reavley? —añadió—. No me cuesta nada pedir a la cocinera que le prepare algo.

—No, gracias —repuso Joseph, molesto consigo mismo por haber obligado a Thyer a hablar con tanta franqueza e incómodo por haber presenciado un momento de tensión conyugal—. Me temo que los comentarios del director han sido culpa mía —dijo dirigiéndose a Connie—. Le estaba preguntando porque creo conveniente que sepamos la verdad, a ser posible antes de que la policía saque a la luz los errores de juicio de cualquier estudiante, o de uno de nosotros, en realidad. La más insignificante rivalidad se convierte en una atrocidad imposible de olvidar. — Estaba hablando más de la cuenta, dando más explicaciones de las precisas, pero no podía detenerse—. Los estudiantes se están poniendo nerviosos, a la defensiva, y sospechan los unos de los otros. He presenciado media docena

de discusiones que han acabado a puñetazos en estos últimos días, y al menos dos personas que conozco han dicho mentiras estúpidas, no para ocultar el crimen sino porque se sienten en evidencia. Me he resistido a admitirlo hasta que Perth ha ido a verme esta mañana, y la situación no hará más que empeorar mientras no se sepa la verdad.

Connie se sentó a la cabecera de la Mesa, venciendo la estrechez de la falda con una gracia extraordinaria, y Joseph percibió el leve perfume de muguete que llevaba. Lo invadió un sentimiento de pérdida por Alys, que por un momento resultó abrumador.

Si Connie se percató, tuvo la delicadeza suficiente para obviarlo.

—Supongo que tiene razón —concedió—. A veces el miedo es peor que la verdad. Al menos la verdad sólo arruinará la vida de una persona. ¿O acaso estoy equivocada?

Thyer dio muestras de ir a decir algo, pero cambió de parecer y permaneció callado.

—Sí... Lo siento, pero creo que sí —dijo Joseph—. Los estudiantes me han preguntado si deberían contar al inspector lo que saben acerca de Sebastian, o si deben ser fieles al recuerdo de éste y ocultarlo. Les he dicho que cuenten la verdad y, debido a ello, Foubister y Morel, que han sido amigos desde que ingresaron, han reñido de tal modo que ambos se sienten traicionados. Y todos nos hemos enterado de cosas sobre los demás que hubiésemos preferido no saber.

Sin mirar a su marido, Connie tendió la mano y la apoyó en el brazo de Joseph.

—Me temo que al parecer la ignorancia es un lujo que ya no podemos permitirnos. Sebastian era encantador, y sin duda poseía talento, pero también presentaba facetas más oscuras. Me consta que usted hubiese preferido no verlas, y su caridad habla mucho en su favor...

—No, no es cierto —la contradujo Joseph abatido—. No lo hacía por generosidad de espíritu sino para protegerme a mí mismo. Más bien creo que habría que llamarlo cobardía.

—Es demasiado severo consigo mismo —opinó Connie con suma ternura. La delicadeza de su rostro siempre le había gustado. Se detuvo un instante a pensar, con un respeto que lo sorprendió, lo afortunado que era Aidan Thyer.

—Gracias —dijo Joseph con una sonrisa—. Es muy generoso de su parte, pero digamos la verdad sobre nosotros también. Creo que es lo menos que podemos hacer ahora.

Al atardecer, Joseph fue, como de costumbre, al reservado de los profesores para disfrutar de unos momentos de camaradería y descanso antes de pasar a cenar. En cuanto entró vio a Harry Beecher sentado en uno de los cómodos sillones que había junto a la ventana, sosteniendo en la mano un vaso de lo que parecía ginebra con tónica.

Joseph fue a reunirse con él, contento de encontrarlo allí. Había compartido muchos años de amistad con Beecher y nunca había hallado en él una pizca de mezquindad ni ese ensimismamiento que lleva a la gente a no percibir los sentimientos del prójimo.

—¿Lo de costumbre, señor? —preguntó el camarero, y Joseph aceptó, tomando

asiento muy a gusto en la lujosa familiaridad del entorno, de las personas que había conocido y encontrado tan agradables a lo largo de aquel último y difícil año. En su mayoría pensaban como él. Tenían el mismo patrimonio cultural y los mismos valores. Las discrepancias eran de orden menor y en general añadían interés a lo que de otro modo seguramente habría acabado siendo insulso. Poner en entredicho una idea constituía la sal de la vida. Que siempre le dieran la razón a uno tenía que conducir a una soledad insoportable a la larga, como estar anclado entre infinitos espejos de la mente, estériles de toda novedad.

—Parece que el presidente francés va a ir a Rusia para hablar con el zar —comentó Beecher, dando un sorbo a su vaso.

—¿Acerca de Serbia? —preguntó Joseph, aunque se trataba de una pregunta retórica. La respuesta era obvia.

—Menudo lío. —Beecher sacudió la cabeza—. Walcott piensa que habrá guerra. —Walcott era catedrático de Historia Moderna y ambos lo conocían medianamente bien—. Aunque podría ser un poco más discreto con sus opiniones. —Hizo una mueca de desagrado—. Bastante caldeado está ya el ambiente para echar más leña al fuego.

Joseph tomó el vaso que le ofreció el camarero, le dio las gracias a éste y aguardó a que se alejara.

—Sí, tienes razón —dijo apenado—. Varios estudiantes me han hablado de ello. No es de extrañar que estén inquietos.

—Incluso en el peor de los casos, supongo que no nos veremos envueltos. —Beecher desechó la idea y tomó otro sorbo de ginebra—. Pero en caso de que sí nos veamos implicados, pongamos que para ayudar, me pregunto a quién. —Enarcó las cejas con expresión de ironía—. No parece que estemos demasiado preocupados por los austriacos o los serbios, la verdad; pero sea como fuere, nosotros no cumplimos el servicio militar. Todos nuestros soldados son voluntarios. —Sonrió torciendo el gesto—. En mi opinión están muy alterados por la muerte de Sebastian Allard, y eso es lo que en verdad les preocupa. Alguien lo mató. —Apretó un momento los labios—. Y, por desgracia, según indican las pruebas, debió de hacerlo un miembro de este colegio. —Miró a Joseph con súbita e intensa franqueza—. Supongo que no tienes ninguna idea, ¿verdad? No considerarías un deber religioso proteger a...

—¡No, claro que no! —exclamó Joseph, perplejo. Todavía brotaba una furia encendida en su fuero interno al pensar en la vitalidad y los sueños de Sebastian segados. En su lugar sólo había quedado una hiriente desolación, teñida de remordimiento y culpabilidad. Y ésa siempre estaría ahí, olvidada por un tiempo para luego reaparecer como el estribillo de una vieja canción, sorprendiendo a la mente con una punzada de dolor—. No sé nada —añadió, muy serio—. Pero siento el deber de saberlo. He repasado cuanto recuerdo de los últimos días que vi a Sebastian pero estuve fuera, debido al fallecimiento de mis padres, durante bastante tiempo justo antes de que lo mataran. No pude ver nada.

—¿Piensas que era previsible? —preguntó Beecher con curiosidad. Se olvidó de su

bebida sin terminar.

—No lo sé —admitió Joseph—, pero no puede haber sucedido sin un motivo que fuera en aumento durante cierto tiempo, salvo si se trató de un accidente, lo cual constituiría la mejor respuesta posible, por descontado. Aunque no acierto a imaginar qué sucedió en ese caso. ¿Tú sí?

—No —respondió Beecher con contenido pesar. La luz del ocaso a través de los ventanales resaltaba las pequeñas arrugas que rodeaban su boca y sus ojos. Estaba más cansado de lo que reconocía y quizá mucho más preocupado también—. No, me temo que sería llevarse a engaño — agregó—. Alguien lo mató con toda la intención. Y no sé si deberíamos haberlo visto venir o no. — Alcanzó de nuevo su vaso, dio un sorbo y lo saboreó, aunque se adivinaba que no le causaba ningún placer. Su expresión era tensa, introvertida—. Desde luego su trabajo estaba empeorando estas últimas semanas. Y, para serte sincero —lanzó a Joseph una mirada de disculpa—, últimamente percibí un tono más duro y cierta falta de delicadeza. Pensé que podía deberse a una incómoda transición de un estilo a otro, efectuada sin la gracia que le caracterizaba. —Lo dijo casi como una pregunta.

—¿Pero? —instó Joseph. Sabía que a Beecher no le gustaba Sebastian y no tenía ganas de oír lo que iba a decirle, pero no podía seguir pasando por alto la verdad, por más valiosas que fueran las ilusiones que ésta pudiera romper.

—Pero mirándolo en perspectiva, no se trataba tan sólo de su trabajo —dijo Beecher—. Saltaba por nada, tenía el genio más vivo que de costumbre. Daba la impresión de no dormir bien y, hasta donde yo sé, se vio envuelto en un par de riñas de lo más estúpidas.

—¿Riñas por qué? ¿Con quién?

—Por la guerra y el nacionalismo —respondió Beecher—, ideas equivocadas sobre el honor. Y con varias personas, con cualquiera lo bastante idiota como para apasionarse por el tema.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Joseph se asustó. No había visto nada por el estilo. ¿Había estado totalmente ciego? ¿O acaso Sebastian se lo había ocultado de forma deliberada? ¿Lo había hecho para protegerse porque deseaba conservar la imagen que Joseph se había formado de él, y así contar con una persona que consideraba sólo los aspectos positivos de su carácter? ¿O acaso no confiaba en él, sencillamente, y su amistad sólo era producto de la imaginación y la vanidad de Joseph?

Beecher estaba incómodo. Joseph lo notó en su rostro, en el modo en que deseaba apartar la vista, evitando hacerlo porque sabía que entonces delataría lo que en verdad pensaba.

—Di por sentado que Sebastian confiaba en ti —dijo—. Hasta el otro día no caí en la cuenta de que no era así. Lo lamento.

—No dijiste nada en su momento —señaló Joseph—. Reparaste en que algo malo le pasaba, pero no me preguntaste si yo también lo había advertido y sabía de qué se trataba.

Tal vez juntos hubiésemos podido hacer algo al respecto.

Beecher miró un poco más allá de Joseph; esta vez no fue una estratagema sino fruto de la concentración.

—Sebastian no me caía tan bien como a ti —dijo despacio—. Percibía su encanto, pero también el modo en que lo usaba. Me planteé preguntarte si sabías qué era lo que tanto le preocupaba, pues creo que se trataba de algo profundo. En realidad lo saqué a colación una vez, y sin embargo no te diste por aludido. Alguien nos interrumpió y no volví a mencionarlo. No quería discutir contigo.

Levantó los ojos, brillantes y llenos de preocupación y, por una vez, carentes de toda chispa de humor.

Joseph quedó anonadado. Había esperado dolor, pero aquel golpe fue mucho más duro de lo previsto. Beecher había intentado protegerlo porque pensaba que Joseph no era lo bastante fuerte para aceptar la verdad o enfrentarse a ella. Había creído que se apartaría de un amigo con tal de no mirarla de frente.

¿Cómo era posible? ¿Qué había dicho o hecho Joseph para que incluso Beecher lo considerase no sólo ciego sino moralmente cobarde?

¿Era por eso por lo que no le había contado nada Sebastian? se había referido al miedo a la guerra y a la destrucción de la belleza que amaba, pero desde luego eso no bastaría para trastornarlo del modo que Beecher había dado a entender. Y, obviamente, había comenzado semanas antes de que se cometiera el magnicidio en Sarajevo.

Elwyn se le había echado encima al instante cuando Joseph mencionó ese miedo, negando acaloradamente que Sebastian fuese un cobarde, acusación que a Joseph jamás se le había ocurrido lanzar. ¿Debería haberlo hecho? ¿Acaso Sebastian se había sentido incapaz, por miedo, de confiárselo a Joseph, quien supuestamente era su amigo? ¿Qué valía aquella amistad, si uno tenía que llevar una máscara para ocultar los pensamientos que realmente le dolían y sentía la necesidad de presentar un rostro más agradable por el bien de Joseph?

No gran cosa. Sin sinceridad, compasión y voluntad de entendimiento, devenía poco más que una relación social y, para colmo, ni siquiera de las buenas.

La condescendencia de Beecher no era mejor. Había piedad en ella, incluso amabilidad, pero carecía de ecuanimidad y, por descontado, de respeto.

—Ojalá lo hubiese sabido —dijo Joseph con amargura—. Ahora lo único que nos queda es que alguien lo odiaba tan incontrolablemente que fue a su habitación de madrugada y le pegó un tiro en la cabeza. Eso es un odio muy profundo, Harry. No sólo no supimos verlo antes, sino que tampoco acertamos a verlo ahora, ¡y sabe Dios que tengo los ojos bien abiertos!

Al día siguiente, entrada la mañana, Joseph fue a ver a Mary y Gerald Allard, quienes seguirían instalados en casa del director al menos hasta el funeral, que la policía había retrasado debido a la investigación. Se conocían desde hacía tiempo. No se le ocurría nada

que decir para aliviar su pesar, pero eso no lo eximía de la obligación de manifestar su preocupación. Por otra parte, debía enterarse por ellos de cuanto pudiera ayudarlo a conocer mejor a Sebastian.

—Pase —dijo Connie en cuanto la sirvienta lo condujo del vestíbulo a su sala de estar. Joseph vio de inmediato que ninguno de los Allard se encontraba aún allí. Esto le permitía retrasar un poco más el encuentro, y se avergonzó por sentirse tan aliviado.

—Siéntese, profesor Reavley —lo invitó Connie, con una sonrisa y un brillo de humor cómplice en los ojos, como si le leyera el pensamiento.

Joseph aceptó. La habitación era de lo más ecléctica. Por supuesto, formaba parte del colegio y no había forma de introducir grandes cambios, pero Thyer tenía un gusto conservador y casi toda la casa estaba amueblada en consecuencia. No obstante, aquella habitación era el feudo de su esposa, y una bailaora de flamenco daba vueltas como un remolino escarlata en el cuadro que había encima de la repisa de la chimenea. Irradiaba vitalidad. Se trataba de una obra un poco tosca y de bastante mal gusto, pero de un colorido espléndido. Joseph sabía que Thyer la detestaba. Le había regalado un moderno y costoso cuadro impresionista que le disgustaba, pensando que a ella le complacería y que al menos sería digno de estar colgado en la casa. Ella lo había aceptado y lo había puesto en el comedor. Tal vez sólo Joseph supiera que tampoco le gustaba.

Se sentó junto a la manta marroquí de vivos tonos tierra y se arrellanó, sin prestar ninguna atención al gran narguile de latón que ocupaba la mesa contigua. Por extraño que pudiera parecer, encontró acogedor el insólito ambiente de la sala.

—¿Cómo está la señora Allard? —preguntó.

—Debatiéndose entre la pena y la ira —contestó Connie con irónica sinceridad—. No sé qué hacer por ella. El director tiene que continuar atendiendo a sus obligaciones para con el resto del colegio, por supuesto, pero yo he estado haciendo lo poco que está en mi mano para cuidar al menos de su bienestar físico, aunque confieso que me veo impotente. —Le dedicó una sonrisa espontánea y sincera—. ¡Me alegra tanto que haya venido! Estoy desesperada. Nunca sé si lo que digo está bien o mal.

Joseph se sintió vagamente cómplice, lo cual lo tranquilizó.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó.

—En Fellow's Garden —contestó Connie—. Ese policía la interrogó ayer por la tarde y ella lo amonestó porque todavía no había arrestado a nadie. —Adoptó una expresión más seria, apretando un poco los labios en un gesto de lástima—. Dijo que no podía haber más de una o dos personas que odiaran a Sebastian y que por tanto tendría que resultar bastante sencillo encontrarlas. —Bajó la voz—. Me temo que eso no es del todo cierto. El trato con Sebastian no siempre resultaba fácil. Veo a esa pobre muchacha, la señorita Coopersmith, y me pregunto qué estará sintiendo. Su rostro no me dice nada, y la señora Allard está tan ensimismada en su pérdida que apenas le dedica ninguna atención.

Joseph no se sorprendió, aunque lo lamentó.



—El bueno de Elwyn hace cuanto puede —prosiguió Connie—, pero ni siquiera él consigue consolar a su madre. Aunque me parece que es un buen apoyo para su padre. Me parece que está pasando un verdadero calvario.

No entró en detalles, y sus ojos buscaron los de Joseph con un amago de sonrisa.

Joseph la entendió perfectamente pero no estaba dispuesto a permitir que ella lo viera, al menos por el momento. La debilidad de Gerald le inspiraba una piedad desgarradora, y eso le obligaba a ocultarlo, incluso ante Connie.

Se puso de pie.

—Gracias. Me ha brindado la oportunidad de ordenar mis ideas. Creo que más vale que vaya a hablar con la señora Allard aunque no vaya a servir de mucho.

Connie asintió con la cabeza y lo condujo por el pasillo hasta la puerta lateral que daba al jardín. Joseph le dio las gracias de nuevo y salió al sol, al calor quieto y perfumado donde las flores resplandecían en una profusión de rojos y púrpuras, bordeando los caminos enlosados con esmero que discurrían entre los arriates. Llameantes capuchinas se derramaban de una vasija vieja de terracota dejada caer de lado. Agujas de salvia azul formaban un solemne telón de fondo para un derroche de pensamientos que rivalizaban para llamar la atención. Las espuelas de caballero se alzaban casi hasta el nivel de los ojos y las desgredadas clavelinas desprendían su perfume embriagador. Una mariposa iba haciendo eses como un alegre borrachín y el zumbido de las abejas ponía una constante y adormecedora música de fondo.

Mary Allard estaba de pie en medio del jardín contemplando un macizo de oscuras rosas burdeos. Iba vestida de luto riguroso y Joseph no pudo por menos de pensar que debía de estar asándose de calor. A pesar del sol, no llevaba velo ni se protegía con una sombrilla. La luz intensa resaltaba las pequeñas arrugas de su piel, reveladoras del dolor que le devoraba las entrañas.

—Señora Allard —dijo en voz baja.

La súbita tensión de su cuerpo bajo la seda hizo evidente que no se había percatado de su presencia.

—¡Reverendo Reavley!

No agregó nada más, pero tanto su porte como su mirada tenían algo de desafío. Aquel encuentro iba a ser más arduo de lo que Joseph había pensado.

—He venido a verla —dijo él, aun sabiendo que se trataba de una perogrullada, pero preguntarle cómo se encontraba hubiese sido igualmente vano. La aflicción la atormentaba y cualquiera podía verlo a simple vista.

—¿Tiene alguna novedad sobre quién mató a Sebastian? —inquirió Mary Allard—. ¡Ese policía es un perfecto inútil! Estoy empezando a pensar que no quiere descubrirlo. Da la impresión de no entender nada.

Joseph cambió de estrategia sobre la marcha. Cualquier intento por consolarla estaba

condenado al fracaso, así que trataría de averiguar lo que le interesaba, lo cual, a fin de cuentas, también era lo que ella quería saber.

—¿El inspector le ha dicho qué piensa? —preguntó Joseph.

Lo miró perpleja, como si hubiese esperado que Joseph le llevara la contraria e insistiese en que Perth estaba haciendo cuanto podía, o que lo defendiera arguyendo lo difícil que era su cometido.

—Anda por ahí buscando razones para odiar a Sebastian —contestó con mordacidad—. Envidia, ésa es la única razón. Se lo he dicho, pero no me hace caso.

—¿Por motivos académicos? —preguntó Joseph. ¿O quizá personales? ¿Por algo en concreto?

—¿Por qué? —Mary Allard dio un paso hacia él—. ¿Se ha enterado de algo?

—No —repuso Joseph—, pero tengo muchas ganas de descubrir quién mató a Sebastian, por un sinnúmero de razones.

—¡Para ocultar su propio fracaso! —espetó Mary—. ¡Fue idea suya que lo mandáramos aquí a estudiar! Lo pusimos en sus manos y usted ha dejado que un... ser... lo matara. ¡Quiero que se haga justicia! —Las lágrimas asomaron a sus ojos, y apartó la mirada—. Nada va a devolvérmelo —añadió con voz ronca—, pero quiero que el culpable sufra las consecuencias.

Joseph no encontró el modo de defenderse. Mary tenía razón: había fracasado en proteger a Sebastian porque sólo había visto lo que había querido ver, obviando las envidias y odios que sin duda el muchacho suscitaba. Había pensado que trataba con la verdad, con una visión más elevada y sensata del hombre, cuando en realidad había buscado su propia comodidad.

Tampoco tenía sentido discutir sobre la justicia o decirle que no le aportaría ningún alivio. Moralmente estaba mal, y era casi seguro que nunca llegaría a saber toda la verdad sobre lo sucedido. Decirle que lo mejor era mostrarse piadoso, y así como ella necesitaría piedad cuando le llegara la hora del juicio, no haría más que incrementar su furia. No lo escucharía. Y si era sincero, su propia cólera por la violencia y la muerte sin sentido estaba tan a flor de piel que hubiese sido una hipocresía soltarle un sermón. No podía olvidar cómo se había sentido en la carretera de Hauxton al comprender lo que significaban las marcas de los abrojos y formarse una imagen mental de lo que había ocurrido allí.

—Yo también quiero que sufra —confesó Joseph en voz baja. Mary levantó la cabeza y se volvió lentamente hacia él con los ojos muy abiertos.

—Perdóneme —susurró—. Pensaba que iba a darme un sermón. Gerald no para de repetir que no debería sentirme así, que no es propio de mí lo que digo y que luego me arrepentiré de haberlo dicho.

—Yo también, tal vez —admitió Joseph con una sonrisa—. Pero así es como me siento ahora.

Mary volvió a torcer el gesto.

—¿Por qué le hicieron esto, Joseph? ¿Cómo es posible envidiar tanto? ¿Acaso lo normal no sería amar la belleza de la mente y desear ayudarla y protegerla? Le he preguntado al director si Sebastian era candidato a premios u honores en detrimento de otros compañeros, pero me ha dicho que no le consta que sea así. —Juntó sus oscuras cejas—. ¿Cree... que pudo hacerlo una mujer? ¿Una muchacha enamorada, obsesionada con él, que no aceptaba verse rechazada? Las chicas son capaces de ponerse muy histéricas. A veces piensan que un hombre siente algo por ellas cuando no se trata más que de una admiración pasajera, poco más que buenos modales, en realidad.

—Podría ser por causa de una mujer... —comenzó Joseph.

—¡Claro que sí! —lo interrumpió Mary, aferrándose con avidez a la idea. Se le iluminó el rostro, y se relajó un poco. Joseph reparó en el brillo de la seda del vestido y en la tirantez que presentaba en los hombros—. ¡Esto sí tiene sentido! ¡Una muchacha enamorada de Sebastian y un rival celoso al sentirse traicionado por ella! —Alargó una mano titubeante y la posó en el brazo de Joseph—. Se lo agradezco. Al menos ha conseguido dar sentido a las tinieblas. Si su intención era consolarme, lo ha conseguido y le quedo agradecida.

No era así como Joseph había previsto triunfar, pero tampoco sabía cómo retractarse. Recordó a la muchacha que había visto en la calle frente a Eaden Lilley's y lo que Eardslie le había dicho sobre Morel, y deseó no haberse enterado de nada de aquello.

Seguía buscando una respuesta cuando Gerald Allard entró al jardín por la verja que daba al patio, caminando con mucho cuidado por el centro del sendero entre los macizos de nébedas y clavelinas. Joseph tardó un momento en darse cuenta de que su comedida forma de andar se debía al hecho de que a pesar de la hora que era ya había tomado más de lo que podía absorber. Miró con curiosidad a Joseph y luego a su esposa.

Mary frunció el entrecejo al verlo.

—¿Cómo te encuentras, querida? —inquirió él muy solícito—. Buenos días, Reavley. Agradezco su amable visita. No obstante, me parece que deberíamos hablar de otras cosas durante un rato. Resulta...

—¡Basta ya! —dijo Mary entre dientes—. ¡No puedo pensar en otras cosas! ¡No quiero intentarlo siquiera! ¡Sebastian está muerto! ¡Alguien lo mató! ¡Mientras no sepamos quién fue y le veamos arrestado y ahorcado, no hay ninguna otra cosa!

—Querida, deberías... —comenzó Gerald.

Mary giró en redondo y la fina seda de la manga se le enganchó con una espina de rosal. Se marchó hecha una furia, indiferente al roto de la tela, y desapareció por la puerta de la sala de estar de la casa del director.

—Lo siento —musitó Gerald con torpeza—. Realmente no sé... —No terminó la frase. La había empezado sin saber qué iba a decir y su rostro lo reflejó con claridad.

—He conocido a la señorita Coopersmith —dijo Joseph de pronto—. Me pareció una

muchacha muy agradable.

—Oh... ¿Regina? Sí, es encantadora —convino Gerald—. Buena familia; los conozco desde hace años. Su padre es propietario de una gran finca no lejos de aquí, por la parte de Madingley.

—Sebastian nunca me habló de ella.

Gerald hundió más las manos en los bolsillos.

—¿No? Tampoco es que me sorprenda. Quiero decir... —Volvió a interrumpirse.

Joseph aguardó.

—Bueno, son vidas aparte —prosiguió Gerald un tanto incómodo—. La de casa... y la de aquí. Esto es un mundo de hombres.

—Hizo un amplio y vacilante ademán con el brazo—. No es el mejor lugar para hablar de mujeres, ¿no le parece?

—¿Cuenta con la aprobación de la señora Allard?

Gerald abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Ni idea! ¡Sí! Bueno, supongo... Sí, tenía que gustarle la chica.

—Lo ha expresado en pasado —señaló Joseph.

—Oh! Bueno, Sebastian está muerto, ¿verdad? Dios nos asista. —Encogió un poco los hombros—. La próxima Navidad será insoportable. Siempre la pasamos con la hermana de Mary, ¿sabe? Una mujer temible. Tres hijos. Todos triunfadores, cada uno en lo suyo. Orgullosa como Lucifer.

Joseph no supo qué decir. Lo más probable era que luego Gerald lamentara haber hecho aquella observación. Más valía no ahondar en el asunto. Con el calor como pretexto, dejó a Gerald vagando sin rumbo entre las flores y volvió a entrar en la casa.

Se dirigió a la sala de estar para dar las gracias a Connie antes de marcharse. Vio la figura de una mujer de pie junto a la chimenea, y pese a que era más o menos de una misma estatura y complexión que Connie, supo al instante que se trataba de otra persona. Las palabras murieron en sus labios cuando reparó en el elegante vestido negro, con una amplia faja en la cintura y una especie de túnica doble plisada cubriendo la falda larga y estrecha.

La mujer se volvió y exclamó con expresión de alivio.

—¡Reverendo Reavley! Qué agradable sorpresa.

—Señorita Coopersmith. ¿Cómo está usted? —Cerró la puerta a sus espaldas. Aprovecharía la ocasión para hablar con ella, que había conocido una faceta de Sebastian que él ignoraba por completo.

Regina encogió levemente los hombros en un ademán de pesadumbre.

—Esto me resulta difícil. Realmente no sé qué estoy haciendo aquí. Contaba con ser de

algún consuelo para la señora Allard pero me consta que no lo consigo. La señora Thyer es muy amable conmigo, pero ¿qué se hace con una prometida que no es viuda? —Su rostro decidido y franco adoptó una expresión burlona para disimular la humillación que sentía—. Soy un huésped imposible para mi anfitriona.

Soltó una risilla nerviosa y Joseph se dio cuenta de lo poco que le faltaba para perder el dominio de sí misma.

—¿Hacía mucho que conocía a Sebastian? —preguntó—. Yo sí, pero sólo la faceta académica de su vida.

Se hacía raro decirlo en voz alta; no había imaginado que fuese cierto y en ese momento resultaba incuestionable.

—Ésa era la faceta más destacada —contestó Regina—. Le importaba más que cualquier otra cosa, creo. Por eso le aterraba tanto la posibilidad de que estallara una guerra.

—Sí. Me habló de sus temores uno o días antes de que... muriera. —Joseph recordó el largo paseo que habían dado por los Backs al atardecer como si hubiese tenido lugar la víspera. Aún recordaba la luz del ocaso en el rostro de Sebastian, el apasionamiento de éste al referirse a la destrucción de la belleza, que tanto temía.

—Viajó mucho este verano —prosiguió Regina con la mirada perdida—. No solía hablar de ello, pero cuando lo hacía saltaba a la vista lo mucho que le importaba. Me parece que fue usted, reverendo, quien le enseñó a apreciar el encanto y la importancia de todos los pueblos, a abrir la mente y contemplar el mundo sin prejuicios. No sabe lo mucho que se entusiasmaba. Deseaba ardientemente vivir con más... —buscó la palabra— abundancia de la que uno conoce cuando se encierra en los límites del nacionalismo.

Al oírla, Joseph recordó otras cosas que Sebastian había dicho sobre la riqueza y la diversidad de Europa, pero no la interrumpió.

Regina continuó, controlando su trémula voz con dificultad.

—Pese a ese gran entusiasmo por otras culturas, sobre todo por las antiguas, en el fondo era tremendamente inglés, ¿sabe?—Se mordió el labio inferior para salvar un momento de titubeo, procurando serenarse antes de continuar—. Habría dado cualquier cosa con tal de proteger la belleza de este país, las cosas pintorescas y curiosas que posee, la tolerancia y la excentricidad, la grandeza y los pequeños secretos que uno descubre a solas. Habría dado la vida para salvar un brezal con sus alondras o un bosque lleno de jacintos silvestres. —La voz estuvo a punto de quebrársele—. Un lago frío con juncos, una costa solitaria donde la luz cae sobre pálidas barras de arena... —Tragó saliva—. Cuesta creer que todo eso siga igual y que él ya no pueda verlo.

Joseph se emocionó hasta el punto de sentirse incapaz de hablar, y sus pensamientos abrazaron también a su padre y a la multitud de cosas que éste valoraba.

—Pero cada cual ama lo que ama, ¿no es cierto? —añadió Regina mirándolo fijamente—. Y había aspectos de él que yo desconocía por completo. A veces se ponía

furioso cuando pensaba en lo que algunos políticos estaban haciendo, en el modo en que permitían que Europa se viera abocada a la guerra porque estaban demasiado ocupados en proteger sus pocos kilómetros cuadrados de territorio. Detestaba profundamente la patriotería. Yo le he visto rojo de rabia, casi incapaz de hablar por la ira que le inspiraba. — Suspiró—. ¿Cree que habrá guerra, señor Reavley? ¿Vamos camino de una catástrofe como nunca se ha visto antes? Eso es lo que él temía, ¿sabe? Deseaba tanto la paz!

Joseph volvió a visualizar el semblante de Sebastian bajo la luz del ocaso con la misma claridad que si se encontrara en la habitación con ellos.

—Sí, lo sé —dijo con voz temblorosa—. Me consta.

—Me pregunto si se sorprendería al ver la confusión que ha sembrado al marcharse... —Regina soltó una brevísima carcajada, semejante aun hipido—. Se nos enciende la sangre tratando de averiguar quién lo mató y, ¿sabe una cosa?, no estoy segura de si quiero descubrirlo. ¿Es perverso o irresponsable por mi parte?

—Me parece que no tenemos elección —contestó Joseph—. Nos veremos obligados a saberlo.

—¡Me da tanto miedo! —Regina lo miró, buscando en su rostro algún indicio de comprensión.

—Sí —convino Joseph—. A mí también.

\* \* \*

## 7

La tarde del viernes 17 de julio, Matthew volvió a salir de Londres en su coche, rumbo a Cambridge. Una brisa ligera amontonaba nubes que formaban brillantes torres de luz en lo alto de un cielo azul cobalto. Hacía un tiempo perfecto para conducir más allá de los límites de la ciudad. El campo abierto se extendía delante de él, y aumentó la velocidad hasta que sintió que el viento tiraba de su pelo y le agujoneaba la cara, haciendo que se preguntase cómo sería volar.

Hacia las siete y cuarto llegó a Cambridge, donde se vio obligado a aminorar la marcha hasta circular a ritmo de paseo. Enfiló Trumpington Road con el río a su izquierda y Lammas Land en la otra orilla, pasando por Fitzwilliam, Peterhouse, Pembroke y Corpus Christi para luego subir por la elegante y amplia King's Parade, con sus tiendas y casas a mano derecha y sus intrincadas rejas de hierro forjado a mano izquierda. Dejó atrás las ornamentadas agujas de la tapia que cerraba el patio delantero de King's College y después la clásica perfección de Senate House, con Great St. Mary's enfrente, y las hermosas torres de Gonville and Caius, Trinity y por último St. John's.

Detuvo el coche junto a la verja principal y se apeó. Sentía las piernas entumecidas, y le hizo bien estirarlas un poco. Fue hasta la portería y se disponía a decirle a Mitchell quién era y que venía a visitar a Joseph cuando aquél lo reconoció.

En cuestión de un cuarto de hora tenía el coche estacionado a buen recaudo y se encontraba en la habitación de Joseph. El sol dibujaba manchas brillantes sobre la alfombra y hacía brillar las letras doradas de los libros de la estantería. El gato del colegio, Bertie, dormitaba y de vez en cuando movía la cola.

Joseph estaba sentado en la sombra, pero aun así Matthew percibió la fatiga y la incertidumbre pintadas en su semblante. Tenía los ojos hundidos pese a ser de pómulos altos y presentaba un aspecto en general demacrado.

—¿Saben ya quién mató a Sebastian? —preguntó Matthew.

—No. —Joseph negó levemente con la cabeza—. En realidad, me parece que no tienen la más remota idea.

—¿Cómo está Mary Allard? Me han dicho que se hospeda aquí.

—Sí. Ella y Gerald se alojan en casa del director. El funeral se ha celebrado hoy. Ha sido espantoso.

—¿No han vuelto a su casa?

—Todavía abrigan esperanzas de que la policía descubra algo en cualquier momento.

Matthew lo miró preocupado. Su hermano daba la impresión de no poseer ninguna vitalidad, como si algo en su fuero interno se hubiese agotado.

—Joe, ¡tienes un aspecto horrible! —exclamó de golpe—. ¿Crees que vas a recuperarte?

Se trataba de una pregunta vana, pero tenía que hacerla. Le constaba que Joseph apreciaba mucho a Sebastian Allard, y conocía su profundo sentido de la responsabilidad, el cual a veces hacía que se tomara las cosas demasiado a pecho. ¿Acaso aquel golpe adicional había sido demasiado para él?

Joseph levantó la vista.

—Probablemente —repuso. Se pasó la mano por la frente—. Me llevará un par de días. Es sólo que no acabo de verle el sentido a nada, como si todo se me escapara de las manos.

—Joe... —dijo Matthew amablemente, inclinándose un poco hacia delante—. Sebastian Allard era un joven de gran talento y podía resultar encantador como ninguno, pero no era perfecto.

Aborrezco decírtelo, pero tienes que renunciar a algunos de tus sueños, pues de lo contrario aún te harán más daño. No hay respuestas fáciles..., tú mismo me lo has dicho infinidad de veces. Y nadie es del todo bueno o malo. Alguien mató a Sebastian, y eso constituye una tragedia, pero no algo inexplicable. Habrá una respuesta que le dé sentido a todo..., una vez que la conozcamos.

Joseph se enderezó.

—Así lo espero. ¿Crees que la razón nos aportará algún consuelo? —Antes de que Matthew tuviera ocasión de contestar agregó—: Los Allard trajeron a Regina Coopersmith con ellos.

—¿Quién es Regina Coopersmith? —preguntó Matthew.

—La prometida de Sebastian —contestó Joseph.

Aquello explicaba muchas cosas. Si Joseph no había estado al corriente de su existencia, debía de haberse sentido excluido. Qué extraño que Sebastian no le hubiese dicho nada. Normalmente, cuando un muchacho se comprometía en matrimonio se lo contaba a todo el mundo. Las muchachas lo hacían invariablemente.

—¿Ha sido idea suya o de su madre? —inquirió Matthew sin rodeos.

Joseph hizo una mueca.

—No lo sé. He hablado un poco con ella. Más bien diría que de su madre. Aunque probablemente eso no tenga ninguna relación con su muerte. —Cambió de tema—. ¿Vas a quedarte en casa?

—Uno o dos días —respondió Matthew, sintiendo que lo invadía la pesadumbre al recordar lo enfadado que se había sentido al hablar con Isenham la semana anterior. La herida aún tardaría en curar. Pensó en su padre y en la interpretación que Isenham había hecho de sus actos, y le dolió como una muela infectada. Casi podía hacerle caso omiso hasta que al tocarla sin querer sentía de nuevo la punzada de dolor.

Joseph aguardaba a que continuase.



—Cuando vine el fin de semana pasado fui a ver a Isenham dijo Matthew en tono pensativo. No quería mentir a Joseph, y tarde o temprano éste le preguntaría, de modo que más valía que sacara el asunto a colación. Además necesitaba compartir el peso de lo que poco a poco se estaba viendo obligado a aceptar—. Se me ocurrió que papá tal vez le hubiera confiado sus temores y que al menos sabría decirme en qué dirección buscar.

Joseph se puso tenso; fue apenas un instante y casi ni se notó, pero el gesto reveló lo mucho que temía lo que estaba a punto de oír. Miró a Matthew con cautela.

—Piensa que papá sacó conclusiones sin fundamento —dijo Matthew. Notó que se le apagaba la voz, pero no pudo evitarlo. Bajó la vista, apartándola de los ojos de Joseph y de la pregunta que éstos formulaban—. Hablé con él durante un buen rato para ver si tenía alguna idea acerca de lo que pensaba papá, pero lo único concreto que saqué en claro fue que papá deseaba la guerra...

—¿Qué? —exclamó Joseph, enojado e incrédulo—. ¡Eso es ridículo! Era el último hombre de la tierra que hubiese deseado la guerra. Está claro que Isenham lo entendió mal. ¡Quizá le dijo que pensaba que la guerra era inevitable! La pregunta es: ¿se refería a Irlanda o a los Balcanes?

—¿Cómo iba papá a saber nada de ninguna de ellas?

Matthew ejercía de abogado del diablo con la esperanza de que Joseph lo venciera. Al menos la discusión y el uso de la razón hacían que éste volviera a ser el de siempre.

—No lo sé —contestó Joseph—. Pero eso no significa que no supiera nada. Tú mismo dijiste que fue muy concreto al referir que había descubierto un documento que explicaba de forma sucinta una conspiración que sería totalmente deshonrosa y que cambiaría...

—Ya lo sé —lo interrumpió Matthew—. A Isenham no le conté nada de eso, pero me dijo que papá había ido a verlo y que estaba...

—¿Qué? ¿Perdiendo el control sobre su imaginación? —inquirió Joseph.

—Más o menos. Lo dio a entender con más tacto, pero en resumidas cuentas vino a decir eso.

Dijo algo así como que «exageró sacando las cosas de quicio, seguramente llevado por el aburrimiento».

—Y la oportunidad de volver a ser importante —señaló Joseph con sorprendente malevolencia—. ¿Te parece que eso es propio de nuestro padre? ¿Si tal caso, no le conocías muy bien, que digamos!

—Entiendo que te enfades —dijo Matthew en voz baja—. Yo también me enfadé y aún no se me ha pasado. Ahora bien, ¿cuál es la verdad, Joe? A nadie le gusta pensar que una persona a quien ama está equivocada o pierde el dominio de sí. Pero el deseo no cambia la realidad.

—La realidad es que él y mamá están muertos —dijo Joseph en tono un tanto vacilante—. Que su coche pisó una hilera de abrojos en la carretera de Hauxton y se

estrelló, que los dos murieron y que el documento en cuestión, contuviera lo que contuviese, desapareció tras el accidente. Así pues, cabe suponer que quienquiera que los matara registró el coche y los cadáveres y lo encontró.

Matthew se obligó a pensar con lógica.

—Entonces, ¿por qué registraron también la casa? —preguntó.

—Eso sólo lo suponemos —repuso Joseph con tristeza, antes de esbozar una sonrisa y continuar—. Pero si lo hicieron, señal que lo consideraban lo bastante importante para correr el riesgo de que uno de nosotros regresara antes de lo previsto y los sorprendiese. Y no me vengas con que fue un ladronzuelo. No se llevaron ningún objeto valioso y el jarrón de plata, las cajas de rapé y las miniaturas estaban bien a la vista.

—Tienes razón. —Matthew notó que el nudo que tenía en el estómago empezaba a aflojarse—. Pero aun así puede que fuese un escándalo menor en vez de un acto de espionaje con consecuencias mundiales.

—Era lo bastante importante para matar a dos personas con el fin de ocultarlo —masculló Joseph, apretando la mandíbula—. Y, aparte de eso, papá no era dado a exagerar.

Lo dijo como una mera constatación de hechos, sin ninguna entonación o énfasis especiales.

Distintas imágenes se agolpaban en la cabeza de Matthew: su padre de pie en el jardín, vestido con ropa vieja mirando a Judith recoger moras; sentado en su sillón junto al fuego una velada de invierno, con un libro abierto en el regazo mientras les leía cuentos; en la mesa del comedor un domingo, un poco inclinado hacia delante mientras discutía razonadamente, haciéndole perder los estribos o empujándolo a exagerar sus argumentos. Su padre recitando, sonriente, absurdos poemas humorísticos, cantando canciones de Gilbert y Sullivan mientras conducía por la carretera con la capota del viejo coche bajada.

El dolor de la pérdida traía aparejados dulces recuerdos de aquel hombre, aunque era tan agudo que costaba soportarlo, puesto que todo aquello sólo existía en el recuerdo. Tuvo que aguardar un momento hasta recobrar la firmeza de la voz.

—Iré a ver a Shanley Corcoran. —Suspiró profundamente—. Era el amigo más íntimo de papá. Creo que finalmente podré decirle la verdad, o al menos buena parte de ella. Si papá confió en alguien, seguro que fue en él.

Joseph titubeó por un instante. Matthew no habría sabido decir por dónde discurrían los pensamientos de su hermano.

—Ten cuidado —se limitó a advertirle Joseph.

Matthew pasó la velada en la casa familiar de St. Giles, desde donde telefoneó a Corcoran para preguntar si podía ir a verlo al día siguiente. Su petición obtuvo como respuesta una inmediata invitación a cenar, que fue aceptada sin vacilar.

Estuvo contento de no tener nada que hacer por la mañana, que dedicó junto con Judith a atender pequeñas obligaciones. Luego, en la tranquilidad de la tarde calurosa,

ambos se llevaron a Henry a dar un paseo hasta el cementerio y el perro lo pasó en grande correteando entre la hierba alta de los márgenes del camino. Las rosas silvestres ya habían perdido casi todos los pétalos.

Matthew se cambió temprano para cenar y le alegró poner la capota al coche para recorrer la veintena de kilómetros que lo separaban de la magnífica residencia de los Corcoran. Al pasar por Grantchester vio un grupo de muchachos que todavía jugaban a críquet aprovechando las últimas horas de sol, suscitando los vítores y aplausos de un puñado de espectadores. Las chicas llevaban pichis y los sombreros colgados de las cintas. Unos cinco kilómetros más adelante unos niños hacían navegar sus veleros de madera en el estanque del pueblo, sin que los patos, al parecer acostumbrados a su presencia, les hicieran el menor caso. Un organillero hacía sonar su instrumento dándole al manubrio y un vendedor de helados, que ya había vendido toda la mercancía, desmontaba su puesto para marcharse a casa con los bolsillos llenos.

Matthew enfiló la carretera principal que salía de Cambridge hacia el oeste y unos tres kilómetros después, poco antes de Madingley, giró para atravesar la verja de la propiedad de Corcoran. Acababa de apearse del vehículo cuando apareció el mayordomo, solemne y puntilloso.

—Buenas tardes, capitán Reavley. Me alegra volver a verlo, señor. Lo estábamos esperando. ¿Trae algún equipaje que debemos llevar a la casa, señor?

—No, gracias —repuso Matthew con una sonrisa, antes de coger del asiento del acompañante una caja de los bombones preferidos de Orla—. Llevaré esto yo mismo.

—Muy bien, señor. Si me entrega las llaves, haré que Parley aparque el coche en lugar seguro. Tenga la bondad de seguirme, señor.

Matthew lo siguió hasta el pórtico y por la escalinata hasta la puerta principal y entró en el espacioso vestíbulo, cuyo suelo de baldosas blancas y negras semejava un gran damero de ajedrez. Una armadura medieval completa montaba guardia junto al poste de arranque de la escalera de caoba; su casco reflejaba el sol que penetraba en la estancia por el ventanal del descansillo.

Matthew depositó las llaves del coche en la bandeja que le tendió el mayordomo y se volvió al oír que se abría la puerta del estudio. Allí estaba Shanley Corcoran, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa, acercándose a él con los brazos abiertos.

—Cuánto me alegra que hayas venido —dijo con entusiasmo, escrutando el semblante de Matthew—. ¿Qué tal estás? Entra y sentémonos.

Indicó la puerta del estudio y, sin aguardar respuesta, pasó delante.

La estancia presentaba el estilo exuberante típico del gusto de Corcoran; los libros y objetos eran muy originales, y también había curiosidades científicas y exquisitas obras de arte entre las que destacaba un icono ruso, todo oros y sombras, con figuras de rostros benignos y solemnes. Encima de la chimenea colgaba un dibujo de un antiguo maestro italiano que representaba a un hombre a lomos de un asno, probablemente Jesús entrando

en Jerusalén el Domingo de Ramos. Un astrolabio de plata bruñida descansaba sobre una mesa Pembroke de caoba junto a la pared, y había un ejemplar ilustrado de Chaucer encima de la que ocupaba el centro de la habitación. Mucho tiempo atrás, Corcoran le había leído pasajes de él. Era subido de tono, vital y divertido. Habían reído con ganas.

—Siéntate, siéntate —lo invitó Corcoran, señalando la butaca.

Matthew se arrellanó, sintiéndose muy a gusto en aquel lugar que tantos recuerdos buenos despertaba en él. Eran las siete y cuarto y sabía que servirían la cena a las ocho. No podía perder el tiempo con una conversación preliminar.

—Gracias. ¿Se ha enterado de la muerte de Sebastian Allard? Su familia está destrozada. Me parece que no comenzarán a recobrase hasta que averigüen qué sucedió. Sé muy bien cómo se sienten.

—Entiendo tu aflicción —dijo Corcoran, cuyo rostro se ensombreció—. Echo de menos a John. Era el hombre más bueno y honrado que he conocido. Me resulta imposible imaginar siquiera cómo te sientes. —Frunció el ceño con expresión de desconcierto—. Pero ¿qué más hay que saber acerca de su muerte? Nadie fue responsable. Tal vez había una mancha de aceite en la carretera, o algo falló en la dirección del coche. Yo no conduzco. No sé nada sobre mecánica. —Sonrió ante la ironía de la situación—. Entiendo un poco de aviones y mucho de submarinos, pero me figuro que las diferencias son considerables.

Matthew intentó responder con una sonrisa. Estar allí con Corcoran le traía recuerdos de una intensidad que lo piló desprevenido. El velo entre el pasado y el presente era demasiado fino.

—Bueno, ni los aviones ni los submarinos se estrellan al salirse de la carretera, si es eso a lo que se refiere. Pero creo que eso no fue lo que ocurrió. De hecho, estoy seguro. —Advirtió que Corcoran lo miraba con extrañeza—. Joseph y yo fuimos al lugar del accidente —explicó—. Vimos las huellas del patinazo exactamente donde el coche viró. No había aceite. —Titubeó un instante antes de jugarse el todo por el todo—. Sólo una hilera de rasguños, como la que habría dejado una sarta de abrojos de hierro sobre el asfalto.

Se produjo un silencio tan denso que Matthew oía el tictac del reloj de pared del otro extremo como si lo tuviera al lado.

—¿Qué estás diciendo, Matthew? —preguntó Corcoran por fin, con evidente preocupación.

Matthew se inclinó un poco hacia delante.

—Papá iba camino de Londres para reunirse conmigo. La noche anterior me llamó para acordar la cita. Nunca le había oído tan serio.

—Vaya. ¿De qué te habló?

Si Corcoran tenía alguna idea al respecto, su semblante no lo reveló. Matthew buscó algún indicio y se relajó un poco al no percibir temor, sospecha ni ningún otro signo de conocimiento previo.

—Dijo que había descubierto una conspiración sumamente deshonrosa, capaz de afectar el orden internacional —contestó Matthew—. Quería que le diera mi opinión.

Corcoran permaneció imperturbable.

—¿Tu opinión profesional? —preguntó con cautela, casi con un dejo de incredulidad.

—Sí.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿No es posible que entendieras mal?

—No.

Matthew no iba a entrar en detalles, pues no quería dar más pistas a Corcoran. De pronto la conversación dejó de ser fluida, como correspondería a una charla entre amigos. Un silencio expectante se adueñó del estudio.

—Sabía que algo le preocupaba —dijo Corcoran, mirando a Matthew por encima de sus dedos entrecruzados—, pero no llegó a explicarme de qué se trataba. De hecho se mostró educadamente evasivo, de modo que no insistí.

—¿No tiene idea de qué era? —Inexplicablemente, Matthew se sintió decepcionado. No sabía qué había esperado, pero sin duda era más que aquello. ¿Corcoran procuraba ser evasivo adrede o realmente no estaba al corriente de nada?—. ¿Qué le dijo... exactamente? —insistió.

Corcoran pestañeó.

—No mucho; sólo que estaba preocupado por la tensión que imperaba en los Balcanes, lo cual nos ocurre a todos, aunque al parecer para él la situación era más delicada que para mí. —Corcoran se puso aún más serio—. Parece ser que llevaba razón. El asesinato del archiduque resulta muy inquietante. Los austriacos exigirán reparaciones y, por descontado, Serbia no pagará. Los rusos respaldarán a los serbios y Alemania cerrará filas con Austria. Es inevitable.

—¿Y nosotros? —preguntó Matthew—. Eso sigue quedando lejos de Gran Bretaña y no guarda ninguna relación con nuestro honor.

Corcoran meditó por un instante. El tictac del reloj medía el silencio de la habitación.

—Las alianzas forman una red por toda Europa dijo por fin—. Tenemos constancia de algunas, pero tal vez no de todas. Los miedos y las promesas podrían llevarnos a la perdición.

—¿Cree que mi padre pudo enterarse del asesinato antes de que se produjera?

Se trataba de una idea disparatada, sin duda fruto de la desesperación de Matthew.

Corcoran se encogió muy levemente de hombros, aunque no había incredulidad ni burla en su rostro.

—¡No me figuro cómo! —contestó—. Si tenía algún contacto en esa parte del mundo, jamás me lo mencionó. Conocía a fondo Alemania y Francia, y Bélgica también, me parece.

Tenía una parienta casada con un belga, creo, una prima a quien apreciaba mucho.

—Sí, la tía Abigail —corroboró Matthew—. Pero ¿qué relación existe entre Bélgica y Serbia?

—Ninguna, que yo sepa —respondió Corcoran—. Aunque lo que más me desconcierta es que quisiera implicarte a ti profesionalmente. —Lo miró contrito—. Perdóname, Matthew, pero sabes tan bien como yo que aborrecía los Servicios Secretos.

—¡Sí, desde luego! —convino Matthew con acritud—. Quiso que Joseph estudiara Medicina y, cuando éste no lo hizo, quiso que lo hiciera yo. En realidad, nunca dijo por qué... —Se interrumpió al percibir sorpresa y pena en el rostro de Corcoran, que pestañeaba como conteniendo las lágrimas.

—¿No te lo dijo? —preguntó.

Matthew negó con la cabeza. Aún le dolía demasiado explorar aquel rincón de su fuero interno. Siempre había creído que un día se le presentaría la oportunidad de demostrar a su padre el valor de lo que hacía. Discretamente, también salvaba vidas, preservaba la paz necesaria para que las personas pudieran dedicarse sin temor a sus quehaceres cotidianos. Era una de esas profesiones que si se practican con la debida habilidad pasan inadvertidas. Sólo los fracasos resultan visibles. Sin embargo, la muerte de John había hecho que tal demostración fuera imposible, y no sabía cómo enfrentarse a ese dolor no resuelto.

Le molestó que Corcoran lo sacara a colación precisamente en ese momento. Si le hubiese caído peor, de no existir los lazos de mutuo afecto que tanto valoraba se habría negado a permitirlo. No le habría costado nada batirse en retirada, cerrar todas las puertas a la emoción y adoptar una actitud educada pero distante, conversando de trivialidades hasta la hora de regresar a su casa. No obstante, perder el cariño de Corearan, su risa y sus recuerdos comunes, sería como vivir otra muerte en miniatura.

—Fue hace mucho tiempo —comenzó Corcoran, meditabundo—. Cuando éramos jóvenes. Puede que incluso tuviera algo que ver conmigo, no lo sé. Fue durante nuestro primer curso en Cambridge...

—¡No sabía que hubiesen estado en el mismo curso! —lo interrumpió Matthew.

Corearan se ruborizó levemente.

—Yo era un año mayor que él. Estaba allí a expensas de mi padre, y él con una beca. Comenzó estudios de Medicina, ¿sabes? —Aun cuando Matthew no se mostraba asombrado, el rostro de Corcoran dejaba claro que éste sabía que Matthew no estaba al corriente—. Yo estudiaba Física; solíamos pasar horas hablando y soñando con lo que haríamos una vez que obtuviéramos nuestra licenciatura.

Matthew aguardaba, tratando de visualizar a aquellos dos muchachos con la mente puesta en el futuro, llenos de esperanzas y ambiciones. ¿Había sido feliz con sus logros John Reavley? Dolía como un desgarró en la boca del estómago pensar en la posibilidad de que no lo hubiese sido, de que hubiera muerto decepcionado.

—No —dijo Corearan con ternura, escrutando el rostro de Matthew—. Cambió de parecer porque decidió meterse en política. Pensaba que lograría más cosas en ese terreno, de modo que se pasó a clásicas. De ahí es de donde ha salido la mayoría de nuestros líderes, los hombres que aprendieron la disciplina de la mente y la historia del pensamiento y la civilización occidentales. — Soltó un buen suspiro—. Pero a veces se arrepentía. Encontraba que la política era un amo duro y a veces tosco al que servir. En última instancia prefería el individuo a la masa, y pensaba que te haría más feliz y te daría mucha más seguridad.

—Pero usted siguió con la Física... —dijo Matthew.

Corcoran torció el gesto con una sonrisa socarrona aunque evasiva.

—Yo era ambicioso de un modo distinto.

—Mi padre pensaba que éramos solapados, esencialmente traidores. Que utilizábamos deliberadamente a las personas y que no conocíamos la lealtad. No soportaba a la gente artera. Era incapaz de actuar con doblez, de jugar con la vanidad de la gente o de servirse de sus debilidades. Creo que ni siquiera habría sabido cómo hacerlo. Y pensaba que no era lo que nosotros hacíamos.

—¿Y no es así? —preguntó con una especie de irónico pesar. Matthew suspiró, se retrepó de nuevo en la butaca y cruzó las piernas.

—En ocasiones. La mayor parte de las veces nos dedicamos a recabar toda la información que podemos y a juntarla para obtener una visión de conjunto. Ojalá hubiese tenido oportunidad de mostrárselo...

—Matthew —dijo Corcoran con seriedad—. Si iba a acudir a ti en busca de consejo profesional, fuera lo que fuese lo que había descubierto tenía que considerar que se trataba de algo realmente grave y que sólo podía recurrir en busca de ayuda a un miembro de los Servicios Secretos.

—¿Y tiene usted idea de qué era? ¿Qué le contó? ¿Nada? Nombres, lugares, fechas, personas afectadas... ¿Nada de nada? —El tono de Matthew era de súplica—. No sé por dónde empezar y no me fío de nadie, pues me dijo que había personas muy importantes implicadas.

Incluso ante Corcoran se abstuvo de decir que su padre había mencionado a la familia real. Ahora bien, si uno tenía en cuenta lo numerosa que había sido la familia de la reina Victoria, lo cierto era que la red se extendía considerablemente.

Corcoran asintió con la cabeza.

—Por supuesto —convino—. Si hubiese podido confiar en los servicios ordinarios, lo habría hecho.

Llamaron a la puerta y Orla Corearan entró en el estudio. Llevaba un vestido de seda verde azulada con encaje veneciano en los hombros. Poseía la elegancia natural de las prendas muy sencillas que han requerido un diseño virtuoso para caer con tanta perfección

y que sin embargo no parecen nada elaboradas. Siguiendo la moda del momento, la cintura era alta y holgada, y el drapeado llegaba casi hasta los tobillos antes de recogerse en la parte trasera, mostrando sólo un trocito de la falda lisa de debajo. Iba decorado con dos rosas carmesíes, una debajo del pecho y otra en la falda. El pelo moreno peinado con rizos sueltos y unas mechas grises en las sienes realizaban el efecto del conjunto.

—Matthew, querido —saludó Orla con una sonrisa—. Me alegro de verte. —Lo miró con mayor detenimiento—. Aunque pareces un poco cansado. ¿Te hacen trabajar demasiado con todo este desdichado asunto de Europa oriental? Los austriacos no parecen manejar muy bien sus asuntos. Espero que no nos arrastren a todos a su desorden.

—Estoy bien de salud, gracias —dijo Matthew, tomando su mano y besándosela—. Por desgracia no me han encargado nada tan interesante como eso. Más bien diría que me pasan los asuntos domésticos de otros a quienes envían a lugares exóticos.

—Vaya, ¡no me digas que te gustaría ir a Serbia! —exclamó Orla al instante—. Tardarías siglos en llegar hasta allí, y luego no entenderías ni una palabra de lo que te dijeran. —Se volvió hacia Corcoran—. Están a punto de servir la cena. Pasemos al comedor y hablemos de cosas más agradables durante un rato. ¿Has ido al teatro últimamente, Matthew? La semana pasada vimos la nueva obra de lady Randolph Churchill en el Prince of Wales. —Abrió la marcha a través del vestíbulo, pasando junto a una sirvienta vestida de negro con un delantal blanco recién planchado, sin dar muestra alguna de verla—. Me pareció bastante desigual —prosiguió—. Mucho dramatismo, pero con momentos bastante flojos.

—Estás repitiendo exactamente lo que dijeron los críticos —señaló Corcoran divertido.

—¡Pues será que por una vez tenían razón! —replicó Orla, entrando en el espléndido comedor decorado en tonos rosas y dorados.

La mesa de caoba era grande, de estilo clásico y sencillo. Las sillas, también de caoba, tenían altos respaldos tapizados que reproducían las curvas de las ventanas. Las cortinas estaban corridas, ocultando la vista del jardín y la campiña.

Tomaron asiento y les sirvieron el primer plato. Puesto que era pleno verano y se trataba de una comida más familiar que formal, la colación fría resultó más que aceptable. El segundo plato consistió en trucha a la parrilla acompañada de verduras, regada con un vino blanco alemán, seco y muy delicado.

Matthew transmitió los cumplidos de rigor a la cocinera, aunque esta vez fueron del todo sinceros.

La conversación abordó distintos temas: las últimas novelas publicadas, relatos de viajes por el norte de África, cotilleos sobre familias de Cambridgeshire, la probabilidad de un invierno frío después de un verano tan caluroso, cualquier cosa salvo Irlanda o Europa. Finalmente mencionaron Turquía, aunque sólo como posible ubicación de las ruinas de la que antaño fuera la gran ciudad de Troya.



—¿No es allí adonde fue Ivor Chetwin? —preguntó Orla, volviéndose hacia Corcoran.

Corcoran lanzó una mirada a Matthew y luego a su mujer.

—No lo sé —contestó.

—Oh, por el amor de Dios! —rezongó Orla con impaciencia, pinchando un pedazo de nectarina con el tenedor—. Matthew sabe de sobra que John riñó con Ivor. No tienes por qué dar un rodeo de puntillas como si fuese un agujero en el que temieses caer. —Se volvió hacia Matthew, con el tenedor aún en la mano—. Ivor y tu padre fueron muy buenos amigos hasta hace nueve o diez años. Ambos conocieron a un hombre que se llamaba Galliford, Galliard o algo por el estilo. Andaba metido en algo serio y un tanto turbio, aunque no sé en qué. Eso nunca te lo dicen. —Comió deprisa el trozo de nectarina—. El caso es que Ivor informó a las autoridades y el hombre fue arrestado.

Corcoran fue a interrumpirla, pero cambió de parecer. El daño estaba hecho.

—Lo cierto es que John nunca se lo perdonó —prosiguió Orla—. Ignoro el motivo, pues al fin y al cabo Galliford, o como quiera que se llamara, era culpable. Eso le valió a Ivor la oportunidad de ingresar en una sección u otra de los Servicios Secretos, y la aprovechó. Después de ese incidente, él y John nunca volvieron a hablar de veras, salvo para cumplir con los mínimos que exige la buena educación. Fue una verdadera lástima, ya que Ivor era un hombre encantador y hasta entonces lo habían pasado la mar de bien juntos.

—No se debió a denunciar a Gallard —dijo Corcoran en voz baja—. Lo que John no pudo perdonarle fue el modo en que lo hizo. John era un hombre muy franco, casi inocente, podría decirse. Esperaba un cierto nivel de sinceridad por parte del prójimo. No soportaba la astucia, y los Servicios Secretos dependen de ella. —Dirigió la mirada a Matthew—. Supongo que así tiene que ser. Es el arma que nuestros enemigos utilizan contra nosotros.

—Eso no podía venirle de nuevo —protestó Orla—. No tenía un pelo de tonto, Shanley. Comprendía la realidad.

—Pero no le gustaba ese elemento de ella. —Había un dejo de advertencia en la voz de Corcoran—. No quería ser parte de eso.

—No se moleste en ser cuidadoso por mí —dijo Matthew con cierta brusquedad—. Tampoco quería que yo lo fuera, aunque nunca me habló de Ivor Chetwin. ¿Estuvo en Turquía?

—¿Claro que estuvo! —respondió Orla—. Pero, regresó.

—¿Es posible que mi padre volviera a verlo recientemente? —preguntó Matthew—. ¿Pongamos durante la última semana antes de su muerte?

Orla se mostró sorprendida.

Corcoran lo entendió de inmediato.

—No lo sé —admitió—. Podría ser.

Orla intervino sin tanta vacilación.

—Claro que podría ser —dijo con una sonrisa—. Me consta que Ivor está aquí porque vive en Haslingfield, y lo vi hace sólo dos semanas. Seguro que si tu padre lo visitó estará encantado de hablar contigo.

Corcoran miró a su esposa y luego a Matthew con expresión dubitativa.

Matthew no podía permitirse dar demasiada importancia a una antigua desavenencia. Cabía la posibilidad de que Ivor Chetwin fuese el hombre que estaba detrás de la conspiración que John Reavley había descubierto. De pronto revestía la mayor importancia saber si se habían reunido, aunque tendría que actuar con suma prudencia. Quienquiera que fuese no dudaba en matar. Una vez más lo invadió una rabia incontenible al pensar que su padre había sido tan ingenuo como para confiar en terceros, adjudicándoles una rectitud que a todas luces no poseían.

—Matthew... —comenzó Corcoran, con expresión seria y afectuosa.

—¡Sí! —dijo Matthew al instante—. Tendré mucho cuidado. Mi padre y yo éramos bastante diferentes. Yo no me fío de nadie.

Deseaba explicarles lo que se proponía hacer. Sin embargo, aún no lo tenía muy claro y necesitaba ser libre para cambiar de parecer sobre la marcha. Pero, por encima de todo, no deseaba tener a un amigo de su padre cubriéndole la espalda para ser testigo de sus flaquezas o de su dolor si lo que descubría era triste o confidencial, haciéndolo vulnerable.

—No es eso lo que te iba a decir —lo censuró Corcoran con un amago de sonrisa—. Ivor Chetwin era un hombre decente cuando lo conocí, pero dudo que tu padre le confiara algo antes de contártelo a ti. ¿Has tomado en consideración que el asunto que tanto le preocupaba podría ser un simple politiquero que considerara deshonesto en vez de lo que para ti y para mí sería una auténtica conspiración? John era un poco... idealista.

—¿Conspiración? —Orla miró alternativamente a Matthew y a su marido.

—Probablemente no sea nada —aclaró Corcoran esbozando una sonrisa—. Me imagino que lo habría descubierto si hubiese tenido ocasión.

Matthew quería discutir, pero no disponía de elementos para hacerlo. No podía defender a su padre, pues lo único con que contaba eran frases recordadas que había repetido tantas veces que ya sólo se oía a sí mismo cuando volvía a pronunciarlas. No había nada tangible excepto la muerte, la espantosa ausencia de unos seres queridos, el sobresalto de las habitaciones vacías, las llamadas telefónicas que nadie contestaba desde el estudio.

—Por supuesto —dijo sin estar de acuerdo, evitando la mirada de Corcoran y siguiéndole la corriente para no inquietar a Orla—. Ojalá no tuviera que regresar tan pronto a Londres. Se respira una paz muy grata aquí.

—¿Te apetece una copa de oporto? —propuso Corcoran—. Tengo un auténtico añejo.

Matthew titubeó.

—¡Vamos, es una cosecha excelente! —aseguró Corcoran—. Sin corcho ni posos, lo prometo.

Matthew cedió.

Avisaron al mayordomo y lo mandaron a buscar una de las mejores botellas.

Regresó con ella envuelta en una servilleta.

—¡Estupenda! —exclamó Corcoran con entusiasmo—. ¡Ésta la abriré yo mismo! Me aseguraré que sea perfecta. Gracias, Truscott.

—Sí, señor —dijo el mayordomo, entregándosela con resignación.

—Realmente, Shanley... —protestó Orla, aun sabiendo que no serviría de nada—. Lo lamento —añadió dirigiéndose a Matthew con afectada tribulación—. Está muy orgulloso de sus vinos.

Matthew sonrió. Saltaba a la vista que se trataba de un ritual importante para Corcoran, y lo pasó bien observando cómo éste los conducía a la cocina, calentaba las tenacillas en la lumbre y luego agarraba la botella con ellas por el cuello. Truscott le alcanzó una pluma de ganso y un plato con hielo. Corcoran pasó la pluma por el hielo y luego, con cuidado, por el cuello de la botella.

—¡Ya está! —exclamó triunfante cuando el cristal se partió en un círculo perfecto, cortando limpiamente la parte del corcho—. ¿Has visto?

—¡Bravo! —Matthew rió.

Corcoran sonreía de oreja a oreja, con el rostro iluminado por el éxito de la operación.

—¡Aquí tiene, Truscott! Ahora puede decantarlo y llevárnoslo al comedor. La señora Corcoran tomará un madeira. Vamos...

Regresaron a la sala rosa y dorada.

A última hora de la tarde del domingo Matthew fue a Haslingfield a visitar a Ivor Chetwin. Le había costado decidir qué decirle. Que fuese realmente cierto o no era lo de menos; lo único importante era que resultase verosímil. Ello suponía tomarse ciertas libertades con las intenciones de su padre, pero lo haría por una causa que sin duda hubiese contado con la aprobación de éste.

Chetwin no vivía con tanta magnificencia como los Corcoran, aunque su casa también era muy acogedora. Se trataba de una casa solariega de estilo georgiano que quedaba a un par de kilómetros de Haslingfield, y el largo camino que la unía con la carretera trazaba una elegante curva en torno a un bosquecillo de abedules cuyas hojas titilaban delicadamente mecidas por una brisa amable y cuyos troncos el viento preponderante en la región había inclinado con una armonía inenarrable.

Una sirvienta recibió a Matthew, si bien el propio Chetwin se presentó casi de inmediato con un entusiasmado cachorro de spaniel pisándole los talones.

—Te hubiese reconocido —dijo Chetwin sin titubeos, tendiendo la mano a Matthew.

Su voz, inusualmente grave, aún conservaba reminiscencias del acento propio de su Gales natal—. Te pareces a tu padre... en la mirada.

La lealtad se afianzó todavía más en el fuero interno de Matthew, acosado por el recuerdo.

—Gracias por avenirse a recibirme aunque le avisara con tan poca antelación, señor —respondió—. Sólo estoy aquí el fin de semana. Paso la mayor parte del tiempo en Londres.

—Me temo que estamos en las mismas; por el momento, sólo vengo un fin de semana de vez en cuando —convino Chetwin. Se volvió y, seguido por el cachorro, condujo a Matthew a una sala de estar muy informal que daba a un originalísimo jardín con el suelo cubierto de losas y grava, en buena parte a la sombra de los árboles. Los arbustos y matas de los lados estaban en flor y entre las losas crecían macizos de plantas cuyas hojas eran de un exquisito gris plateado. Lo más extraordinario era que todas las flores eran blancas.

Chetwin advirtió que Matthew reparaba en ello.

—Mi jardín blanco —explicó—. Lo encuentro muy apacible. Siéntate, por favor. Oh, puedes apartar el gato sin miramientos. —Señaló un gato negro que se había instalado en la segunda butaca y que parecía poco dispuesto a cambiar de sitio.

Matthew acarició el gato con delicadeza y notó más que oyó su ronroneo. Lo levantó y, una vez hubo tomado asiento, se lo puso en el regazo. El animal acabó de acomodarse y volvió a dormirse.

—Mi padre tenía intención de venir a verlo —dijo con la misma certeza que si fuese verdad—. No tuve ocasión de preguntarle si llegó a hacerlo.

Se había planteado añadir que John Reavley lamentaba haber perdido su amistad, pero cabía la posibilidad de que hubiese visitado a Chetwin, con lo cual la mentira saldría a relucir.

Observó el rostro de Chetwin. Tenía ojos oscuros, una mandíbula redonda y poderosa, y el cabello moreno un poco canoso y con entradas. Su expresión no le dijo nada. Era la clase de rostro que podía transmitir exactamente lo que su propietario desease. No había nada ingenuo ni obviamente engañoso en Ivor Chetwin. Rebosaba imaginación y sutileza. Matthew sólo llevaba allí unos pocos minutos y, sin embargo, ya se había hecho una idea de la fuerza interior de Chetwin.

—Lamento que no lo hiciera —contestó Chetwin en tono de tristeza. Si estaba actuando, era un actor espléndido. Ahora bien, Matthew había conocido hombres que traicionaban a sus amigos, incluso a sus familias, y a los que por más profundamente que lamentaran lo que veían como una necesidad, nada detenía en su propósito.

—¿No se puso en contacto con usted? —insistió Matthew. No tenía por qué estar decepcionado, pero aun así lo estaba. Había contado con que Chetwin le proporcionara una idea, un hilo, por fino que fuese, que le condujera a alguna parte. De pronto caía en la cuenta de lo poco razonable que era tal esperanza. John Reavley habría acudido a Matthew antes de confiar en otra persona, incluido el mucho más experimentado Chetwin.

¿O acaso conocía a Chetwin demasiado bien para confiar en él? ¿Se trataba de una vieja decepción no perdonada o del temor a una nueva traición? ¿O quizá se había encontrado con Chetwin en cualquier otro lugar y éste estaba mintiendo?

—Ojalá lo hubiese hecho. —El rostro de Chetwin seguía presentando la misma tristeza—. Hubiese ido a visitarle pero no estaba seguro de que quisiera verme. —Los ojos se le ensombrecieron—. Ése es uno de los mayores pesares de la muerte: las cosas que pensaste hacer y fuiste posponiendo hasta que ya es demasiado tarde para hacerlas.

—Sí, sé a qué se refiere —convino Matthew con más emoción de la que se había propuesto manifestar. Se sintió como si estuviera poniendo un arma encima de la mesa con el filo apuntando hacia él y el puño al alcance de un enemigo en potencia. No obstante, de haberse mostrado menos vulnerable, Chetwin lo habría notado y habría sabido que estaba protegiéndose.

—Todos los días se me ocurre algo que me habría gustado decirle. Me figuro que éste es el verdadero motivo de mi visita. Usted lo conoció en una época en la que yo era tan joven que sólo acertaba a verlo como a mi padre, no como a una persona que tenía una vida más allá de St. Giles.

—Es la ceguera propia de la juventud —dijo Chetwin quitándole importancia—. Aunque me parece que lo que habrías oído de tu padre te hubiese complacido. —Sonrió—. A veces se mostraba testarudo; poseía una arrogancia intelectual de la que ni siquiera era consciente. Era fruto de una inteligencia natural y, sin embargo, poseía una paciencia infinita con quienes consideraba verdaderamente limitados. A quienes no toleraba era a los perezosos y a los deshonestos. Y tampoco, ami entender, a los cobardes incapaces de enfrentarse a una verdad desagradable. —Levantó la vista hacia el techo, sumergiéndose en el recuerdo—. Era un buen hombre, cortés por naturaleza. Trataba a los ancianos, los pobres y los incultos con dignidad. Para él, no había peor pecado que la falta de amabilidad. —Seguía con la mirada perdida en algún rincón de su memoria. Volvía a visitar el pasado anterior a la riña que había puesto fin a su relación.

Matthew decidió correr el riesgo de intentar sonsacarle.

—Lo recuerdo completamente desprovisto de astucia —dijo—. ¿Estaba en lo cierto, o era sólo lo que me gustaba pensar?

Chetwin soltó una carcajada seca, como burlándose de sí mismo.

—¡Vaya si era cierto! Era incapaz de decir una mentira para encubrirse, y tampoco era de los que cambian su forma de ser para complacer o engañar a nadie, ni siquiera para lograr sus propios fines. —Volvió a ensombrecérsele el rostro, aunque la mirada de sus ojos negros era indescifrable. Si sentía pena, la ocultaba muy bien—. A menudo pienso que eso constituía al mismo tiempo su mayor defecto y su mayor virtud. Era uno de los hombres más inteligentes que he conocido, y probablemente el de mejor corazón, pero ello le impedía ser un político efectivo, salvo cuando obtenía un consenso porque la idea que defendía era tan buena que nadie podía justificar votar en su contra. La artería no iba con él, y ésa es el arma más poderosa de todo político.

Matthew titubeó, preguntándose si debía admitir que pertenecía a los Servicios de Inteligencia, sabiendo que Chetwin también. Quizá se tratara de un atajo para ganarse su confianza. Ahorraría tiempo y se acercaría más a la verdad. ¿O sería preferible guardar la poca munición con que contaba? ¿Dónde residían las lealtades de Chetwin? No costaba simpatizar con él, y los vínculos del pasado eran fuertes. Ahora bien, ¡quizá fuese eso precisamente lo que le había costado la vida a John Reavley!

—Le preocupaba mucho la situación actual en los Balcanes —dijo—. Aunque murió el día del magnicidio y, por lo tanto, no llegó a enterarse.

—Sí —convino Chetwin, adoptando una actitud seria—. Siempre mostró un interés considerable por los asuntos de Alemania y tenía muchos amigos alemanes. Cuando era más joven, iba de vez en cuando a escalar al Tirol austriaco. Le encantaba Viena, su música y su cultura, y leía en alemán, por supuesto.

—¿Habló con usted al respecto?

—Por supuesto. En aquellos tiempos teníamos muchos amigos en común.

Había tristeza en su voz, y también una delicadeza que parecía enteramente humana y vulnerable. Ahora bien, si era listo, ¡no iba a actuar de otro modo!

—¿Sabe si seguía en contacto con ellos? —preguntó. Iba a seguir la pista de aquel fino hilo de verdad delante de Chetwin para ver si se daba por aludido o incluso si caía en la cuenta.

Matthew no percibió ningún indicio de cautela en el inteligente rostro de Chetwin.

—Me figuro que sí. Era un hombre que cultivaba sus amistades... —Hizo una mueca—. Salvo en mi caso, por supuesto. Pero eso fue porque no aprobó el giro que dio mi vida profesional. A su juicio era inmoral, engañoso, si lo prefieres.

Matthew respiró hondo. Estaba pisando terreno resbaladizo.

—Los Servicios de Inteligencia..., sí, lo sé. —Vio que Chetwin se estremecía, pero fue un gesto tan mínimo que, de no haber estado atento, le habría pasado por alto—. Me parece que fue por usted por lo que se decepcionó tanto cuando yo ingresé —prosiguió, y esta vez la sorpresa de su interlocutor fue genuina. Ahora bien, si éste estaba detrás de la muerte de John Reavley, podría haber investigado a Matthew cuando hubiese querido. Dentro del Servicio no le habría costado nada averiguarlo—. ¿No lo sabía? —agregó.

Chetwin soltó el aire muy despacio.

—No..., no lo sabía. —Un destello cruzó su mirada. No obstante, nadie habría sabido descifrar su expresión.

Matthew se encontraba en presencia de un experto en astucia y lo sabía. Aunque él también podía jugar a aquel juego.

—Pues así es. Él no lo aprobó, por supuesto —dijo, compungido—, pero sabía que somos de utilidad. A veces no hay nadie más a quien recurrir.

Esta vez Chetwin titubeó.

Matthew sonrió.

—Pues entonces cambió —dijo Chetwin despacio—. Solía pensar que siempre había una vía mejor, pero supongo que eso también lo sabes...

—Digamos que sí —contestó Matthew sin comprometerse demasiado. Se afanaba en dar con otros cabos de los que tirar. No podía irse de casa de Chetwin, probablemente la mejor fuente de información secreta sobre su padre, sin explorar todas las posibilidades.

»A decir verdad, creo que en efecto cambió —añadió de pronto—. Hace bastante tiempo me dijo algo que me llevó a pensar que había comenzado a apreciar el valor de la información discreta.

Chetwin enarcó las cejas.

—¿De veras? —preguntó sin ocultar su interés.

Matthew titubeó, pues tenía claro el peligro que entrañaba revelarle demasiado a Chetwin.

—Sólo el valor de la información —dijo sin darle importancia, sonriendo y apoyándose en el respaldo del sillón—. No llegué a enterarme del resto. Se me ocurrió que quizá fuese importante. ¿A quién cree que habría acudido?

—¿Información acerca de qué? —preguntó Chetwin. Matthew fue muy precavido.

—No estoy seguro. Tal vez sobre la situación en Alemania.

Probablemente, aquello quedaba lo bastante lejos de los problemas tanto de Irlanda como de los Balcanes para permanecer a salvo.

Chetwin reflexionó por un instante, apretando los labios meditabundo.

—Siempre es mejor acudir al hombre que está en lo más alto dijo por fin—. Si era importante, tarde o temprano llegaría a oídos de Dermot Sandwell.

—¡Sandwell! —Matthew se sorprendió. Dermot Sandwell era un ministro muy respetado en el Foreign Office. Se trataba de un destacado lingüista, gran viajero, un clasicista erudito—. Sí, supongo que sí. Gracias.

Se quedó un rato más. La conversación pasó de un tema a otro: política, recuerdos, chismorreos sobre familias de Cambridgeshire. Chetwin se expresaba de una forma muy vívida y personal al describir a la gente, haciendo gala de un agudo ingenio. Matthew vio claramente por qué le había gustado tanto a su padre.

Media hora después se levantó para irse, todavía inseguro sobre si John Reavley le había confiado algo acerca del documento a Chetwin o no, y, caso que sí, si el hacerlo había sido el catalizador de su propia muerte.

Matthew condujo de regreso a Londres bajo un cielo tormentoso, deseando que la tempestad se desatara y convirtiese el aire gris y asfíxico en un chaparrón que limpiara la

atmósfera.

A eso de las seis y media, encontrándose ya a unos treinta kilómetros al sur de Cambridge, los truenos retumbaban amenazadores por el borde occidental de las nubes mientras el coche se deslizaba entre tupidos setos vivos. Diez minutos después un relámpago se clavó en el suelo y una lluvia torrencial cayó a cántaros, rebotando en la negra carretera, hasta que se sintió como si se estuviera ahogando debajo de una cascada. Aminoró la marcha, casi cegado por el agua.

Cuando la tormenta pasó, la reluciente superficie de asfalto emanaba vapor y todo olía igual que un baño turco.

El lunes por la mañana los periódicos referían al público que el rey había pasado revista a doscientos sesenta buques de la Royal Navy en la base de Spithead y que las reservas navales habían sido llamadas a filas obedeciendo órdenes del lord del Almirantazgo, Winston Churchill, y del comandante en jefe de la Armada, el príncipe Louis de Battenberg. No mencionaron, en cambio, el ultimátum de Austria a Serbia con las reparaciones exigidas por la muerte del archiduque.

Shearing estaba sentado a su escritorio, muy serio, con la mirada perdida en el vacío.

Matthew permanecía de pie, pues no le habían dado permiso para sentarse.

—No significa nada —dijo Shearing con expresión sombría—. Me han informado de que ayer se celebró una reunión secreta en Viena. No me sorprendería que apretaran las clavijas al máximo. Austria no puede dar la impresión de volverse atrás. Si lo hiciera, todos en sus territorios pensarían que pueden asesinar a cualquier dignatario impunemente. Ésta es la verdadera ignominia, maldita sea. —Masculló algo y Matthew no pidió que lo repitiera—. ¡Siéntese! —exclamó con impaciencia—. No se quede ahí vacilando como si fuera a marcharse. ¡No va a ir a ninguna parte! Tenemos que revisar todos estos informes. —Señaló el montón de papeles que había encima del escritorio.

El despacho de Shearing era confortable pero no había en él ninguna foto de familia, nada que indicara dónde había nacido o crecido. Hasta su funcionalidad resultaba anónima, inteligente más que personal. El plato y el cuenco árabes de latón eran bellos pero carecían de significado. Matthew le había preguntado por ellos en una ocasión. De modo parecido, la acuarela de una tormenta soplando en los South Downs y otra de los muelles de Londres bajo una mortecina luz invernal, con los palos negros de un clíper recortados contra el cielo, tampoco aportaban ningún indicio sobre la identidad de su dueño.

La conversación derivó hacia Irlanda y la situación en el Curragh, que seguía siendo motivo de inquietud, pues distaba mucho de estar resuelta.

Shearing protestó en voz baja y con imaginación, más para sí mismo que para que Matthew lo oyera.

—¿Cómo hemos podido ser tan condenadamente estúpidos como para meternos en este lío! —exclamó, apretando la mandíbula hasta que se le marcaron los músculos del cuello—. Los protestantes nunca iban a permitir que el sur católico los absorbiera. Estaba



claro que recurrirían a la violencia y que nuestros hombres no abrirían fuego contra ellos. Cualquier maldito idiota sabe que no dispararán contra los suyos: ¡por eso se produjo el motín! —Su rostro moreno estaba rojo de ira—. ¡Y un motín no puede quedar impune, de modo que nos hemos metido en un buen problema! ¿Cuánta estupidez se precisa para no prevenir algo así? ¡Es como que la nieve te pille desprevenido en pleno enero!

—Tenía entendido que el Gobierno iba a consultarlo con el rey dijo Matthew.

Shearing levantó la vista hacia él.

—¡Y lo está haciendo! ¡Vaya que sí! ¿Y qué pasa si el rey toma partido por los unionistas del Ulster? ¿Alguien se ha tomado la molestia de pensarlo?

Matthew se sintió consternado. Había estado tan absorto en el asesinato de su padre y el asunto del documento y su posible contenido que no había tomado en consideración semejante idea. Ahora lo hacía y le parecía espantosa.

—¡No puede! ¿O sí? —inquirió.

La expresión de ira de Shearing fue tan terrible que llenó la habitación.

—¡Claro que puede! —espetó, fulminando a Matthew con la mirada.

—¿Cuándo llegarán a una decisión y nos informarán?

—Hoy... ¡Mañana! ¿Quién sabe? Entonces veremos cuál es el verdadero problema. —Advirtió la pregunta que encerraba la mirada de Matthew—. Sí, Reavley —añadió con una serenidad crispante—. El asesinato de Serbia es un mal asunto, pero, créame, no sería nada comparado con uno que se cometiera en suelo patrio.

—¡Un asesinato! —exclamó Matthew.

Shearing enarcó las cejas.

—¿Por qué no? —dijo Shearing—. ¿Dónde está la diferencia? Serbia se halla sometida al Imperio austro—húngaro y algunos de sus ciudadanos piensan que el asesinato de un duque real allana el camino hacia la libertad y la independencia. Irlanda forma parte del Imperio británico. ¿Por qué no iban a suponer algunos de sus súbditos que el asesinato de un rey les proporcionaría la libertad que desean?

—La Irlanda del Norte protestante quiere seguir formando parte del Imperio británico —replicó Matthew, a quien le costaba mantener la voz calmada—. ¡Eso es lo que significa el término «unionista»! ¡No quieren que se los trague la Irlanda católica romana!

Sin embargo, mientras decía eso, sabía que sus palabras eran huecas.

—Muy racional —señaló Shearing en tono sarcástico—. Seguro que si lo dice un poco más alto todos los locos con los sesos sorbidos por la gloria depondrán las armas y regresarán a sus casas. —Sacó un fajo de papeles del cajón del escritorio y se lo alcanzó—. Vaya a echar un vistazo a esto, a ver qué conclusiones saca.

Matthew cogió los papeles.

—Sí, señor —dijo, y volvió a su despacho con los dedos entumecidos y la cabeza llena de ideas.

Intentó trabajar con los documentos toda la jornada. Consistían en las habituales notas sobre informaciones de inteligencia interceptadas, informes referidos a los movimientos de hombres de quienes se conocían o sospechaban sus simpatías para con los independentistas irlandeses. Seguía buscando cualquier indicio de amenaza para Blunden y su nombramiento como ministro de la Guerra, con el evidente efecto que esto tendría sobre las futuras acciones militares en Irlanda, cuya necesidad parecía casi segura.

Si el cargo lo ocupaba Wynyard, con sus opiniones enérgicas y un juicio más voluble, la escalada de violencia no sólo se aceleraría sino que la empeoraría, hasta el punto de que el conflicto quizá se extendiera a la propia Inglaterra.

Le costó trabajo mantenerse concentrado en el tema, pues resultaba muy nebuloso para captar una visión de conjunto, habida cuenta de lo remotas que eran las conexiones.

Sólo una aparecía repetidas veces, la de Patrick Hannassey. Nacido en Dublín en 1861, era el segundo hijo de un médico y gran patriota irlandés. Su hermano mayor se había hecho abogado y había muerto joven en un naufragio frente a las costas del condado de Waterford. Patrick también había estudiado Derecho durante un tiempo, se había casado y había tenido una hija. Entonces la tragedia había asestado un nuevo golpe a la familia. Su esposa había fallecido durante una vana y violenta refriega entre católicos y protestantes, y Patrick, llevado por la aflicción, había abandonado el lento funcionamiento de la ley en favor de la más inmediata rapidez de la política, e incluso de la guerra civil.

Convendría sobremanera a sus declaradas aspiraciones acceder al cargo de ministro de la Guerra, donde podría verse hostigado, desafiado y zaherido lo bastante para decidir entrar en acción, lo cual parecería justificar una represalia armada y el inicio de una guerra abierta. Preconizaba el alzamiento, pero lo hacía de manera sutil, y era un hombre difícil de aprehender; escurridizo, inteligente, nunca demasiado ambicioso por culpa de la arrogancia, incapaz de traicionar a quienes confiaban en él, no buscaba el poder personal y mucho menos le importaba el dinero.

Poco antes de las seis Matthew regresó al despacho de Shearing, pues sabía que aún encontraría a éste allí.

—¿Sí? —Shearing levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos y la tez descolorida.

—Patrick Hannassey —respondió Matthew sin más preámbulos dejando los papeles encima del escritorio—. Quisiera su permiso para darle caza. Representa la amenaza más seria para Blunden, ya que, sinceramente, es bastante más listo. Blunden no reacciona por instinto, pero Hannassey es capaz de hacerle parecer un cobarde, comparado con Wynyard.

—Denegado —contestó Shearing.

—Pero si es... —comenzó Matthew.

—Lo sé —lo interrumpió Shearing—. Y no le falta razón. Pero no sabemos dónde se encuentra y sus hombres jamás lo traicionarán. Por el momento está desaparecido.

Averigüe lo que pueda sobre él, pero con discreción, si tiene tiempo. Persiga a Michael Neill, su lugarteniente, obtendrá plena cooperación en eso.

El tono de abatimiento de Shearing alarmó a Matthew, quien lo interpretó como un signo de derrota.

—¿Qué sucede? —preguntó, un tanto tenso.

—El rey ha respaldado a los unionistas —explicó Shearing, lanzándole una mirada sombría y atormentada—. Vaya a ver si logra averiguar qué anda tramando Neill, o si hay alguien dispuesto a traicionarlo. Cualquier cosa que nos sea de utilidad.

—Señor...

—¿Qué?

¿Debía mencionar el documento de John Reavley? ¿Guardaba relación con aquello y de pronto se le presentaba la ocasión de otorgarle la importancia debida? ¿Quizás hasta para evitar que el país se precipitara a la guerra civil? Por otro lado, Shearing podía ser parte de la conspiración.

—Reavley, si tiene algo que decir, ¡dígalo! —espetó Shearing—. ¡No tengo tiempo para hacer de niñera de sus sentimientos! ¡Suéltelo de una vez, hombre!

¿Qué podía decir? ¿Que su padre sabía de la existencia de una conspiración?

Shearing respiró hondo, produciendo un leve silbido entre los dientes, con evidente impaciencia.

—Es sólo que pienso que tiene razón, señor—dijo Matthew en voz alta—. Uno de mis informadores creía que realmente existía una conspiración.

—¿Y por qué diablos no me lo ha dicho antes? —inquirió Shearing lanzándole una mirada penetrante.

—Porque no tenía datos concretos —respondió Matthew con similar aspereza—. Ningún nombre, ninguna fecha, ningún lugar, nada más que una creencia.

—¿Basada en qué? —Shearing lo fulminó con la mirada, retándolo a contestar.

—No lo sé, señor. Fue asesinado antes de que pudiera contármelo. —¿Qué duro resultaba decirlo a pesar del enojo!

—¿Asesinado? —dijo Shearing en voz baja, mudando el semblante. La muerte de uno de sus hombres siempre le dolía más de lo que Matthew esperaba—. ¿Cómo? ¿Me está diciendo que lo mataron por culpa de esos datos? —Su ira explotó en un gruñido que liberó una impotencia que ya no podía seguir ocultando—. ¿Qué demonios le pasa? ¿Por qué no me lo dijo? —inquirió en tono acusador—. Si el fallecimiento de sus padres ha afectado hasta tales extremos su capacidad de raciocinio... más vale que... —Se interrumpió.

En ese preciso instante Matthew supo que Shearing había caído en la cuenta.

¿Había ido demasiado lejos? ¿Acababa de hacer justamente lo que su padre le había

advertido que no hiciera?

—¿Era su padre, Reavley? —preguntó Shearing, adoptando una expresión de pesar, incluso de compasión.

No tenía objeto mentir. Shearing lo sabría, si no en ese momento, más adelante. Perdería su confianza, se mostraría como un idiota y no ganaría nada con ello.

—Sí, señor —admitió—. Lo mataron en un supuesto accidente de coche cuando se dirigía a verme. Lo único que puedo decirle es que me habló de una conspiración que deshonraría a Inglaterra. —Era ridículo, le costaba mantener la voz firme—. Y que llegaba hasta las esferas de la familia real.

Aquello no era toda la verdad. Omitió las repercusiones a escala mundial. Se trataba tan sólo de la opinión de su padre y quizás él otorgara demasiada importancia al lugar que ocupaba Inglaterra. No mencionó las marcas en la carretera ni su convencimiento de que había sido un asesinato.

—Vaya. —Bajo la luz oblicua de las ventanas las minúsculas arrugas de la piel de Shearing resaltaban claramente. Su emoción y su fatiga quedaban al descubierto, pero sus pensamientos permanecían tan ocultos como siempre—. En ese caso, será mejor que lo investigue y averigüe cuanto pueda. —Apretó los labios. Era imposible imaginar sus pensamientos—. Me figuro que lo iba a hacer de todos modos. Hágalo como es debido.

—¿Y Neill? —preguntó Matthew—. ¿Blunden?

Los ojos de Shearing brillaron, como si le divirtiera algo que no podía decir.

—Tengo otros hombres capacitados para encargarse de eso, Reavley. Usted no es indispensable. Me será más útil haciendo un trabajo como Dios manda que dos a medias.

Matthew se guardó mucho de demostrar su gratitud. Shearing no tenía por qué saber hasta qué punto estaba en deuda con él.

—Gracias, señor. —Soltó el aire lentamente—. Informaré en cuanto tenga algo.

Se volvió sin dar pie a que Shearing agregara nada más y salió, cerrando la puerta a sus espaldas. Le invadió una curiosa sensación de libertad, y también de peligro.

Matthew comenzó de inmediato, y su primera visita fue, tal como había sugerido Chetwin, a Dermot Sandwell. Preguntó si podría recibirle con carácter de urgencia en relación con el reciente anuncio del rey brindando su apoyo a los unionistas del Ulster. Dio su nombre y rango, e hizo saber que pertenecía a los Servicios Secretos de Inteligencia. No tenía sentido ocultarlo, puesto que a Sandwell no le costaría nada averiguarlo y, además, de no hacerlo era muy probable que no le concediera audiencia.

Sólo tuvo que aguardar un cuarto de hora antes de que lo acompañaran primero a la antesala y luego a su despacho. Era una hermosa estancia con vistas a Horse guards' Parade, amueblada con una agradable y original mezcla de estilos clásico y de Oriente Medio. El escritorio de nogal estaba flanqueado por sillas del período de la reina Ana. Una mesa italiana de petra dura exhibía una colección de objetos turcos de latón. Miniaturas

persas pintadas sobre hueso decoraban una pared y encima de la chimenea había un Turner pequeño de exquisita belleza que probablemente valía tanto como lo que Matthew ganaría en diez años.

Sandwell era alto y muy delgado, pero su enjuta y nervuda elegancia sugería fortaleza. Su cabello y su piel eran claros, y sus ojos de un azul excepcionalmente vivo. Su rostro poseía una intensidad que le habría conferido un aspecto fuera de lo común aunque el resto de su persona hubiese sido normal y corriente.

Atraía de inmediato la atención de cualquiera que estuviera en su compañía.

Se aproximó a Matthew, le estrechó la mano con firmeza y dio un paso atrás.

—Encantado, Reavley. ¿Qué puedo hacer por usted?

Con un ademán indicó en qué silla debía sentarse Matthew antes de hacer lo propio en su sillón, sin apartar la vista del rostro de su visitante. Siguió llenando de vida y tensión el despacho pese a permanecer absolutamente inmóvil. Matthew observó que sobre el escritorio había un cenicero de mosaico con no menos de media docena de colillas.

—Como bien sabe, señor, Su Majestad ha manifestado su apoyo a los unionistas del Ulster — comenzó—, y nos preocupa que al hacerlo se haya puesto en una situación que entraña cierto peligro debido a los nacionalistas.

—En mi opinión, no cabe duda de que así es —convino Sandwell con sólo un atisbo de impaciencia.

—Tenemos motivos, inconsistentes pero aun así preocupantes, para creer que puede existir un complot para asesinarlo —prosiguió Matthew.

Sandwell no pestañeó, pero dentro de él algo se puso más tenso. Soltó el aire lentamente.

—¿Los tienen, de veras? Debo admitir que me sorprende, pues no tenía idea de que fueran tan... ¡temerarios! ¿Sabe quién está detrás de ese complot?

—En eso es en lo que estoy trabajando —contestó Matthew—. Hay varias posibilidades, pero lo más probable es que se trate de un hombre llamado Patrick Hannassey.

Sandwell asintió muy despacio con la cabeza.

—Un nacionalista con un largo historial de actividad —convino—. Yo mismo tuve algún trato con él, aunque de eso hace ya tiempo.

—Nadie lo ha visto desde hace más de dos meses —dijo Matthew con sequedad—, y ése es uno de los hechos que nos preocupa. Ha desaparecido sin dejar rastro. Ninguno de nuestros contactos sabe dónde se encuentra.

—¿Y qué es lo que espera de mí? —preguntó Sandwell.

—Cualquier información que obre en su poder sobre contactos anteriores de Hannassey — respondió Matthew—. Cualquier cosa acerca de él que quizá nosotros no

sepamos, conexiones en el extranjero, amigos, enemigos, flaquezas..., lo que sea. —Decidió no mencionar a Michael Neill. Nunca había que pasar información gratuita.

Sandwell reflexionó en silencio tan largamente que Matthew temió que no fuera a contestarle.

Finalmente, Sandwell habló. Lo hizo en voz muy baja, un poco ronca y sorprendentemente cargada de emoción.

—Hannassey luchó en la guerra de los Bóers..., en el bando bóer, por supuesto. —Miraba fijamente a Matthew—. Fue capturado por los británicos y retenido en un campo de concentración durante un tiempo. No sé cuánto, pero un mínimo de varios meses. Si usted hubiese visto aquello... —Se le quebró la voz—. La guerra puede privar a los hombres de su humanidad —prosiguió tan quedamente que Matthew se inclinó por instinto hacia delante para no perder palabra—. Hombres que hubieses jurado que eran decentes y que en efecto lo eran antes del miedo, el dolor, el hambre y la propaganda del odio, se despojaban de esa decencia quedándose sólo con el ansia animal de sobrevivir.

Sus ojos azules centellearon y se clavaron en los de Matthew con una tormenta de sentimientos que su innata e informal elegancia había disimulado por completo.

—La civilización es frágil, capitán Reavley, desesperadamente frágil, un barniz como una fina capa de pintura, pero es lo único que tenemos entre nosotros y las tinieblas. Debemos aferrarnos a ella a toda costa porque si la perdemos nos enfrentamos al caos.

Hablaba en voz baja pero cargada de ira y de un desprecio que no lograba dominar.

—Créame, capitán Reavley —añadió—, todo eso puede desaparecer y nosotros convertirnos en salvajes espantosos, reduciéndonos a un horror que nunca más te limpias del alma. —Su voz era poco más que un susurro—. Te despiertas sudando en plena noche, con la piel de gallina, pero la pesadilla está dentro de ti, pues cabe la posibilidad de que así es como seamos todos... bajo las sonrientes máscaras.

A Matthew no se le ocurrió qué decir. Obviamente carecía de argumentos. Sandwell estaba hablando de algo que él desconocía por completo. Sólo había oído retazos de acusaciones y desmentidos, rumores de una violencia que pertenecía a otro mundo, a otras gentes muy distintas.

Sandwell sonrió, pero sólo fue una mueca, un intento por ocultar de nuevo parte de la pasión descarnada que se había permitido exhibir.

—Tenemos que aferrarnos a la civilización, Reavley, pagar el precio que sea por conservarla para nosotros y las generaciones venideras. Custodiar las puertas de la cordura para que la locura no vuelva. En nuestra mano está hacerlo por el prójimo... Es nuestro deber. Si no lo conseguimos, lo demás no merece la pena. Usted quiere encontrar a Hannassey y yo voy a ayudarlo. Si llega a asesinar al rey, ¿sabe Dios qué odios nos aguardan? Hasta podríamos acabar imponiendo la ley marcial, persiguiendo a miles de ciudadanos irlandeses absolutamente inocentes por el mero hecho de serlo. Tal como están las cosas, será preciso el esfuerzo de todos los buenos hombres de Europa para mantener

tapado el asunto entre Austria y Serbia después del asesinato del archiduque. Ningún bando puede permitirse echarse para atrás, y ambos andan buscando aliados allí donde pueden: Rusia para los serbios, Alemania para los austriacos, naturalmente.

Cogió una pitillera de piel negra y sacó un cigarrillo con un gesto tan automático que pareció inconsciente. Lo encendió y aspiró una bocanada de humo.

—Además de los irlandeses, debería poner en su punto de mira a algunos grupos socialistas — continuó—. Los hombres como Hannassey establecen alianzas con quien se preste a ello. Las aspiraciones de los socialistas van mucho más allá de lo que la mayoría piensa. Considere a Jaurès, a Rosa Luxemburg, a Adler, el malestar que cunde en todas partes. Cuente con mi ayuda, toda la información de esta oficina está a su entera disposición, pero el tiempo apremia... y mucho.

—Gracias, señor —dijo Matthew sin más. Estaba profundamente agradecido. De pronto salía disparado hacia delante con una velocidad de vértigo. Había pasado de estar solo a tener de su lado a uno de los hombres más influyentes y discretos del Ministerio de Asuntos Exteriores, dispuesto a escucharlo y a compartir información. Tal vez la verdad se encontrara casi al alcance de la vista. En cuestión de días, una semana a lo sumo, se enfrentaría a la verdad de la muerte de sus padres. John Reavley tenía razón, había una conspiración en marcha—. Gracias, señor — repitió, poniéndose de pie—. Se lo agradezco mucho.

Pobres palabras para transmitir su entusiasmo y la aprensión que lo embargaba.

\* \* \*

## 8

Joseph pasó la mañana del lunes 20 de julio enfrascado en un animado y más bien errático debate con media docena de estudiantes en el que dudaba que alguien hubiese aprendido gran cosa.

Mientras atravesaba el patio de regreso a su habitación, se sintió cansado y deseó profundamente disfrutar de la paz que le proporcionaban sus libros y cuadros y, sobre todo, el silencio. Era catorce o quince años mayor que la mayoría de los muchachos con que acababa de estar, pero en esta ocasión le pareció que lo separaba de ellos más de una generación. Estaban asustados, quizás ante la idea de una guerra en Europa, aunque se tratara de un asunto distante y problemático.

Mucho más inmediata resultaba la investigación del asesinato de Sebastian Allard por parte de la policía. De ésa no se libraba nadie. Él estaba muerto; su afligida madre paseaba su luto por el jardín de Fellow's Garden aguardando a que se hiciera justicia, consumida por la rabia y el dolor. Daba la impresión de haberse aislado voluntariamente del resto del mundo. El inspector Perth iba haciendo preguntas a diestro y siniestro sin contar a nadie las conclusiones que sacaba de las respuestas. Y para colmo todo el mundo sabía que uno de aquellos jóvenes eruditos que estudiaban el pensamiento humano de todas las épocas era el autor del disparo. ¿Qué emoción había roto el caparazón de la razón para estallar con semejante brutalidad?

Joseph casi había llegado a la puerta cuando oyó unos pasos rápidos a sus espaldas y se volvió para encontrar a Perth a un par de metros. Como siempre, vestía un traje pulcro y muy ordinario que sin quedarle mal no era nada elegante. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y el bigote perfilado. Sostenía una pipa por la cazoleta, como si no acabara de decidirse a encenderla.

—¡Oh! Qué bien. Reverendo Reavley..., me alegra haberlo alcanzado, señor —dijo alegremente—. ¿Iba a entrar?

—Sí. Acabo de terminar un debate con un grupo de estudiantes.

—No me figuraba que trabajaran ustedes tan duro, incluso en época de vacaciones —comentó Perth, entrando detrás de Joseph por el portal de piedra tallada hasta el pie de la escalera de roble, casi negra por el paso de los años, con la parte central de los peldaños desgastada tras siglos de uso.

—No son pocos los licenciados que deciden quedarse aquí para trabajar en sus doctorados —respondió Joseph comenzando a subir—. Y también hay estudiantes que aprovechan para cursar otras asignaturas.

—Oh, sí, los estudiantes.

Perth le pisaba los talones.

Llegaron al descansillo y Joseph abrió la puerta de su habitación.



—¿Puedo hacer algo por usted, inspector?

Procuró mostrarse desagradable para poner a Perth en una situación poco o nada propicia a la conversación informal. Perth sonrió, dándose por aludido.

—Bueno, ya que lo pregunta, reverendo, lo cierto es que sí. —Permaneció en el umbral, sin moverse.

Joseph se dio por vencido y lo invita a entrar.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Creo que no me equivoco al decir que usted conocía al señor Allard mejor que cualquiera de los demás caballeros de esta institución.

—Es posible —convino Joseph.

Perth metió las manos en los bolsillos.

—Verá, reverendo, he estado conversando con la señorita Coopersmith, la prometida del señor Allard. Una muchacha encantadora, muy comedida. Nada de llantos y gemidos, sólo una serena aflicción. La verdad es que la admiro, ¿usted no?

—Sí —repuso Joseph—. Parece una buena muchacha.

—¿Usted ya la conocía, reverendo? En vista de que conoce a la familia Allard y, sobre todo, a Sebastian... La gente dice que estaban muy unidos, que no se cansaba usted de aconsejarle en sus estudios, que velaba por él, podríamos decir.

—Sólo en asuntos académicos —señaló Joseph, plenamente consciente de lo acertado que era aquel matiz—. Apenas sabía nada sobre su vida personal —agregó—. Tengo bastantes estudiantes a mi cargo, inspector. Sebastian Allard era uno de los más brillantes, pero no el único. Me avergonzaría profundamente haber desatendido a cualquiera de los otros por tener menos talento que él. Y, contestando a su pregunta, no, no conocía a la señorita Coopersmith.

Perth asintió con la cabeza, como si corroborara algo que ya sabía. Cerró la puerta a sus espaldas pero se quedó de pie en medio de la habitación, como si se encontrara incómodo en ella. Era territorio ajeno, con su silencio y sus libros.

—A quien sí conoce es a la señora Allard, ¿verdad? —preguntó. —Un poco. ¿Qué es lo que anda buscando, inspector? Perth sonrió excusándose.

—Iré al grano, reverendo. La señora Allard me dijo a qué hora salió Sebastian de su casa para regresar al colegio el domingo 28 de junio. Había pasado el sábado en Londres, pero regresó al anochecer. —Su rostro adoptó una expresión sombría—. Fue el día del magnicidio, aunque, naturalmente, eso no lo sabíamos entonces. Y el señor Mitchell, el portero, me dijo a qué hora llegó aquí.

—El propósito... —le recordó Joseph. Puesto que Perth no se sentaba, se sentía obligado a no hacerlo él.

—A eso voy —dijo Perth con tristeza—. Le dijo a su madre que tenía que regresar

para asistir a una reunión aquí..., lo cual hizo. Seis personas pueden confirmarlo.

—No lo mataron el 28 —señaló Joseph—. Fue varios días después; en realidad, una semana. Lo recuerdo porque fue después del funeral de mis padres, y yo ya había vuelto.

El rostro de Perth denotó sorpresa y acto seguido lástima. —Lo siento, reverendo. Fue espantoso. Pero la cuestión es que, igual que usted, los señores Allard viven bastante cerca de aquí, a no más de quince kilómetros. ¿Cuánto tiempo diría que necesita un muchacho con un coche veloz como el suyo para cubrir esa distancia?

—Media hora —contestó Joseph—. Probablemente menos, según el tráfico que haya. Pongamos veinte minutos. ¿Por qué?

—Cuando salió de casa explicó a sus padres que iba a visitar a la señorita Coopersmith, con quien pasaría un par de horas —respondió Perth—. Sin embargo, ella afirma que apenas pasaron diez minutos juntos. Se marchó alrededor de las tres para dirigirse a Cambridge pasando por el pueblo de St. Giles. —Meneó la cabeza. Seguía sosteniendo la pipa por la cazoleta—. Eso significa que debería haber llegado aquí a las cuatro menos cuarto, como muy tarde. Ahora bien, según el señor Mitchell, en realidad no llegó hasta poco después de las seis.

—De modo que estuvo en alguna otra parte —razonó Joseph—. Cambió de parecer, encontró a un amigo o se detuvo en el pueblo antes de venir. ¿Qué importancia tiene eso?

—Es sólo un ejemplo, reverendo —dijo Perth—. He estado haciendo preguntas por ahí. Al parecer hacía esa clase de cosas con cierta frecuencia; un par de horas aquí, otro par por allí. Se me ocurrió que tal vez usted supiera dónde pasaba esos ratos y por qué mentía al respecto.

—Pues no tengo ni idea.

Resultaba desagradable pensar que Sebastian hiciera con regularidad algo que prefería o necesitaba ocultar a sus amigos. No obstante, esa desazón quedó ahogada en la mente de Joseph por otra idea, clara y nítida como una cuchilla bajo un súbito foganazo. Si Perth era exacto en lo referente a la hora en que Sebastian había salido de su casa y a que había ido a Cambridge pasando por St. Giles, siguiendo la ruta más lógica y habitual, también había tenido que pasar por el lugar de la carretera de Hauxton donde John y Alys Reavley habían sido asesinados, minutos antes o después del suceso.

Si había sido justo antes, no significaba nada; era una mera coincidencia, fácilmente explicable por las circunstancias. Ahora bien, si había sido justo después, ¿qué había visto? Y ¿por qué no había dicho nada?

Perth lo miraba fijamente, inexpresivo, paciente, como si estuviera dispuesto a aguardar toda la vida. Joseph se obligó a mirarlo a los ojos, incómodo al constatar la inteligencia que brillaba en ellos; Perth era mucho más astuto de lo que había imaginado.

—Lo lamento, pero no sé nada —dijo—. Si me entero de algo se lo haré saber. Ahora, si me perdona, tengo que hacer un recado antes de dar mi próxima clase.

No era verdad, pero necesitaba pasar un rato a solas y aclarar sus ideas.

Perth se mostró un tanto sorprendido, como si tal posibilidad no le cupiera en la sesera.

—Vaya. ¿Seguro que no sabe lo que hacía? Usted conoce a sus estudiantes mejor que yo, reverendo. ¿De qué podía tratarse? ¿Qué hacen estos muchachos cuando no están estudiando, atendiendo a una clase o cumpliendo con cualquier otra obligación? —Miró a Joseph con inocencia.

—Conversar —repuso Joseph—. A veces salen en bote, van a la taberna, a la biblioteca, pasean por los Backs. Los hay que hacen ciclismo o juegan al críquet. Y, por supuesto, siempre tienen trabajos que redactar.

—Qué interesante —dijo Perth, mordiendo su pipa—. No parece que valga la pena mentir por nada de eso, ¿verdad? —Sonrió, con un gesto menos amistoso que de satisfacción—. Tiene una imagen muy inocente de sus muchachos, reverendo. —Volvió a sacarse la pipa de la boca, como si acabara de recordar que la tenía allí—. ¿Es eso lo que hacía usted cuando era estudiante? Quizá los estudiantes de Teología lleven una vida mucho más recta que los demás. —Si el comentario era sarcástico, lo supo disimular muy bien.

Joseph se sintió incómodo, no sólo por parecer mojigato, sino porque tal vez se había mostrado tan ciego como para parecerlo, mientras que Perth no lo era en absoluto. Recordaba perfectamente su época estudiantil, y ésta distaba mucho de parecerse a la imagen idealizada que acababa de presentar. Los estudiantes de Teología, junto con los de Medicina, se contaban entre los más bebedores, por no mencionar otras aficiones bastante menos edificantes.

—Comencé Medicina —dijo—, y recuerdo que a ninguno de nosotros nos gustaba que nos obligaran a dar cuentas de nuestro tiempo libre.

—¿De veras? —Perth estaba asombrado—. ¿Estudiante de Medicina? ¿Usted? Eso no lo sabía. Entonces estará familiarizado con toda clase de excesos juveniles, incluso los menos dignos de admiración, ¿no?

—Por supuesto —contestó Joseph con cierta sorpresa—. Me ha preguntado lo que sabía sobre Sebastian, no lo que era razonable suponer.

—Entiendo lo que quiere decir —repuso Perth—. Gracias por su ayuda, reverendo. —Asintió varias veces con la cabeza—. Seguiré investigando, pues.

Se volvió, salió por la puerta y por fin sacó una petaca de piel para llenar la pipa mientras bajaba por la escalera, en cuyo último y más desigual escalón resbaló, dando un traspié.

Joseph salió poco después y atravesó el patio a paso vivo hasta salir por la verja principal a St. John's Street, donde en vez de girar a la derecha para dirigirse al pueblo, fue hacia la izquierda por Bridge Street, cruzando a la altura de la carretera en dirección al prado de Jesus Green, desde donde se dominaban los pastos comunales de Midsummer

Common.

Todo ese tiempo le dio vueltas al hecho de que Sebastian había pasado por el lugar de la carretera de Hauxton donde habían matado a John y Alys Reavley, casi con seguridad pocos minutos antes o después del suceso. Se preguntó si habría presenciado lo ocurrido y sabría que no se trataba de un accidente, si habría visto incluso a quienes estaban al acecho salir de la cuneta y registrar los cadáveres. En tal caso, habría sabido demasiado para su propia seguridad.

Puesto que él también iba en coche los malhechores tuvieron que verlo y comprender que se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo. ¿Habrían tratado de seguirlo?

No, si iban a pie por haber escondido el coche, no habrían podido ir tras él. Aunque bastaba un poco de inteligencia y unas cuantas preguntas para averiguar quién era el propietario del automóvil y dónde vivía. Con esos datos, sería muy fácil seguirle la pista hasta Cambridge.

¿Había sido Sebastian consciente de ello? ¿Era ése el motivo por el que estaba tan tenso, tan lleno de temores e ideas sombrías? ¿Acaso su estado de ánimo no guardaba relación con Austria o la destrucción que traería aparejada una guerra en Europa, sino con la angustia de haber presenciado un asesinato?

Joseph avanzaba por el prado. El sol le calentaba la mejilla derecha. No había nada de tráfico en la carretera de Chesterton, y sólo dos muchachos con pantalones blancos y suéteres de críquet caminando a unos cien metros de él, probablemente estudiantes de Jesus College, enfrascados en una acalorada conversación, totalmente ajenos a cuanto los rodeaba.

¿Por qué no había dicho nada Sebastian? Aunque entonces ignorase que las víctimas eran John y Alys Reavley, más adelante había tenido que saberlo. ¿Qué era lo que temía? Incluso si había sopesado el riesgo de que siguieran la pista de su coche, puesto que no los había reconocido, ¿qué amenaza representaba para ellos?

Entonces se le ocurrió una respuesta, amenazadora e inquietante a un tiempo: ¡tal vez los conocía!

Si eran los responsables de su muerte, sólo cabía una espantosa e ineludible conclusión: ¡se trataba de alguien del colegio! Nadie había forzado la entrada. El asesino de Sebastian era uno de los que seguían allí, alguien por todos conocido y cuya presencia formaba parte de su vida cotidiana.

Ahora bien, ¿por qué Sebastian no se lo había dicho a nadie? ¿Se trataba acaso de alguien tan próximo, tan inconcebible, que no se había atrevido a confiarle a nadie la verdad, ni siquiera a Joseph, cuyos padres eran las víctimas?

El sol brillaba en el silencio del césped recién cortado. El tráfico parecía pertenecer a otro mundo. Joseph caminaba sin sensación de movimiento, como atrapado en un bucle de tiempo, separado de cuanto lo rodeaba.

¿Había sido el temor por su propia seguridad lo que lo había mantenido callado? ¿Era

probable que hubiera guardado silencio para proteger a los criminales? ¿Por qué iba a hacer algo semejante?

Joseph llegó al linde de Jesus Green y cruzó la carretera hasta Midsummer Common, avanzando hacia el sur en dirección al sol.

Sin embargo, si Sebastian había pensado que se trataba de un accidente y era quien había dado parte del mismo, ¿por qué ocultar ese hecho? Si no se había detenido, ¿por qué había obrado así? ¿Tan cobarde era para no acercarse al coche como mínimo para ver si podía ayudar?

¿O quizás había reconocido a quienes tendieron la trampa de abrojos y luego la retiraron, decidiendo mantener la boca cerrada porque los conocía? ¿Había callado para encubrirlos o debido a sus amenazas?

¿Y luego lo habían matado de todos modos?

¿Por eso no había ido directamente al colegio aquel día? ¿Por miedo? ¿Y qué pasaba con las demás ocasiones en las que Perth había aludido? Joseph tuvo una extraña sensación de deslealtad al sorprenderse pensando semejantes cosas. Había tratado a Sebastian durante años, había visto su apasionada mirada cuando hablaban de sueños e ideas, de la belleza del pensamiento, de la música del ritmo y la rima, de las aspiraciones de los hombres de todas las épocas desde las primeras balbucientes palabras escritas de la historia. ¿Debía poner en tela de juicio su mutua confianza? ¿Sólo habían sido dos niños jugando con conceptos de honor, del modo en que los niños de verdad construían castillos de arena para que los derribara la primera ola de realidad?

No le cabía en la cabeza. Sebastian había tenido que salir camino de Cambridge más temprano de lo que recordaba Regina Coopersmith, pasando por la carretera de Hauxton antes del accidente. De lo contrario había decidido dar un paseo y seguir otra ruta. Quien quiera que lo asesinara lo había hecho por un motivo que no tenía nada que ver con la muerte de John y Alys Reavley. Ésa era la única respuesta posible.

¡Ahora tenía que demostrarlo!

Giró hacia St. John's y avivó el paso. Había lugares concretos por los que empezar. Tanto se había dicho acerca de Sebastian y de las heridas que la gente aseguraba haber sufrido en sus manos, que investigar más detenidamente algunas de ellas lo llevarían a demostrar que eran trivialidades, apenas la irritación que suele surgir en cualquier grupo de personas que viven y trabajan juntas, o, en última instancia, a averiguar el motivo de su trágico final.

Lo primero que acudió a su mente fue el curioso encuentro con Eardslie frente a los almacenes Eaden Lilley's y la muchacha que caminaba con tanto garbo y que pareció que iba a hablarles para acto seguido cambiar de parecer. Le habían dado a entender que Sebastian le había robado la prometida a un compañero, sencillamente para demostrar que podía hacerlo, y que luego la había dejado plantada. ¿Sería verdad?

Joseph hubiese preferido no saber la respuesta, pero ya no podía seguir justificando

esa clase de cobardía, ni siquiera con las palabras más sutiles. La ausencia de criterio que le permitía desdibujar los contornos de la realidad en nombre de una supuesta amabilidad había tocado a su fin.

Le llevó un cuarto de hora encontrar a Eardslie, que estaba sentado en la hierba en los Backs, apoyado contra el tronco de un árbol, rodeado de libros. Levantó sorprendido la vista hacia Joseph e hizo ademán de ponerse de pie.

—No te levantes —dijo Joseph enseguida, sentándose en el suelo delante de él, con las piernas cruzadas—. Quería hablar contigo. ¿Recuerdas a la muchacha que vimos en Eaden Lilley's el otro día?

Eardslie inspiró y se dispuso a negarlo.

—Tal vez no debería plantearlo como una pregunta —corrigió Joseph—. Saltaba a la vista que la conocías, mucho o poco, y que al verme allí decidí no hablar contigo.

Eardslie se mostró incómodo. Era un muchacho muy serio, hijo mayor de una familia que tenía grandes expectativas puestas en él, y el peso de esa responsabilidad a menudo le resultaba una carga muy pesada. En ese instante, en concreto, parecía muy consciente de esa obligación para con sus padres.

—Probablemente lo hiciera por una cuestión de tacto, señor —sugirió.

—Sin duda. ¿A propósito de qué debería tener tacto?

Eardslie se ruborizó levemente. Las evasivas no eran su fuerte. Miró a Joseph a los ojos y comprendió que no podía eludir la verdad.

—Se llama Abigail Trethowan —admitió con desgana—. Estaba más o menos comprometida con Morel, pero entonces conoció a Sebastian y digamos que... —No supo cómo expresar lo que quería decir, pues no se le ocurría cómo hacerlo para que sonase como deseaba.

—Se enamoró de Sebastian —apuntó Joseph, terminando la frase por él.

Eardslie asintió con la cabeza.

—¿Estás dando a entender que Sebastian provocó que sucediera eso deliberadamente? —preguntó Joseph, enarcando las cejas. Eardslie se puso más rojo y bajó la vista.

—Sí, ésa fue la impresión que dio. Y luego la dejó plantada. La pobre se llevó un buen disgusto.

—¿Y Morel?

—¿Cómo se sentiría usted, señor? —dijo Eardslie furioso—. Un sujeto te quita la novia, sólo para demostrar que puede hacerlo, y luego resulta que ni siquiera la quiere y la planta, como quien se deshace de un equipaje molesto. No puedes aceptarla de nuevo so pena de parecer un perfecto idiota, y ella se siente como..., como una... —Se dio por vencido, incapaz de hallar una palabra suficientemente despiadada.

Joseph reparó en el afecto que Eardslie le profesaba a la muchacha, seguramente

mayor de lo que él mismo reconocía.

—¿Dónde vive? —inquirió Joseph.

Eardslie abrió los ojos como platos.

—¡No irá a decirle nada! —exclamó horrorizado—. ¡Sería humillante para ella, señor! ¡No puede hacerlo!

—¿Consideras que es la clase de mujer que ocultaría la verdad sobre un asesinato con tal de evitar una situación embarazosa? —preguntó Joseph.

El debate interior de Eardslie se hizo patente en su semblante. Joseph aguardó.

—Está en el Fitzwilliam, señor. Pero, por favor... —Se interrumpió—. ¿Tiene que hacerlo?

Joseph se levantó.

—Por supuesto que tengo que hacerlo. ¿Prefieres que le pida a Perth que lo haga?

Encontró a Abigail Trethowan en la biblioteca del Fitzwilliam. Se presentó y le preguntó si podía hablar con ella. La muchacha lo acompañó con considerable aprensión a un salón de té que había a la vuelta de la esquina y, después de pedir para ambos, Joseph abordó el tema.

—Le ruego me perdone por hablar de algo que sin duda es doloroso para usted, señorita Trethowan, pero el asunto de la muerte de Sebastian no quedará zanjado hasta que se resuelva.

Abigail estaba sentada muy derecha en la silla, como una colegiala con una regla en la espalda. Joseph recordó que Alys solía recalcar a Hannah y Judith la importancia de la postura, metiendo una cuchara de madera entre los barrotes de las sillas de la cocina para demostrarlo, alcanzándolas en medio de la columna vertebral. Abigail Trethowan era tan joven como sus hermanas entonces y parecía tan orgullosa y vulnerable como ellas. No le resultaría fácil perdonar a Sebastian si había hecho lo que Eardslie pensaba.

—Lo sé —dijo Abigail en voz baja, evitando mirar a Joseph a los ojos.

¿Cómo interrogarla sin resultar cruel?

En el establecimiento sólo se oía el entrecocar de la porcelana y el murmullo de la conversación de las señoras que tomaban el té intercambiando chismorreos, en muchos casos con bolsas y cajas apiladas junto a sus pies tras haber ido de compras. Ninguna era tan vulgar como para mirar abiertamente a Joseph y Abigail, aunque a él no le cabía la menor duda de que los estaban repasando de la cabeza a los pies, especulando con buenas dosis de inventiva.

Joseph sonrió e interpretó la chispa de humor que brillaba en los ojos de Abigail como signo de que era tan consciente de ello como él.

—Podría hacerte preguntas —dijo Joseph con toda sinceridad—, pero quizá sería mejor que tú misma me contaras.

A Abigail se le encendieron las mejillas, pero le sostuvo la mirada.

—Estoy avergonzada —susurró—. Confiaba en no tener que volver a pensar en ello nunca más, y mucho menos contarlo.

—Lo lamento, Abigail, pero me temo que no hay alternativa —dijo—. Se lo debemos a todas las personas afectadas.

La camarera regresó con té y bollos. Una vez que se hubo retirado tras servirlos, Abigail comenzó a relatar su historia.

Abigail sirvió el té, que todavía estaba demasiado caliente para beberlo.

—Conocí a Edgar Morel. Me gustaba mucho y poco a poco fue surgiendo el amor, o al menos eso pensé. La verdad es que era la primera vez que me enamoraba, de modo que no sabía a qué atenerme. —Lanzó una mirada a Joseph y volvió a bajar la vista a sus manos. Las mantenía cruzadas delante de ella; eran unas manos fuertes y bien formadas, y no llevaba anillos—. Me pidió que me casara con él y respondí que necesitaba tiempo para pensarlo. Me parecía que era demasiado pronto para dar ese paso. —Respiró hondo—. Entonces conocí a Sebastian. Era el hombre más guapo que había visto jamás.

Buscó la mirada de Joseph. Las lágrimas asomaban a sus ojos. Él deseaba ayudarla, pero lo único que podía hacer era escuchar. Si no la interrumpía tardaría menos en terminar.

—Era muy inteligente y perspicaz —prosiguió Abigail compungida y obviamente extrañada de la ironía del asunto—, y también muy divertido. Creo que no me había reído tanto en la vida. —Hizo una pausa—. En realidad nunca había reído con ganas, me refiero a esa risa incontrolable que a mi madre le parecería absolutamente indecorosa. ¡Lo pasábamos tan bien juntos! Hablábamos de toda clase de cosas y era como si pudiéramos volar con la imaginación. ¿Sabe a qué me refiero, señor Reavley?

—Sí, desde luego que lo sé —respondió Joseph, y a punto estuvo de quebrársele la voz, en parte por Sebastian, en parte por Eleanor y tal vez más que nada por su propia soledad, por algo que necesitaba y no tenía.

Abigail tomó un sorbo de té.

Joseph untó un bollo con mantequilla y le puso mermelada y crema de leche. Estaba delicioso.

Abigail prosiguió, más decidida.

—Me di cuenta de que estaba enamorada de Sebastian. Por más encantador que fuera Edgar, nunca sentiría lo mismo por él. No podíamos casarnos. Habría sido una mentira imposible. Se lo dije y tuvo un disgusto tremendo. ¡Fue espantoso!

—Sí, no me cabe duda —convino Joseph—. Pocas cosas duelen tanto como que te rechacen cuando estás enamorado.

—Me consta —susurró Abigail.



Joseph aguardó.

Abigail se sorbió la nariz y tomó otro sorbo de té.

—Sebastian me rechazó. Eso sí, con muy buenos modos. No le faltó delicadeza. Dijo que me apreciaba mucho, pero que también apreciaba a Edgar y que, por lo tanto, no podía hacer lo que moralmente vendría a ser como robarle la chica. —Soltó un suspiro entrecortado—. Después de eso nunca volvimos a vernos a solas. No sabe cuánta vergüenza me dio. Pasé siglos sin querer ver a nadie. Pero supongo que son cosas que pasan. Todos sobrevivimos.

—No todos —la corrigió Joseph—. Sebastian está muerto. Abigail palideció y lo miró horrorizada.

—No..., no pensaré que Edgar... ¡Oh, no! ¡No! ¡Estaba ofendido pero nunca haría algo así! Además, en realidad no fue culpa de Sebastian. ¡Él no hizo nada para alentarme!

—¿No te sentirías mejor si estuvieras en el sitio de Edgar? —preguntó—. A mí no me reconfortaría saber que alguien me ha quitado la mujer a quien amo sin siquiera proponérselo.

Abigail cerró los ojos y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

—No... —dijo con voz ronca—. No, creo que me sentiría peor. Sigo pensando que Edgar sería incapaz de matarlo. No me quería tanto, al menos para cometer un asesinato. Es un buen hombre, bueno de verdad, sólo que no tan... animado y alegre como Sebastian.

—No siempre es el valor de lo que nos quitan lo que nos hace odiar —señaló Joseph—. A veces basta el mero hecho de que nos hayan robado. Es una cuestión de orgullo.

Le fastidió decir algo tan desagradable, y entendía que Morel se sintiera herido, pero lo invadió una grata sensación de alivio al constatar que, al menos en una cosa, Sebastian había sido justo e incluso generoso. Se había comportado como el hombre que Joseph conocía.

—Nunca lo haría —repitió Abigail—. Si piensa que lo hizo, es que no lo conoce.

Quizá tuviera razón, pero Joseph se preguntó si no lo estaría defendiendo porque cargaba con la culpa de haberlo decepcionado. Constituiría una manera de saldar parte de la deuda.

Sin embargo, el hombre que él conocía no habría matado por ese motivo. No le costaba nada imaginarlo peleando, incluso dando una paliza tal a Sebastian como para matarlo sin querer, pero no deliberadamente y sirviéndose de un arma, pues de ese modo no liberaría la violencia puramente física. Seguiría sintiéndose vacío, y consumido no sólo por la culpa sino también por el miedo.

—Tienes razón, en el fondo yo tampoco creo que lo hiciera —admitió Joseph.

—¿Tiene que contárselo a ese policía?

—No lo haré salvo si ocurre algo que cambie las cosas —prometió Joseph—. Por

desgracia, existen muchas otras posibilidades, y muy pocos de nosotros podemos demostrar que no lo hicimos. Por favor, come un bollo de éstos. Son exquisitos.

Ella sonrió y tendió la mano para coger uno.

El martes por la tarde Joseph fue en tren a Londres, y cuando Matthew llegó a su piso lo encontró aguardándole.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Matthew al entrar en el salón y ver a Joseph repantigado en su sillón favorito. Iba de uniforme y se le veía cansado y agobiado por el trabajo, pálido, con el rubio cabello revuelto y, cosa rara en él, reclamando un buen corte.

—El portero me ha abierto —contestó Joseph, poniéndose de pie para dejar libre el sillón—. ¿Has cenado? —Ya había pasado la hora de cenar. En la cocina había encontrado pan, paté, un poco de queso y una botella de vino tinto, que había descorchado—. ¿Te preparo algo?

—¿Como qué? —dijo Matthew no sin cierto sarcasmo, aunque se sentó en el sillón con intención de relajarse.

—¿Pan y paté? Me he terminado el queso —contestó Joseph—. ¿Vino o té?

—Vino, ¡si es que no te lo has terminado también! ¿A qué has venido? ¡A cenar no será!

Joseph no le hizo caso hasta después de cortar tres rebanadas de pan, que era fresco y muy bueno, y llevárselas junto con la mantequilla, el paté, la botella de vino y una copa.

—Gracias —aceptó Matthew—. No has contestado a mi pregunta. Tienes mal aspecto. ¿Ha ocurrido algo más?

—Tú también tienes mal aspecto —dijo Joseph. Sé sentó en el otro sillón y cruzó las piernas—. ¿Has hecho algún progreso?

Matthew sonrió un tanto atribulado y su expresión de hastío desapareció en parte.

—Sé más cosas. Lo que no tengo tan claro es hasta qué punto son relevantes. Británicos e irlandeses se reunieron en palacio pero no llegaron a ningún acuerdo. Supongo que era de esperar. Ayer el rey manifestó su apoyo a los unionistas, aunque seguro que ya estás al corriente.

—Pues no —reconoció Joseph—, Pero me refería a la muerte de nuestros padres y el documento.

—Ya lo sé. ¡Déjame terminar! —exclamó Matthew—. He hablado con varias personas: Shanley Corcoran, Chetwin, que fue amigo de papá hace tiempo, Shearing, mi jefe, y Dermot Sandwell, del Foreign Office. La verdad es que la visita a Sandwell fue la más provechosa. Por lo que he logrado deducir, es muy probable que exista un complot irlandés para asesinar al rey... —Se interrumpió al ver la expresión de Joseph—. Encaja con lo que opinaba nuestro padre —señaló en voz muy baja—. Imagina cómo sería la reacción británica.

Joseph cerró los ojos un momento. Visiones de furia, derramamientos de sangre, ley marcial y opresión llenaron su mente, haciéndole sentir asqueado. Deseaba que su padre estuviera en lo cierto para justificarlo y no considerarlo un tonto, pero no a semejante precio. Miró a Matthew y al ver su desolación comprendió que tenía razón.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó.

—No lo sé. Al menos Sandwell está enterado. Me figuro que advertirá al rey.

—¿Tú crees? Quiero decir, ¿piensas que podrá acceder a verlo sin alarmar...

—Dalo por hecho. Me parece que tiene algún vínculo de parentesco más o menos distante. Uno de los tantísimos matrimonios de los hijos de Victoria. Lo que ya no sé es si conseguirá que le crea. Nadie ha asesinado jamás a un monarca británico.

—Asesinado tal vez no —convino Joseph—, pero desde luego hemos tenido unos cuantos a los que mataron, destronaron, ejecutaron o eliminaron de un modo u otro. Aunque el último caso fue sin derramamiento de sangre y hace mucho tiempo; en **1688** para ser exactos.

—Dudo que eso lo recuerden los ciudadanos corrientes —comentó Matthew—. ¿Has venido para preguntarme qué he descubierto hasta ahora? —Dio otro bocado al pan con paté.

—No. He venido para decirte que Sebastian mintió acerca de la hora en que se marchó de su casa para volver a Cambridge el día que mataron a nuestros padres. En realidad salió un par de horas antes.

Matthew quedó perplejo.

—Pensaba que lo habían matado una semana después. ¿Qué importancia tiene? Parece una tontería mentir, pero sus idas y venidas sólo eran de su incumbencia, ¿no crees?

Joseph meneó la cabeza.

—El caso es que mintió al respecto. ¿Por qué iba a hacerlo si no se trataba de algo que pretendía ocultar? Tal como has dicho, sólo era asunto suyo.

Matthew se encogió de hombros.

—Así pues, tenía un secreto —dijo con la boca llena—. Probablemente estuviera viendo a una chica sin la aprobación de sus padres, o anduviese enredado en una aventura con otra mujer, posiblemente casada. Lo siento, Joe, pero era un muchacho muy apuesto, algo que él sabía muy bien, y distaba de ser el santo que a ti te gusta creer.

—¡Ya sé que no era un santo! —exclamó Joseph con cierta brusquedad—. Aunque su comportamiento con las mujeres podía ser perfectamente decente. Y estaba prometido en matrimonio con Regina Coopersmith, de modo que es lógico que deseara ocultar cualquier otro posible lío de faldas. Ahora bien, el motivo por el que te lo cuento no tiene nada que ver con todo esto. Lo importante es que para ir en coche de Haslingfield a Cambridge tuvo que tomar la carretera de Hauxton, en dirección norte, y todo indica que lo hizo al mismo

tiempo que nuestros padres se dirigían al sur.

Matthew se puso tenso.

—¿Me estás dando a entender que tuvo ocasión de presenciar el accidente? Por el amor de Dios, ¿por qué no lo dijo?

—Porque tenía miedo —respondió Joseph. Se le hizo un nudo en el estómago—. Tal vez reconociera a los criminales y supiese que lo habían visto.

Matthew miraba fijamente a Joseph.

—¿Y lo mataron por lo que vio?

—¿No te parece plausible? —preguntó Joseph—. ¡Alguien lo mató! Naturalmente, también es posible que pasara antes del choque y que no se enterase de nada.

—Pero si en efecto lo vio, eso explicaría su muerte. —Matthew se olvidó de su cena y se concentró en la idea, inclinándose hacia delante en el sillón—. ¿Se te ha ocurrido algún otro motivo que explique lo que a todas luces parece un homicidio a sangre fría?

—¿A sangre fría?

—¿Es habitual que tus estudiantes se hagan visitas a las cinco y media de la madrugada llevando un arma encima?

—No tienen armas —replicó Joseph.

—¿De dónde salió la del crimen?

—No sabemos de dónde salió ni dónde fue a parar. Nadie la ha visto.

—Salvo el que la usó —señaló Matthew—. Aunque me figuro que nadie habrá abandonado el colegio después que Elwyn Allard hallara el cadáver. ¿Quién se marchó antes? ¿No tienen que pasar por la portería que hay junto a la verja?

—No lo sabemos. La policía lo ha registrado todo, por descontado. Matthew se mordió el labio inferior.

—Empiezo a pensar que realmente tenéis a alguien muy peligroso en tu colegio, Joe. Ten cuidado. No vayas dando tumbos por ahí haciendo preguntas.

—¡Yo no hago eso! —exclamó Joseph con aspereza, picado por la implicación no sólo de falta de norte sino también de incompetencia para cuidar de sí mismo.

Matthew se armó de paciencia.

—¿Quieres decir que me has contado esto sobre Sebastian para que me encargue de investigarlo? Yo no estoy en Cambridge, y además no conozco a esa gente.

—No, claro que no quiero decir eso! —replicó Joseph, haciendo un considerable esfuerzo para mantener a raya su furia y su frustración—. Soy tan capaz como tú de formular preguntas inteligentes y discretas para deducir una respuesta racional sin levantar las sospechas de todo el mundo.

—¿Y piensas hacerlo?

—¡Claro que sí! Tal como has señalado, tú no estás en posición de hacerlo. Y puesto que Perth no sabe nada al respecto, tampoco lo hará. ¿Qué me sugieres?

De pronto Matthew se dio cuenta del alcance de su compromiso. Realmente no tenía otra opción.

—Sólo que tengas cuidado —advirtió, con los nervios a flor de piel—. Eres igual que papá, vas por la vida dando por sentado que los demás son tan sinceros y honestos como tú. Crees que lo moral y caritativo es pensar bien del prójimo. Y así es. ¡Pero también es una maldita estupidez!

Su rostro presentaba una mezcla de enojo y ternura. Joseph se parecía mucho a su padre, tenía el mismo rostro largo y de perfil aquilino, el mismo cabello moreno, la misma clase de inocencia inmensamente razonable que los desarmaba para enfrentarse a las traiciones y crueldades de la vida. Matthew nunca había sido capaz de protegerlo y probablemente nunca lo sería. Joseph seguiría siendo lógico y cándido. Y lo que más sacaba de quicio a Matthew era que en el fondo no deseaba que cambiase.

—Y no puedo permitirme que hagas que te maten —continuó—. De modo que más vale que te limites a seguir enseñando a tus pupilos y que dejes las preguntas a la policía. Si pillan al asesino de Sebastian, tendremos una pista para descubrir quién anda detrás de la conspiración resumida en el documento.

—Muy reconfortante —dijo Joseph con sarcasmo—. Seguro que la reina se sentirá mucho mejor.

—¿Qué tiene que ver la reina en todo esto?

—Bueno, será un poco tarde para salvar al rey, ¿no te parece? Matthew enarcó las cejas.

—¿Y crees que averiguar quién mató a Sebastian Allard pondrá al rey a salvo de los irlandeses?

—Francamente, si están resueltos a acabar con su vida me parece muy poco probable que nada logre salvarlo, excepto una serie de desatinos y torpezas como los que casi salvan al archiduque de Austria.

—¿Los irlandeses tropezando con sus propios pies? —preguntó Matthew con incredulidad—. ¡Yo no contaría con ello! Algo me dice que cabe esperar bastante más del SIS. —Miró a Joseph con una mezcla de angustia e impotencia—. ¡Pero tú mantente al margen! No estás preparado para esta clase de cosas.

A Joseph le molestó tanta condescendencia, fuera ésta intencionada o no. A veces parecía que Matthew lo considerara un idiota benévolo que viviera en otro mundo. Una parte de él sabía de sobra que a Matthew le dolía la pérdida de su padre tanto como a él y que se resistía a admitir que temía perder a su hermano también. Probablemente jamás llegaría a expresarlo en voz alta.

Sin embargo, la razón no iba a bastar para aplacar el genio de Joseph.

—¡No seas tan puñeteramente condescendiente! —le espetó—. Conozco el lado oscuro de la naturaleza humana tan bien como tú. ¡He sido párroco! Si piensas que por el mero hecho de ir a misa la gente se comporta con caridad cristiana, quizá deberías ir a la iglesia algún día y así saldrías de tu error. Allí encontrarás una realidad lo bastante desagradable para reproducir un microcosmos del mundo. No se matan los unos a los otros, al menos físicamente, pero todas las emociones están ahí. Lo único que les falta es la oportunidad de salir indemnes. —Respiró hondo—. Y ya que estamos, nuestro padre no era tan cándido como crees. Fue diputado en el Parlamento, y si piensas que en ese sitio no se airea el lado más repugnante de la naturaleza humana, es que nunca has estado allí. No lo mataron porque fuese un memo, sino porque descubrió algo de gran alcance y...

—¡Ya lo sé! —lo interrumpió Matthew. Lo hizo con tanta brusquedad que Joseph se dio cuenta de que había puesto el dedo en la llaga; eso era precisamente lo que Matthew temía y no soportaba. Lo reconoció porque también estaba en su fuero interno; era la necesidad de negar y al mismo tiempo proteger. Visualizó el rostro de su padre tan claramente como si acabara de salir de la habitación.

»Lo sé —repitió Matthew, apartando la vista—. ¡Sólo te pido que vayas con cuidado!

—Lo haré. —Esta vez la promesa fue sincera—. No tengo el menor deseo de que me peguen un tiro. Además, uno de nosotros debe controlar a Judith en la medida de lo posible... ¡y no serás tú quien lo haga!

Matthew no pudo evitar sonreír.

—¡Tampoco tú, Joe, créeme!

Joseph cogió la botella de vino y permaneció callado por unos instantes.

—Si papá llevaba consigo el documento para entregártelo en Londres —dijo al cabo—, y quien lo mató se lo llevó del coche, ¿por qué registraron la casa?

Matthew reflexionó un momento.

—Si realmente estamos ante un complot, irlandés o no, para asesinar al rey, es posible que existan al menos dos copias del documento —respondió—. Cogieron la que papá llevaba consigo, pero también necesitan la otra. Supone un grave peligro dejarla donde alguien pueda encontrarlas, sobre todo si en efecto deciden llevar a cabo sus planes.

Aquello tenía sentido. Por fin había una pieza que encajaba. Intelectualmente constituía un consuelo, algo a lo que la razón podía aferrarse. Emocionalmente, en cambio, conllevaba el oscurecimiento de las sombras y el despertar de un miedo más acuciante.

\* \* \*

## 9

Joseph regresó a Cambridge a la mañana siguiente, día **22** de julio. El tren dejó atrás las calles y tejados adentrándose en campo abierto hacia el norte.

Tenía prisa por llegar de nuevo al colegio y mirar con ojos nuevos y mucho más penetrantes a las personas que conocía. Era consciente de que vería cosas que preferiría no ver: flaquezas que afectaban a su conciencia; la furia de Morel y quizá sus celos por el hecho de que Abigail se hubiera enamorado de Sebastian. ¿Se había desquitado al no soportar más la rabia acumulada? ¿Era la ofensa a Abigail lo que había vengado? ¿O acaso no tenía nada que ver con ellos sino con otra de las crueldades atribuidas a Sebastian? ¿Alguien había copiado en un examen resultando descubierto? ¿Era concebible que un hombre matase para salvar su carrera? Si a uno lo expulsaban por hacer trampas, su futuro profesional y social se veía arruinado sin remedio.

La pregunta de Matthew a propósito del arma acudió otra vez a su mente. ¿De dónde había salido? Perth había dicho que se trataba de un revólver. Joseph no era entendido en armas; le repugnaban. Pese a vivir en el campo, entre bosques y cursos de agua, no conocía a nadie que tuviera revólver.

En cuanto llegó al colegio se dirigió a su habitación, se lavó y cambió, y se dispuso a repasar cuanto sabía hasta el momento. Fue como ir quitando los vendajes de una herida para descubrir dónde estaba la infección, la parte sin curar, y comprobar cuán profunda era. A decir verdad, le constaba que llegaba hasta el hueso.

Iba siendo hora de abordar el siguiente asunto del que tenía conocimiento. ¿Alguien había copiado a Sebastian o viceversa? Le habían dado a entender que Foubister lo había hecho, y Joseph tenía claro el motivo. Foubister procedía de una familia de clase obrera de los suburbios de Manchester. Había estudiado en el Manchester Grammar School, uno de los mejores del país, y para ingresar en el cual había que pasar un examen de aptitud, y había llegado a Cambridge con una beca. Sus padres sin duda habían ahorrado hasta el último penique para cubrir necesidades tan elementales como la ropa y el coste del viaje. La conmoción de salir de las estrechas casas adosadas sin jardín trasero de aquella ciudad industrial nortea para aparecer en la vasta campiña de Cambridge, la antigua ciudad empapada de saber, la inmensa riqueza tras siglos de donaciones, era algo que no podía ocultar.

Su mente era excepcional, rápida, imprevisible, sumamente personal, pero su trasfondo cultural adolecía de pobreza no sólo en lo referente al entorno material sino a conocimientos de arte, literatura, historia del pensamiento e ideas occidentales en general. Disponer de tiempo libre para crear cosas bellas pero sin utilidad práctica inmediata era una idea totalmente ajena a cuantas personas había conocido antes de llegar allí. Costaba un gran esfuerzo de imaginación aceptar que hubiese dado con la misma frase feliz para traducir un pasaje del griego o el hebreo que Sebastian Allard, cuya formación era tan radicalmente distinta, nutrida de referencias clásicas desde el primer día de colegio.

Joseph se puso de pie venciendo el hastío y fue en busca de Foubister. Tenía que enfrentar el problema. Lo encontró bajando la escalera que conducía a su habitación. Se reunieron al pie de la misma, junto a la puerta que se abría al patio.

—Buenos días, señor —lo saludó Foubister en tono cansino—. Ese condenado policía aún no ha descubierto nada, ¿sabe? —Estaba pálido y tenía una mirada desafiante, como si hubiese adivinado las intenciones de Joseph—. Anda husmeando en los asuntos de todos, haciendo preguntas sobre quién dijo qué. Incluso ha revisado las notas de los últimos exámenes, ¿se lo puede creer?

¡De modo que Perth ya estaba investigando la idea de alguien que hubiese copiado! ¿Acaso comprendía que semejante acusación perseguiría a un hombre toda la vida? Un rumor bastaría para negarle una carrera, el ingreso a los clubes e incluso a los círculos sociales. ¿Era capaz de captar algo así un hombre como Perth?

Alguien había matado a Sebastian. Si no era por eso, sería por algo igualmente espantoso, e incluso peor si la causa era por un motivo trivial.

Contempló la expresión de abatimiento de Foubister, su enojo, su desesperación. Sobre sus hombros pesaba una carga de confianza, esperanza y sacrificio que habría aplastado a otros muchachos. Por añadidura, estudiar donde lo hacía le había abierto las puertas de un mundo que nunca olvidaría. Su hogar, la familia que lo había criado y amado con tanta generosidad, ya pertenecía a un lugar al que jamás podría regresar por completo. El abismo que los separaba crecía día tras día. Apenas se le notaba ya el acento de su Lancashire natal, a excepción de alguna que otra vocal rara que se le escapaba de vez en cuando. Sin duda había hecho un esfuerzo tremendo para conseguirlo.

Foubister leyó el pensamiento de Joseph como si éste lo hubiese expresado en voz alta.

—¡Nunca he copiado! —exclamó con furia y dolor.

—Habría sido una insensatez por tu parte —respondió Joseph—. Tu estilo no se parece en nada al suyo. —A renglón seguido, por si había sonado como un insulto, agregó—: El tuyo es muy personal. Ahora bien, ¿consideras posible que alguien copiara y que Sebastian lo supiera?

—Supongo que sí —admitió Foubister a regañadientes, pasando el peso del cuerpo de un pie al otro—, pero sería una estupidez. Usted habría distinguido un estilo de otro por la forma de pensar, las palabras, las frases, la clase de ideas. Aunque no hubiese estado seguro, lo habría sospechado.

Era verdad. Joseph conocía cada una de las voces de sus alumnos con tanta precisión como la pincelada de un pintor o el fraseo de un compositor.

—Sí, por supuesto —convino—. Sólo estoy buscando un motivo.

—Todos lo hacemos —dijo Foubister nervioso, apretando con fuerza el libro que llevaba en la mano—. Vamos de un lado a otro haciéndonos trizas. ¡Él no lo entiende! —Lanzó el brazo hacia atrás aludiendo a Perth, que se encontraba en algún lugar del colegio,



a sus espaldas—. ¡No sabe absolutamente nada acerca de nosotros! ¿Cómo iba a saberlo? Nunca ha estado en un mundo como éste.

No lo dijo con condescendencia sino impaciente con quienes habían puesto a Perth donde no hacía pie, sensación que sin duda él mismo experimentaba a diario, aunque fuera disminuyendo, al menos en apariencia. No obstante, pensándolo fríamente, seguro que comprendía que aquel hilo lo atravesaba todo: clase, modales, palabras elegidas, incluso sueños.

Joseph tomó aire y se dispuso a interrumpirlo, pero no lo hizo. Debía escuchar. Lo que más necesitaba oír y sopesar eran exactamente esa clase de declaraciones sin reservas. Se obligó a relajarse apoyándose contra la jamba de la puerta.

—¡Basta que alguien mencione una discusión y ya piensa que se trata de una pelea! — prosiguió Foubister, mirando a Joseph con los ojos muy abiertos, contando con su comprensión—. ¡Eso es lo que se hace en una universidad! Explorar ideas. Si no las pones en tela de juicio e intentas desmenuzarlas, nunca sabes realmente si crees en ellas o no.

Joseph asintió con la cabeza.

—¡No discutimos para demostrar un argumento! —continuó Foubister—. ¡Discutimos para demostrar que existimos! No pensar, no intentar razonar, ¡es lo mismo que estar muerto! ¡Las diferencias de opinión no equivalen al odio, sino todo lo contrario! Uno no se molesta en perder el tiempo discutiendo con alguien a quien no respeta. Y el respeto viene a ser lo mismo que el aprecio, ¿no es cierto?

—Casi —repuso Joseph, rememorando sus días de universidad.

Oyeron ruido de pasos que bajaban—la escalera y un estudiante se disculpó al pasar junto a ellos con prisas, cargando con un montón de libros. Echó un vistazo a Joseph y Foubister. Su mirada fue de interrogación y sospecha. Su expresión dejó claro que creía entender algo. Se volvió y echó a correr por el patio hacia el pasadizo abovedado.

—¡Lo ve! —señaló Foubister, con una nota de pánico en la voz—. ¡Piensa que copié y que usted está echándomelo en cara!

—Es inevitable que la gente saque conclusiones. Si lo niegas, sólo conseguirás empeorar las cosas —le advirtió Joseph—. Ya se dará cuenta de que está equivocado.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo? ¿Y si nunca descubren quién mató a Sebastian? ¡Por el momento no les está yendo muy bien!

—Has dicho que Perth no comprendía que la gente discutiera —dijo Joseph con ecuanimidad—. ¿A quién se refería en concreto?

—A Morel y Rattray —contestó Foubister—. Y a Elwyn y Rattray, porque Rattray piensa que no habrá guerra y Elwyn está convencido de que la habrá. ¡A veces se diría que lo desea! Se entusiasma con actos heroicos como la Carga de la Brigada Ligera o lo de Kitchener en Jartum. — Su voz revelaba no sólo miedo sino indignación—. Sebastian opinaba que la habría y que sería una catástrofe, y, según parece, Perth es de la misma

opinión. ¡Tiene cara de director de funeraria! ¡Lo único que teme Elwyn es que todo pase sin tener ocasión de aportar su granito de arena! ¡Pero sólo fue una discusión!

Miró fijamente a Joseph. Sus ojos suplicaban que se mostrara de acuerdo.

—¡No vas por ahí matando a quienes discrepan de ti! ¡Puede incluso que me suicidara si nadie lo hiciera! —Una sonrisa iluminó el semblante de Foubister para desvanecerse de inmediato—. Sería signo inequívoco de que estaba diciendo estupideces tan grandes que a nadie le importarían lo bastante para molestarse en contradecirme. O eso, o que estaba en el infierno. —Permaneció inmóvil, la camisa de algodón colgaba lánguidamente sobre su cuerpo—. ¡Imagínese, profesor Reavley! ¡El aislamiento absoluto, ninguna otra mente más que la tuya devolviéndote el eco exacto de lo que dices! La inconsciencia sería mejor. ¡Así al menos no sabrías que estás muerto!

Joseph percibió una nota de histeria en su voz.

—Foubister —dijo con delicadeza—, todo el mundo está asustado. Ha sucedido algo terrible pero tenemos que hacerle frente y averiguar la verdad. Esta situación no se resolverá hasta que lo hagamos.

Foubister se calmó un poco.

—¡Tendría que haber visto algunas de las cosas que se le han ocurrido a la gente! —Se estremeció pese al sofocante calor que hacía en la entrada. Tenía la cara transida de amargura—. Nadie mira a los demás como antes. Es una especie de veneno. Uno de nosotros cogió un arma, fue a la habitación de Sebastian y, por algún motivo espantoso, le disparó en la cabeza. Hay que estar loco para hacer algo tan horrible. —Se encogió un poco de hombros y Joseph advirtió que estaba mucho más delgado que un mes atrás—. Tenemos nuestros defectos, y en las dos últimas semanas lo he visto como nunca antes. —La palidez del rostro de Foubister hacía patente su inmensa desdicha. El muchacho se abrazó a sí mismo como si a pesar del deslumbrante sol veraniego estuviera muerto de frío—. Miro a compañeros con los que he trabajado, con quienes he pasado tardes enteras en la taberna conversando sobre toda clase de cosas, ideas profundas y verdaderas tonterías, con quienes he reído, he hecho disparates como subir al tejado a poner un espantapájaros. ¿Se acuerda de eso? Y lo que me viene a la mente es: «¿Fuiste tú?» —Se restregó los ojos y pestañeó varias veces—. Y luego me avergüenzo. Me siento como un traidor por haberlo pensado siquiera. Deseo pedir disculpas, pero no se me ocurre qué decir.

Joseph no lo interrumpió.

—Y todavía peor —prosiguió Foubister, hablando cada vez más deprisa—. La gente me mira, todos incluso Morel, y veo los mismos pensamientos en sus ojos, y el mismo arrepentimiento después, y tampoco saben qué decir. Es como una enfermedad, y nos está contagiando a todos. ¿Qué ocurrirá cuando esto haya pasado y se sepa quién fue? ¿Alguna vez seremos capaces de volver a ser como antes? ¡No me olvidaré de quienes pensaron que pude ser yo! ¿Cómo voy a sentir lo mismo por ellos? Y ¿cómo van a perdonarme por haberme preguntado...? ¡Y me refiero a muchas personas!

—Nada volverá a ser lo mismo —reconoció Joseph—, pero no tendremos más remedio que aguantarnos. Los amigos cambian, y eso no siempre es, malo. Todos cometemos errores. Piensa lo mucho que te gustaría ver los tuyos enterrados y olvidados y luego haz lo mismo por los demás y por ti mismo. —Tenía miedo de que pareciera una perogrullada, pues no se atrevía a decir lo que en realidad pensaba: ¿qué pasaría si nunca descubrían al asesino de Sebastian? ¿Y si la sospecha y la duda prolongaban su menoscabo para siempre, eternizando la desconfianza y el deterioro?

—¿Eso cree? —preguntó Foubister muy serio—. Tengo mis dudas. Estamos todos demasiado asustados para ser idealistas.

—¿Te caía bien Sebastian? —preguntó Joseph impulsivamente, justo cuando Foubister se había vuelto para marcharse. No sabía por qué lo preguntaba, y al instante deseó no haberlo hecho.

Foubister lo miró perplejo, tratando de descifrar su mirada.

—No estoy seguro —respondió con dolorosa sinceridad—. Hace un tiempo tenía claro que sí. Ni siquiera me lo hubiese planteado. Todo el mundo lo apreciaba, o al menos eso parecía. Era divertido, inteligente y más amable que nadie cuando quería. Además... —Se encogió levemente de hombros—. Cuando alguien comienza a caerte bien, se convierte en un hábito, y tú no cambias aunque los demás lo hagan.

—¿Pero? —lo instó Joseph.

—Cuando estabas con él veías algo bueno y creías que también tú podrías hacer algo importante —dijo Foubister un tanto atribulado—. Pero luego, a veces, simplemente se olvidaba de ti, o seguía adelante y hacía algo mucho mejor, dejándote aplastado.

Joseph procuró hacer caso omiso de sus propios sentimientos. Sebastian le había necesitado pero un buen día, cuando ya no fuese así, ¿habría tratado a Joseph con la misma brusca arrogancia? Nunca lo sabría. Dependía de lo que quisiera creer, y tenía que ser capaz de ejercer algún control sobre aquello.

—¿Alguien en concreto? —dijo en voz alta.

Foubister abrió los ojos como platos.

—Si lo que quiere decir es si sé quién lo mató, no, no lo sé. No coges un arma y disparas contra alguien porque te ha ofendido o te ha hecho sentir como un tonto, jano ser que estés loco! Igual le das un puñetazo o... —Se mordió el labio inferior, sonrojándose un poco—. No, ni siquiera harías eso, pues entonces estarías mostrando a todo el mundo lo mucho que te duele. Te limitarías a exhibir la mejor de tus sonrisas mientras los demás pudieran verte, mientras lo que deseas es encontrar un sitio donde esconderte. Depende de cómo seas, o bien buscas algo espectacular que hacer para demostrar que eres tan bueno como él, o bien la emprendes con el primero que pillas. No lo sé, profesor Reavley, quizá se pueda llegar a matar. Ojalá lo supiera, pues así al menos dejaría de sospechar de todos mis compañeros.

—Lo comprendo —dijo Joseph.

—Sí, supongo que sí. En cualquier caso, gracias por decirlo.

Foubister esbozó una sonrisa, se volvió y se marchó, con los hombros aún tensos y el cuerpo envarado, aunque moviéndose con cierta elegancia.

Joseph ya no tenía dudas. Debía revisar las traducciones que lo atormentaban, buscar las ocasiones en que Foubister y Sebastian habían escrito una misma frase brillante e inesperada. Aborrecía la idea de que el primero hubiese copiado, pero cada vez lo consideraba más probable. ¿Eran sólo los rumores lo que hacía a Foubister tan consciente y temeroso de las sospechas, o era la culpa?

Tal vez nunca lo sabría, pero tenía la obligación de intentar averiguarlo. Podía releer trabajos, comparar, hacer cuanto estaba en su mano para calmar su inquietud. Conocía tan bien la manera de redactar de Foubister como la de Sebastian. Si aún conservaba alguna destreza, alguna sensibilidad por la cadencia del lenguaje, sabría si un muchacho había copiado al otro. De lo contrario, sería poco más que un mecánico.

Regresó al interior y subió la escalera despacio, deslizando los dedos por el roble oscuro de la barandilla. El primer piso era más fresco, espacioso y aireado por tener el techo más alto y la ventana abierta.

Su habitación estaba recién arreglada gracias a los cuidados de la mujer de la limpieza. Era una buena persona, pulcra y eficiente.

Sacó los trabajos que tenía en mente. Sabía exactamente por cuáles empezar, pues sólo había un caso donde una misma frase muy imaginativa le había llamado la atención. Pensándolo bien, debería haberle hecho sospechar en su momento.

Localizó el trabajo de Sebastian y lo leyó. Era una traducción del griego, llena de lirismo, metáforas e imágenes. La había convertido en algo hermoso, rápido y ligero, con una excelente mezcla de palabras cortas y largas, sencillas y complejas, combinadas en un todo perfecto. Y ahí estaba la frase que recordaba: «Los árboles de miembros torcidos, aglomerados al borde del monte, soportaban la carga del cielo en sus hombros.»

Dejó el texto encima del escritorio y buscó la traducción de Foubister del mismo original. Estaba en medio de la hoja: «Los árboles de miembros encorvados gateaban por el borde del monte, cargando con el cielo sobre los hombros.»

Los griegos los habían descrito sólo como deformes y recortados contra el cielo. La idea de soportar o cargar no aparecía, como tampoco la sugerencia de una intención humana. Se parecían demasiado para tratarse de mera coincidencia.

Joseph no se movió de la silla mientras lo embargaba un frío pesar. No podía preguntar a Sebastian cómo había permitido que imitaran su trabajo con tanto descaro, y seguramente de poco serviría enfrentarse a Foubister. Acababa de jurar que jamás había copiado.

Si Joseph le ponía aquellos papeles delante, ¿seguiría negándolo? ¿Juraría que era casualidad? Hizo una mueca sólo de pensarlo. Apreciaba a Foubister, y se imaginaba el disgusto que se llevarían sus padres si lo expulsaban de manera tan vergonzosa.

No obstante, si había matado a Sebastian., no cabía pasarlo por alto.

Advirtió con sorpresa que el que emplease esas palabras, aunque fuera para sí, significaba que se había planteado ignorar que hubiese copiado.

No le apetecía ir a almorzar. Sentía un nudo en el estómago. ¿Qué otra explicación quedaba? ¿Dónde podía buscarla? ¿A quién podía preguntar?

De inmediato pensó en Beecher. Al menos podía contar con su sinceridad y atención. Tal vez incluso respetaría el silencio de Joseph si éste así se lo pedía.

Alcanzó a Beecher cuando éste cruzaba el patio camino del refectorio.

Beecher lo miró entornando los ojos.

—Tienes muy mala cara —dijo con una media sonrisa—. ¿Prevés algo desagradable en la sopa?

Joseph adaptó su paso al suyo.

—Llevas bastante más tiempo que yo en la enseñanza —comenzó sin más ceremonia—. ¿Qué explicación darías a que a dos estudiantes se les haya ocurrido una misma traducción, sumamente original, de un mismo pasaje, si no es que uno de los dos ha copiado?

Beecher lo miró frunciendo el entrecejo.

—¿Estamos hablando de Sebastian Allard? —preguntó mientras se internaban en las sombras del pasadizo abovedado y entraban en el refectorio. Brillantes luces de colores, procedentes de los escudos de armas de las vidrieras, bailaban sobre las paredes. Se oía un murmullo de voces y expectación. La atmósfera tendría que haber resultado infinitamente reconfortante.

Beecher se sentó solo, tras saludar con una inclinación de la cabeza a varias personas, aunque nada en ese ademán dio a entender que buscara su compañía.

—Posiblemente una conversación —dijo por fin, justo cuando un camarero apareció a sus espaldas para ofrecerle sopa—. Una experiencia compartida que produjo un hilo de pensamiento similar. Incluso cabe la posibilidad de que hayan leído el mismo libro de consulta.

Rehusó la sopa, cogiendo en cambio un panecillo que comenzó a desmenuzarse.

Joseph tampoco quiso sopa. Se inclinó un poco hacia delante por encima de la mesa y preguntó:

—¿Te has encontrado con un caso así alguna vez?

—¿Quieres decir si es probable? —inquirió Beecher—. ¿De quién estamos hablando?

Joseph titubeó.

—¿Por el amor de Dios! —exclamó Beecher, exasperado—. No te puedo dar mi opinión si no me refieres los hechos.

¿Estaba Joseph dispuesto a someterlo a prueba? ¿Acaso tenía otra opción?

—Sebastian y Foubister —dijo con abatimiento.

Beecher se mordió el labio superior.

—Estoy de acuerdo, es poco probable. Sólo que Sebastian no necesitaba copiar y no me imagino a Foubister haciéndolo. Es un buen tipo y no tiene un pelo de tonto. Lleva aquí el tiempo suficiente para saber a qué atenerse si algo así se descubriera. Si hubiese querido copiar, habría elegido a alguien menos idiosincrásico que Sebastian.

—¿Cómo lo averiguo?

—¿Pregúntale! No se me ocurre otro modo. —Beecher sonrió—. ¡Emplea la lógica, querido colega! Esa diosa inflexible a la que tanto admiras.

—La razón—lo corrigió Joseph—. Y no es inflexible, ¡sólo que le cuesta dar su brazo a torcer!

Fue en busca de Foubister, llevando el trabajo consigo.

—Esta frase es excelente—dijo, aborreciendo su doblez—. ¿Cómo se te ocurrió? Se aparta considerablemente del texto original. Foubister sonrió.

—Por la parte de las colinas de Gog Magog hay una hilera de árboles bastante parecida a ésa— contestó, señalando vagamente hacia el sur—. Un domingo fuimos de excursión y los vimos, perfilados contra el cielo despejado, y entonces llegó una tormenta de verano. Fue bastante espectacular.

—A eso llamo aprovechar una ocasión —observó Joseph—. Hazlo siempre que puedas, a menos que destruyas el espíritu del autor. Tal como lo hiciste aquí, pienso que mejora el original. Transmite el estilo del texto griego.

Foubister sonrió abiertamente. Su rostro moreno se iluminó otorgándole un repentino encanto.

—Gracias, señor.

—¿Quién más fue de excursión?

Foubister pensó un momento.

—Crawley, Hopper y Sebastian, creo.

Joseph se encontró devolviéndole la sonrisa, con una profunda sensación de alivio. —Tendría que habértelo dicho antes —dijo—. Es muy buena.

A media tarde Connie envió a Joseph una nota invitándolo a reunirse con ella y Mary Allard para tomar una limonada fría. Él reconoció el mensaje como una petición de ayuda y se armó de valor para responder a la llamada. Cerró el libro que estaba leyendo, atravesó el patio y se dirigió a Fellow's Garden, donde encontró a Mary Allard a solas. Ella se volvió al oír sus pasos en el sendero.

—Reverendo Reavley... —lo saludó, aunque ni su mirada ni su voz le dieran la

bienvenida.

—Buenas tardes, señora Allard —respondió Joseph—. Ojalá le trajera novedades, pero lo cierto es que no sé qué decirle para consolarla.

—Porque no hay nada que me consuele —dijo Mary Allard, cuyo tono de voz apenas 'atenuó la aspereza de sus palabras—. A menos que sepa cómo impedir que sigan diciendo esas cosas sobre mi hijo. ¿Sabe cómo hacerlo, reverendo? ¡Usted lo conocía tan bien como yo!

—Yo no lo conocía tan bien como usted —le recordó Joseph—. Por ejemplo, no sabía nada sobre su compromiso de matrimonio. Nunca lo mencionó.

Mary Allard lo miró con expresión desafiante.

—Eso es un asunto personal. Se acordó hace algún tiempo, pero, evidentemente, antes tenía que completar sus estudios. No era algo inminente. ¡Lo que quería decir es que usted conocía mejor que nadie sus cualidades! Sabía que era limpio de mente y de corazón, que era honesto de un modo que la mayoría de la gente ni siquiera entiende. —La rabia y el dolor ardían en sus palabras—. Sabía que era más noble que los hombres corrientes, que sus sueños eran más elevados y poseían una belleza que ellos nunca verán. —Miró a Joseph de arriba abajo como si lo viera claramente por primera vez y le resultara incomprensible—. ¿No le duele ver el modo en que cuestionan su decencia? —Su desprecio era descarnado y rotundo.

En ese momento Elwyn salió del salón y se aproximó a ellos. Mary Allard no se volvió.

—Cuando amas a alguien, también tienes que hallar en tu fuero interno el coraje para ver con franqueza lo bueno y lo malo de esa persona —dijo Joseph. Advirtió que ella estaba a punto de estallar de furia—. Sebastian era una buena persona, señora Allard, y prometía mucho, pero no era perfecto. Su crecimiento espiritual distaba mucho de haberse completado, y, negándonos a ver sus flaquezas, las reforzamos en lugar de ayudarlo a superarlas. Yo también soy culpable, y ojalá no fuese demasiado tarde para enmendar mi error.

El rostro de Mary le negó el perdón.

—Reverendo Reavley...

Elwyn la tomó del brazo, buscando con la mirada los ojos de Joseph. Sabía que Mary estaba equivocada, pero ignoraba cómo hacer frente, y mucho menos vencer, las flaquezas de ésta. Suplicó a Joseph en silencio que no lo obligase a hacerlo.

—¡Suéltame, Elwyn! —dijo Mary con acritud, intentando zafarse. Elwyn no la soltó, sino que tiró de ella con mayor firmeza. —Madre, ¡no podemos evitar que la gente diga lo que dice! ¿Por qué no vienes adentro? Hace calor aquí, sobre todo con ropa negra. Mary giró en redondo.

—¿Insinúas que no debería llevar luto por tu hermano? ¿Supones que me importa un

poco de incomodidad? —Le soltó de un tirón. Tan absorta estaba en su propio dolor que ni percibir podía el de su hijo Elwyn.

De pronto Joseph se enfadó con ella. El pesar de su madre era espantoso, de acuerdo, pero también egoísta. Se volvió hacia Elwyn.

—A veces el dolor nos resulta intolerable —dijo con delicadeza—, pero es muy generoso por tu parte que te preocupes más de tu madre que de ti mismo, y confieso que te admiro por ello.

Elwyn se sonrojó.

—Yo quería a Sebastian —dijo con voz ronca—. No nos parecíamos mucho, era más inteligente de lo que yo nunca seré, pero siempre me hizo sentir que respetaba las cosas que se me daban bien, como los deportes y la pintura. Decía que pintaba muy bien. Creo que muchas personas le tenían afecto.

—Me consta que así era —convino Joseph—. También sé que te admiraba y, más aún, que te quería.

Elwyn tuvo que volverse, pues le daba vergüenza exhibir sus emociones.

Joseph miró fijamente a Mary hasta que una oscura mancha de color asomó a sus mejillas. Lanzándole una mirada furiosa por haber descubierto sus flaquezas, se fue tras su hijo menor, a quien alcanzó cuando éste llegaba a la escalinata de la puerta del jardín.

Joseph la siguió al interior, pero Mary apenas se detuvo en el salón. Ofreció una breve disculpa a los presentes y salió presurosa detrás de su hijo por la puerta que daba al vestíbulo.

Joseph miró a Thyer, Connie y Harry Beecher, quienes se hallaban sumidos en un violento silencio.

—No se me ocurre nada útil que decir —confesó.

Thyer estaba un poco apartado, cerca de la puerta del jardín, y Connie y Beecher en el otro lado de la sala, más juntos, con sendos vasos de limonada en la mano.

—A todos nos ocurre lo mismo —dijo Connie—. No se sienta culpable, por favor.

—Sobre todo a su marido, pobre diablo, y no será porque no se esfuerza —agregó Thyer con una sonrisa que no alcanzaba a simular cierto grado de irritación—. Es extraño cómo ante las peores aflicciones ciertas personas tienden a distanciarse en vez de unirse más. —Lanzó una mirada a Connie y luego se volvió hacia Joseph—. Me gustaría recordarle que su marido también ha sufrido la misma pérdida que ella, pero Connie dice que sólo conseguiría empeorar las cosas.

—Todo las hace peores —puntualizó Connie—. Elwyn es quien más pena me da. El señor Allard es bastante mayor como para cuidar de sí mismo.

—No, no lo es —la contradijo Beecher en voz baja, sin un ápice de su característico humor—. Nadie es nunca lo bastante mayor para llorar una muerte a solas. Un poco de



ternura le ayudaría a hacer frente a la realidad, y así empezaría a recobrar lo suficiente para reanudar una vida más o menos normal.

Connie le dedicó una sonrisa y una mirada afectuosa.

—Me parece que Mary será incapaz de ver eso hasta dentro de mucho tiempo —dijo con tristeza—. Es una lástima. Lamentándose por lo que ha perdido, corre el riesgo de perder lo que todavía tiene. El rostro de Beecher se endureció.

Connie se dio cuenta, se ruborizó un poco y apartó la vista. Joseph oyó inspirar profundamente a Thyer, lo miró y se encontró con un rostro inexpresivo.

Connie rompió el silencio dirigiéndose a Joseph.

—Haremos cuanto podamos, aunque no creo que sirva de mucho. He procurado tranquilizar a Elwyn pero me consta que unas pocas palabras tuyas de vez en cuando le harían mucho bien.

—Se encuentra en una posición intolerable —agregó Thyer—. Parece que a los dos les importe un bledo su hijo.

Connie dejó el vaso. Tenía el rostro encendido.

—A veces, lo que las personas son está tan entretelado en su carácter y su vida que ninguna fuerza exterior, por grande que sea, puede cambiarlas. Ya eran así mucho antes de que mataran a Sebastian. Es sólo que esto hace que resulte más fácil verlo, no que sea fruto de lo ocurrido.

Esa misma tarde Joseph encontró a Edgar Morel paseando por el sendero que discurría junto al río.

La conversación comenzó mal.

—¡Supongo que piensa que lo maté por lo de Abigail! —espetó desafiante en cuanto Joseph lo alcanzó.

Joseph sintió la urgencia de descubrir la verdad antes que hiciera más daño.

—Te equivocas —contestó.

Morel lo miraba con dureza, a la defensiva, como si estuviera al borde del llanto. El peso de la sospecha estaba haciendo profunda mella en él.

—Por descontado, si mataron a Sebastian, tuvo que ser porque sabía algo abyecto de alguien, ¿no es eso? —dijo con amargura—. ¡Tiene que ser por envidia de su brillantez, su encanto o cualquier otra cosa! ¡Es imposible pensar que engañara a alguien, que robase o cometiera una vileza por el estilo! —Su sarcasmo resultaba tan exagerado que no llegaba a herir—. ¡Era demasiado bueno para eso! —Inconscientemente imitaba la voz de Mary Allard—. Nada es nunca culpa suya. Escuchando a su madre pensarías que fue el mártir de una santa causa y el resto de nosotros un hatajo de herejes bailando sobre su tumba.

—Procura ser paciente con ella —instó Joseph, sonriendo sin querer—. No tiene recursos para aceptar su pérdida.

—Nadie los tiene —dijo Morel con súbita furia—. Mi madre murió el año pasado, más o menos cuando Abigail me dejó por Sebastian. ¡Y no me puse a decirle a todo el que se me cruzaba por delante que eran unos desalmados porque no les importara! ¡El mundo no se detiene por la muerte de nadie! ¡Y eso no es excusa para ponerse insoportable!

—¡Morel, contrólate! —exclamó Joseph con dureza, alargando la mano para calmarlo.

Morel interpretó mal el gesto, echó el brazo hacia atrás y soltó un puñetazo. Dio de refilón en la mejilla de Joseph, quien aun así perdió el equilibrio, tanto por la sorpresa como por la fuerza del golpe. Se tambaleó retrocediendo y le faltó poco para caer.

Morel se quedó horrorizado.

Joseph se enderezó, sintiéndose idiota de remate. Confió en que nadie los hubiese visto. No deseaba dar más importancia al asunto, pero no hacer nada al respecto pondría fin a su autoridad y al respeto que Morel le profesaba. Reaccionó de manera instintiva. Dio un paso adelante y, para absoluta estupefacción de Morel, le devolvió el golpe. No pegó con mucha fuerza, aunque sí con la suficiente para hacerlo trastabillar. Le sorprendió su propia destreza; de haberle dado un poco más fuerte lo habría derribado.

—No vuelvas a hacer eso —dijo con toda la serenidad que su corazón palpitante le permitió—. Y haz el favor de centrarte. Alguien disparó a Sebastian y tenemos que conservar la sangre fría para averiguar quién lo hizo, no corretear como un puñado de colegialas histéricas.

Morel inspiró entrecortadamente, frotándose la mandíbula.

—Sí, señor —dijo obedientemente—. ¡Sí, señor!

Joseph sabía que había manejado bien la situación, pero le apeteció dar un largo paseo y tomar algo a solas en alguna taberna tranquila, arropado por la calidez de la risa y la amistad pero sin tener que ser partícipe de ellas. Estaba hasta la coronilla de las emociones de los demás. Le bastaba y sobraba con su propia carga. Aún no había transcurrido un mes desde que mataran a sus padres y la herida de aquella pérdida seguía abierta.

Por añadidura, después de que el fallecimiento de Eleanor hiciera pedazos su mundo afectivo, restando energía y empuje a su fe, había reconstruido cuidadosamente una fortaleza valiéndose de la razón, el orden impersonal y la sensatez. El resultado le pareció bueno, a prueba de las arremetidas de la pena, la soledad y las dudas de toda clase. Le había costado un esfuerzo soberano crearla, pero su autenticidad era lo bastante bella para sostenerlo ante la adversidad.

Excepto que no estaba dando resultado. Todo cuanto sabía continuaba allí, seguía siendo cierto, pero carecía de alma. ¿Tal vez la esperanza fuese poco razonable? La confianza no se fundamenta en hechos. Al tratar con los hombres, lo prudente es no saltar donde no puedes ver. Al tratar con Dios, es el paso final sin el cual el viaje carece de propósito.

Apartó esos pensamientos de su mente y se centró en los problemas presentes, más prosaicos. Oscilaba entre el miedo a que su padre estuviese en lo cierto, pues en tal caso

una espantosa conspiración estaba a punto de estallarles encima, y la insidiosa duda de que hubiese sido un iluso, perdiendo el contacto con la realidad. Esta idea lo atormentaba.

Además, le dolía la mejilla, que presentaba un rasguño. No tenía ganas de darle explicaciones a nadie, y mucho menos a Beecher. De un modo u otro la conversación derivaría hacia el tema de Sebastian y acabaría resultando desagradable.

Así pues, en lugar de ir al Pickerel, con sus mesas junto al río y sus parroquianos conocidos, anduvo a lo largo de los Backs en dirección contraria. Llegó casi hasta Lammas Land, encontró una pequeña taberna con vistas a los campos y al estanque de Mill Pond, entró y se sentó junto a la barra, revestida con paneles de roble oscurecidos por el tiempo. Encima de ésta, una hilera de jarras de peltre colgadas de un riel brillaba con el sol que entraba por la puerta abierta. El suelo era un entarimado de ásperos y anchos tablones que pocos años atrás habría estado cubierto de serrín.

A tan temprana hora sólo había un par de ancianos sentados en un rincón y una bonita camarera de tez clara con una abundante melena recogida en un descuidado lazo en la nuca. Su cabello era del color desvaído del trigo y cuando inclinó la cabeza mientras llenaba una jarra de cerveza para uno de los hombres, la luz formó una aureola de oro pálido a su alrededor.

Alcanzó la cerveza al hombre, que le dio las gracias con la soltura de la costumbre, y entonces se volvió hacia Joseph.

—Buenas tardes, señor —lo saludó alegremente. Su voz era gratamente suave pese al marcado acento de Cambridgeshire—. ¿Qué le sirvo?

Joseph no era muy aficionado a la cerveza.

—Sidra, por favor —contestó—. Media pinta.

Empezaría con media y quizá luego se tomara otra. El lugar era agradable y la sensación de soledad era exactamente lo que deseaba.

—Aquí tiene, señor. —Se la sirvió, observando el líquido dorado hasta que llegó justo al borde del vaso—. No le había visto antes por aquí, señor. Preparamos una comida bastante buena, si le apetece picar algo. Cosas sencillas, pero ahí están si tiene apetito.

Joseph no estaba particularmente hambriento, pero de pronto la idea de sentarse allí contemplando las aguas mansas del estanque y el sol poniéndose lentamente detrás de los árboles le pareció una perspectiva mucho mejor que regresar a cenar en el refectorio, donde tendría que conversar amablemente, sabiendo de sobra que todo el mundo andaría preguntándose qué demonios le había ocurrido en la caray haciendo conjeturas. A veces la discreción resultaba tan ruidosa que lo dejaba sordo a uno.

—Gracias —dijo—. Probablemente lo haré.

—¿Está en un colegio? —preguntó la camarera, tratando de entablar conversación mientras le entregaba una carta con los platos del día.

—En St. John's —respondió Joseph, echando un vistazo al menú—. ¿Qué hay de

encurtido?

—Tomates verdes, señor. Son caseros, y aunque no esté bien que lo diga, son los mejores que he comido en mi vida, y casi todos los clientes están de acuerdo.

—Entonces eso es lo que tomaré, por favor.

—De acuerdo, señor. ¿Qué clase de queso prefiere? Tenemos queso de Ely, o un excelente medio y medio de la región. —Se refería a una combinación de queso blanco curado y queso amarillo cremoso—. ¿O le gusta más el francés? —agregó—. Puede que nos quede un poco de brie.

—El medio y medio parece bueno.

—Lo es. Muy fresco. Tucky Nunn lo ha traído esta mañana —dijo la camarera. Titubeó, como si quisiera añadir algo pero no estuviera segura de que fuese apropiado hacerlo.

Joseph aguardó.

—¿Ha dicho St. John's, señor? —Un leve rubor asomó a sus mejillas y la voz sonó un poco más aguda.

—Sí.

—Usted... —La chica tragó saliva—. ¿Conocía a Sebastian Allard?

—Sí, bastante bien. —¿Qué podía saber ella de Sebastian?—. ¿Usted también? —preguntó.

La camarera asintió con la cabeza, y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Me parece que tomaré la cena fuera —dijo Joseph con una discreta sonrisa—. ¿Tendría la amabilidad de llevármela?

—Sí, señor, por supuesto —contestó ella, y acto seguido se volvió, ocultando el semblante.

Joseph salió al soleado exterior y encontró una mesa puesta para dos. Antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos se presentó la camarera con una bandeja que depositó delante de él. El pan estaba cortado en rebanadas gruesas. La crujiente corteza aparecía cuarteada en los bordes por la presión del cuchillo. Un ramito de perejil decoraba los dados de mantequilla y el queso era fresco y aromático. Nunca había visto un encurtido de tomate como aquél, pero los trozos eran grandes y el jugo de un apetitoso color oscuro.

—Gracias —dijo, tomándose un momento para apreciar los manjares antes de levantar la vista hacia los ojos de la chica. Ésta seguía un tanto atribulada y dubitativa.

—¿Han...? ¿Saben ya lo que sucedió? —preguntó ella.

—No. —Joseph le indicó la otra silla con un ademán—. Seguro que los clientes que hay dentro se las arreglarán sin usted por unos minutos. Siéntese y hable conmigo, por favor. Yo apreciaba mucho a Sebastian, pero creo que no lo conocía tan bien como pensaba.

¿Venía por aquí con frecuencia?

La muchacha se ruborizó levemente y bajó los ojos por un instante antes de mirarlo con expresión franca.

—Sí, este verano.

No agregó que iba a verla a ella; resultaba innecesario. No precisaba ninguna explicación: cualquier muchacho lo hubiese hecho. Se preguntó con una frialdad que aún le dolía, pese a que poco a poco iba aceptando los hechos, si Sebastian la habría utilizado de un modo completamente egoísta, sin que ella supiera nada acerca de su compromiso con Regina Coopersmith. Por otra parte, era muy probable que aquella encantadora camarera no se hubiese hecho ilusiones de casarse con Sebastian Allard. ¿O tal vez sí? ¿Era concebible que desconociese por completo el mundo del que él procedía?

—Soy Joseph Reavley —se presentó—. Doy clase de lenguas bíblicas en St. John's.

Ella sonrió tímidamente.

—Ya me figuraba yo que no podía ser otro. Sebastian hablaba mucho de usted. Decía que usted hacía que las gentes de la antigüedad, con sus ideas y sus sueños, tuvieran vida propia, que existieran de verdad, no sólo como un montón de palabras impresas en papel. Decía que les daba importancia, que juntaba el pasado y el presente convirtiéndolos en una misma cosa, consiguiendo que el futuro fuese más importante. —Se sonrojó, un tanto avergonzada, pues sabía que ponía en su boca palabras que no eran suyas, aunque saltaba a la vista que las entendía y las creía—. Me dijo que usted le enseñó que la belleza, la belleza real, esas cosas que están dentro de uno, perdura. —Inspiró entrecortadamente, controlándose con dificultad—. Y que es muy importante lo que uno deja tras de sí. Que eso es tu agradecimiento por el pasado, tu amor por el presente y tu regalo para el futuro.

Joseph se sorprendió mucho más gratamente de lo que deseaba, porque aquello despertaba todos los antiguos sentimientos de amistad, confianza y esperanza en la integridad de Sebastian que mucho temía se le escapaban entre los dedos para convertirse en algo más mediocre y prosaico.

—Me llamo Flora Whickham —prosiguió ella, cayendo en la cuenta de que no se había presentado.

—Encantado, señorita Whickham —dijo Joseph.

—¿Cree que tuvo algo que ver con la guerra? —preguntó ella, y su rostro se ensombreció.

—¿La guerra? —inquirió él, perplejo.

El rostro de Flora reveló un temor que esta vez nada tenía que ver con la mera repetición de las palabras de un tercero.

—Le daba un miedo horrible que fuese a estallar una guerra en Europa—explicó Flora—. Decía que todos estaban con los nervios de punta. Por supuesto, siguen estándolo, sólo que ahora es peor con esas personas que mataron en Serbia. Pero Sebastian decía que

de todos modos iba a estallar. Los rusos y los alemanes tienen ganas, y los franceses también. Oigo lo que la gente dice ahí dentro —ladeó un poco la cabeza hacia el interior de la taberna—, acerca de que los banqueros y los dueños de las fábricas no permitirán que suceda porque hay demasiado que perder. Y que tienen suficiente poder para impedirla. — Bajó la vista y enseguida volvió a mirarlo—. Pero Sebastian aseguraba que estallaría porque es la razón de ser de los gobiernos y los ejércitos, y que ellos son los que ostentan el verdadero poder. Tienen la cabeza llena de sueños de gloria y no saben cómo será en realidad. Decía que eran como una cordada de ciegos corriendo hacia un precipicio. Pensaba que habría millones de muertos...

Escrutó el rostro de Joseph, anhelando que le dijera que aquello no iba a ocurrir.

—Nadie desea la guerra —dijo Joseph con prudencia, pero con la seriedad que la pasión y la inteligencia de la muchacha merecían—. Una incursión aquí o allí tal vez, pero una guerra declarada, de ningún modo. Y nadie mataría a Sebastian por no desearla a su vez.

De inmediato se dio cuenta de la banalidad de sus palabras. ¿Por qué no podía hablar con el corazón?

—No lo comprende —sostuvo Flora, avergonzada por contradecirle pero no lo bastante para no insistir—. Él deseaba hacer algo al respecto; era pacifista. No me refiero sólo a que no quisiera combatir, sino a que iba a hacer algo para evitar que ocurriera. — Hizo una mueca—. Sé que a su hermano no le gustaba eso, y a su madre la habría sacado de quicio porque hubiese creído que era una cobardía. Para ella, o eres leal y luchas, o eres desleal y traicionas a tu gente. Y punto. Al menos eso es lo que Sebastian me dijo. — Bajó la vista a sus manos y prosiguió—: Pero Sebastian se habría distanciado de ellos. No tenía dudas al respecto. Sus ideas eran distintas, un siglo por delante de las de ellos. Deseaba que toda Europa fuese una y que sus pueblos no volvieran a luchar entre sí como en la guerra franco—prusiana o en todas las guerras que hemos librado con Francia. — Levantó la mirada y buscó los ojos de Joseph con expresión seria—. Para él, eso significaba más que nada en el mundo, señor Reavley. Estaba informado sobre la guerra de los Bóers y el modo horrible en que todo el mundo sufrió, incluidos mujeres y niños. Y no sólo las víctimas, sino el efecto que tenía en las personas cuando luchan así.

Su rostro se mostraba abatido bajo la tenue luz del atardecer. El sol rielaba en el estanque que parecía un antiguo espejo desazogado por las algas. Unas libélulas flotaban sin avanzar en el aire, sostenidas por alas invisibles. En la calma reinante, un perro que ladraba en la lejanía parecía a un tiro de piedra de distancia.

—Los hace cambiar por dentro —prosiguió Flora, sin apartar la vista de Joseph para comprobar hasta qué punto la comprendía—. ¿Se figura cómo se sentiría si fuese su hermano, o su marido, cualquier ser querido, quien matase como un carnicero a personas de toda clase, mujeres, niños, ancianos, gente como la de su propia familia? — Hablaba en voz baja y un poco ronca por el dolor que imaginaba—. ¿Se figura intentando sentirse otra vez una buena persona? ¿Conversando a la hora del desayuno, como si todo le hubiese

pasado a otro? ¿O contando un cuento a sus hijos, poniendo flores en un jarrón, pensando qué preparar para la cena, cuando es la misma persona que condujo a cien mujeres y niños a un campo de concentración a sabiendas de que morirían de hambre? Sebastian habría hecho cualquier cosa con tal de evitar que eso volviera a ocurrir. Pero no pudo decírselo a nadie. A sus padres les parecería horrible, no comprenderían nada. Le verían como un cobarde.

—No... —repuso Joseph, despacio, consciente de que Flora llevaba razón. No le costó imaginar la reacción de Mary Allard ante semejante concepto. Se negaría rotundamente a creerlo. Ningún hijo suyo, y mucho menos su adorado Sebastian, sería capaz de abrazar algo tan ajeno a la clase de patriotismo del que ella había hecho gala toda la vida, con su dedicación al deber y el sacrificio, y la innata superioridad de su estilo de vida, de su código de honor—. ¿Su hermano estaba al corriente de esos sentimientos?

Flora negó con la cabeza.

—Me parece que no. Es un idealista, pero de otra clase. Para él la guerra consiste en grandes batallas, gloriosas victorias y esa clase de cosas. No piensa en cuando uno está tan cansado que apenas se tiene en pie y le duele todo el cuerpo, en que hay que matar a otras personas que son iguales que tú y tratar de destrozarse toda su vida.

—La guerra de los Bóers no fue así —dijo Joseph sin pensar, y de inmediato se preguntó si no estaría siendo tan ingenuo como Elwyn, viendo sólo lo que le resultaba soportable ver... una vez más—. ¿Es eso lo que Sebastian realmente creía? —preguntó.

—Más que nada en el mundo —contestó ella.

Joseph se fijó en los ojos serenos y arrasados en lágrimas de Flora, en la boca firmemente cerrada con fuerza para dominarse, en los labios temblorosos, y comprendió que aquella mujer había conocido a Sebastian mejor que él e infinitamente mejor que Mary Allard o Regina Coopersmith, quien probablemente no lo conocía en absoluto.

—Gracias por hablarme con tanta franqueza —dijo Joseph sinceramente—. Tal vez guarde alguna relación con eso, aunque en realidad lo ignoro. Tendría tanto sentido como cualquier otra cosa.

Terminó su cena arropado por el sol poniente, completándola con otro vaso de sidra y un trozo de tarta de manzana con crema de leche, y volvió a charlar con Flora, recordando cosas alegres. Cuando ya anochecía regresó por la orilla del río hasta St. John's. Quizás había descubierto el lugar adonde Sebastian iba cuando nadie sabía donde se encontraba, lo cual no costaba nada comprender. Sonrió al pensar lo sencillo que era y se dijo que, de haber tenido una madre como la suya, con su opresiva veneración, él hubiese hecho lo mismo.

\* \* \*

## 10

Matthew no refirió de inmediato a Shearing su intención de seguir investigando a Patrick Hannassey además de Neill. Había demasiadas incertidumbres como para justificar un caso que mereciera su plena dedicación y aún no sabía en quién confiaba. Si existía una conspiración para asesinar al rey, no concebía que Shearing estuviera envuelto en ella.

Y si se trataba de otra cosa, aunque cuanto más pensaba en el asunto, más le parecía que éste poseía todas las cualidades del horror y la traición, estaría desperdiciando su tiempo. De ser así, tendría que abandonar la investigación al instante y cambiar de rumbo para perseguir cualquier nueva amenaza en ciernes. No había tiempo que perder con explicaciones.

En el siglo anterior, en el momento más álgido de la violencia fenianista,\* se había establecido un Departamento Especial dedicado en exclusiva a los problemas con Irlanda. Desde entonces había ampliado su campo de acción a cualquier amenaza para la seguridad y la estabilidad del país (anarquía, traición, agitación social), aunque la cuestión irlandesa seguía siendo su principal razón de ser. Por consiguiente, Matthew hizo algunas averiguaciones discretas entre sus colegas más próximos y el miércoles a la hora del almuerzo se encontró paseando por Hyde Park en compañía de un tal teniente Winters, quien se había mostrado dispuesto a brindarle su ayuda. No obstante, Matthew sabía de sobra que cada departamento de los servicios de inteligencia custodiaba celosamente la información de que disponía y que era más fácil arrancarle los dientes a un cocodrilo que sonsacarles un dato que prefirieran guardarse. Maldijo la necesidad de secretismo que le impedía decirles toda la verdad. Sin embargo, la advertencia de su padre resonó en sus oídos y no se atrevió a ignorarla. Una vez revelado el secreto, ya no cabría retirarlo.

—¿Hannassey? —dijo Winters haciendo una mueca—. Es un hombre extraordinariamente inteligente. No se le escapa nada y tiene una memoria de elefante. Y lo que es más importante, relaciona una cosa con otra y deduce una tercera.

Matthew escuchaba con atención.

—Todo un patriota irlandés —continuó Winters, contemplando la jovial escena que les ofrecía el parque: parejas paseando cogidas del brazo, mujeres ataviadas con conjuntos veraniegos, en su mayor parte de temática náutica. Un organillero tocaba baladas populares y tonadas de teatro de variedades, sonriendo cuando los transeúntes le arrojaban monedas. Un grupo de críos, los niños con trajes oscuros y las niñas con pichis rematados de encaje, lanzaban palos a dos perros.

»Se formó en los jesuitas —prosiguió Winters—, pero lo más interesante acerca de él es que ni su aspecto ni su forma de hablar son típicamente irlandeses. No tiene nada de acento, o, al menos, cuando se lo propone parece que sea inglés. También habla con soltura francés y alemán, y ha viajado Mucho por buena parte de Europa. Se conoce que tiene buenos contactos con el socialismo internacional, aunque no sabemos si simpatiza con ellos o si se limita a utilizarlos.



—¿También con otros grupos nacionalistas? —preguntó Matthew, sin saber en qué dirección avanzaba pero pensando ante todo en los serbios, puesto que recientemente habían recurrido al asesinato como arma.

—Probablemente —contestó Winters con expresión meditabunda—. El problema es que resulta muy difícil seguirle la pista debido a esa apariencia tan anodina. No me consta que se disfrace. —Echó una mirada a Matthew, ladeando la cabeza, y añadió con humor—: No, nada tan melodramático como pelucas o bigotes postizos. Basta con que cambie de ropa, de peinado y de forma de caminar para convertirse en una persona diferente. Luego nadie le recuerda ni sabe cómo describirlo.

\* Relativa a la organización revolucionaria irlandesa fundada en Nueva York en 1858, que trabajó por el establecimiento de la república independiente de Irlanda, origen del movimiento nacionalista del Sinn Fein, iniciado en 1905.

Un muchacho que llevaba uniforme de la Guardia Real pasó junto a ellos silbando alegremente y con una sonrisa de despreocupación en el rostro.

—De modo que tiene sentido de la proporción, nada de teatro —observó Matthew, refiriéndose a Hannassey—. Muy listo.

—Va a por todas —afirmó Winters—. Nunca pierde de vista la meta fundamental, y carece de vanidad.

—¿Y cuál es esa meta fundamental?

—La independencia de Irlanda por encima de todo. Los católicos y los protestantes juntos, lo quieran o no.

—¿Es obsesivo?

Winters reflexionó por un instante.

—No tanto como para perder el equilibrio —dijo al fin—. ¿Por qué lo pregunta?

—Me han llegado rumores de una conspiración —dijo Matthew con el mismo tono desenfadado—. Me preguntaba si Hannassey estaría implicado.

Winters se puso un poco tieso.

—Si se trata de una conspiración irlandesa, será mejor que me lo cuente —dijo Winters, manteniendo su paso firme y desenvuelto mientras adelantaban a un caballero de avanzada edad que se había detenido para encender un puro, ahuecando las manos para proteger la llama de una cerilla. La brisa era muy leve, poco más que un susurro, pero bastaba para apagar una cerilla.

El organillero pasó a una canción de amor y algunos jóvenes empezaron a cantar con él.

—No me consta que lo sea —respondió Matthew, muy tentado de referir cuanto sabía. Sentía la acuciante necesidad de tener un aliado. La soledad de la confusión y la

responsabilidad pesaba sobre él de un modo asfixiante—. Pueden ser muchas cosas — añadió.

Winters conservaba la misma expresión sombría y miraba al frente evitando la mirada de Matthew.

—¿Cuánto sabe realmente acerca de lo que está diciendo, señor Reavley?

Aquél era el momento decisivo. Matthew jugó el todo por el todo.

—Sólo que alguien descubrió un documento donde se bosquejaba una conspiración muy grave y que lo mataron antes de que pudiera enseñármelo —contestó—. El documento ha desaparecido. Estoy intentando evitar un desastre sin saber de qué se trata. Pero habida cuenta del motín en el Curragh, el fracaso para alcanzar un acuerdo anglo—irlandés y la reciente declaración del rey apoyando a los unionistas, opino que un complot contra Su Majestad encaja demasiado bien como para pasarlo por alto.

Winters caminó en silencio no menos de cincuenta metros, lo que los llevó a rodear un extremo del estanque del Serpentine. El sol apretaba. El aire, casi inmóvil, traía hasta ellos retazos de risas y música desde la lejanía.

—No lo veo tan claro —dijo Winters por fin—. No ayudaría a la causa irlandesa. Es demasiado violento.

—¡Demasiado violento! —exclamó Matthew atónito—. ¿Desde cuándo ha sido eso un obstáculo para los nacionalistas irlandeses? ¿Ha olvidado los asesinatos de Phoenix Park? ¡Por no mencionar otra veintena de actos terroristas! La mitad de los dinamiteros de Londres han sido seguidores del fenianismo.

Tuvo que morderse la lengua para no decirle que estaba diciendo tonterías.

Winters se mostró imperturbable.

—Los irlandeses católicos desean el autogobierno y la independencia de Gran Bretaña —dijo pacientemente, como si se tratara de algo que se veía obligado a explicar infinidad de veces a hombres que se negaban a comprender—. Quieren fundar su propia nación con su Parlamento, su Ministerio de Relaciones Exteriores, su economía y todo lo demás.

—Eso es imposible sin violencia —señaló Matthew—. En 1912, más de doscientos mil ciudadanos del Ulster, e incluso más ciudadanas, firmaron la Solemne Liga y Pacto para emplear todos los medios necesarios contra la actual conspiración para establecer un Parlamento Autónomo en Irlanda. ¡Si alguien piensa que va a suprimir el Ulster sin violencia es que nunca ha estado a menos de cien kilómetros de Irlanda!

—Es justo lo que le quería decir —apuntó Winters con gravedad—. Para conservar alguna esperanza de éxito, los nacionalistas irlandeses tendrán que ganarse la cooperación de tantos países como puedan. Si asesinan al rey, serán vistos como meros criminales y perderán el apoyo de las naciones..., apoyo que saben que necesitan.

Se cruzaron con una pareja de ancianos que paseaban cogidos del brazo, a quienes saludaron cortésmente descubriéndose la cabeza.

—Hannassey es cualquier cosa menos idiota —continuó Winters cuando ya no podían oírlo—. Si no era consciente de eso antes del atentado de Sarajevo, sin duda ahora lo es. Es posible que Europa no apruebe que Austria tenga sometida a Serbia, y cabe que eso genere un enredo tan violento y desequilibrado de temores y promesas diplomáticas que el asunto termine en guerra. Ahora bien, quienes tienen todas las de perder son los nacionalistas serbios, eso se lo aseguro. E insisto: Hannassey no tiene un pelo de tonto.

Matthew quiso replicar, pero mientras tomaba aire para hacerlo se percató de que era para defender a su padre más que porque realmente creyese lo contrario.

Si Hannassey era tan lúcido como Winters aseguraba, no elegiría el asesinato del rey como arma..., salvo si tenía garantías de poder atribuirlo a terceros.

—Los irlandeses no cargarían con la culpa si el magnicidio pareciera ser obra de... — se interrumpió.

Winters enarcó las cejas con expresión de curiosidad.

—¿Sí? ¿A quién tiene en mente? ¿A quién no se le podría seguir la pista o no los delataría, queriendo o sin querer?

No había nadie, y ambos eran conscientes de ello. Ni siquiera importaba que los irlandeses estuvieran o no detrás del complot, pues de todos modos las culpas recaerían en ellos. Sin duda aborrecerían la idea de un magnicidio y tendrían tantas ganas de — evitarlo como el propio Matthew. Se encontraba en un callejón sin salida.

—Lo lamento —dijo Winters, atribulado—. Me parece que está dando caza a un fantasma. Su informador peca de exceso de celo. —Sonrió, quizá para que sus palabras resultaran menos hirientes—. O es un aficionado, o intenta darse más importancia de la debida. Siempre hay rumores y trozos de papel en circulación. El truco consiste en separar los que tienen fundamento. Éste es trivial. —Hizo una mueca de resignación—. Me temo que tengo suficientes amenazas reales que investigar. Más vale que regrese al trabajo. Buenos días.

Avivó el paso sin más dilación y en un abrir y cerrar de ojos se perdió de vista entre los demás peatones.

Shearing lo convocó a su despacho al día siguiente, recibéndolo con expresión grave.

—Siéntese —ordenó. Cansado e impaciente, ponía mucho cuidado en controlar la voz, aunque incluso así se percibía un dejo áspero—. ¿Qué es esa conspiración irlandesa de asesinato a la que le sigue la pista? —inquirió—. No..., no se moleste en contestar. Si no es lo bastante importante para haberme informado, no debería estar perdiendo el tiempo con eso. ¡Déjelo! ¿Entendido?

—Ya lo he dejado —dijo Matthew lacónicamente. Era la verdad, pero no del todo. Si no era irlandés, tendría otro origen, y seguiría investigando hasta descubrirlo. Nunca antes había mentido a Shearing y la sensación le resultó sumamente incómoda.

—Muy prudente de su parte —dijo Shearing—. Hay huelgas en Rusia. Más de ciento

cincuenta mil hombres pararon sólo en San Petersburgo. Y, según parece, el lunes intentaron asesinar otra vez a Rasputín, el monje loco de la zarina. No tenemos tiempo para dar caza a fantasmas y duendes personales. —Miraba fijamente a Matthew—. Nunca lo he considerado una persona ávida de gloria, Reavley, pero si descubro que estoy equivocado, saldrá tan rápido de aquí que sus pies apenas tocarán el suelo.

Su expresión era de desafío y también de enfado. Matthew sintió una punzada de angustia al constatar que la actitud de Shearing contenía también una dosis de miedo, debido a que los acontecimientos estaban fuera de control.

—La situación en los Balcanes está empeorando casi a diario —continuó Shearing con severidad, fulminándolo con la mirada—. Corren rumores de que Austria está preparándose para invadir Serbia. Si lo hace, existe un peligro muy grave y real de que Rusia intervenga para proteger a Serbia. La lengua, la cultura y la historia los convierten en aliados naturales. —Tenía el rostro tenso, y las manos, morenas e impecables, apretadas sobre la mesa con tanta fuerza que los nudillos se veían blancos—. Si Rusia se moviliza será sólo cuestión de días que Alemania haga lo propio. El káiser se verá rodeado de naciones hostiles, todas ellas armadas hasta los dientes y más poderosas semana tras semana, y por más desequilibrado que esté, hasta cierto punto no le falta razón. Se enfrentará con Rusia en oriente y con Francia en occidente. Europa en guerra.

—Pero nosotros no —dijo Matthew, consciente de que sus palabras carecían de aplomo, pues su voz también sonó dubitativa y hasta cierto punto temerosa, ya que comenzaba a darse cuenta de la enormidad de lo que se avecinaba—. No suponemos una amenaza para nadie y no puede decirse que sea asunto nuestro.

—¡Sabe Dios! —replicó Shearing.

—¿No es precisamente un momento idóneo para que los nacionalistas ataquen? —Matthew no podía ni quería olvidar el documento y la indignación de su padre—. Si yo fuese su líder, desde luego aprovecharía la ocasión.

—Diría que eso también lo sabe sólo Dios —dijo Shearing en tono mordaz—. Pero vamos a dejar que el Departamento Especial se ocupe de eso. Irlanda es su problema. Usted concéntrese en Europa. Es una orden, Reavley. —Le tendió un montón de papeles que tenía encima del escritorio—. Por cierto, «C» quiere verlo en su despacho dentro de media hora —agregó sin mirarle.

Matthew se quedó helado. Sir Mansfield Smith—Cumming dirigía el Servicio Secreto de Inteligencia desde 1909. Había iniciado su carrera como alférez de navío en la Royal Navy, donde sirvió en las Indias Orientales hasta que lo apartaron del servicio activo a causa de sus constantes mareos. En 1898 se reincorporó y llevó a cabo con éxito varias misiones de espionaje para el Almirantazgo. La agencia que en ese momento dirigía servía a todos los cuerpos del ejército así como a los organismos políticos de más alto nivel.

—Sí, señor —dijo Matthew con voz ronca. Las ideas se agolpaban en su cabeza. Antes de que Shearing levantara la vista, giró en redondo y salió al pasillo. Estaba temblando.

Exactamente treinta minutos después lo hicieron pasar al despacho de Smith—Cumming, una estancia de aspecto espartano que no tuvo tiempo de mirar. Se puso en posición de firmes y aguardó.

Smith—Cumming lo miró con expresión adusta.

—Capitán Reavley, señor —dijo Matthew—. Ha mandado llamarme, señor.

—En efecto —convino «C».

Matthew aguardaba con el corazón en un puño. Sabía que su futuro profesional dependía de lo que dijera u omitiese en aquella entrevista.

—Siéntese —ordenó «C»—. No se marchará hasta que me cuente todo lo que sabe acerca de esa conspiración que está investigando.

Matthew se alegró de sentarse. Acercó la silla más próxima al escritorio de «C» y se dejó caer en ella.

—Obviamente, no está en posesión de ninguna prueba documental —siguió «C»—. Como tampoco la tienen, al parecer, los hombres que lo han estado siguiendo a usted, y a mí de vez en cuando.

Matthew permanecía inmóvil en el asiento.

—¿No lo sabía? —inquirió «C».

—Sabía que me seguían, señor —dijo Matthew después de tragar saliva—, pero ignoraba que también le hubiesen seguido a usted.

«C» enarcó las cejas, suavizando un poco la severidad del rostro.

—¿Sabe quién es?

—No, señor. —Estuvo a punto de pedir disculpas, pero se abstuvo de hacerlo.

—Se trata de un agente alemán —explicó «C»—. Se llama Brandt. Por desgracia, eso es prácticamente lo único que sabemos sobre él. ¿Dónde, cuándo y cómo se enteró usted de la existencia del documento?

Matthew ni siquiera consideró la posibilidad de mentir.

—Me lo dijo mi padre, señor, por teléfono, el 27 de junio a última hora de la tarde.

—¿Dónde se encontraba usted?

—En mi despacho, señor. —Matthew notó que se sonrojaba mientras lo decía. El coche abollado apareció claramente en su mente; el rostro de su padre, el chirrido de los neumáticos... Sintió vértigo. Era culpa suya.

«C» se mostró menos intransigente.

—¿Qué le contó?

A Matthew le costó trabajo expresarse con serenidad y no pudo evitar hacerlo con voz ronca.

—Que había descubierto un documento en el que se bosquejaba una conspiración que arruinaría el honor de Inglaterra para siempre y que cambiaría el mundo irreparablemente para peor.

—¿Había oído algo al respecto con anterioridad?

—No, señor.

—¿Encontró difícil darle crédito?

—Sí, casi imposible.

Era la verdad. Le daba vergüenza, pero aún le costaba creerlo.

—¿Repitió usted lo que le dijo para cerciorarse de haberle entendido bien?

—No, señor. —A Matthew le ardían las mejillas—. Aunque sí repetí el hecho de que iba a traérmelo al día siguiente.

Admitirlo resultaba condenatorio. Sólo faltaba que mintiera al respecto para acabar de ser culpable del todo.

«C» asintió muy despacio con la cabeza. Sus ojos reflejaban compasión.

—Interesante —dijo en tono meditabundo—. En tal caso, quien quiera que lo oyera ya sabía que el documento había desaparecido y que obraba en poder de su padre. Eso nos dice mucho. ¿Qué más sabe?

—Alguien hizo que el coche de mi padre se saliera de la carretera. Como consecuencia de ello, mi padre y mi madre murieron en el accidente —contestó Matthew. Vio un brillo de lástima en los ojos de «C». Inspiró profundamente —, En cuanto la policía me avisó, fui a Cambridge a recoger a mi hermano mayor, Joseph...

—¿No estaba enterado? —lo interrumpió «C»—. Estaba más cerca y, según dice, es mayor que usted.

—Sí, señor. Estaba en un partido de críquet. Perdió a su esposa hace cosa de un año. Creo que no quisieron que se enterara por alguien del colegio. El director también participaba en el partido, así como gran parte de sus amigos.

—Entiendo. De modo que fue en coche hasta Cambridge y se lo contó. ¿Qué más?

—Identificamos los cuerpos de nuestros padres y revisé sus efectos personales, y luego los restos del coche, en busca del documento. No lo encontré. Después fuimos a casa y la registramos. Preguntamos al banco y a nuestro abogado. Cuando regresamos del funeral, alguien había registrado la casa.

—Sin éxito —apuntó «C»—. Al parecer siguen buscándolo. Cabe suponer que se trata de una segunda copia, lo cual nos da a entender que nos hallamos ante alguna clase de acuerdo. ¿Mencionó algún nombre su padre?

—No, señor. Fue muy breve.

«C» lo miró fijamente con ceño. Matthew percibió por vez primera la profundidad de

su inquietud.

—Usted conocía bien a su padre, Reavley. ¿Qué le interesaba? ¿A quién conocía? ¿Dónde pudo hallar ese documento?

—He pensado mucho en ello, señor, y he hablado con varios de sus amigos íntimos, y lo único que puedo decir es que ninguno de ellos sabía nada. Cuando mencioné conspiraciones, todos dijeron que mi padre era un ingenuo y que había perdido contacto con la realidad.

Le sorprendió lo mucho que aún le dolía decirlo en voz alta.

«C» esbozó una sonrisa que también asomó a sus ojos.

—Me parece que no conocían muy bien a su padre. —Endureció su expresión—. Resista la tentación de demostrarles que se equivocan, Reavley, ¡cueste lo que cueste!

Matthew tragó saliva.

—Sí, señor.

—Así pues, ¿no tiene ninguna idea sobre qué es lo que está ocurriendo?

—No, señor. Se me ocurrió que quizá se tratara de un complot irlandés para asesinar al rey, pero...

—¡Sí! —«C» desechó la posibilidad con un breve ademán de su mano—. Ya lo sé. Carece de sentido. Hannassey no tiene un pelo de tonto. Es un asunto europeo, no irlandés. Al señor Brandt le trae sin cuidado la independencia de Irlanda, salvo en lo que pueda afectar a nuestros recursos militares. Aunque eso hay que tenerlo en cuenta. Si estalla una guerra civil en Irlanda, nuestros efectivos, ya de por sí escasos, se verán restringidos al máximo. —Se inclinó un poco hacia delante—. Descúbralo, Reavley. Averigüe quién está detrás de ese documento, de dónde procedía, a quién iba destinado. —Empujó una hoja de papel a través del escritorio—. Esto es una lista de los agentes alemanes que según nuestra información operan en Londres. El primero está en la Embajada Alemana, el segundo es un fabricante de alfombras, el tercero es un miembro menor de la familia real alemana que actualmente reside en la ciudad. Proceda con suma discreción. Debe ser consciente de que a partir de ahora su vida depende de ello. No confíe en nadie. —Miró a Matthew a los ojos con expresión glacial—. ¡En nadie! Ni en Shearing ni en su hermano, en nadie en absoluto. Cuando tenga una respuesta, venga a informarme.

—Sí, señor. —Matthew se puso de pie, cogió el papel, lo leyó y volvió a dejarlo encima del escritorio.

«C» lo guardó en un cajón.

—Lamento lo de su padre, capitán Reavley.

—Gracias, señor.

Matthew se puso firme por un momento, se volvió y salió del despacho. Las ideas se agolpaban en su cabeza.

El Conciliador estaba de pie junto a la ventana en el salón superior de la casa de Marchmont Street. Observaba a un hombre más joven que caminaba con brío por la acera, mirando de vez en cuando hacia las casas de aquel lado. Leía los números. Había estado allí en dos ocasiones, pero en ambas lo habían llevado en coche y de noche.

El hombre de la calle se detuvo, levantó la vista y se mostró satisfecho por haber encontrado lo que buscaba.

El Conciliador se echó hacia atrás, sólo un paso. No deseaba que lo vieran aguardando. Había reconocido al hombre de abajo incluso antes de ver su abundante cabellera morena, la frente ancha y los ojos un tanto separados. Era un rostro enérgico y emotivo, el de un hombre que perseguía sus ideales sin importarle adónde le conducían éstos... por encima de los precipicios de la razón y hasta el abismo, de ser necesario. Reconoció su manera desenvuelta de caminar, con una mezcla de garbo y arrogancia. Era oriundo de Yorkshire, y como tal hacía gala del orgullo y la agresiva testarudez de los de su tierra.

Sonó el timbre y un instante después el mayordomo abrió la puerta. Tras un breve silencio, se oyeron pasos subiendo por la escalera: ágiles, ligeros, propios de un hombre acostumbrado al montañismo. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el Conciliador.

La puerta se abrió y Richard Mason entró. Medía casi un metro ochenta de estatura, unos centímetros menos que el Conciliador, pero era más robusto que éste y tenía la piel bronceada de quien suele viajar.

—¿Quería verme, señor? —dijo. Su voz era inusual, con una dicción perfecta, como si se hubiese formado para el teatro y el amor hacia las palabras, y una pronunciación sibilante tan sutil que hacía que uno le escuchara con atención para confirmar que era cierta.

—Sí —contestó el Conciliador. Ambos permanecieron de pie, como si sentarse constituyera un signo de excesivo relajo ante la situación que los había reunido—. Los acontecimientos se están precipitando.

—Soy consciente de ello —dijo Mason con un levísimo matiz de aspereza en la voz—. ¿Tiene el documento?

—No —respondió el Conciliador en tono de furia apenas contenida. Estaba pálido—. Mis hombres lo han buscado pero no sabemos adónde ha ido a parar. No estaba en el coche ni en los cadáveres, y hemos registrado la casa dos veces.

—¿Es posible que lo destruyera? —preguntó Mason con recelo.

—No. —La respuesta fue inmediata—. Era un... —El Conciliador se encogió levemente de hombros—. Era un hombre inocente en algunos aspectos, pero no era tonto. Sabía lo que significaba y que nadie le creería sin él. Tras sus pausados modales, poseía la tozudez de una mula. —Su rostro se endureció—. Nunca lo habría desfigurado deliberadamente, y mucho menos destruido.



Mason permaneció inmóvil; el corazón le latía con fuerza. Se había formado una idea sobre lo mucho que había en juego, pero la enormidad del asunto se extendía hacia un futuro inimaginable. Las escenas bélicas seguían rondándole en sus pesadillas, pero la sangre, el dolor y las pérdidas del pasado no serían más que un anticipo de lo que podía ocurrir en Europa y, finalmente, en el mundo. Merecía la pena correr cualquier riesgo, tuviera el precio que tuviese, incluso aquél.

—No podemos perder más tiempo buscando —prosiguió el Conciliador—. Los acontecimientos se precipitan. Sé de buena fuente que Austria está preparándose para invadir Serbia. Serbia opondrá resistencia, eso a todos nos consta, y entonces Rusia se movilizará. En cuanto Alemania marche sobre Francia, todo terminará en cuestión de días, semanas como mucho. Schlieffen ha establecido un plan de ataque de una exactitud absoluta, todos los movimientos están perfectamente calculados. El ejército alemán llegará a París antes de que el resto del mundo tenga tiempo de reaccionar.

—¿Queda aún alguna posibilidad de que permanezcamos al margen? —preguntó Mason. Era corresponsal extranjero. Conocía Austria y Alemania casi tan bien como el hombre que tenía delante. Pese a su origen, sus parientes aristocráticos hasta, en las ramas menores de la familia real en ambas orillas del mar del Norte y su brillantez con los idiomas, compartían la misma furia contra la matanza y la destrucción de la guerra. La nieta más elevada que un hombre podía alcanzar era evitar con todos los medios a su alcance que eso sucediera de nuevo.

El Conciliador se mordió el labio inferior, con el rostro crispado.

—Creo que sí —contestó, aunque con un dejo de vacilación—, pero nos encontramos con dificultades. Tengo encima a un hombre del SIS. Nada grave —añadió—. Se trata del hijo de Reavley, en realidad. No es importante, sólo un incordio. Dudo que sea preciso hacer algo al respecto. No quisiera atraer la atención. Por suerte, va bastante descaminado en sus pesquisas. Para cuando se dé cuenta, ya nos traerá sin cuidado.

—¿Otra copia del documento? —preguntó Mason. La idea era brillante, más osada que cualquier otra que hubiese imaginado. Su mera magnitud lo abrumaba.

Cuando el Conciliador se la había referido por vez primera, se había quedado sin habla. Iban paseando sin prisa a orillas del Támesis, las luces bailaban en el agua, las risas cruzaban el río, las embarcaciones de recreo remontaban la corriente despacio hacia Kew. Se detuvo sin saber qué decir.

Poco a poco el plan dejó de ser un sueño apenas mencionado para convertirse en un deseo y, finalmente, en una realidad. Aún se sentía en cierto modo como un hombre que ha creado un unicornio en la imaginación y que un buen día entra en su jardín y se lo encuentra pastando allí, blanco como la nieve, con las pezuñas hendidas y el cuerno de plata: un animal de carne y hueso.

—No hemos encontrado una segunda copia —contestó el Conciliador con gravedad—. Al menos por ahora. He hecho unas cuantas gestiones para desprestigiar a John Reavley. ¡Me he sentido detestable! —Torció el gesto con enojo otra vez—. Ojalá no hubiese sido

necesario. — Miró con dureza a Mason al percibir la inquietud de éste—. ¡No me puse en evidencia! —espetó—. Necesitamos un poco de tiempo para que los posos se sedimenten. —Apretó los labios con expresión de tristeza y una mirada melancólica—. A veces el sacrificio pesa —añadió, bajando la voz—, pero si lo hubiese entendido, me parece que lo habría pagado de buen grado. No era un hombre arrogante, tampoco codicioso o estúpido, pero sí un tanto simplista. Creía lo que le daba la gana y de nada sirve discutir con un hombre así. Es una lástima. De lo contrario, hubiésemos podido servirnos de él.

Mason también notó sobre los hombros el peso de un doloroso remordimiento. No obstante, sólo un año atrás había presenciado la devastación de la guerra y la crueldad humana en los Balcanes, entre Turquía y Bulgaria, y el recuerdo aún le hacía tener espantosas pesadillas de las que despertaba temblando y bañado en sudor.

Antes de eso, siendo más joven, había viajado a Oriente, desde donde había informado como testigo presencial del hundimiento de toda la flota rusa por parte de los chinos en 1905. Miles de hombres habían acabado sepultados en ataúdes de acero bajo las impávidas aguas, dejando sólo una sensación de pérdida y aflicción en las familias de medio continente.

Más al principio de su carrera, al ser enviado al extranjero por vez primera, había seguido a los granjeros en el Veldt de África. Aquellos tenaces desposeídos se habrían camino por las interminables llanuras, furiosos, a veces crueles, resentidos, arrogantes en ocasiones, pero con una presencia de ánimo inquebrantable. Había visto morir a mujeres y niños.

Nada de aquello debía repetirse. Uno podía hablar de honor, de la reputación de Inglaterra entre las naciones o de la integridad de su propósito y presentar buenos argumentos. Para Mason se reducía a una cuestión de humanidad. Uno no debería permitir que le ocurriera algo así a otro ser humano.

—Todo estadista debe pensar en los individuos —dijo.

El Conciliador no respondió pero relajó un poco los hombros. Fue hasta el centro de la habitación y sacó un cigarrillo. Lo encendió sin invitar a Mason. Sabía que rehusaría.

—Tenemos otras cosas que considerar —continuó—. Sin el documento, la guerra tal vez sea inevitable. Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para garantizar que sea rápida y limpia. Existen varias posibilidades y tengo planes preparados, al menos en el frente nacional. Todavía podemos producir un efecto formidable.

—Me figuro que será breve —dijo Mason—. Sobre todo si el plan de Schlieffen da resultado. Pero habrá un baño de sangre. Miles serán masacrados. —Empleó aquella amarga palabra deliberadamente.

La sonrisa del Conciliador no fue nada convincente.

—En ese caso, aún es más importante que nos aseguremos que sea lo más corta posible. He estado reflexionando mucho durante estos últimos días, de hecho, desde que el documento fue sustraído. —Una súbita furia se apoderó de él, atenazándole el cuerpo y

haciéndole perder el color de la cara hasta que los ojos le brillaron en la pálida piel—. ¡Maldito Reavley! —Se le quebró la voz al pronunciar el nombre—. ¡Así se pudra en el infierno! ¡Si se hubiese mantenido al margen podríamos haber evitado esto! ¡Vidas! ¡Se van a perder decenas de miles de vidas! ¿Para qué? — Extendió el brazo, con los dedos lo bastante separados para tocar más de una octava con facilidad—. ¡No tenía por qué ocurrir!

Tragó una bocanada de aire y procuró serenarse, respirando varias veces profundamente hasta que recobró el color.

—Lo siento —dijo con voz temblorosa, como si aún estuviera a punto de perder el control—, pero no soporto pensar en ello, en la ruina tan innecesaria de un estilo de vida que es la culminación de milenios de civilización. Porque le aseguro, Mason, que es absolutamente innecesaria. —Su voz fue casi un sollozo—. ¿Cuántas viudas habrá? ¿Cuántos huérfanos? ¿Cuántas madres aguardando a unos hijos que jamás regresarán, llorándolos hasta el fin de sus días, tal vez sin siquiera saber dónde están enterrados, hijos caídos en un remoto campo de batalla, en una guerra que no pidieron ni desearon?

—Lo sé de sobra —dijo Mason casi entre dientes—. ¿Por qué cree que estoy haciendo esto? Es como tomar un veneno..., pero la única alternativa es un lento descenso al infierno..., del que no regresaremos.

—Tiene razón —coincidió el Conciliador, volviéndose hacia la ventana, por la que la luz entraba a raudales—. ¡Me consta! Pero me saca de quicio que hayamos estado tan cerca para luego perder por culpa de un estúpido infortunio..., un filósofo alemán con muy buena letra y un político retirado demasiado curioso, que de todos modos era inútil para ello. Y ahora todos nuestros planes peligran. Aunque todavía es pronto para desesperar.

»Hemos de prepararnos para la guerra, si estalla. Y tengo varias ideas, con el trabajo de campo ya hecho, por si acaso. No debemos rendirnos nunca, Mason, nunca. No podemos permitirnoslo. Todo cuanto valoramos, el progreso de la ciencia y el arte, la estabilidad y el imperio de la ley, el comercio internacional y la libertad para viajar, depende de nuestro éxito. Reconozco que no había pensado que llegaríamos a esto. —Se frotó la frente con la mano—. ¡Maldita sea! Los alemanes son nuestros aliados naturales. ¡Procedemos de la misma sangre, la misma lengua, la misma herencia de naturaleza y carácter!

Se interrumpió un instante para recobrar la compostura.

—Pero quizá no sea más que un contratiempo —continuó—. Nosotros no tenemos el documento pero ellos tampoco. Si lo tuvieran, Matthew Reavley no seguiría buscándolo y haciendo preguntas. Aunque no debe preocuparse, no supone ningún peligro para nosotros. Lo tenemos bajo control y me encargaré de que siga siendo así. Sin el documento sólo da golpes de ciego. Es un fastidio, pero nada más. —Su rostro volvió a endurecerse—. ¡Hay que asegurarse a toda costa de que no lo encuentre! ¡Sería desastroso que cayera en malas manos!

—¿Es el único? —preguntó Mason.

—Bueno, hay otro hermano, Joseph, pero es un perfecto inútil —respondió el Conciliador con una sonrisa, más sereno—. Un estudioso idealista, retirado de la vida y de toda responsabilidad. Enseña en Cambridge: ¡lenguas bíblicas, nada menos! No reconocería la verdad aunque le saltara al cuello y lo mordiera. Es un soñador. Nada va a despertarlo porque no quiere que lo molesten. La realidad duele, Mason, y al reverendo Reavley no le gusta el dolor. Quiere salvar el mundo pronunciando un buen sermón, cuidadosamente pensado y bien razonado. No se da cuenta de que nadie lo escucha, al menos con el corazón o las entrañas, o está dispuesto a pagar el precio correspondiente. Todo depende de nosotros.

—Sí —convino Mason—. Lo sé.

—Por descontado. —El Conciliador se atusó el pelo con ambas manos—. Usted siga escribiendo. Posee un don. Quizá lo necesitemos. No abandone el periódico. Si no logramos evitar que suceda lo peor, haga que lo envíen a todos los lugares que pueda. A cada campo de batalla, a cada avance o retirada, a cada ciudad tomada o allí donde se negocie la paz. Conviértase en el corresponsal de guerra más destacado y leído de Europa..., del mundo. ¿Lo comprende? —Descuide —repuso Mason con un leve siseo—. Claro que lo comprendo.

El Conciliador asintió con la cabeza, luciendo una sonrisa forzada.

—Bien. Entonces será mejor que se marche, pero permanezca en contacto.

Mason se volvió y caminó despacio hasta la puerta, que cerró a sus espaldas. Sus pasos sonaron apagados en la escalera.

\* \* \*

## 11

En Cambridge, Joseph tenía la impresión de estar consiguiendo algo aunque sólo fuera por exclusión. No se hallaba más cerca de saber lo que había ocurrido, pero sí en cambio lo que no. Y si el inspector Perth había hecho algún progreso, se lo reservaba para sí. La tensión y la infelicidad iban en aumento. Joseph estaba decidido a continuar para descubrir más acerca de Sebastian y de quien tuviera un motivo para odiarlo o temerlo.

Se le presentó una ocasión mientras comentaba un problema de interpretación con Elwyn, quien había tropezado con dificultades en la traducción de un pasaje determinado.

Comenzaron hablando del uso del lenguaje en ciertas situaciones, de formas concretas de retórica. Habían salido juntos del aula y en lugar de volver a encerrarse prefirieron cruzar el puente hacia los Backs. La tarde era muy apacible. Allí donde el sendero de grava giraba para internarse en la sombra, las abejas se afanaban entre las agujas de las espuelas de caballero y las clavelinas tardías que crecían junto al muro del paso techado. Bertie retozaba sobre la tierra caliente entre macizos de bocas de dragón.

Elwyn aún mostraba síntomas de conmoción y pesar por la pérdida de su hermano. Joseph sabía mejor que muchos que una persona puede olvidar temporalmente un cataclismo de su vida y luego volver a recordarlo sorpresivamente con renovado dolor. A veces uno flotaba en una especie de irrealidad, como si el desastre fuese pura imaginación y al cabo de un rato fuera a desaparecer para que la vida volviera a ser la misma de siempre. Uno se cansaba sin saber por qué, perdía la capacidad de concentración.

Así pues, no era de extrañar que Elwyn divagara apartándose del tema, incapaz de mantener su mente a raya.

—Debería regresar a casa del director —dijo preocupado—. Es posible que mi madre esté sola.

—No puedes protegerla de todo —señaló Joseph.

Elwyn abrió los ojos como platos, apretó los labios y se sonrojó. Apartó la vista.

—Tengo que hacerlo. Usted no comprende lo que sentía por Sebastian. En cuanto supere esta furia, volverá a estar bien. Es sólo que... —Se interrumpió, mirando fijamente hacia delante, en dirección al agua lisa y brillante que reflejaba la luz como si fuese una especie de resina líquida, demasiado espesa para ver a través de ella.

Joseph lo entendió, pero quería oír lo que Elwyn tenía que decir. Seguramente, si alguien sabía algo más profundo acerca de Sebastian, sería él. Sin duda había oído frases, ciertas expresiones, captando matices que pasaban inadvertidos a los demás.

Terminó la frase por él:

—Si supiera quién lo hizo y constatará que era castigado, su furia se vería satisfecha.

—Supongo que sí—admitió Elwyn, aunque con poca convicción. Joseph sacó a colación el tema que menos deseaba.

—Pero ¿tal vez no?

Elwyn guardó silencio.

—¿Por qué? —insistió Joseph—. ¿Porque entonces se vería obligada a ver en Sebastian cosas que preferiría no haber visto? El pesar de Elwyn era de lo más elocuente.

—Cada cual ve un lado distinto de las personas —dijo—. Ella no tiene ni idea de cómo era Sebastian fuera de casa, y ni siquiera allí, en realidad.

Joseph fue consciente de su intromisión, así como de que también él deseaba conservar las ilusiones intactas, pero ése era un lujo que ya no podía permitirse. Le estaban sirviendo en bandeja la ocasión de hacer averiguaciones, y no se atrevía a desdeñarla.

—¿Estaba enterada de la existencia de Flora Whickham? —preguntó.

Elwyn se puso tenso y contuvo el aliento por un instante. Soltó el aire con un suspiro y preguntó:

—¿Se lo dijo él?—No. Lo descubrí solo, por pura casualidad.

Elwyn se volvió.

—¡No se lo cuente a mi madre! No lo entendería. Flora es una buena chica, pero es...

—Camarera.

Elwyn esbozó una sonrisa, atribulado.

—Sí, pero lo que iba a decir era que es una pacifista, me refiero a una de verdad, y mi madre sería incapaz de entender algo así. —Había confusión y desagrado en su rostro, además de pena. Desvió la mirada hacia el río, ocultando sus ojos de la mirada de Joseph—. En realidad, yo tampoco lo entiendo. Si amas algo, si sientes que te pertenece y crees en ello, ¿cómo puedes no luchar para salvarlo? —Su rostro reflejaba desánimo y confusión—. Es decir..., ¿qué clase de hombre no lo haría?

Tal vez sospechaba que Joseph participaba de aquella misma traición incomprensible. Si era así, no le faltaba razón. Sin embargo, Joseph había leído sobre la guerra de los Bóers y su imaginación recreaba aquel dolor inenarrable, un horror que no cabía aliviar ni explicar y que nunca, por más argumentos que se esgrimieran, sería posible justificar.

—No era un cobarde —dijo Joseph en voz alta—. Habría luchado por aquello en lo que creía —agregó.

—Probablemente —convino Elwyn sin ninguna certeza.

—¿Quién más lo sabía? —preguntó Joseph.

—¿Lo de Flora? Lo ignoro.

—¿Regina Coopersmith? —sugirió Joseph.

Elwyn se quedó helado.

—¡Dios! ¡Espero que no!

—Pero no estás seguro...

Elwyn reflexionó por un instante.

—Me parece que no lo sé —dijo al cabo—. Hubiese imaginado que se pondría furiosa, que quizás hasta rompería el compromiso, pero puede que en realidad no la conozca. —Se mordió el labio inferior y miró incómodo a Joseph—. Supongo que no conozco muy bien a las mujeres. Yo me sentiría mal, pero a lo mejor... —No terminó la frase.

Caminaron un rato en silencio hasta el sendero arbolado.

—Sebastian se peleó con el profesor Beecher —continuó Elwyn.

—¿Cuándo? —Joseph sintió que algo se hundía dentro de él. —Un par de días antes de morir.

—¿Sabes a propósito de qué?

—No. —Elwyn se volvió hacia Joseph—. Me resultó extraño, ya que el profesor Beecher era muy amable con él.

—¿No lo es con todo el mundo?

—Por supuesto. Quería decir que lo era más que con el resto de nosotros.

Joseph se quedó perplejo. Recordó que a Beecher le caía mal Sebastian.

—¿En qué sentido? —preguntó. Pese a su intención de mostrarse despreocupado, percibió un dejo de aspereza en su voz que sin duda Elwyn no pasó por alto.

Elwyn titubeó.

—Prefiero preguntártelo a ti que a otra persona —insistió Joseph con gravedad.

Elwyn suspiró.

—Todos nos portamos mal a veces, llegamos tarde a clase, entregamos trabajos descuidados... ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, claro.

—Bien, normalmente recibes tu castigo, te cae una buena reprimenda y quedas como un idiota delante de los demás, o te anulan algún privilegio, o cosas por el estilo. Bien, pues el profesor Beecher era mucho más indulgente con Sebastian que con la mayoría de nosotros. Sebastian en cierto modo se aprovechaba de ello, como si supiera que el profesor Beecher no iba a hacer nada al respecto. Podía ser muy arrogante a veces. Creía en su propia imagen... —Se interrumpió. La culpabilidad se hizo patente en su rostro, en los hombros encorvados, en el modo en que su pie derecho jugueteaba con la grava. No había hecho más que decir la verdad pero las convenciones decretaban que no se hablaba mal de los difuntos. Su madre lo hubiese considerado una traición—. Siempre pensé que Sebastian no le caía demasiado bien —concluyó con torpeza.

—Pero en cambio lo trataba con favoritismo —dijo Joseph, presionándolo.

Elwyn bajó la vista al suelo.

—Para mí no tiene sentido, puesto que a la larga no supone favor alguno. Si no tienes disciplina, no tienes nada. Y si siempre te sales con la tuya, los demás acaban hartos de ti.

—¿Se daban cuenta sus compañeros? —preguntó Joseph. —Pues claro. Creo que ése fue el motivo de la riña que tuvo con Beecher uno o dos días antes de morir.

—¿Por qué no lo has mencionado antes?

Elwyn lo miró fijamente.

—Porque no me imagino al profesor Beecher disparando contra Sebastian sólo porque a veces fuese arrogante y se aprovechara de su popularidad. Es una estupidez, y puede que resulte irritante, ¡pero no matas a nadie por eso!

—No —convino Joseph, aunque no fue eso lo que acudió a su mente helándole la sangre—. Claro que no.

Intentó concentrarse en la necesidad de hacer que Mary Allard se enfrentara con la realidad sin derrumbarse. Quería ayudarla, pero era consciente de su fragilidad, y nada aliviaría la dureza del golpe que recibiría si salía a relucir algún trapo sucio de Sebastian. Tal vez se negaría incluso a creerlo y acusaría a todos los demás de mentir.

—Procura tener paciencia con tu madre —agregó—. Pocas cosas duelen tanto en este mundo como una desilusión.

Elwyn hizo ademán de asentir, con una sonrisa triste y pestañeando deprisa para contener la emoción, y se marchó sin despedirse para no romper a llorar.

Joseph regresó a St. John's con intención de encontrar a alguien que corroborara o desmintiese lo que Elwyn acababa de contarle. La primera persona que vio fue Rattray.

—¿Favoritismo? —dijo Rattray con curiosidad, levantando la vista del libro que estaba leyendo, sentado en un banco cerca del puente—. Supongo que sí. No había pensado en ello. Acabé por acostumbrarme a que todo el mundo creyese que Sebastian era nuestro próximo gran poeta en ciernes, ya sabe. —Su mirada sardónica y casi desafiante incluía abiertamente a Joseph en aquel grupo, y Joseph notó que se ruborizaba.

—Estaba pensando en algo más definible que una creencia —dijo con bastante aspereza.

Rattray suspiró.

—Supongo que permitía que Sebastian se saliera con la suya más a menudo que el resto de nosotros —admitió—. Hubo veces en las que me resultó un poco raro.

—¿No te molestaba? —preguntó Joseph, sorprendido. Ahora le tocó a Rattray sonrojarse.

—¡Claro que me molestaba! —exclamó acaloradamente—. Aprovecharse de Beecher una o dos veces era inteligente, y todos pensamos que eso nos pondría más fácil saltarnos una clase cuando quisiéramos o entregar los trabajos con retraso o lo que fuera. Hasta se presentó bebido en un par de ocasiones, ¡y el pobre Beecher no dijo esta boca es mía! Luego



comencé a ver que todo aquello era bastante repugnante y en última instancia también estúpido. Le dije a Sebastian lo que pensaba y que no iba a seguir más el juego, y me dijo que me fuera al infierno. Lo siento. Me consta que no es lo que usted quería oír, pero su encantador Sebastian era un incordio cuando quería.

Joseph guardó silencio. En realidad era en Beecher en quien pensaba y por quien temía.

—Cuando era bueno, era maravilloso —agregó Rattray de inmediato, como si pensase que se había pasado de la raya—. Nadie era más divertido, mejor amigo o mejor estudiante, francamente. No tenía celos de él, si es lo que piensa. No los tienes cuando alguien es realmente brillante. Ves algo bueno y te alegras por el mero hecho de que exista. Sólo que últimamente había cambiado un poco.

—¿Desde cuándo?

—¿Dos o tres meses, tal vez? —repuso Rattray, pensativo—. Y luego, después de lo que ocurrió en Sarajevo, estaba tan nervioso que pensé que iba a estallar. Pobre diablo, tenía la certeza de que íbamos a entrar en guerra.

—Sí. Me habló de ello.

—¿No opina que es posible, señor? —Rattray se mostró sorprendido—. Me refiero a una intervención rápida, entrar y salir, para resolver el problema.

—Quizá —repuso Joseph con aire vacilante. ¿Habían matado a Sebastian por unos ridículos celos académicos que nada tenían que ver con el documento o por la muerte de John Reavley?

De repente Rattray sonrió. Su rostro más bien ordinario cobró viveza y encanto.

—No debemos nada a los austriacos ni a los serbios, pero una temporada en el ejército no me parecería tan terrible. Podría ser un respiro, en realidad. ¡Un poco de aventura antes de la paliza de la vida real?

Advertencias de toda clase acudieron a la mente de Joseph, pero éste se dio cuenta de que al fin y al cabo sabía tan poco como Rattray. Ambos hablaban desde la ignorancia más absoluta, fundamentándose en las experiencias de otros hombres.

Antes de cenar, cuando estaba casi seguro de encontrarlo a solas, Joseph fue a la habitación de Beecher preparado para una confrontación que quizá rompiera una amistad que había valorado durante mucho tiempo.

Al verlo, Beecher se mostró sorprendido y claramente complacido.

—¡Adelante! —lo invitó, abandonando el libro que estaba leyendo para recibir a Joseph, a quien ofreció el asiento mejor—. ¿Te apetece una copa? Tengo un jerez bastante bueno.

Decir eso era típico del comedimiento de Beecher. «Bastante bueno» en realidad significaba «absolutamente excelente».

—Gracias —dijo Joseph, incómodo por aceptar su hospitalidad en lo que quizá resultara ser un falso entendimiento.

—A mí me vendrá muy bien. —Beecher se acercó al aparador, sacó la botella y puso dos elegantes copas de cristal tallado sobre la mesa. Le gustaba el cristal y de vez en cuando adquiría piezas raras o muy antiguas para su discreta colección—. Me siento como si ese condenado policía hubiese estado siguiéndome toda la semana, y sabe Dios que las noticias ya son bastante malas de por sí. No le veo un final a este fiasco irlandés. ¿Tú sí?

—No —admitió Joseph mientras se sentaba. Aquella habitación le resultaba familiar, después del tiempo que llevaba allí. Conocía todos los libros de la estantería y había tomado prestados varios de ellos. Podría describir la vista desde la ventana con los ojos cerrados, así como citar los nombres de los familiares que aparecían en cada una de las fotografías dispuestas en marcos de plata. Sabía con exactitud dónde se habían pintado los distintos cuadros de paisajes, en qué valle de Lake District, en qué castillo de la costa de Northumberland, en qué trecho de los South Downs. Cada uno de ellos guardaba un recuerdo que habían compartido o comentado en una ocasión u otra.

—La policía no está sacando nada en claro, ¿verdad? —dijo Joseph. —Por el momento no, que yo sepa. —Beecher terminó de servir el jerez. Dio una copa a Joseph y sostuvo la suya en alto—. Por el final de este asunto, aunque no estoy seguro de que vaya a gustarnos.

—¿Qué piensas que va a descubrir? —preguntó Joseph. Beecher estudió a Joseph por un instante antes de responder.

—Lo siento —dijo por fin—, pero me parece que descubriremos que alguien tenía sobrados motivos para matarlo, aunque quizás ahora lo lamente.

De repente Joseph tuvo frío y notó el regusto amargo del jerez en la boca. Habló con dificultad, procurando no imprimir emoción alguna a su voz.

—¿Cuál podría ser ese «sobrado motivo»? —preguntó—. Fue a sangre fría. Quienquiera que lo hiciese llevó un arma a su habitación a las cinco de la mañana. —Con una sacudida tan violenta que le revolvió el estómago, Joseph recordó con toda exactitud el tacto de la piel ya fría de Sebastian.

Beecher lo vio palidecer.

—Lo siento —se disculpó un tanto compungido—. Ha sido una torpeza por mi parte. — Suspiró—. Me gustaría dejar que siguieras creyendo que era tan bueno como deseabas que fuese, pero no era así. Sebastian era toda una promesa, pero también una amenaza, pues estaba al borde de volverse demasiado consentido. La pobre Mary Allard era responsable de ello, al menos en parte.

Había llegado el momento.

—Es cierto —admitió Joseph—. Yo también tengo mi parte de culpa. —Pasó por alto la expresión divertida y compasiva de Beecher—. Elwyn le protege en parte por su propio bien y en parte por el de su madre —prosiguió—. Y según parece tú le permitías que entregara trabajos tarde, que fuera grosero y a veces descuidado. Y, en cambio, no te caía

bien. ¿Por qué lo hacías?

Beecher guardó silencio, pero el color se esfumó de su rostro y la mano con que sostenía la copa de jerez le tembló ligeramente. Hizo un esfuerzo por controlarla y se la llevó a los labios para tomar un sorbo, tal vez con la intención de ganar tiempo.

—Iba contra tus intereses —continuó Joseph—. Perjudicaba tu reputación y tu capacidad de ser justo con los demás y mantener la disciplina.

—¡Tú también lo tratabas con favoritismo! —dijo Beecher en voz baja y un poco ronca.

—A mí me caía bien —señaló Joseph—. Admito que mi juicio era erróneo. Habría sido mejor para todos, pero sobre todo para él, que yo fuese más realista. Uno no puede corregir los errores que se niega a reconocer. Y estamos aquí, al menos en parte, para hacer eso, además de enseñar contenidos e inculcar el amor por el aprendizaje. A ti te caía mal y conoces las normas tan bien como yo. ¿Por qué las rompías con él?

—No sabía que fueras tan tenaz —dijo Beecher en tono áspero—. Has cambiado.

—Un poco tarde, diría yo —admitió Joseph con pesar—. Pero como bien has dicho, no tiene sentido tratar nada que no sea la verdad.

—No. —Beecher bajó la vista un momento, fijándola en la copa que tenía en las manos—. Pero no pienso discutirla contigo. —Levantó los ojos, claros y aparentemente francos—. Yo no maté a Sebastian y no sé quién lo hizo. Puedes creerme o no, según prefieras.

No se trataba de lo que Joseph prefiriera sino de lo que pudiera creer. Beecher le había caído bien nada más conocerlo. Era el profesor ideal, erudito sin resultar pedante. Enseñaba porque amaba su tema de estudio, y sus alumnos daban fe de ello. Disfrutaba con placeres sencillos: edificios antiguos, sobre todo si tenían una historia extraña o pintoresca, platos raros de distintas partes del mundo. Su coraje y curiosidad le llevaban a probarlo todo: la escalada, el piragüismo, la espeleología, la vela ligera. Era un entusiasta de los árboles viejos, cuanto más originales mejor, y había puesto en peligro su reputación haciendo campaña para salvarlos, para irritación de las autoridades locales. Le gustaban los ancianos y sus recuerdos llenos de datos irrelevantes.

De vez en cuando le había hablado de su familia. Sentía un cariño especial por algunas de sus tías, todas ellas maravillosamente excéntricas, dadas a abrazar causas perdidas con pasión y valentía e, invariablemente, con sentido del humor. Se parecía lo bastante a ellas como para entender sin el menor esfuerzo cómo se sentían exactamente.

Joseph cayó en la cuenta, con sorpresa y tristeza, de que Beecher nunca le había hablado de amor. Se había reído de sí mismo a propósito de uno o dos caprichos de juventud pero jamás había mencionado nada que pudiera considerarse una relación a largo plazo. Se trataba de una omisión enorme y cuanto más vueltas le daba Joseph, más le preocupaba.

Miró cautelosamente a Beecher, que seguía sentado delante de él, fingiendo estar relajado. No era un hombre apuesto, pero su humor y su inteligencia le conferían un

inusual atractivo. Era elegante y vestía con cierto estilo. Cuidaba de su apariencia como quien no era reacio a tener relaciones íntimas.

Sin embargo, nunca hablaba de mujeres. Si no había ninguna en su vida, ¿por qué no lo había comentado, aunque fuese para lamentarse de ello? La respuesta más obvia era que si tal relación existía, revestía un carácter ilícito. En tal caso no podría permitirse el revelarla ni siquiera a sus mejores amigos.

El silencio que reinaba en la habitación, que en circunstancias normales hubiese resultado grato y acogedor, devino súbitamente angustiante. Las ideas se agolpaban en la mente de Joseph. ¿Había dado Sebastian con un secreto por casualidad o, tras buscarlo, lo había sacado a la luz deliberadamente para servirse de él? Joseph hubiese preferido con mucho descartar aquel pensamiento por indigno pero ya no estaba en posición de hacer tal cosa.

¿A quién amaba Beecher? Si decía la verdad y no había matado a Sebastian ni sabía quién lo había hedió, seguramente lo más natural sería tomar en consideración a la otra persona envuelta en el romance ilícito. ¿O tal vez a la que resultara traicionada por el enredo, si tal persona existía?

Finalmente se enfrentó a la alternativa más inquietante. ¿Y si Beecher mentía? ¿Y si su amante ilícito fuese el propio Sebastian? La idea resultaba extremadamente dolorosa pero encajaba con todos los datos que poseía; con los irrefutables, no con los sueños o deseos. Tal vez Flora Whickham no fuese más que una amiga, una colega pacifista, una evasión de las ineludibles exigencias de su familia.

Había personas capaces de amar con la misma facilidad a hombres y mujeres. Nunca hasta ese momento había considerado la posibilidad de que Sebastian fuese una de ellas, pero, por otra parte, tampoco se había detenido a pensar seriamente en él en ese aspecto. Eso pertenecía a la esfera de lo privado. Ahora se veía obligado a inmiscuirse. Lo haría con toda la discreción posible, y si no le conducía a nada que guardara relación con la muerte de Sebastian, jamás hablaría de ello. Estaba acostumbrado a guardar secretos; formaba parte de la profesión que había elegido.

Beecher lo observaba con su característica paciencia dispuesto a esperar hasta que Joseph estuviera listo para seguir conversando.

Joseph se avergonzó de sus pensamientos. ¿Era eso lo que todos los demás sentían: sospecha, ideas horribles que se agolpaban en la mente negándose a ser desterradas, y luego una embarazosa vergüenza?

—Sebastian trabó amistad con una chica del pueblo —dijo—. Una camarera de la taberna que hay junto al estanque de Mill Pond. Beecher sonrió.

—¡Bueno, eso parece bastante saludable! —De pronto su semblante se oscureció con algo muy próximo a la ira—. Salvo si estás dando a entender que se aprovechaba de ella. ¿Es eso?

—¡No, no! ¡Me refiero a una amiga de verdad! —puntualizó Joseph—. Según parece

compartían convicciones políticas.

—¡Convicciones políticas! —exclamó Beecher, atónito—. No sabía que tuviera ninguna.

—¡Y muy profundas! Estaba apasionadamente en contra de la guerra. —Joseph recordó la emoción que quebraba la voz de Sebastian al hablarle de la destrucción que traería aparejada el conflicto—. Por la ruina que conllevaría —prosiguió—, tanto material como cultural y espiritual. Estaba dispuesto a trabajar por la paz, no sólo a desealarla.

La expresión de desdén desapareció del rostro de Beecher, que se mostró atribulado, como si le sorprendiera descubrir semejante cambio en su fuero interno.

—Entonces tal vez era mejor de lo que yo suponía —dijo con generosidad.

Joseph sonrió al sentir que se reavivaba su viejo afecto. Aquél era el amigo que conocía.

—Percibía el miedo y el dolor —dijo en voz baja—. La gloria de todo nuestro patrimonio ahogada en un mar de violencia hasta convertirnos en una civilización perdida, y todo nuestro arte, pensamiento, sabiduría, alegría y experiencia tan enterrados como Nínive o Tiro. No quedaría ni un inglés, nada de nuestro coraje y nuestra excentricidad, de nuestro idioma y nuestra tolerancia. Habría dado cualquier cosa por preservar nuestra cultura.

Beecher suspiró, se echó hacia atrás y miró al techo.

—Pues en cierto modo quizá sea afortunado, ya que no verá la guerra que se avecina —dijo—. El inspector Perth está convencido de que será la peor que hayamos presenciado jamás. Peor que las guerras napoleónicas. Hará que Waterloo parezca un juego de niños.

Joseph quedó pasmado. Beecher volvió a enderezarse.

—¡Qué personaje tan deprimente! —añadió de mejor humor—. Un Jeremías redomado. No sabes cuánto me alegraré cuando termine lo que ha venido a hacer y se vaya a sembrar inquietud y desaliento a otra parte. ¿Te sirvo otra copa de jerez? Apenas has bebido.

—Lo suficiente —respondió Joseph—. Me basta con una para evadirme de la realidad, gracias.

Al día siguiente Joseph se dispuso a investigar la peor posibilidad de todas.

Tenía que empezar por enterarse de todo lo que no sabía acerca de Beecher. Y desde luego en este caso la discreción sería la piedra angular de la honestidad. La franqueza podría arruinar la reputación de Beecher y, salvo si desenmascaraba al asesino de Sebastian, su vida privada no era de la incumbencia de nadie.

Lo más fácil de comprobar sin hablar con terceros era el registro de todas las clases, conferencias, tutorías y demás compromisos de Beecher a lo largo de las últimas seis semanas. Le llevaría tiempo, pero era una tarea bastante sencilla y fácil de ocultar si

buscaba la misma información acerca de todos para luego extraer la relativa a Beecher.

Joseph no poseía un talento innato para correlacionar horas y cifras, pero con un poco de concentración recopiló un registro que le permitió averiguar dónde había estado Beecher y con quién, como mínimo durante el mes anterior.

Se retrepó en la silla, olvidando por un momento los montones de papeles, y se planteó lo que podía demostrar y qué debía buscar a continuación. ¿Cómo se las arreglaba uno para mantener una relación secreta? Bien mediante encuentros a solas donde nadie

Pudiera verlo, o donde todos los que lo veían fuesen desconocidos a quienes les traía sin cuidado, o bien haciéndolo al revés, sin ocultarse y con un motivo legítimo que nadie pusiera en entredicho.

Ni en Cambridge ni en los pueblos cercanos había un sitio donde todo el mundo fuera desconocido. Supondría una locura correr semejante riesgo.

Los lugares completamente deshabitados eran escasos y por lo general de difícil acceso. Beecher quizá pudiese ir en bicicleta hasta ellos, pero no así una mujer. Salvo que se tratase de una mujer joven y vigorosa, no llegaría muy lejos en bicicleta, y las mujeres que conducían coches se contaban con los dedos de una mano. Judith no era la regla sino una excepción.

Así pues, sólo quedaba la última posibilidad: se reunían abiertamente, con motivos normales que nadie ponía en duda. Sebastian estaba al corriente de sus sentimientos bien porque había sido más observador que los demás y había captado miradas, algún contacto físico quizás, o bien porque había presenciado sin querer un instante de intimidad. Ambas ideas eran igualmente desagradables.

Seguramente todo resultaría ser una tontería fruto de su acalorada imaginación. Tal vez Beecher fuese sencillamente uno de esos eruditos poco dados a entablar relaciones duraderas. Tales hombres existían. La idea que Joseph se había formado en sentido contrario emanaba de su propia forma de ser. No lograba imaginar la vida sin ningún deseo de intimidad. Posiblemente, Beecher había amado una vez y no estaba dispuesto a comprometerse de nuevo ni a hablar de ello ni siquiera con alguien como Joseph, quien a todas luces lo hubiese comprendido.

No obstante, mientras aún tenía en mente estos pensamientos se dio cuenta de que no se los creía. Beecher era demasiado enérgico y vigoroso como para apartarse de la riqueza de la pasión y la experiencia. Juntos habían caminado demasiado lejos, escalado demasiado alto, reído con demasiadas ganas como para que Joseph estuviera equivocado.

Confiaba haber eludido a Perth cuando por poco chocó con él en el sendero central del patio.

El inspector se sacó la pipa de la boca.

—Buenas tardes, reverendo —lo saludó, sin hacerse a un lado sino plantándose delante de Joseph con intención de impedirle el paso.

—Buenas tardes, inspector Perth —dijo Joseph, desplazándose un poco hacia la derecha para sortearlo.

—¿Ha tenido suerte con sus preguntas? —preguntó Perth con lo que pareció educado interés.

Joseph pensó por un instante en negarlo, pero entonces recordó que se había cruzado a menudo con Perth en sus idas y venidas. Si lo hacía, mentiría, y, lo que era aún más importante, Perth lo advertiría y supondría que estaba ocultando algo.

—Cada vez que creo que sí, acabo por darme cuenta de que no puedo demostrar nada — contestó, saliéndose por la tangente.

—Sé perfectamente a qué se refiere —dijo Perth, mostrando comprensión. Golpeó la pipa contra el zapato, la examinó para asegurarse de que estuviera vacía y se la metió en el bolsillo—. Encuentro cosas y luego se me escapan de las manos. Pero usted conoce a estas personas, mientras que yo no. —Sonrió—. Usted sabrá, por ejemplo, por qué el profesor Beecher parece haber hecho una excepción con el señor Allard, permitiéndole toda clase de insolencias, retrasos y cosas por el estilo, cuando de haberse tratado de otro estudiante lo habría castigado. —Aguardó, haciendo patente que esperaba una respuesta.

—¿Puede ponerme un ejemplo? —preguntó Joseph para ganar tiempo.

—El señor Allard entregó un trabajo tarde, cosa que también hizo el señor Morel — respondió Perth sin titubeos—. Restó un punto a la nota del señor Morel por ello, y en cambio no hizo lo mismo con la del señor Allard.

Joseph tuvo un escalofrío y miró fijamente a Perth, quien le inspiró más temor de repente. No quería que husmeara en la vida privada de Beecher.

—A veces uno es un poco excéntrico a la hora de puntuar —dijo, afectando una tranquilidad que distaba mucho de sentir—. Yo mismo he cometido ese error en ocasiones. En el caso concreto de la traducción, quizá sea una cuestión de gusto además de exactitud.

—¿Eso piensa, reverendo? —preguntó Perth con curiosidad. Joseph deseaba huir de allí.

—Parece probable —dijo, desplazándose un poco hacia la derecha otra vez con la intención de sortear a Perth y seguir su camino. Quería poner fin a aquella charla antes de que Perth lo obligara a adentrarse más en la ciénaga.

Perth sonrió, como si Joseph hubiese corroborado sus prejuicios con exactitud.

—El profesor Beecher sólo tenía en cuenta el estilo del señor Allard, ¿no es eso? El pobre señor Morel no está en la misma clase, de modo que cuando se retrasa se ve en apuros.

—Eso sería absolutamente injusto! —exclamó Joseph en tono de indignación—. ¡Y no es lo que he querido decir! La diferencia en la nota no guardaría ninguna relación con entregar el trabajo tarde o temprano.

—¿Ni con ser insolente o descuidado? —insistió Perth—. No se aplica la misma disciplina a los estudiantes inteligentes que a los menos dotados. Usted conoce bastante bien a la familia del señor Allard, ¿verdad?

No era por sí mismo por quien Joseph temía, era por Beecher y por los pensamientos que le enturbiaban la mente.

—Sí, así es, ¡y nunca le toleraré la mínima laxitud por esa razón! —dijo con aspereza—. Aquí se viene a aprender, inspector, y los asuntos personales no interfieren para nada en la manera en que se enseña a un alumno ni en las notas con las que se puntúa su trabajo. Sugerir lo contrario es irresponsable y moralmente repugnante. No puedo permitir que diga usted algo semejante sin sacarle de su error. Está difamando la reputación de un hombre, ¡y su cometido no le otorga inmunidad para hacer eso!

Perth no pareció desconcertarse.

—Sólo he estado yendo de un lado a otro preguntando y escuchando tal como usted ha hecho, reverendo —respondió con toda calma—. Y he comenzado a ver que hay quien piensa que al profesor Beecher no le caía nada bien el señor Allard. Aunque eso no parece que sea cierto, ya que hacía lo imposible por ser justo con él, e incluso le hizo algún que otro favor. Ahora dígame, ¿a qué cree que se debía?

Joseph ignoraba la respuesta.

—Usted conoce a estas personas mucho mejor que yo, reverendo —continuó Perth, implacable—. Creía que usted quería saber la verdad, ya que se da cuenta de lo mal que se lo está tomando todo el mundo. La sospecha es algo maléfico. Pone a las personas las unas contra las otras, incluso cuando no hay ningún motivo real para enemistarse.

—Claro que quiero —respondió Joseph, que se quedó sin saber qué más decir.

Perth le dedicó una sonrisa que era mezcla de diversión y de compasión.

—Es duro, ¿verdad, reverendo? —dijo amablemente—. Me refiero a descubrir que un muchacho a quien tenía en tan alta estima fuese capaz de hacer un poco de chantaje de vez en cuando...

—¡Yo no sé nada semejante! —protestó Joseph. En sentido literal era cierto, pero moralmente se trataba de una mentira.

—Claro que no —convino Perth—, porque usted se detuvo antes de tener una prueba que le impidiera negarlo. Si la tuviera, tendría que enfrentarse a ello y puede que hasta contarle. Pero es usted un hombre a quien resulta interesante seguir, reverendo, y ni mucho menos tan simple como me quiso hacer creer. —Hizo caso omiso de la expresión de Joseph—. Menos mal que el profesor Beecher se encontraba en el río cuando mataron al señor Allard, pues de lo contrario hubiese tenido que sospechar de él, y, por supuesto, hubiese tenido que averiguar qué era exactamente lo que el señor Allard sabía, aunque me lo puedo figurar fácilmente. Una mujer hermosa, la señora Thyer, y quizás un poquito sola, a su manera.



Joseph se quedó perplejo. El corazón le latía con fuerza. ¿Beecher y Connie? ¿Podía ser cierto? Su cabeza rebosaba imágenes cada vez más nítidas: el rostro de Connie, hermoso, cálido, vívido...

Perth meneó la cabeza.

—No me mire así, reverendo. No he dado a entender nada indecoroso. Todos los hombres tienen sentimientos, y a veces no queremos que los demás los vean. Nos hace sentir como si estuviéramos... desnudos. Me pregunto qué más verían los ojos de lince del señor Allard. ¿No lo sabrá usted, por casualidad?

—¡Pues no! —espetó Joseph, notando el calor de su rostro—. Y como bien dice, el profesor Beecher se encontraba a más de un kilómetro de aquí cuando dispararon contra Sebastian. Le he dicho que no puedo ayudarlo, inspector, y es la pura verdad. Y ahora, ¿tendría la bondad de dejarme pasar?

—Claro que sí, reverendo, pero les advierto, a usted y a todos los demás, que por más que jueguen al gato y al ratón voy a descubrir al que lo hizo, sea quien sea y sin que me importe lo que su padre haya pagado para enviarlo aquí. ¡Y voy a averiguar el motivo! Puede que no sea capaz de argumentar con esa sofisticada lógica que usted esgrime, pero conozco a la gente y sé por qué hace cosas que van contra la ley. Y voy a demostrarlo. La ley está por encima de todos nosotros, y siendo como es un hombre religioso, ¿debería saberlo mejor que nadie!

Joseph percibió la antipatía de Perth y la comprendió. Se sentía desplazado en un ambiente al que nunca podría aspirar ni sentirse a gusto. Hombres más jóvenes que él lo trataban con condescendencia, probablemente sin siquiera darse cuenta. La ley era su patrón y también su arma, tal vez la única.

—Lo sé perfectamente, inspector Perth —repuso Joseph, un tanto avergonzado de su propia condescendencia—. Y necesitamos que averigüe usted la verdad. La incertidumbre nos está aniquilando.

—Sí —convino Perth—. Suele tener ese efecto. ¡Pero no me rendiré!

Por fin se hizo a un lado, permitiendo pasar a Joseph con una cortés inclinación de la cabeza.

Joseph se alejó a paso vivo, con la certidumbre de haberse librado por los pelos, puesto que Perth le comprendía mucho mejor de lo que hubiese querido. Una vez más, había juzgado mal al prójimo.

Estaba invitado a cenar en casa del director al día siguiente. Había aceptado porque comprendió la desesperación de Connie Thyer por cargar a solas con la responsabilidad de atender a Gerald y Mary Allard bajo el peso de su aflicción. No podía ofrecerles nada que cupiera interpretar como entretenimiento y, no obstante, eran sus huéspedes. Ahora bien, su adusta presencia en la mesa tenía que resultarle muy difícil de sobrellevar. Joseph era al menos un viejo amigo de la familia y también lloraba la pérdida igualmente reciente de unos seres queridos. Además, su vocación religiosa venía como anillo al dedo. No podía

rehusar bajo ningún concepto.

Llegó poco antes de las ocho y encontró a Connie en compañía de Mary Allard en la sala de estar. Como siempre, Mary iba de luto riguroso. Le pareció que llevaba el mismo vestido que la última vez que se habían visto, aunque le resultaba difícil distinguir entre dos trajes negros. Desde luego, se la veía más delgada y estaba inequívocamente enojada. Su expresión no se suavizó un ápice al ver a Joseph.

—Buenas tardes, reverendo Reavley —saludó con fría formalidad—. Espero que se encuentre usted bien.

—Sí, gracias —respondió Joseph—. ¿Y usted?

Aquel intercambio de palabras era absurdo. Saltaba a la vista que Mary sufría lo indecible. Su aspecto era cualquier cosa menos bueno. Había formulado aquella pregunta por mera cortesía.

—No acabo de entender por qué me lo pregunta —contestó Mary, pillándolo desprevenido—. ¿Quiere que le cuente cómo me siento? Primero un asesino me roba mi hijo y ahora unas lenguas viperinas se dedican a mancillar su memoria. ¿O se sentiría menos culpable si me limitara a decirle que estoy la mar de bien, gracias? ¡No estoy enferma, sólo herida!

Ninguno de ellos había reparado en que Gerald Allard había entrado en la estancia pero Joseph oyó su brusca inhalación. Aguardó a que Gerald intentara salvar la manifiesta grosería de su esposa.

Se produjo un silencio atronador.

Connie paseó la mirada entre los presentes.

Gerald carraspeó.

Mary se volvió hacia él.

—¿Ibas a decir algo? —inquirió—. ¿Quizá para defender a tu o, dado que yace en su tumba y no tiene modo de defenderse? Gerald se sonrojó.

—Creo que no es justo acusar a Reavley, querida...

—¿Ah, no? —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. ¡Es él quien está ayudando a ese espantoso policía a sugerir que Sebastian hacía chantaje a la gente y que por eso alguien lo mató! —Se volvió bruscamente hacia Joseph echando chispas por los ojos—. ¿Puede negarlo, reverendo? —Pronunció la última palabra con cáustico sarcasmo—. ¿Por qué? ¿Estaba celoso de Sebastian? ¿Le daba miedo que fuera a eclipsarlo en su propio terreno? ¿Tenía más poesía en el alma de la que usted jamás tendrá y acabó por darse cuenta? ¿Por eso está haciendo lo que hace? ¡Dios! ¡Cómo le habría despreciado! ¡Él pensaba que eran amigos!

—¡Mary! —exclamó Gerald, desesperado.

Mary no se dio por aludida.

—¡Cuántas veces le oí decir que era usted un hombre intachable! —dijo con voz temblorosa por el desdén y los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Creía que era usted maravilloso, un amigo sin igual! Pobre Sebastian... —La emoción hizo que se le quebrara la voz.

—La verdad... —intentó Gerald de nuevo.

—Sebastian sabía que yo era su amigo —lo interrumpió Joseph—, pero no fui tan buen amigo suyo como lo habría sido si hubiese intentado ver con mayor sinceridad tanto sus defectos como sus virtudes. Le hice un flaco favor al negarme a reconocer su soberbia y no tratar de domeñarla.

—¿Soberbia? —dijo Mary con frialdad.

—El orgullo por su propio encanto, su sensación de invulnerabilidad —puntualizó Joseph.

—¡Sé perfectamente lo que significa esa palabra, señor Reavley! —espetó Mary—. ¡Estaba poniendo en duda que la utilizara con referencia a mi hijo! Encuentro intolerable que...

—Encuentras intolerable cualquier crítica contra él. —Gerald consiguió hacerse oír por fin—. ¡Pero alguien lo mató!

—¡Por envidia! —exclamó Mary—. Algún mezquino que no soportaba verse eclipsado — concluyó, dirigiendo una torva mirada a Joseph.

—Señora Allard —intervino Connie con voz clara y asombrosamente firme—. Todos comprendemos su pesar, pero eso no es excusa para que se muestre cruel e injusta con otro invitado en mi casa, quien además también ha perdido a familiares muy próximos hace casi tan poco como usted. Pienso que tal vez su propia pérdida la ha llevado a olvidarlo momentáneamente.

Lo dijo con calma, incluso con gravedad, pero fue una reprimenda en toda regla.

Aidan Thyer, que acababa de entrar en la sala, se sobresaltó pero no intervino, y la expresión con la que miró a Connie fue indescifrable, como si encerrara profundas emociones en conflicto. En ese preciso instante Joseph se preguntó si sabía que Beecher estaba enamorado de su esposa y si le dolía o le hacía temer que podía perder algo que con toda seguridad valoraba enormemente. ¿O acaso lo sabía? ¿Qué se ocultaba realmente tras la máscara de su acostumbrada cortesía? Vislumbró, con una punzada de dolor, la posibilidad de un mundo de soledad y fingimiento.

El presente reclamó su atención. Mary Allard seguía furiosa pero estaba demasiado claro que había obrado mal como para defenderse, de modo que optó por aceptar la escapatoria que Connie acababa de ofrecerle.

—Lo siento —dijo entre dientes—. Lo había olvidado. Me figuro que su pérdida... — Se hizo obvio que había estado a punto de decir algo como «ha entorpecido su juicio», pero se había dado cuenta de que así no arreglaría las cosas. Dejó la frase inacabada.

Normalmente Joseph hubiese aceptado cualquier disculpa pero esta vez no fue así.

—Me ha hecho pensar más profundamente en la realidad —dijo—, y he visto que por más que amemos a alguien o que lamentemos las oportunidades perdidas para haberle dado más de lo que le dimos, las mentiras no sirven de nada, por agradables que nos resulten.

Mary palideció y miró a Joseph con expresión de odio. Aun suponiendo que comprendiera algo de lo que él había dicho, no estaba dispuesta a reconocerlo.

—No sé de qué puede arrepentirse usted —dijo con frialdad—. No lo conozco lo suficiente. Nunca he oído a nadie hablar mal de sus padres, pero si alguien lo ha hecho, debería hacer lo posible por evitarlo. ¡Si no tienes lealtad, por encima de todo para con tu propia familia, no tienes nada! Le prometo que haré cuanto esté en mi mano para proteger el nombre y la reputación de mi hijo muerto de la envidia y el rencor de cualquiera lo bastante cobarde para atacarlo una vez muerto cuando no se atrevió a hacerlo en vida.

—Existen muchas lealtades, señora Allard —replicó Joseph, con la voz crispada por la intensidad de sus sentimientos, el sufrimiento y la soledad de sus pérdidas, la ira contra Dios por herirlo tan profundamente, con los fallecidos, por dejarlo con el peso de unas responsabilidades para las que no estaba preparado, y, por encima de todo, el temor a desilusionarse, a la desintegración del amor y las creencias que más significaban para él—. Es una cuestión de prioridades. Amar a alguien no presupone que ese alguien esté en lo cierto, y su familia no es más importante que la mía o la de cualquier otra persona. Su primera lealtad debería ser para con el honor, la amabilidad y cierto grado de verdad.

El odio que reflejaba el rostro de su interlocutora fue una respuesta más que elocuente. Mary se volvió hacia Connie y dijo:

—Sin duda comprenderá que no me quede a cenar. Agradecería que tuviera la bondad de hacer que lleven una bandeja a mi habitación.

A continuación salió majestuosamente de la sala con un frufú de tafetán negro dejando a sus espaldas un levísimo rastro de perfume de rosas.

Connie suspiró.

—Lo lamento, profesor Reavley. La investigación le está resultando muy dura. Todo el mundo anda con los nervios de punta.

—Tenía una imagen idealizada de Sebastian —señaló Gerald, en tono reflexivo—. No es justo. Nadie habría conseguido estar a la altura y los demás tampoco podemos protegerla eternamente de la verdad.

Echó una mirada a Joseph, quizá con la esperanza de que éste lo interpretase como una disculpa, aunque Joseph tuvo la sensación de que más bien buscaba aprobación. Compadeció a Gerald; el pobre perdía pie en una tarea imposible, pero mucha más lástima le inspiraba Elwyn tratando de proteger a Sebastian, cuyos defectos conocía, al tiempo que protegía a su madre de verdades a las que era incapaz de enfrentarse y a su padre para que no pareciera completamente impotente y terminara odiándose a sí mismo. Nadie tendría

por qué hacer tanto, y mucho menos un muchacho desconsolado que debería contar con el apoyo de sus padres en lugar de verse obligado a apoyarlos en su ensimismamiento.

Joseph volvió los ojos hacia Connie y advirtió el reflejo de esa misma lástima e ira en su rostro. Pero no era a su marido a quien miraba, sino a él. Aidan Thyer mantenía la vista apartada, quizá para ocultar el desagrado que le causaban las excusas de Gerald.

Joseph rompió el silencio.

—Todos andamos con los nervios de punta, es verdad —convino—. Sospechamos cosas de los demás que en otras circunstancias ni se nos pasarían por la cabeza. Cuando sepamos lo que ocurrió, podremos olvidarlo todo otra vez.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Aidan Thyer de pronto—. Nos hemos quitado demasiadas máscaras, viendo lo que había debajo. No, creo que vayamos a olvidarlo. —Miró suavemente a Connie y luego de nuevo a Joseph con aire desafiante.

—Quizá no olvidemos —admitió Joseph—, pero ¿acaso el arte de la amistad no consiste en buena medida en seleccionar lo que es importante y dejar que parte de las equivocaciones se vayan dispersando hasta que las perdemos de vista? No olvidamos, más bien dejamos que el recuerdo se haga borroso, y el que aceptemos que algo ocurrió no quita que lo sintamos. Así es como estamos hoy, pero no tiene por qué ser lo mismo mañana.

—Perdona usted con suma facilidad, Reavley —dijo Thyer con frialdad—. A veces me pregunto si alguna vez ha tenido que perdonar algo grave. ¿O acaso es demasiado cristiano para sentir verdadero enojo?

—Quiere decir demasiado anémico para sentir algo con auténtica pasión —corrigió Joseph.

Thyer se sonrojó.

—Lo lamento, eso ha sido una grosería imperdonable. Le ruego que me disculpe.

—Quizá no debería sopesar tanto las cosas antes de hablar —dijo Joseph, pensativo—. Me hace parecer pedante, incluso un poco frío, pero el caso es que me da miedo lo que podría decir si no lo hiciera.

Thyer sonrió, mostrando un asombroso afecto.

Connie pareció sorprendida y se volvió.

—Por favor, pasemos al comedor, señor Allard —propuso dirigiéndose a Gerald, quien cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro y obviamente no sabía cómo reaccionar—. No ayudaremos a nadie no comiendo. Necesitamos todas nuestras fuerzas, aunque sólo sea para apoyarnos mutuamente.

Joseph no logró concibir el sueño en toda la noche. Breves recuerdos acudían a su mente: Connie y Beecher riendo juntos por una trivialidad; Connie escuchando interesada mientras él refería un descubrimiento esotérico en Oriente Medio. La preocupación de Beecher cuando ella había pillado un resfriado de verano, su temor a que pudiera tratarse

de una gripe o incluso degenerar en neumonía. Y otros incidentes más imprecisos que en ese momento parecían desproporcionados con respecto a la despreocupada amistad que afectaban.

¿Qué sabía Sebastian exactamente? ¿Había amenazado a Beecher abiertamente o se había limitado a dejar que el miedo y la culpa hicieran su cometido? ¿Era posible que fuese inocente de todo salvo de observar con mayor agudeza que los demás?

No era que Joseph hubiese sospechado de Beecher en relación con el asesinato de sus padres, pues en cualquier caso estaba con Connie y Thyer en el momento de su muerte. Y Perth le había dicho que se encontraba en los Backs cuando habían disparado contra Sebastian, de modo que tampoco podía ser culpable de ese crimen.

¿Y Connie? No se imaginaba a Connie matando a Sebastian de un tiro. Era generosa, encantadora, siempre pronta a reír como a percibir las necesidades o la soledad del prójimo y hacer todo lo posible por remediarlas. Sin embargo, era una mujer apasionada. Tal vez estuviese enamorada de Beecher y se hubiese visto atrapada por las circunstancias. Si alguien descubriera que estaba liada con Beecher y lo hiciera público, él perdería su posición, pero ella lo perdería todo. Una mujer divorciada por adulterio dejaba de existir para la sociedad y hasta para sus amigos.

¿Habría sido capaz de hacerle algo semejante Sebastian?

Al muchacho que Joseph conocía le habría parecido una idea repulsiva, cruel, deshonrosa; pero ¿existía ese muchacho fuera de su imaginación?

El sueño por fin lo venció sin que llegara a tener ninguna certidumbre acerca de nadie, ni siquiera de sí mismo. Por la mañana despertó con un tremendo dolor de cabeza y resuelto a averiguar cuanto pudiera sin sombra de duda. Todo lo que le importaba se le estaba yendo de las manos y necesitaba algo a lo que aferrarse.

Aún no habían dado las seis, pero comenzaría de inmediato. Era una hora estupenda para dar un paseo por los Backs y encontrar a Carter, el barquero, quien al parecer había hablado con Perth sobre la mañana de la muerte de Sebastian. Se afeitó, lavó y vistió en cuestión de minutos y salió a la fresca claridad de la mañana.

La hierba aún estaba mojada de rocío y presentaba un brillo nacarado, casi turquesa, y los árboles se alzaban inmóviles sin perturbar el silencio.

Encontró a Carter en el atracadero tras recorrer menos de dos kilómetros por la orilla.

—Buenos días, profesor Reavley —lo saludó Carter alegremente—. Sí que ha madrugado, señor.

—No podía dormir —respondió Joseph.

—A mí también me cuesta, últimamente —admitió Carter—. La gente anda muy nerviosa. Los periódicos vuelan de los quioscos. Hay que comprarlos temprano si no te quieres quedar sin leerlos. No había visto nada igual desde que la reina se puso enferma. —Se rascó la cabeza—. Ni siquiera entonces, la verdad. Como quiera que se mirase, todos

sabíamos cómo iba a acabar, Dios la tenga en la gloria. Igual que a todos nosotros, tarde o temprano.

—Ésta es la mejor hora de la mañana —dijo Joseph, contemplando el lento avance del río reluciente bajo el sol.

—Ya lo creo —convino Carter.

—Pensaba que quizás encontraría al profesor Beecher por aquí. ¿Lo ha visto usted por casualidad?

—¿Al profesor Beecher? No, señor. Viene de vez en cuando, pero no muy a menudo.

—Es amigo mío.

—Es un caballero muy simpático, señor. Tiene muchos amigos —dijo Carter, asintiendo con la cabeza—. Siempre tiene una palabra amable. Solemos hablar un poco sobre las viejas embarcaciones fluviales. Parece interesado en el tema aunque, entre usted y yo, creo que sólo lo hace para ser agradable. Sabe que estoy muy solo desde que mi Bessie murió, y un poco de charla me ayuda a empezar bien el día.

Aquél era el Beecher que Joseph conocía, un hombre de una gran amabilidad que siempre camuflaba de otra cosa para que nadie se sintiera en deuda con él.

—Estarían ustedes charlando cuando mataron al joven Allard —observó.

—Esa mañana no, señor. —Carter negó con la cabeza—. Le dije al policía que sí porque no me acordaba, pero ese día tuve un pinchazo. Tuve que arreglarlo y me llevó siglos, porque había dos agujeros y al principio no me di cuenta. Tardé más de una hora, fíjese usted. Por supuesto el profesor Beecher estaría aquí si eso fue lo que dijo, pero yo no lo vi porque estaba en otra parte,

166 Anne Perry

L a s t u m b a s d e l m a ñ a n a

¿me sigue?

—Sí... —repuso Joseph despacio, oyendo su propia voz muy lejana, como si perteneciera a otro—. Sí..., le sigo. Gracias.

Se volvió y comenzó a caminar lentamente por la hierba.

¿Tenía la obligación moral de informar a Perth de aquello? Se había mostrado de acuerdo en que la ley estaba por encima de todos ellos, y eso era bien cierto. Pero necesitaba estar seguro. Y en ese momento no estaba seguro de nada.

\* \* \*

## 12

El sábado Matthew cenó con Joseph en el Pickerel contemplando el río. Había tantos parroquianos como de costumbre sentados a las mesas, conversando, pero las voces sonaban más bajas y se oían menos risas. Las bateas avanzaban a la deriva y contra la corriente, manejadas por muchachos que mantenían el equilibrio en las popas sujetando largas pértigas, unos con habilidad, otros con torpeza. Las chicas, ataviadas con vestidos claros cuyas mangas ligeras y vaporosas revolvía el viento, yacían medio recostadas en los asientos. Unas lucían pamelas o sombreros adornados con flores para dar sombra a sus rostros, otras sostenían sombrillas de muselina o encaje que las moteaban de luz. Una muchacha con la cabeza descubierta y el cabello rojizo dibujaba surcos en el agua con el brazo moreno extendido, derramando sus dedos gotas que brillaban con la luz dorada del atardecer.

—Uno de nosotros debería ir a casa —dijo Matthew, untando paté en su tostada—. Creo que deberías ir tú y, además, yo tengo que ir otra vez a ver a Shanley Corcoran. Tal como están las cosas, es el único en quien oso confiar.

—¿Has hecho algún progreso? —preguntó Joseph, y acto seguido se arrepintió. Vio la frustración reflejada en el rostro de Matthew y supo la respuesta. Ninguno de los dos estaba dispuesto a decir, ni siquiera el uno al otro, que John Reavley quizás estuviera equivocado. Resultaba infantil desear o confiar que quienes amaban siempre tenían razón, pero al menos Joseph aún se resistía a admitir la derrota, sobre todo en voz alta y a riesgo de que otros se enterasen.

Matthew tomó otro bocado antes de contestar. Tragó, bebió el vino que le quedaba en la copa y se sirvió un poco más.

—Sólo ideas —dijo al fin—. Shearing opina que no es una conspiración irlandesa. Da la impresión de querer apartarme del asunto, aunque debo admitir que su lógica no carece de fundamento. —Cogió la mantequilla—. Ahora bien, tampoco me consta que no esté implicado.

—Eso no lo sabemos de nadie, ¿no crees? —preguntó Joseph.

—La verdad es que no —convino Matthew—. Excepto de Shanley. Por eso necesito hablar con él. Es posible... —Miró hacia el río, entornando los ojos contra el resplandor del sol poniente—. Es posible que se trate de un intento de asesinato contra el rey, aunque cuanto más vueltas le doy menos seguro estoy de que eso sea provechoso para nadie. Ya no sé qué pensar.

—Había un documento —dijo Joseph—. Y contuviera lo que contuviese, bastó para que lo matasen.

Matthew parecía cansado.

—Quizá fuese la prueba de un crimen —aventuró en tono cansino—. Un caso de mera codicia. Tal vez estemos errando el tiro, buscando algo con grandes repercusiones políticas



que afecten al curso de la historia, cuando en realidad sólo se trata de un sucio atraco a un banco o un fraude.

—¿Con dos copias? —inquirió Joseph, escéptico.

Matthew levantó la cabeza, y exclamó:

—¡Podría tener sentido! ¿Copias para distintas personas? ¿Y si se tratara de un escándalo bursátil o algo por el estilo? Mañana iré a ver a Shanley. Seguro que tiene contactos en la City y como mínimo sabrá por dónde empezar. ¡Ojalá papá me hubiese dicho más! —Se inclinó hacia delante—. Escucha, Joe. Uno de nosotros tiene que ir a casa para hacer compañía a Judith. Ambos la hemos desatendido. Hannah lo ha encajado muy mal, pero al menos cuenta con Archie, y además tiene a sus hijos. Judith no tiene a nadie...

—Lo sé —convino Joseph enseguida, con una punzada de culpa. Había escrito a sus dos hermanas, pero, estando como estaba a tan corta distancia de Judith, no bastaba con eso.

Los ocupantes de la mesa vecina soltaron una carcajada y callaron de nuevo. Uno de ellos hizo un comentario irrelevante a propósito de una novela de reciente aparición. Nadie respondió, e insistió.

—¿Alguna novedad sobre Sebastian Allard? —preguntó Matthew con amabilidad, intuyendo el lento descubrimiento de cosas desagradables, el desmoronamiento de creencias que habían significado mucho durante largo tiempo.

Joseph titubeó. Supondría un alivio compartir sus pensamientos, aunque al día siguiente fuera a desear no haberlo hecho.

—En realidad... sí —repuso, mirando más allá de Matthew. La luz se iba desvaneciendo en el río y un arbol escarlata y amarillo como de fuego se derramaba por el horizonte desde la arboleda de Haslingfield hasta los tejados de Madingley—. He descubierto que Sebastian era capaz de hacer chantaje —prosiguió, abatido—. Creo que chantajeaba a Harry Beecher por el amor que sentía hacia la esposa del director. No a cambio de algo tan obvio como dinero, sino de favores, y puede que también para saborear el poder. Le resultaría divertido ejercer una presión muy sutil pero a la que Beecher no se atrevería a plantar cara.

—¿Estás seguro? —preguntó Matthew con expresión de duda. Su voz no transmitió la negación que su hermano deseaba oír. Había exagerado el caso deliberadamente confiando que Matthew dijera que era una tontería. ¿Por qué no lo había hecho?

—¡No! —contestó Joseph—. ¡No, no estoy seguro! Pero parece probable. Mintió acerca de dónde se encontraba. Estaba comprometido con una chica que había elegido su madre, pero se echó novia por su cuenta en una de las tabernas de Cambridge... —Reparó en la mirada divertida de Matthew—. Entiendo que lo consideres normal habida cuenta de su juventud, ¡pero Mary Allard no lo hará! Como tampoco creo que lo haga Regina Coopersmith si alguna vez se entera.

—De acuerdo, es un poco feo —convino Matthew, con un brillo de humor en la

mirada—. Una última aventura antes de que las puertas del decoro lo encierren para siempre con «la elección de mamá». ¿Por qué no tuvo las agallas de decirlo?

—¡No tengo ni idea! ¡Yo no sabía nada al respecto! De todos modos, jamás se hubiese casado con Flora, por Dios. Es camarera. Y pacifista.

Matthew enarcó las cejas.

—¿Pacifista? ¿O te refieres a que se mostraba de acuerdo con cualquier cosa que dijera su admirador de turno?

Joseph sólo tuvo que pensarlo un instante.

—No, no he querido decir eso. Me pareció que estaba bastante bien informada.

—¡Por el amor de Dios, Joe! —Matthew se dejó caer contra el respaldo, haciendo resbalar las patas de la silla—. ¡No tiene que ser una estúpida sólo porque sirva cervezas a los chavales del pueblo!

—¡No te pongas tan condescendiente! —replicó Joseph—. No he dicho que fuese estúpida. He dicho que sabía más sobre pacifismo y sobre las opiniones de Sebastian al respecto que si no hubiese sido más que una conversadora simpática. Sebastian estaba apartándose de sus raíces a una velocidad que probablemente le asustaba. Su madre lo idolatraba. Para ella representaba todo cuanto deseaba que hubiese sido su marido; era brillante, guapo, encantador, un soñador con la pasión necesaria para alcanzar sus metas.

—El yugo de las aspiraciones ajenas es una carga difícil de soportar —observó Matthew con mucho más tacto y una nota de tristeza en la voz—. Sobre todo siendo las de su madre. No tendría escapatoria.

—No —reconoció Joseph, meditabundo—. Salvo echándolas por tierra. ¡Y la tentación de hacerlo no sería poca! —Miró con curiosidad a Matthew para ver si le entendía. Al instante encontró una respuesta afirmativa en el brillo de sus ojos—. Las cosas no son siempre tan sencillas como pensamos, ¿verdad? —concluyó.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó Matthew—. ¿Que de un modo u otro Sebastian estaba intentando ser libre y le salió mal?

—No lo sé —admitió Joseph, apartando la vista de nuevo hacia el río. La chica del pelo brillante se había esfumado, así como el muchacho que mantenía el equilibrio con tanta elegancia—. Pero muy poco de lo que he descubierto hasta ahora encaja con la idea que me había formado de él, lo cual hace que me pregunte si no fui casi tan culpable como Mary— Allard de construirle esa cárcel.

—No seas tan duro contigo —dijo Matthew con delicadeza—. Él construyó su propia imagen. Puede que en parte se tratara de una ilusión, pero el principal arquitecto era él, tú sólo lo ayudaste. Y créeme, le encantaba que lo hicieras. Ahora bien, si realmente vio lo que sucedió en la carretera de Hauxton, ¿por qué no dijo nada? —Frunció el entrecejo y dirigió una penetrante mirada a su hermano—. ¿Piensas que estaba tan loco como para intentar hacer chantaje a alguien que sabía que ya había matado a dos personas? ¿De verdad era tan

idiota?

Expuesto así parecía no sólo extremado sino peligroso y sin provecho posible. Además, tuvo que saber que las personas en cuestión eran sus padres, si no entonces, más tarde.

—No —contestó Joseph, aunque sin convicción. Matthew nunca hubiese hecho algo semejante pero él estaba acostumbrado a pensar desde el punto de vista del peligro. Sólo era unos años mayor que Sebastian pero en experiencia le llevaba décadas. Para Sebastian la muerte era un concepto, no una realidad, y creía en su propia inmortalidad con toda la pasión e inocencia propias de la juventud.

—Ten cuidado, Joe —le advirtió Matthew—. Fuera por la razón que fuese, alguien lo mató, ¡y fue alguien del colegio! ¡Deja de husmear, por favor! ¡No estás preparado para algo así! —La ira y la frustración brillaron en sus ojos, y también el miedo—. ¡Estás demasiado dolido como para ver con claridad!

Joseph reparó en la emoción que embargaba a Matthew y sintió su calor como un bálsamo para sus sentimientos.

—Tengo que intentarlo dijo, devolviendo la razón a su sitio. Era la única cordura a la que podía aferrarse—. La suspicacia está haciendo pedazos el colegio —añadió—. Todo el mundo abriga dudas, las amistades se rompen, las lealtades se tuercen. Necesito saberlo por mí mismo. Es mi mundo... Tengo que hacer algo para salvarlo. —Bajó la vista—. Y si Sebastian efectivamente fue testigo de lo ocurrido en la carretera de Hauxton, quizás exista un modo de averiguarlo. —Buscó los ojos de Matthew—. Tengo que intentarlo. ¿Pretendía decirme algo esa última tarde en los Backs y no supe escucharlo? Cuanto más pienso en ello, más cuenta me doy de que estaba mucho más afligido de lo que entonces comprendí. Debí mostrarme más receptivo. De haber sabido qué pasaba, tal vez lo hubiese salvado.

Matthew agarró a Joseph por la muñeca y lo soltó al instante.

—Posiblemente —dijo sin convicción—. O quizá también te hubiesen matado. No sabes si tenía algo que ver con eso. Al menos este fin de semana ve a ver a Judith. Ella también es nuestro mundo y necesita a alguien, preferentemente a ti.

No era una sugerencia, sino una orden.

Matthew se ofreció a llevarle en coche, y sin duda Judith le habría acompañado de regreso, pero Joseph prefirió aprovechar la ocasión de estar a solas el rato que tardaría en llegar hasta su casa en bicicleta. Necesitaba pensar antes de encontrarse con Judith.

Joseph dio las gracias a Matthew pero rehusó su ofrecimiento. Caminó con brío de regreso a St. John's, cogió lo necesario para pasar la noche fuera, una muda y la navaja de afeitar, y finalmente montó en la bicicleta y se fue.

En cuanto dejó atrás la ciudad se dejó envolver por la calma que reinaba en los caminos, sumiéndose en la penumbra de los setos tupidos, inmóviles en la luz del crepúsculo. Los campos olían a siega, al familiar dulzor seco del polvo, los tallos aplastados y el grano caído. Un puñado de estorninos eran puntos negros contra el azul del cielo que

ya se pintaba de gris por el este. Los últimos rayos de sol hacían inmensas las sombras de las garberas en el rastrojo.

Tanta belleza no estaba exenta de pena, como si algo se le escapara a Joseph de las manos y fuera incapaz de evitarlo. El verano siempre daba paso al otoño. Así tenía que set llegarían los colores encendidos, la caída de las hojas, las bayas rojas, el olor a tierra removida, a humo, a humedad; luego el invierno, el frío pelón que helaba el suelo, cuarteando y rompiendo los terrones, el hielo en las ramas como encaje blanco. Llovería, nevaría, soplaría el viento y por fin volvería la primavera con su delirio de flores.

Sus certidumbres, empero, se habían desvanecido. La seguridad que con tanto esmero había construido tras la muerte de Eleanor creyéndola indestructible, el camino hacia la comprensión de los designios de Dios, incluso hacia su aceptación, de pronto estaban cuajados de puntos flacos. Era un camino a través del abismo del dolor y había cedido bajo su peso. Estaba cayendo.

Y allí estaba él, a punto de llegar a su casa donde se suponía que debía ser para Judith la fortaleza que su padre hubiese sido. No había observado con suficiente atención y John nunca le había hablado de ello, nunca le había mostrado las necesidades ni las palabras para satisfacerlas. ¡No estaba preparado!

Sin embargo, ya se encontraba en la calle mayor. Las casas parecían aletargadas, y las ventanas iluminadas brillaban en la penumbra. El aire aún era tibio y había algunas puertas abiertas que dejaban salir sonidos de voces. Shummer Munn arrancaba malas hierbas en su jardín. Grumble Runham estaba de pie en la esquina encendiendo su pipa de barro. Soltó un gruñido al saludar a Joseph con un ademán.

Joseph aminoró la marcha. Ya casi había llegado. No le quedaba tiempo para encontrar respuestas que dar a Judith.

Dobló la esquina y pedaleó los cien metros finales. Llegó con las últimas luces del día y al dejar la bicicleta en el garaje al lado del Ford T de Judith, el espacio vacío donde debería estar aparcado el Lanchester le pareció inmenso. Rodeó la casa y pasó por el huerto, deteniéndose a coger un puñado de frambuesas que se comió antes de entrar por la puerta de atrás. La señora Appleton estaba de pie junto al fregadero.

—¡Oh! ¡Señorito Joseph, menudo susto me ha dado! —exclamó—. Y no es que no me alegre de verlo. —Lo miró entornando los ojos—. No ha cenado, ¿verdad? ¿Le apetece una limonada? Parece muy acalorado.

—He venido en bicicleta desde Cambridge —explicó él con una sonrisa. La cocina le resultó acogedora, llena de olores agradables.

—Voy a buscarla a la despensa. —La señora Appleton se secó las manos—. Seguro que se comería unos bollitos con mantequilla, ¿verdad? Los he hecho hoy. Se lo llevaré todo a la sala de estar. La señorita Judith está allí. No lo esperaba, ¿verdad? ¡No me ha dicho nada! Pero su cama está hecha, como siempre.

—Gracias —dijo Joseph, sintiendo que la calidez del hogar lo envolvía produciéndole

una suerte de seguridad. Conocía cada reflejo de la madera pulida, los sitios donde presentaba marcas, los trozos desgastados de las alfombras tras generaciones de uso, las tablas del parqué que estaban ligeramente hundidas, los escalones que crujían, las sombras que se proyectaban a cada hora del día. Percibió el perfume de la lavanda y la cera de abejas, de las flores y el heno que transportaba la brisa.

Judith estaba acurrucada en el sofá con la cabeza inclinada sobre un libro. Llevaba el cabello recogido sin esmero y el moño le quedaba un poco ladeado. No lo oyó entrar.

—¿Es bueno ese libro? —preguntó Joseph.

—No está mal —contestó Judith, levantándose y dejando caer el libro cerrado en la mesa sin preocuparse del punto. Lo miró con cautela; esbozó una sonrisa, pero sólo por educación. Mantenía sus emociones a salvo por si Joseph la hería no dándole lo que necesitaba o careciendo de fuerza o de fe—. Prefiero los cuentos de hadas un poco más realistas —agregó—. Éste es demasiado edulcorado para ser verosímil o mínimamente bueno, la verdad. ¿A quién le importa que la heroína gane si no ha tenido que luchar?

—Sólo a ella misma, me figuro.

Joseph miró a su hermana con más detenimiento. Su cansancio se hacía patente en las ojeras y la palidez del semblante. Iba vestida con una falda verde claro que aun siendo muy sencilla la favorecía debido a la gracilidad de sus movimientos. Llevaba una blusa blanca de algodón como las que casi todas las muchachas se ponían en los pueblos de la campiña: cerrada hasta el cuello, entallada y sin apenas adornos. Tanto le daba si gustaba o no a los demás. Él quedó impresionado al constatar el cambio que había sufrido en unas pocas semanas. La regularidad de sus rasgos era la misma, la delicadeza de los labios también, pero no había rastro de la vitalidad que la hacía hermosa.

—La señora Appleton va a traerme bollitos y limonada. ¿Querrás acompañarme? —añadió Joseph para romper el silencio, consciente de que la había desatendido. Había permitido que lo consumieran la ira y la confusión suscitadas por el asesinato de Sebastian, quizá para apartar sus emociones de la muerte de sus padres. Judith no tenía con qué hacer lo mismo. Y estaba sola allí, en la casa donde deberían estar ellos, con el silencio y la ausencia que dolía como un diente cariado recordándole la tragedia a diario.

—No gracias —repuso Judith—. Ya he tomado antes. ¿Has venido a casa para algo en concreto? Supongo que aún no se sabe quién mató a Sebastian Allard. Lo lamento mucho. —Miró a Joseph a los ojos tratando de ver si estaba dolido, si había algo que pudiera decir o hacer por él.

Joseph eligió la butaca de su padre para sentarse.

—Todavía no —dijo—. Ni siquiera estoy seguro de que hayan hecho algún progreso.

Judith también se sentó.

—¿Se sabe algo sobre papá y mamá? —preguntó con una leve ronquera. Buscaba algún indicio en su rostro con ojos perspicaces—. Matthew no me cuenta nada. A veces pienso que incluso olvida que sé que fue un homicidio y que estoy enterada de la existencia

del documento. Seguimos recibiendo los periódicos y las noticias son espantosas. En el pueblo todos hablan de la posibilidad de una guerra.

La señora Appleton se presentó con los bollos y el zumo, y Joseph le dio las gracias. Cuando la mujer se hubo marchado, él volvió a mirar a Judith y se dio cuenta de lo poco que sabía acerca de sus puntos fuertes y débiles. ¿Soportaría la verdad de que no tenían ni idea de quién había matado a John Reavley, o de que su juicio acerca del documento quizá fuese erróneo? Tal vez el motivo de su muerte había sido algo tan simple como la codicia. ¿Soportaría saber que existía una posibilidad de guerra que nadie estaba en condiciones de medir? El futuro se cernía sobre ellos sombrío e incierto, e incluso trágico, probablemente.

Un nudo de ira se apretó en su fuero interno contra su padre.

John Reavley debería haberse mostrado más sensato en vez de tan estúpido como para decir a Matthew que estaba en posesión de un documento que podía convulsionar el mundo y luego echarse a la carretera sin protección ninguna para que alguien lo matara... ¡Y no sólo a él, sino a Alys!

—¿Y bien? ¿Llevan razón? —inquirió Judith en tono un tanto mordaz—. ¿Habría guerra? ¡No puedes estar tan aislado en tu torre de marfil como para no saber que Austria y Serbia están a punto de declararla!

—No lo estoy —reconoció Joseph, resentido por su propio enojo y frustración—. Sí que lo están, y es de suponer que Austria marchará sobre Serbia y volverá a conquistarla.

—Si eso ocurre, aseguran que Rusia también intervendrá en el conflicto —insistió Judith.

—Es posible que toda Europa se vea implicada —dijo, mirándola a los ojos—. No es probable, pero si en efecto sucede, quizá nos involucremos. También es posible que las aguas vuelvan a su cauce si las partes advierten el precio que tendrán que pagar.

—¿Y si no lo hacen?

Joseph se levantó y fue hasta los ventanales que daban al jardín.

—Pues tendremos que comportarnos con honor y hacer lo que siempre hemos hecho: enviar a nuestros ejércitos a la contienda —respondió—. Me atrevería a decir que no durará mucho. No es África, donde hay vastas extensiones de campo abierto en las que esconderse.

Judith se puso de pie también, puesto que él se hallaba justo detrás de ella.

—Supongo que no. —Titubeó por un instante—. Joseph, ¿crees que era esto lo que papá sabía? Me refiero a algo relacionado con el asesinato en Sarajevo. ¿Es posible que diera con el plan?

¿Era lo que deseaba creer? Sería mucho más fácil que imaginar un nuevo peligro. Era un momento decisivo. Tenía que elegir entre una evasiva y una verdad que no conocía.

—Tal vez —convino, saliendo al jardín. Judith lo siguió. Hacía una noche templada y

el perfume dulzón de las clavelinas y las azucenas flotaba como un bálsamo en el aire—. A lo mejor no constaba ninguna fecha y no se dio cuenta de que estaba planeado para aquel día.

—No, no creo que fuera eso —dijo Judith con gravedad—. ¡No tiene nada que ver con el honor de Inglaterra!

Joseph notó el vigor de su voz. Estaba enfadada, llena de vida otra vez.

—¡No te pongas condescendiente conmigo, Joseph! —agregó ella, cogiéndolo del brazo—. ¡Me sacas de quicio cuando lo haces! Matar a un archiduque austriaco no tiene nada que ver con Inglaterra.

—Has sido tú quien lo ha sugerido —señaló Joseph, picado por su comentario sobre su condescendencia porque sabía que llevaba razón. Se había equivocado al optar por la evasiva.

—Y ha sido una estupidez —replicó Judith—. ¿Por qué no eres capaz de decirme con franqueza que soy estúpida? ¡No seas siempre tan condenadamente educado! ¡Ni yo soy de tu congregación, ni tú eres mi padre! Aunque supongo que intentas ocupar su lugar y al menos contigo puedo hablar como es debido.

—Gracias —dijo Joseph secamente. No merecía aquel comentario medio cumplido medio grosería, y lo perturbó constatar hasta qué punto le importaba.

Pasaron junto al parterre y quedaron atrapados en el perfume dulce y embriagador de las flores. Una lechuza bajó en picado por entre los árboles y desapareció con un mudo batir de alas.

—¿No quieres saber lo que contenía el documento? —preguntó Judith.

—Claro que quiero —contestó Joseph, y de inmediato se dio cuenta de que si se trataba de algo que John no había interpretado correctamente, quizá preferiría no saber nada.

Joseph se detuvo al final del césped y Judith se puso a su lado; la luna iluminaba su rostro.

—Entonces deberíamos ser capaces de averiguar de dónde lo sacó, ¿no te parece? —dijo—. No podía hacer mucho tiempo que lo tenía o de lo contrario se lo hubiese llevado antes a Matthew.

La firmeza de sus palabras dejó sentado que en su fuero interno había tomado una decisión.

—Ya hemos intentado averiguar todos los sitios a los que fue durante varios días antes del... accidente —explicó Joseph—. Visitó al director del banco, Robert Isenham, y al señor Frawley, el anciano que regenta esa tienda de curiosidades que hay en la carretera de Cambridge. —La miró con ternura—. Él y Frawley se conocían bastante bien. Si papá acababa de descubrir algo espantoso, Frawley habría notado que le pasaba algo malo.

—Mamá fue a ver a Maude Channery el día que papá llamó a Matthew —dijo Judith muy seria.

—¿Quién es Maude Channery? —preguntó Joseph. Si lo sabía, lo había olvidado.

—Una de las «buenas causas» de mamá —contestó Judith, haciendo un esfuerzo por hablar con firmeza—. Papá no la aguantaba, solía decir que era una farsante, pero aun así acompañó a mamá.

—No tendría otro remedio, si quedaba lejos de aquí —señaló Joseph—. A no ser que la acompañaras tú, ¡y mamá nunca hubiese ido a ver a alguien importante a bordo de tu Ford T! Al menos si el Lanchester estaba disponible.

—Yo podría haberla llevado en el Lanchester —arguyó Judith.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo sabes conducir? —dijo Joseph sorprendido—. O mejor dicho, ¿desde cuándo te lo hubiese permitido papá?

—Desde que no podía aguantar a Maude Channery —repuso Judith, con una chispa de humor en la voz—. Pero no lo hizo. Llevó a mamá. Y cuando regresaron se encerró directamente en su estudio y mamá y yo cenamos solas.

Joseph titubeó. La idea era absurda.

—¿Acaso estás dando a entender que obtuvo un documento de relevancia internacional de una anciana que era una de las «buenas causas» de mamá?

—¡No lo sé! ¿Se te ocurre algún sitio mejor por dónde empezar? Tú no tienes nada, y Matthew tampoco.

—Iremos a verla mañana, si quieres —propuso Joseph.

Judith torció el gesto y Joseph tuvo claro que deseaba decirle de nuevo que no fuera tan condescendiente pero en cambio se limitó a aceptar la oferta. Anunció que la visitarían por la mañana antes de que Joseph pudiera cambiar de parecer, y que estaría lista a las diez.

Joseph se levantó temprano. Hacía un día caluroso y borrascoso, y el viento arrastraba el polvillo de las primeras cosechas. Fue caminando hasta el centro del pueblo para recoger los diarios del domingo en el estanco de Cully Teversham, y antes de regresar a casa intercambió con éste los cumplidos de rigor, un comentario sobre el tiempo, un par de cotilleos. Por el camino se cruzó con algunos vecinos, a quienes dio los buenos días.

Se había propuesto no abrir los diarios hasta después de desayunar, pero la curiosidad lo venció. Las noticias eran peores de lo que esperaba. Serbia había rechazado las exigencias de Austria y ambos países habían roto relaciones diplomáticas. Cabía considerarlo el preludio de la guerra. Rusia había declarado que intervendría para proteger los intereses de Serbia. La duda sobre quién ganaría el Tour de Francia parecía un asunto de otra época que ya se hundía en el pasado, casi irrecuperable, y una visita a Maude Channery era lo que menos podía interesarle.



Pero se lo había prometido a Judith y al menos compensaría parte del tiempo en el que había estado tan absorto en sus propias emociones para olvidar las de su hermana.

Salieron a las diez en punto y tardaron más de media hora en llegar hasta Cherry Hinton. Después de informarse en la tienda del pueblo encontraron Fen Cottage en las afueras y aparcaron el coche a la vuelta de la esquina.

Hubieron de llamar dos veces a la puerta antes de que la abriera una anciana de corta estatura que se apoyaba pesadamente en un bastón. No era un bastón elegante con puño de plata sino un recio cayado de madera como el que un hombre usaría para ir de excursión. La mujer tenía cara de pocos amigos y llevaba el pelo, blanco y crespo, recogido con horquillas al estilo de veinte años atrás. Arrastraba las faldas negras por el suelo y daba la impresión de haberlas heredado de una mujer al menos un palmo más alta.

—Si buscan a los Taylor hace seis meses que se mudaron y no sé adónde fueron—dijo abruptamente—. Y si buscan a otros pregunten a Porky Andrews en la tienda. Está al corriente de todo y seguro que se los cuenta tanto si ustedes quieren como si no. —Hizo caso omiso de Judith y miró a Joseph de arriba abajo con curiosidad.

—¿Es usted la señora Channery? —preguntó él. Sus tiempos de párroco acudieron a su mente con suma nitidez ¡Cuántas veces había visitado a personas resentidas que se mostraban antipáticas por culpa del orgullo, la culpa o la necesidad de ocultar un dolor que no podían ignorar ni compartir!—. Soy Joseph Reavley y ella es mi hermana Judith. Creo que usted y mi madre eran muy buenas amigas.

—¡Oh! —La habían pillado desprevenida. El áspero comentario que se disponía a hacer murió en sus labios. Algo se ablandó en su interior—. Sí..., bueno, supongo que lo éramos. Fue algo terrible. De verdad que lo lamento. Todos la echamos de menos. No tiene mucho sentido que les dé mis condolencias. No servirá de nada.

—Aceptaría encantado una taza de té. —Joseph no iba a dejar que se librara de él tan fácilmente.

—Entonces más vale que pasen —dijo la señora Channery—. No recibo en el umbral.

Giró en redondo y los condujo a una sala de estar sorprendentemente agradable que daba a un pequeño jardín muy descuidado cuya tapia lindaba con el cementerio. Por encima de ésta asomaba la pálida escultura de un ángel que se recortaba con nitidez contra la masa oscura de unos tejos.

La señora Channery siguió su mirada y resopló.

—Los días buenos pienso que me protege... ¡Casi siempre me digo que no hace más que fisgonear! —Señaló el sofá y una butaca—. Si quieren té tendré que poner el agua a calentar, así que mejor será que se sienten mientras lo hago. Tengo galletas. No iba a servirles pastel a estas horas de la mañana.

Judith tragó saliva conteniendo la ira con visible esfuerzo, al menos para Joseph.

—Gracias —dijo mansamente—. ¿Puedo ayudarla a llevar algo?

—¡Por Dios, chiquilla! —exclamó la señora Channery—. ¿Qué piensas que voy a traer? Sólo es un tentempié.

Judith se puso roja de rabia y se mordió la lengua para no replicar. La señora Channery dio media vuelta y desapareció en la cocina.

Judith miró a Joseph.

—¡Mamá merece ser canonizada por aguantarla! —dijo en un susurro mordaz.

—No me extraña que papá la detestara—convino Joseph—. Me pregunto por qué vendría.

—Con una espada, por si las moscas, imagino —contestó Judith—. ¡O con un paquete de matarratas!

Joseph le dio vueltas a la pregunta. ¿Por qué había ido allí John Reavley? Judith podía haber acompañado perfectamente a Alys, y Alys lo habría considerado una buena lección de caridad para su hija. John evitaba en lo posible el trato con personas desagradables, toleraba mal las groserías, y por más que admirase la paciencia de su esposa, no abrigaba ninguna intención de emularla.

La señora Channery regresó tambaleándose un poco bajo el peso de una enorme bandeja muy bien dispuesta. Había cumplido su palabra y no había pastel, pero sí tres clases de galletas y bollos caseros de pasas untados con abundante mantequilla.

Joseph se puso de pie de un salto para ayudarla. Cogió la bandeja antes de que la anciana la dejara caer y la puso en la mesa de centro al lado de un jarrón lleno de minutisas. El ritual de servir, aceptar, pasarse los platos de comida y hacer los comentarios apropiados se observó a rajatabla. Sólo entonces pudo Joseph abordar el tema que los había llevado allí. Se había detenido a pensarlo pero ahora le parecía una estupidez. Lo único que iba a ganar con aquella visita sería el tiempo que pasaría con Judith. Por el camino habían hablado de cosas sin importancia, aunque ella había dado muestras de sentirse más a gusto y en un par de ocasiones había reído con ganas.

—Tiene un jardín precioso —comentó Joseph, tratando de entablar conversación.

—Está hecho un revoltijo —replicó la señora Channery—. Yo ya no estoy para esos trotes, y tampoco puedo pagar a ese sordo que arregla el de la señora Copthorne. Le paga el doble de lo que merece... ¡Peor para ella si es tonta! ¡Y además lo tiene lleno de ratones, que los he visto!

Joseph notó que Judith se mordía la lengua.

—Quizá sea por eso por lo que me gusta tanto —insistió Joseph, resistiéndose a ser disuadido.

—Hace que el suyo se vea bonito, ¿verdad? —inquirió la señora Channery.

—Sí, en efecto —convino él con una sonrisa. Con el raballo del ojo vio la expresión de desagrado de Judith. Se fijó en una enorme planta de borraja que invadía a sus vecinas—. Y

tiene bastantes hierbas.

—¿Es jardinero? —preguntó la señora Channery con aspereza—. Pensaba que era uno de esos iluminados de la universidad.

—Uno puede ser ambas cosas —señaló Joseph—. Mi padre sí que era jardinero, aunque me figuro que eso usted ya lo sabía.

—No tenía ni idea —respondió ella—, Apenas lo vi. Lo justo para ser cortés, y luego se marchó como si fuera a morderlo.

Judith estornudó, o al menos emitió un sonido que pareció un estornudo.

—¿De veras? —dijo Joseph, poniéndose en alerta—. ¿No se quedó aquí con mi madre la última vez que ella vino?

—Ni siquiera para el té. —La señora Channery negó con la cabeza—. Tenía pastel de chocolate. Y madeira. Los miró como si llevara una semana sin comer y a continuación salió por la puerta y se metió en ese cochazo amarillo que tenía. Qué apestosos son los coches —agregó—. Y ruidosos. No entiendo por qué un hombre civilizado no puede usar un caballo y un carruaje. A la reina, Dios la tenga en su gloria, le bastaba y sobraba. —Apretó los labios y pestañeó varias veces—. ¡No habría tantos caballos volviéndose locos, saliéndose de los caminos, chocando con los árboles y matando a pobres inocentes!

—¡Al contrario! —la contradijo Judith—. Los caballos se asustan por nada y se desbocan, sacando a los carruajes de los caminos y arrojándolos contra los árboles, los setos, las cunetas y hasta los ríos. Los coches no se asustan. No tienen miedo de los truenos, de los rayos ni de un trozo de tela que se agite. —Tomó aliento—. Y las ruedas de los carruajes se salen con la misma frecuencia que las de los coches.

—Creí que había perdido la lengua —dijo la señora Channery con satisfacción—. Veo que ha vuelto a encontrarla. En fin, diga lo que diga nunca me verá montada en una de esas máquinas.

—Entonces no intentaré convencerla —contestó Judith, como si eso fuera lo que tenía intención de hacer—. ¿Sabe adónde fue?

—¿Quién? ¿Su padre? ¿Acaso piensa que se lo pregunté, señorita Reavley? Habría sido una descortesía por mi parte, ¿no le parece? Judith puso cara de circunstancias.

—En ningún momento he pensado que se lo preguntara, señora Channery, pero a lo mejor él lo dijo. Supongo que no era ningún secreto.

—Pues supone mal —dijo la señora Channery con inmenso placer—. Sí que era un secreto. Su madre se lo preguntó y él se hizo el loco para no contestar. Sólo dijo que volvería al cabo de una hora... ¡Y no fue así! Tardó una hora y media, aunque ella no dijo palabra. —Miró a Judith con ojos acusadores—. ¡Su madre era una buena mujer! Ya no queda nadie como ella.

—Lo sé —susurró Judith.

La señora Channery gruñó.

—No tendría que haber dicho eso —se disculpó—. No es que no sea verdad, pero lamentarse no sirve de nada. A ella no le habría gustado. Era una mujer muy sensata. Tenía una paciencia infinita con los demás, aunque fuesen unos inútiles, pero ninguna consigo misma. ¡Le habría encantado que usted fuese como ella!

Judith la fulminó con la mirada, furiosa no sólo por lo que había dicho sino por constatar que precisamente ella hubiese conocido a Alys lo bastante para saber tanto sobre su carácter.

—Usted la apreciaba mucho —señaló Joseph, más que nada para llenar el silencio.

—¡Pues claro! —espetó la señora Channery, cuyos labios temblaron un momento—. Sabía cómo ser amable sin mirarte por encima del hombro, ¡y no hay mucha gente que sepa hacer eso! Nunca se presentaba sin avisar. Y comía mis pasteles. Nunca traía de los suyos como si necesitara llevar la cuenta. Aunque me traía mermelada de vez en cuando. De albaricoque. Y nunca le dije lo horrible que era la mermelada de ruibarbo. Como cordeles hervidos, era. Se la regalé a Diddy Warner, con esa cabeza que parece una mata de hierbajos secos. Se llevó una sorpresa. Tendrían que haber visto la cara que puso. —Sonrió satisfecha.

—¿Con el pelo como un espantapájaros? —inquirió Judith.

—¿No se lo acabo de decir? —preguntó la señora Channery.

—¡No me sorprende! —dijo Judith con franqueza—. ¡Ella se la había regalado a mamá! Era asquerosa.

Para asombro de Joseph, la señora Channery se echó a reír. Reía con tantas ganas que tuvo miedo que fuera a atragantarse. Las carcajadas eran tan espontáneas y contagiosas que se encontró riendo a su vez y, al cabo de un momento, Judith también. De pronto entendió por qué su madre se había ocupado de Maude Channery.

Aún se quedaron media hora más, y para cuando se marcharon estaban muy animados.

Camino del coche volvieron a ponerse serios.

—Fue a alguna parte —dijo Judith en tono apremiante, cogiendo a Joseph de la manga para obligarlo a detenerse—. ¿Cómo podemos averiguar dónde? Estaba cambiado cuando regresó y esa noche telefoneó a Matthew. ¡Tiene que ser donde consiguió el documento!

—Tal vez —convino Joseph, procurando frenar sus pensamientos. Ardía en deseos de creer que realmente había existido un documento cuya importancia se correspondía con la que le había otorgado su padre. Sin embargo, en tal caso las consecuencias eran enormes y se proyectaban hacia un futuro incierto y peligroso. ¿Y dónde estaba ahora? ¿Acaso John Reavley se las había ingeniado para ponerlo a buen recaudo antes de que lo mataran? En tal caso, ¿por qué nadie lo había encontrado?

Llegaron al coche.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Judith, cerrando la portezuela con un sonoro golpe mientras Joseph arrancaba el motor con la manivela. En cuanto el motor hubo arrancado, se sentó al lado de su hermana y cerró la puerta con más cuidado que ella. El coche avanzó y Judith cambió de marcha como una conductora consumada.

—Vayamos a casa. A lo mejor Appleton sabe decirnos adónde fue el coche —respondió Joseph.

—Dudo mucho que papá se lo dijera.

Judith dobló pulcramente la esquina y enfiló la carretera que llevaba de Cherry Hinton hasta St. Giles.

—¿Appleton sigue encargándose de lavar el coche? —preguntó Joseph.

Judith lo miró de reojo y aumentó la velocidad.

Joseph tendió el brazo para sujetarse.

—Por supuesto —contestó Judith—. ¿Piensas que se habrá fijado en algo? ¿Como en qué?

—Se lo preguntaremos. Según ha dicho la señora Channery, mamá estuvo con ella una hora y media, de modo que sólo pudo recorrer cierta distancia. Deberíamos ser capaces de reducir las posibilidades. Si preguntamos, alguien lo habrá visto. El Lanchester no pasaba inadvertido.

—¡Seguro! —exclamó Judith desbordante de entusiasmo, pisando el acelerador hasta lanzar el coche a casi setenta y cinco kilómetros por hora.

\* \* \*

Interrogar a Appleton resultó ser un asunto delicado. Lo encontraron en el jardín poniendo rodrigones a las últimas espuelas de caballero que estaban empezando a combarse bajo su propio peso.

—Alfred —comenzó Joseph, admirando en silencio las flores, cuyo color era deslumbrante—. Cuando mi padre volvió de acompañar a mi madre a visitar a la señora Channery en Cherry Hinton, ¿lavó usted el coche?

Alfred se enderezó con cara de pocos amigos.

—¡Claro que lavé el coche, señorito Joseph! ¡Y comprobé los frenos, el carburante y los neumáticos! Si piensa que no lo hice...

—¡Quiero averiguar adónde fue! —dijo Joseph con apremio al darse cuenta de que Appleton creía que estaba acusándolo—. Pensaba que tal vez pudiera ayudarme, que quizás algo le llamase la atención.

—¿Que adónde fue? —Appleton estaba perplejo—. Llevó a la señora Reavley a Cherry Hinton.

—Sí, ya lo sé. Pero el caso es que la dejó allí, fue a otro lugar y luego volvió para

recogerla.

Appleton ató distraídamente las últimas espuelas de caballero azul celeste y salió del arriate al sendero.

—¿Piensa que le ocurrió algo al coche?

—No, pienso que tal vez vio a alguien y necesito saber quién era. —Joseph no tenía intención de contar nada más a Appleton—. De aquí a Cherry Hinton hay unos ocho kilómetros. ¿Existe algún modo de averiguar cuánto más lejos fue?

—Pues claro. Sólo hay que mirar el cuentakilómetros para saberlo con exactitud. Aunque no le dirá dónde estuvo, sólo lo lejos que fue.

Joseph notó el pesado silencio que cayó sobre el jardín con sus flores inmóviles, manchas de colores chillones, mariposas prendidas en las azucenas como precarios adornos.

—¿Se fijó en algo que pudiera ayudarnos a saber adónde fue? Appleton hizo una mueca.

—¿Polvo? —sugirió Joseph—. ¿Grava? ¿Barro? ¿Arcilla? ¿Turba, tal vez? ¿O estiércol? ¿Alquitrán?

—Cal... —dijo Appleton despacio—. Había cal en los guardabarros. Tuve que lavarla.

—¡Hornos de cal! —exclamó Joseph—. Estuvo fuera una hora y media en total. ¿Qué velocidad alcanza el Lanchester? ¿Sesenta, ochenta?

—El señor Reavley era muy buen conductor —señaló Appleton mirando hacia el sendero por el que se aproximaba Judith—. Más bien cincuenta.

—Entiendo.

Judith llegó junto a ellos y miró inquisitivamente a Joseph y a Appleton.

—Appleton encontró cal en el coche —explicó Joseph—, ¿Dónde se encuentran los hornos de cal más próximos, lo bastante cerca de la carretera como para que haya rastros de cal, de modo que al pasar se peguen al coche?

—Hay hornos de cal en las carreteras al sur y al oeste de Cherry Hinton —contestó Judith—. Ninguno hacia el este en dirección a St. Giles y Cambridge, y tampoco hacia el norte en dirección a Teversham o Fen Ditton.

—¿Y qué hay hacia el sur y el oeste? —preguntó Joseph con ansia.

—¿Hacia las colinas de Gog Magog? Stapleford, Great Shelford —dijo ella pensativamente, como si consultara un mapa mental—. Hacia el oeste está Fulbourn, y también Great y Little Wilbraham. ¿Por dónde empezamos?

—Shelford queda a unos cuatro kilómetros de aquí —respondió Joseph—. Podemos empezar por allí y luego seguir hacia el norte y el oeste. Gracias, Appleton.

—De nada, señor. ¿Se le ofrece algo más? —Appleton parecía desconcertado y un

tanto inquieto.

—No..., gracias. A no ser que dijera algo sobre el sitio al que fue.

—No, señor, al menos que yo recuerde. ¿Sacará el coche otra vez, señorita Judith, o quiere que lo aparque?

—Salimos de inmediato, gracias —contestó Judith resuelta, volviendo hacia la casa sin esperar a Joseph.

—¿Qué vamos a decir a quienes estén en el sitio donde obtuvo el documento? —preguntó Judith cuando ya salían de St. Giles por la carretera del sur que ascendía casi de inmediato hacia las primeras lomas. Mantenía la vista al frente—. Sabrán quiénes somos y adivinarán a qué vamos.

En realidad se trataba de una pregunta, pero la formuló sin el menor titubeo, agarrando el volante con firmeza y soltura. Si estaba tensa, lo disimulaba muy bien.

Joseph no lo había pensado con detalle; lo único que deseaba era saber la verdad y acallar las dudas.

—No lo sé —contestó—. Con la señora Channery ha sido bastante fácil; parecía que siguiéramos los pasos de mamá. Podríamos decir que se dejó algo olvidado.

—¿Como el qué? —preguntó Judith con un ligero dejo de mofa—. ¿Un paraguas? ¿Este verano es el más seco y caluroso que hemos tenido en años! ¿Un abrigo? ¿Unos guantes?

—Un cuadro —contestó Joseph, llevado por un impulso—. Tenía un cuadro que iba a vender. ¿Son ellas las personas a quienes fue a mostrarlo?

—Parece razonable. Sí... Muy bien.

Sin darse cuenta, Judith aumentó la velocidad y el coche salió disparado pisando la hierba que crecía junto a la carretera. —Judith! —exclamó Joseph sin querer.

—¡No seas tan pesado! —respetó ella, aunque aminoró la marcha. Poco había faltado para que perdiera el control y lo sabía incluso mejor que su hermano. Lo que llevó más tiempo a Joseph comprender, y lo hizo con sorpresa, fue que la impulsaba la euforia, la sensación de que por fin era capaz de hacer algo útil por más remotas que fueran las posibilidades de éxito. No tenía miedo ni de hacerlo ni de descubrir hechos que quizá le resultaran dolorosos.

Joseph contempló el perfil de Judith y no sólo vio a la mujer que había en ella sino que comenzó a entender lo lejos que quedaba la niña. De pronto ella se volvió para lanzarle una mirada acompañada de una sonrisa.

Él fue a decirle que se concentrara en la carretera pero cayó en la cuenta de que sería un error. Le devolvió la sonrisa y vio que relajaba los hombros.

Se detuvieron en Shelford y preguntaron, pero nadie había visto a John Reavley el sábado anterior a su muerte, y el Lanchester amarillo era un coche difícil de olvidar.

Almorzaron bocadillos y un vaso de sidra en la terraza de una taberna de la plaza de Stapleford.

Joseph no estaba muy seguro de qué decir por miedo a que su voz transmitiera involuntariamente decepción. Antes de que se aclarase las ideas, Judith se puso a hablar de cosas tan interesantes como intrascendentes. Poco a poco Joseph fue sintiéndose más cómodo siguiendo el hilo de su conversación mientras le hablaba de teatro ruso y cerámica china. Tenía opiniones acerca de todo. Joseph no reparó en lo precipitadas que eran hasta que cayó en la cuenta de que hablaba para tranquilizarlo, para prestarle la fuerza de la normalidad y así permitirle que dejara de ejercer de líder durante un rato. Lleno de asombro, le dio un poco de vergüenza y, no obstante, había tanto afecto en ese gesto que sintió un momentáneo picor en los ojos y se vio obligado a apartar la mirada.

Si Judith lo advirtió, fingió no haberlo hecho.

Después siguieron hacia el norte otra vez. Giraron a la derecha en la carretera elevada de Works Causeway, más allá de las canteras de grava y de arcilla, y llegaron al pueblo de Fulbourn.

Eran casi las tres de la tarde y el calor reverberaba en el asfalto. Hasta las vacas buscaban sombra en los campos, y los perros jadeaban tendidos en la hierba bajo los árboles y los setos.

Detuvieron el coche en la calle mayor del pueblo. Estaba casi desierta. Dos niños de siete u ocho años los miraban fijamente con expresión de curiosidad. Uno de ellos, que agarraba con fuerza una pelota con las manos sucias, sonrió mostrando el agujero donde aún le estaba creciendo un diente de delante. Saltaba a la vista que estaba mucho más interesado en el automóvil que en sus ocupantes.

—¿Has visto alguna vez un coche amarillo? —preguntó Joseph.

El niño lo miró.

—¿Quieres mirar éste por dentro? —propuso Judith.

El otro niño retrocedió, pero el de la pelota, que era más valiente o más curioso, asintió con la cabeza.

—Vamos, pues —le alentó Judith.

Lentamente el niño se fue acercando al coche y finalmente se dejó convencer para inspeccionar el interior por la puerta abierta, mientras Judith le explicaba qué era cada cosa y para qué servía. Después volvió a preguntarle si había visto un coche amarillo.

Asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, señorita. Más grande que éste, pero no lo vi por dentro.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé —contestó el niño, con los ojos como platos—. Hace días.

Judith insistió, pero eso era cuanto sabía. Le dio las gracias y el niño le permitió cerrar



la portezuela a regañadientes, aunque le dedicó una sonrisa radiante antes de salir corriendo y desaparecer por una rendija abierta entre dos casitas, seguido de cerca por su compañero.

—Algo es algo —dijo Judith con más esperanza que fe—. Preguntaremos de nuevo.

Encontraron a una pareja de ancianos dando un paseo y a un hombre que fumaba meditabundo una pipa en un callejón. Ninguno de ellos recordaba haber visto un coche amarillo. En Fulbourn no hallaron más pistas.

—Tendremos que probar suerte en Great y Little Wilbraham —dijo Joseph cansinamente—. No quedan muy lejos. —Miró a Judith y advirtió que estaba preocupada—. ¿Te encuentras bien?

—¡Por supuesto! —contestó ella, sosteniéndole la mirada—. ¿Y tú?

Joseph sonrió, asintiendo con la cabeza, puso el coche en marcha otra vez y ocupó su asiento. Volvieron al centro de Fulbourn y desde allí se dirigieron hacia el norte, cruzaron la vía férrea y llegaron a Great Wilbraham. El silencio reinaba en las calles y sólo las hojas más altas de los árboles se mecían suavemente a causa de la brisa. Una bandada de estorninos se arremolinaba en el cielo. Un gato atigrado parpadeó adormilado encima del pilar de una verja. El repique de las campanas de la iglesia sonaba claro y melodioso en el aire cálido, con la familiaridad y la delicadeza del aroma del heno o del sol en los adoquines.

—Oficio de vísperas —observó Joseph—. Tendremos que esperar. ¿Te apetece comer algo?

—Es pronto para cenar —contestó Judith.

—¿Té? —propuso Joseph—. ¿Bolos, mermelada de frambuesa y nata?

—¡Me apetece más de fresa! —respondió Judith.

Encontraron un salón de té dispuesto a servirles a aquellas horas. Después de merendar se encaminaron hacia la iglesia justo cuando la congregación salía de misa.

No era tarea fácil abordar a un extraño con gracia y ambos aguardaban una oportunidad cuando el párroco reparó en ellos y se aproximó, sonriendo a Judith antes de dirigirse a Joseph.

—Buenas tardes, señor. Otro día estupendo, ¿no es cierto? Lástima que hayan llegado tarde para el oficio religioso, pero ¿puedo servirles en algo?

—Gracias. —Joseph contempló con sincera admiración el antiguo edificio, las lápidas desgastadas y un poco torcidas. La hierba que crecía entre ellas estaba perfectamente segada y en algunas tumbas había flores frescas—. Tienen una hermosa iglesia.

—En efecto —convino el párroco agradecido. Aparentaba cuarenta y tantos años, tenía la cara redonda y la voz melodiosa—. El pueblo es precioso. ¿Les apetece dar una vuelta?

—En realidad me parece que mi difunto padre quizá vino aquí hace poco tiempo — respondió Joseph—. Su coche era bastante llamativo, un Lanchester amarillo.

—¡Ah, sí! —dijo el párroco con inequívoco placer—. Un caballero encantador. —Se le ensombreció el semblante y añadió—: ¿Ha dicho «difunto»? Lo lamento. Les ruego que acepten mi pésame. Era un hombre muy agradable. Buscaba a un amigo suyo, un caballero alemán. Le expliqué cómo llegar hasta Frog End, donde acababa de alquilar una casa. — Meneó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior—. Es una verdadera lástima. A veces hace falta mucha fe. El pobre murió en un accidente poco después.

Joseph quedó atónito. Percibió el grito ahogado de Judith a su lado. Procuró no perder la calma.

—Salió a dar un paseo al atardecer y según parece resbaló y cayó a la acequia de Candle Ditch —prosiguió el párroco con tristeza—. Justo donde desemboca en el río, cerca de Fulbourn Fen. — Volvió a menear la cabeza, abatido—. No conocía bien la zona, claro. Supongo que se golpeó la cabeza con una piedra o lo que fuera. Y dice usted que su pobre padre también ha fallecido hace poco... De verdad que lo lamento.

—Sí. —A Joseph le costó trabajo contener la emoción ante aquella súbita y sincera compasión. La indiferencia suscitaba ira, o una sensación de aislamiento, y eso en cierto modo resultaba más llevadero—. ¿Conocía usted al caballero alemán?

Un matrimonio anciano pasó junto a ellos y el párroco los miró con una sonrisa, pero se volvió enseguida hacia Joseph y Judith, dando a entender que estaba ocupado, y la pareja siguió su camino.

—Lamento decir que no le conocía muy bien. —El párroco negó con la cabeza. Seguían de pie en medio de la calle, bajo el sol—. Lo cierto es que fui yo quien le alquiló la casa, en nombre de la propietaria, se entiende. Es una dama de edad avanzada que ahora reside en el extranjero. Herr Reisenburg era un caballero muy inteligente, según me dijeron, un filósofo de alguna clase. Llevaba una vida bastante retirada. Era una persona más bien melancólica. —La pena ensombreció su afable rostro—. No es que no fuera de trato agradable, pero percibí que tenía problemas. Al menos eso fue lo que pensé. Mi esposa suele decirme que imagino demasiadas cosas.

—En mi opinión, estaba usted en lo cierto y tuvo más sensibilidad que imaginación — dijo Joseph amablemente—. ¿Ha dicho que se llamaba Reisenburg?

El párroco asintió con la cabeza.

—Sí, eso es, Reisenburg. Un caballero de aspecto muy distinguido, alto y un poco cargado de espaldas. Hablaba sin levantar la voz. Su inglés era excelente. Decía que le gustaba esta tierra... — hizo una pausa y suspiró—. Dios mío, cuánto dolor hay a veces. Deduje por lo que contó el caballero del coche amarillo que eran amigos. Hacía años que mantenían correspondencia, dijo. Me dio las gracias y se marchó hacia Frog End. Fue la única vez que le vi. —Miró tímidamente a Judith—. Lo lamento mucho.

—Gracias. —Joseph tragó saliva con dificultad, pues sentía un nudo en la garganta—.

Mi padre murió en un accidente de coche al día siguiente..., y mi madre con él.

—Eso sí que es terrible —dijo el párroco casi en susurros—. Si quieren estar un rato a solas en la iglesia me encargaré de que nadie los moleste. —La invitación incluía a Judith, pero fue a Josepha quien tocó, posando una mano en su brazo—. Confíe en Dios, querido amigo. El conoce nuestro camino y lo ha recorrido antes que nosotros.

Joseph titubeó.

—¿Sabe si Herr Reisenburg tenía otros amigos? ¿Alguien con quien yo pudiera hablar?

El párroco adoptó una expresión atribulada.

—Que yo sepa, no. Como le he explicado, era más bien reservado. Un caballero preguntó por él, aparte de su padre, o al menos eso me han dicho, pero eso es todo.

—¿Quién era? —preguntó Judith.

—Me temo que no lo sé —contestó el párroco—. Fue el mismo día que su padre habló conmigo y, francamente, me inclino a pensar que fue él mismo quien preguntó a otra persona. Lo lamento.

Joseph se sintió demasiado abrumado por la aflicción para contestar. Sin embargo, también creía que en Herr Reisenburg había encontrado la fuente del documento y que aquel hombre también había pagado por él con su vida. Ya no cabía pensar que John Reavley estuviera equivocado en cuanto a su importancia, pero ¿dónde se encontraba ahora y quién había detrás de él?

—¿No tienes ningún indicio sobre el contenido del documento? —preguntó Judith una vez en el coche camino de casa—. Seguro que has meditado en ello.

—Sí, le he dado muchas vueltas, pero no lo sé —respondió Joseph—. No recuerdo que papá mencionara nunca a Reisenburg.

—Yo tampoco. Aunque es obvio que se conocían y que fue a verlo por algo importante, de lo contrario no le habría buscado mientras mamá merendaba con Maude Channery. ¿Cómo piensas que llegó el documento a manos de Reisenburg? ¿Crees que se lo robó a alguien?

—Eso parece —contestó Joseph.

Judith se estremeció.

—Y por eso lo asesinaron —dijo—, sólo que ya se lo había entregado a papá y por eso lo asesinaron también. —Tomó una prolongada curva con notable destreza aunque Joseph no pudo evitar agarrarse al asiento—. ¿Qué supones que van a hacer con ese papel? Si lo recuperaron entonces, ya han pasado cuatro semanas. ¿Por qué no ha ocurrido nada? —Bajó la voz—. ¿O ha ocurrido pero no lo sabemos?

Joseph deseó poder contestarle, pero no tenía ni idea de cuál era la verdad.

Judith aguardaba, Joseph lo advirtió por el modo en que inclinaba la cabeza y la

expresión de concentración de su rostro.

—Matthew cree que quizás existan dos copias —dijo en voz baja—. No es tanto que necesiten una como que no pueden dejar que la otra vaya por ahí a riesgo de caer en las manos incorrectas. Por eso siguen buscando. —El miedo por ella lo atenazó causándole un dolor casi físico—. ¡Por el amor de Dios, Judith, ten cuidado! Si alguien...

—¡Basta, Joseph! —lo interrumpió Judith—. No te inquietes. Estoy perfectamente bien y seguiré estándolo. ¡No está en casa y lo saben de sobra! ¡Maldita sea, si la han registrado de arriba abajo! ¿Te quedarás esta noche? No te lo pido porque tenga miedo sino porque me apetece hablar contigo. —Esbozó una sonrisa tierna, casi paciente, evitando mirarlo—. Por lo general te pareces poco a papá, aunque a veces me lo recuerdas.

—Gracias —dijo Joseph tan fríamente como le fue posible, pero se sintió incapaz de agregar nada más, pues se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que apartar la mirada hacia los campos para recobrar la compostura.

\* \* \*

## 13

Joseph esperó levantado hasta que Matthew regresó de casa de Shanley Corcoran. Era casi medianoche.

—Nada —respondió Matthew a la muda pregunta de su hermano. Tenía aspecto de estar cansado, el pelo rubio revuelto por el viento y, pese al color que el viaje había dado a sus mejillas, estaba pálido—. No puede ayudarnos.

Se sentó en una butaca frente a Joseph.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Joseph, y sin aguardar su respuesta, le refirió lo que él y Judith habían descubierto acerca de Reisenburg.

Matthew se aferró a ello.

—¡Tiene que ser eso! —exclamó con entusiasmo. Se enderezó en el asiento con los ojos brillantes y renovado interés—. ¡Pobre diablo! Al parecer lo mataron por lo mismo. No habrá pruebas, por supuesto. —Se frotó la cara y se echó el cabello hacia atrás—. Eso indica que el documento tiene que ser tan importante como papá afirmaba. ¡Me pregunto cómo y de dónde lo sacaría Reisenburg!

Joseph ya había estado pensando en ello.

—Quizás actuara como mensajero —aventuró poco convencido—, pero me parece más probable que lo robara, ¿no crees?

—¿Adónde o a quién lo estaría llevando cuando dieron con él? —inquirió Matthew—. A nuestro padre no, desde luego. ¿Por qué? ¡Si fuese miembro de algún Servicio de Inteligencia, yo lo sabría!

Pese al tono afirmativo, Joseph vio en sus ojos que en realidad se trataba de una pregunta. La luz amarillenta de la lámpara pintaba sombras en su rostro, haciendo resaltar su incertidumbre.

Joseph desechó sus propias dudas no sin esfuerzo.

—En mi opinión, sencillamente conocía a papá —dijo—. Aquellos a quienes se lo robó sabían que obraba en su poder y andaban tras él. Decidió pasárselo a la única persona honorable que tenía a mano. Papá estaba aquí. No había tiempo para ir a Londres o allí donde tuviera que entregarlo.

—¿Pura casualidad? —inquirió Matthew torciendo el gesto. Semejante ironía resultaba dolorosa.

—Quizá se instaló en esta región porque era donde vivía papá —sugirió Joseph—. Según parece conocía Cambridgeshire. Alquiló la casa aquí.

—¿A quién tendría intención de entregárselo? —preguntó Matthew con la mirada perdida—. ¡Ojalá consiguiéramos averiguarlo!

—No veo el modo —repuso Joseph—. Reisenburg está muerto y la casa la ocupan

otros inquilinos. Hemos pasado por delante.

—Al menos sabemos de dónde lo sacó papá. —Matthew se retrepó en su asiento, relajándose un poco por fin—. Y no es moco de pavo. ¡Se trata del primer indicio consistente que tenemos!

Siguieron conversando media hora más, sopesando otras posibilidades, los medios para averiguar más cosas acerca de Reisenburg, y después se acostaron. Matthew tenía que levantarse a las seis y salir temprano hacia Londres. Joseph regresaría a Cambridge a una hora mucho más agradable.

En cuanto cruzó la verja, Joseph topó con el inspector Perth, pálido, encorvado y nervioso.

—¡No me pregunte! —exclamó, antes que Joseph atinara a abrir la boca—. Aún no sé quién mató al señor Allard, pero voy a descubrirlo, con la ayuda de Dios, ¡aunque tenga que poner este sitio patas arriba! —Sin esperar contestación se fue dando grandes zancadas, dejando a Joseph azorado.

Había salido de St. Giles antes del desayuno y estaba hambriento. Cruzó el patio soleado y se internó en el pasadizo abovedado para dirigirse al refectorio, donde encontró el ambiente enrarecido. Nadie estaba de humor para conversar. Circulaban rumores de que los rebeldes irlandeses habían tomado las calles de Dublín y se especulaba sobre el posible envío de tropas británicas para desarmarlos, quizás aquel mismo día.

Joseph se dedicó a corregir redacciones toda la mañana, y cuando por fin tuvo tiempo para dedicarlo a sus propios pensamientos, éstos fueron para Reisenburg, enterrado en una tumba en Cambridgeshire sin que sus allegados tuvieran noticia de su paradero, asesinado por un trozo de papel. ¿Cabía pensar que el documento guardara relación con algún horror todavía inimaginable en Irlanda capaz de mancillar el honor de Inglaterra más gravemente de lo que ya lo habían hecho las aciagas relaciones con aquel país? Cuanto más vueltas le daba, menos probable le parecía. Tenía que ser algo en Europa, seguro. ¿Sarajevo? ¿Otra cosa, tal vez? ¿Una revolución socialista? ¿Una enorme agitación social y política como la de las revoluciones que habían barrido el continente en 1848?

No le apeteció almorzar en el refectorio y optó por comprar un bocadillo. A primera hora de la tarde estaba cruzando el patio camino de sus habitaciones cuando vio a Connie Thyer emerger de la sombra del pasadizo abovedado. Parecía agobiada y nerviosa.

—¡Profesor Reavley! Me alegro de verlo. ¿Ha pasado un buen fin de semana?

—En cierto modo sí, gracias —repuso Joseph con una sonrisa.

Estuvo a punto de preguntar si ella también, pero se detuvo justo a tiempo. Teniendo a Mary Allard todavía como invitada, a la espera de que se hiciera justicia para vengar a su hijo, ¿cómo iba a pasarlo bien?

—¿Cómo se encuentra? —preguntó en cambio.

Connie cerró los ojos por un instante, dando a entender que estaba agotada.

—Cada vez es peor —contestó en tono cansino—. Obviamente, ese desdichado policía tiene que interrogar a todo el mundo para saber quién apreciaba a Sebastian y quién no, y por qué. —Se le empañaron los ojos y añadió—: Pero lo que está descubriendo es muy feo.

Joseph aguantó. Tuvo la sensación de que transcurrían varios minutos porque le espantaba lo que Connie iba a decir; estaba prolongando su momentánea ignorancia y, no obstante, fingía y lo sabía.

Connie suspiró.

—No cuenta a nadie lo que averigua, por descontado, pero es imposible no enterarse, porque la gente habla. Los muchachos se sienten muy culpables. Nadie quiere hablar mal del muerto y menos estando la familia tan cerca. Y, claro, se enojan porque se ven en una posición en la que no tienen más remedio que hacerlo.

Joseph le ofreció el brazo y caminaron muy despacio pero aparentando dirigirse a algún sitio en concreto.

—Además, les preocupa haber hecho algo de lo que se avergüenzan —prosiguió Connie—. El pobre Eardslie está furioso consigo mismo, y Morel lo está con Foubister, quien debió de decir algo espantoso, pues está tan avergonzado que es incapaz de mirar a nadie a la cara, sobre todo a Mary Allard. —Echó un vistazo a Joseph—. Y me parece que Foubister teme que Morel tenga algo que ver con ello, o como mínimo que quepa sospecharlo. Rattray está igualmente asustado, pero diría que por sí mismo, y Perth no lo deja en paz. El pobre chico cada día está más desesperado. Incluso yo he comenzado a pensar que ha de saber algo, aunque no tengo ni idea de si viene al caso.

Pasaron de la momentánea sombra del pasadizo al patio siguiente.

—¿Cómo sigue Elwyn? —preguntó Joseph. Todos ellos le preocupaban, pero Elwyn en especial. El pobre muchacho estaba soportando mucha presión.

—Oh, Dios mío —musitó Connie con la voz cargada de emoción—. Es lo único por lo que realmente me desagrada Mary. Yo no he tenido hijos.

¿Había pena en su voz, apagada con los años, o sencillamente una leve añoranza? No se volvió para mirarla, pues habría constituido una intromisión imperdonable, pero pensó en su aventura amorosa con Beecher desde otra perspectiva. Tal vez había más a comprender de lo que había supuesto.

—No puedo ponerme en su lugar —continuó Connie, mirando primero la hierba soleada y luego el tejado almenado recortado contra el cielo azul—, pero Elwyn también es hijo suyo, y ella se regodea en su propia aflicción sin pensar ni un instante en él. ¡Gerald es un inútil! Anda alicaído y por lo general se limita a seguirle la corriente a Mary. ¡Y mucho me temo que le está dando más de la cuenta al oportuno de Aidan! La mayor parte de las veces tiene la mirada vidriosa y no es sólo por el pesar o el cansancio. ¡Aunque Mary acaba agotando a cualquiera!

Joseph acomodó su paso al de Connie.

—El pobre Elwyn está solo para intentar consolar a su madre

—dijo Connie, meneando la cabeza—. Trata de protegerla de las verdades menos agradables que están saliendo a relucir sobre Sebastian, quien para ella ha cobrado dimensiones de santo. Cualquiera diría que ha sido el mártir de una noble causa en vez de ser asesinado por una persona desesperada, con toda probabilidad incapaz de soportar más provocaciones. —Se detuvo y miró a Joseph con expresión de desconsuelo—. Esto no puede durar mucho. ¡Es imposible!

Joseph se sobresaltó.

—¡Tarde o temprano entrará en razón, no tiene alternativa!

—dijo Connie en voz tan baja que él tuvo que inclinarse para oírla—. ¿Qué podemos hacer por ella? —Sus ojos buscaron los de Joseph—. ¿Por cualquiera de ellos? Mary ha construido todo su mundo en torno a Sebastian, ¡y no es real! —De pronto pareció sorprendida de sí misma—. A veces siento una profunda compasión por él. ¿Cómo iba a estar ala altura de las expectativas de su madre? ¿Cree que esa presión, sumada al hecho de saber cómo era él en realidad, lo condujo a hacer algunas de esas cosas que según parece hizo? ¿Es eso posible?

—No lo sé —contestó Joseph con sinceridad. Caminaban muy despacio—. Tal vez. Era un joven de gran talento, pero tenía defectos como cualquiera de nosotros. Quizás ahora nos parezcan más graves porque desconocíamos su existencia.

—¿Fue culpa nuestra? —preguntó Connie en tono grave—. Yo pensaba que era... brillante..., que poseía una inteligencia extraordinaria, y su carácter me parecía tan hermoso como su cara.

—Y sus sueños —apostilló Joseph. Su voz sonó ronca por un instante, dado que la pena se apoderó de él no sólo por la pérdida de Sebastian, sino de una especie de inocencia íntima que ya no le valdría como consuelo—. Y sí, fue culpa mía, no cabe duda —agregó—. Lo veía tal como deseaba que fuera y lo amaba por eso. Si hubiese sido menos egoísta, lo habría amado tal como era. —Evitó la mirada de Connie—. Tal vez podamos destruir a las personas negándonos a ver su realidad, ofreciendo amor sólo bajo nuestras condiciones, las cuales consisten en que sean lo que necesitamos que sean por nuestro interés, no por el suyo.

Era la verdad, y ésta arrancaba de su fuero interno la última impostura, dejándolo en carne viva.

Connie esbozó una sonrisa y dijo con suma ternura:

—No es cierto que hiciese eso, Joseph. Usted era su profesor y supo ver y alentar lo mejor que había en él. Pero también es un idealista. Me atrevería a afirmar que ninguno de nosotros es tan bueno como usted piensa.

Una vez más el amor de Connie por Beecher acudió a la mente de Joseph, así como la desagradable idea de que Sebastian se había enterado, valiéndose de esa ventaja para manipular a Beecher obligándolo a hacer cosas dolorosamente contrarias a su forma de ser.



—No —convino en voz baja. Habían llegado a la sombra del siguiente pasadizo abovedado y se alegró—. Ojalá pudiera ayudarla con Mary Allard, pero me temo que es demasiado frágil para aceptar la verdad sin derrumbarse. Es una mujer dura y quebradiza que se ha construido un caparazón que la realidad no puede penetrar fácilmente. Pero estaré aquí, y si puedo servirle de algo, le ruego que no dude en recurrir a mí siempre que quiera.

—Gracias, le advierto que lo haré —contestó Connie—. No acierto a ver el final de todo esto y admito que estoy asustada. Cuando veo a Elwyn me pregunto cuánto tiempo aguantará. Ella ni siquiera parece percatarse de su presencia, y, desde luego, ¿no hace nada por consolarlo! Lo reconozco, a veces me enfado tanto a causa de ello que le daría una bofetada. —Un leve rubor dio viveza y un encanto especial a su rostro. Joseph percibió su perfume, una fragancia floral a un tiempo delicada e intensa como el color de su pelo—. Lo siento —agregó Connie entre dientes—. Es muy poco cristiano por mi parte, pero no puedo evitarlo.

Joseph sonrió pese a no ser ésa su intención.

—A veces pienso que imaginamos a Cristo mucho menos humano de lo que fue —dijo con convicción—. Estoy seguro que Él nos daría una bofetada en muchas ocasiones..., como cuando nos dejamos llevar por la pena e intentamos arrastrar con nosotros a los demás.

Connie volvió a darle las gracias con una súbita sonrisa y salió al patio soleado camino de la casa del director.

Joseph notó que la tensión iba en aumento a lo largo de la tarde. Vio a Rattray acarreado un montón de libros. Caminaba deprisa y como abstraído. Tropezó con un adoquín desnivelado de la parte norte del patio y los libros cayeron al suelo. Soltó una palabrota con furia desmesurada. En lugar de ayudarlo, otro estudiante se rió de él y un tercero lo regañó con sarcasmo.

Tuvo que ser Joseph quien le echara una mano.

Un profesor interino hizo una serie de comentarios mordaces a los que respondió con calma, y la irritación le llevó a desairar sin querer a Gorley-Brown.

El resentimiento finalmente estalló hacia las cuatro y, por desgracia, lo hizo en un pasillo cercano a la puerta de un aula. Comenzaron Foubister y Morel. El primero se había detenido para comentar con Joseph una traducción reciente de la que no había quedado satisfecho.

—Creo que podría haberla hecho mejor —se lamentó.

—La metáfora era un poco forzada —convino Joseph.

—Sebastian. dijo que pensaba que aludía a un río, no al mar —apuntó Foubister.

Morel pasó por allí y de pronto reparó en lo que acababa de oír. Se detuvo en seco y se volvió, como para ver qué iba a decir Joseph.

—¿Quieres algo? —preguntó Foubister en tono áspero. Morel sonrió, aunque lo que

hizo fue más bien enseñar los dientes.

—Das la impresión de no haber visto la traducción que hizo Sebastian de ese pasaje — replicó—. ¡Es lo que pasa cuando sólo pescas fragmentos! ¡Cuesta hacerlos encajar!

Foubister se puso rojo de furia.

—¡Es obvio que tú la viste entera! —contraatacó.

Entonces fue Morel quien cambió de color, poniéndose rojo como un tomate.

—¡Admiraba su trabajo! ¡Nunca fingí lo contrario! —exclamó, cada vez más airado—. Aun así sabía que era un cerdo manipulador cuando quería, y no voy a hacerme el hipócrita porque haya muerto, diciendo a diestro y siniestro que era un santo. ¡Por el amor de Dios, alguien lo asesinó!

Un trueno retumbó y de repente cayó un chaparrón con estruendo. Nadie había oído los pasos de Elwyn, y cuando de pronto lo vieron a un par de metros de ellos callaron avergonzados. Estaba doblegado de cansancio y sus ojeras eran tan oscuras que más parecían moratones.

—¿Estás diciendo que eso significa que lo tenía merecido, Morel? —preguntó con un nudo en la garganta.

Foubister miró a Morel con curiosidad.

Joseph fue a intervenir, pero se dio cuenta de que no haría más que empeorar las cosas. Morel tendría que contestar por sí mismo, eso si conseguía hacerse oír por encima del estrépito de la lluvia contra las ventanas y del agua que salía a chorros de los canalones.

Morel suspiró profundamente.

—¡No, claro que no! —gritó por encima del rugido de los elementos—, pero quien lo hizo sin duda creía tener un motivo. Sería mucho más cómodo pensar que fue un loco que irrumpió desde el exterior, pero sabemos que no fue así. Lo hizo uno de nosotros, alguien que lo conocía desde hacía por lo menos un año. ¡Admítelo! Alguien lo odiaba tanto como para coger un arma y pegarle un tiro.

—Envidia —dijo Elwyn con voz ronca.

Beecher abrió la puerta del aula con expresión de ira.

—¡Silencio, por Dios! —gritó—. ¡Ya habéis hablado de sobra! —No se percató de la presencia de Joseph—. ¡Volved al trabajo! ¡Largo!

—¡Tonterías! —explotó Morel, haciendo caso omiso de Beecher—. Era un cabrón encantador, brillante, conspirador y arrogante que disfrutaba con su poder sobre los demás y que por una vez se pasó de la raya. —Tendió el brazo y por poco propina un golpe a Foubister—. Tú le hacías de recadero. Le robó la novia a Rattray sólo para demostrar que podía hacerlo. —Echó una mirada a Beecher—. ¡Era el único de nosotros que se salía con la suya con según qué clase de cosas! —Su voz era casi un alarido por encima de la lluvia.

—¡Cállate Morel, estás borracho! —gritó Beecher—. Ve a meter la cabeza debajo del

grifo de agua fría antes que acabes haciendo el ridículo. ¡O sal y que te moje la lluvia!

Señaló bruscamente hacia la ventana por cuyos cristales corría el agua.

—¡No estoy borracho! —dijo Morel con amargura—. ¡Todos vosotros lo estáis! ¡No tenéis ni idea de lo que está pasando! —Señaló a ninguna parte en concreto—. ¡Perth sí! Ese pobre desgraciado no se deja engañar. Se muere de ganas de arrestar a uno de nosotros. ¿No os habéis fijado en su expresión de regocijo? ¡Está que se relame!

—¡Así al menos todo habrá terminado! —chilló Foubister como si fuese una acusación.

—¡Ni mucho menos, estúpido! —replicó Morel a voz en cuello—. ¡Esto no acabará nunca! ¿Piensas que volveremos a ser como éramos sin más? ¡Eres un perfecto idiota!

Foubister se abalanzó sobre Morel, pero Beecher se interpuso a tiempo entre ambos, tambaleándose hacia atrás hasta estamparse contra la pared con Foubister entre los brazos.

Fuera la lluvia seguía rugiendo y siseando en los tejados y rebotando contra el suelo.

Beecher se enderezó y apartó a Foubister de un empujón. Foubister se volvió para encararse con Morel, Joseph y Elwyn.

—¡Claro que no volverá a ser lo mismo! —dijo con la voz ahogada por un sollozo—. ¡Para empezar uno de nosotros morirá ahorcado!

Elwyn quedó aturdido, como si también le hubiesen asestado un golpe. Morel estaba rojo de rabia.

—Mejor eso que ir a la guerra, que es donde acabaremos los demás —contraatacó—. Siempre tuvo miedo de eso, ¿verdad? ¡Nuestro gran Sebastian! ¿Quién...?

Elwyn le arreó un puñetazo con todas sus fuerzas. Morel se golpeó la cabeza y los hombros contra la pared y acabó en el suelo.

—¡No era un cobarde! —jadeó Elwyn, con el rostro bañado en lágrimas—. ¡Como vuelvas a decir eso, te mato!

Hizo ademán de propinarle otro puñetazo, pero Foubister se anticipó echándose a un lado.

Beecher se quedó mirando a Elwyn sin dar crédito.

Elwyn volvió a intentarlo y Joseph lo cogió por los brazos, empleando toda su fuerza para sujetarlo y sorprendiéndose al constatar que podía hacerlo.

—Eso ha sido una estupidez —dijo fríamente—, Creo que más vale que vayas a serenarte. Si no te vemos hasta mañana, tanto mejor.

Elwyn se relajó y Joseph lo soltó.

Beecher ayudó a Foubister a levantarse.

Elwyn lanzó una mirada hosca a Joseph y se marchó.

Foubister se sacudió la ropa e hizo una mueca. Luego murmuró algo mientras se palpaba con cuidado la mandíbula embadurnándose la cara de sangre.

—Quizás esto te enseñe a mantener la boca cerrada cuando toca —lo amonestó Joseph con indiferencia.

Foubister no dijo nada y se fue cojeando.

—¿Cobarde?...

Beecher le dio vueltas a aquella palabra como si hubiese descubierto un nuevo y profundo significado en ella.

—Todos tienen miedo —respondió Joseph—, salvo los que son tan arrogantes que no ven venir el peligro. Es una palabra fácil de lanzar y está garantizado que hará bastante daño a cualquiera.

—Sí... sí, así es —convino Beecher—. Y no sé qué diablos vamos a hacer al respecto. ¿No hay nada que merezca la pena salvar de la quema? ¡Sabe Dios! —Se apartó el pelo de la frente, dedicó una inopinada, brillante y amable sonrisa a Joseph y se fue por donde había llegado.

La lluvia cesó tan súbitamente como había comenzado. Los adoquines mojados del patio humeaban vapor y todo olía a limpio. Joseph continuó hacia sus habitaciones.

Le constaba que debía enfrentarse al temor de que Sebastian hubiese hecho un chantaje moral a Beecher. O bien demostraba que era cierto y tal vez arruinaba la vida de uno de los mejores amigos que había tenido, o bien demostraba que era falso, o al menos que era inocente de la muerte de Sebastian, y los liberaba a ambos del miedo que ahora lo impregnaba todo. No tenía que eludirlo por más tiempo.

Cruzó el patio y se adentró en la penumbra de su escalera. La conclusión de que Beecher y Connie Thyer estaban enamorados había devenido inevitable, pero, sin ninguna prueba, ¿cómo había podido Sebastian hacer chantaje a Beecher? ¿Se trataba de un engaño, otro de los muchos surgidos del miedo? Había llegado el momento de averiguarlo.

Se detuvo y volvió a salir lentamente para dirigirse a la escalera que conducía a la habitación de Sebastian. La puerta estaba cerrada con llave, pero encontró a la asistente y gracias a ella pudo entrar.

—¿Está seguro, profesor Reavley? —preguntó ella con el rostro transido de pena y angustia—. Ahí dentro no hay nada digno de ser visto.

—Por favor, abra señorita Nunn —insistió Joseph—. No pasará nada. Hay algo que necesito encontrar y quizás esté aquí dentro.

La señorita Nunn obedeció sin dejar de apretar los labios con expresión dubitativa.

Joseph entró despacio y cerró la puerta a sus espaldas. En la habitación reinaba el silencio. Inspiró profundamente. Olía a cerrado. Las ventanas llevaban tres semanas sin abrir y el calor se había acumulado, inmóvil y sofocante. Sin embargo, no olía a sangre tal

como había esperado.

Desvió la mirada hacia la pared. Tenía que hacerlo, pues se veía incapaz de pensar hasta que lo hiciera. La tenía presente mirara donde mirase, incluso con los ojos cerrados.

Allí estaba la sangre, más pálida de lo que recordaba, más marrón que roja. Parecía vieja, como si todo hubiese ocurrido años atrás. La butaca estaba vacía, los libros seguían amontonados en la mesa y las estanterías.

Por descontado, Perth los habría revisado, así como todo lo demás, incluidos los papeles, las notas, hasta la ropa. Era lo que tenía que hacer para encontrar algún indicio que señalara a quien le había matado. Obviamente, no había hallado nada.

Aun así, examinó las notas, pasó las hojas de los libros uno por uno en busca de algún papel suelto, escondido. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Una carta? ¿Entradas para un espectáculo?

Cuando halló la fotografía apenas le echó un vistazo. Lo único que le llamó la atención fue que aparecían Connie Thyer y Beecher sonriendo a la cámara. Había unos árboles cerca de ellos, enormes, de tronco liso, otoñales. Detrás se veía un sendero que serpenteaba hasta un río y continuaba en la otra orilla. Podría ser cualquier parte. A menos de cinco kilómetros de allí había un lugar parecido.

La descartó y siguió buscando. Había otras fotografías, Connie con su marido, incluso una de Connie y el propio Joseph, y varias de estudiantes acompañados de muchachas. Le pareció que una de ellas era Abigail riendo al lado de Rattray.

Volvió a mirar la fotografía de Connie y Beecher. Había en ella algo ¿pe le resultaba familiar, aunque estaba seguro de no haberla visto antes. Tenía que ser el lugar. Si se trataba de un sitio cercano lo reconocería, aunque no estaba tomada en el mismo que las demás.

La sostuvo en la mano mirándola fijamente, intentando recordar el panorama completo, la orilla del río que quedaba oculta a la vista. El terraplén era muy pronunciado. Recordó haber paseado por allí con Beecher. Comieron manzanas y se hicieron un hartón de reír. Fue un día luminoso, el sol les calentaba los hombros, el arroyo sonaba debajo de ellos. Unos guijarros se desprendieron y cayeron a la charca. La sombra de los árboles era fresca. Había ajos silvestres. Iban colina arriba, hacia el páramo abierto con sus inmensos cielos azotados por el viento: ¡Northumberland!

¿Qué hacía Connie en Northumberland con Beecher? Casi antes de terminar de formular la pregunta, la respuesta acudió a su mente. Recordó que Connie se había tomado unas vacaciones a finales del verano anterior, poco después de que él llegara a Cambridge. Había ido al norte a visitar a un pariente, una tía o algo por el estilo. Y Beecher se había ido de excursión solo, pues Joseph aún estaba llorando a Eleanor y rehusó plantearse siquiera hacer algo semejante. Necesitaba mantenerse ocupado hasta que el agotamiento lo venciera. La mera idea de aquel paisaje tan solitario y hermoso se le hacía insoportable.

Ahora bien, ¿dónde había encontrado aquella foto Sebastian? Había varias respuestas

posibles: una visita a las habitaciones de Beecher, una chaqueta dejada con descuido encima de una silla haciendo que se deslizara del bolsillo, 6 incluso el bolso de Connie caído con su contenido desparramado.

¿Era eso lo que había puesto nervioso a Beecher hasta el punto de criticarlo tan abiertamente como había hecho, al tiempo que toleraba en él un comportamiento tan desafiante? Le entró miedo. Aquello constituía una prueba.

Se la metió en el bolsillo y se dispuso a marcharse. La habitación resultaba agobiante de pronto. El aire, cargado, obstruía la garganta. Se figuró que olía la sangre seca de la pared y las rendijas del entarimado. ¿Conseguiría librarse realmente de aquella sensación alguna vez?

Había llegado el momento de enfrentarse a Beecher. Salió y cerró la puerta a sus espaldas. Estaba tenso y cansado, y también asustado por el paso que iba a dar.

No corría ni pizca de brisa y hacía calor bajo el sol perpendicular del final de la tarde. Cruzó el patio hasta la puerta del extremo opuesto y subió a las habitaciones de Beecher. Le horrorizaba tener que ser tan directo para abordar lo que era un asunto privado, aunque, a decir verdad, ya no quedaba nada realmente privado.

Al llegar al rellano le sorprendió ver la puerta de Beecher entornada. Aquello era de lo más inusual, pues suponía una invitación para que cualquiera lo interrumpiese en lo que estuviera haciendo, y nada podía ser menos acorde con su carácter.

—¿Beecher? —llamó, empujando un poco la puerta—. ¿Beecher?

No obtuvo respuesta. ¿Habría salido para ir a ver a alguien con intención de regresar enseguida y sencillamente había dejado la puerta entornada?

No le gustaba entrar sin que lo invitaran a ello. Bastante dolorosa iba a ser ya su intromisión cuando fuese inevitable. Llamó otra vez con el mismo resultado. Aguardó, esperando oír los pasos de Beecher en cualquier momento, pero el único sonido que percibió fue el de unas voces distantes.

Por fin oyó el ruido de unos pasos ligeros y presurosos. Giró en redondo, pero se trataba de Rattray, que bajaba del piso de arriba.

—¿Has visto al profesor Beecher? —preguntó Joseph.

—No, señor. Pensaba que estaba en sus habitaciones. ¿Seguro que no está dentro?

—¡Beecher! —llamó Joseph de nuevo, esta vez levantando la voz considerablemente.

De nuevo el silencio. Y resultaba bastante raro que Beecher hubiese salido dejando la puerta abierta. La empujó y entró. En el estudio no había nadie y la puerta del dormitorio también estaba entornada. Joseph fue hasta ella y llamó con los nudillos. Se abrió sin más. Entonces vio a Beecher. Estaba recostado en la butaca del dormitorio con la cabeza apoyada contra la pared de detrás. Presentaba exactamente el mismo aspecto que Sebastian: el agujero pequeño en la sien derecha, la herida abierta en el otro lado de la cabeza, la sangre empapando la pared. Sólo que esta vez el revólver estaba en el suelo como si hubiese caído

de la mano muerta.

Joseph quedó paralizado de horror. Sintió una especie de sacudida y por un instante pensó que iba a vomitar. La habitación oscilaba y un rugido le llenaba los oídos.

Inspiró profundamente y notó el sabor de la bilis en la garganta. Fue retrocediendo poco a poco, cruzando el estudio hasta reunirse con Rattray, que seguía aguardando en el rellano. Rattray vio la expresión de su rostro y preguntó con voz ronca.

—¿Qué ocurre?

—El profesor Beecher ha muerto —repuso Joseph con voz ahogada—. Ve a buscar a Perth..., o a quien sea...

—Sí, señor —dijo Rattray, aunque tardó varios segundos en reaccionar.

Joseph cerró la puerta de las habitaciones de Beecher y se quedó un momento inmóvil, respirando con dificultad. Entonces le fallaron las piernas y se desplomó contra el suelo, apoyando la espalda en el dintel de la puerta. El cuerpo entero le temblaba descontroladamente y tenía la cara hecha un mar de lágrimas. Aquello era demasiado, no podía soportarlo.

Por fin Rattray se marchó dando un par de traspiés. Joseph lo oyó bajar la escalera y luego el silencio, un terrible silencio.

Pareció transcurrir una eternidad de confusión, horror e hiriente sufrimiento hasta que Perth llegó con Mitchell y, siguiéndolos de cerca, Aidan Thyer. Entraron los tres pasando junto a Joseph, y al cabo de un instante Thyer salió con la tez cenicienta.

—Lo lamento, Reavley —dijo con delicadeza—. Esto habrá sido un tremendo golpe para usted. ¿Lo adivinó?

—¿Qué? —Joseph levantó lentamente la vista hacia él, temiendo lo que iba a decirle. La cabeza le daba vueltas; los pensamientos se le escabullían sin coherencia alguna, aunque tenía plena conciencia de la tragedia.

Thyer le tendió la mano.

—Vamos. Necesita un buen trago de coñac. Volvamos a casa...

¡Dios! Joseph se quedó consternado, pues una idea se destacó entre las otras: ¡Connie! ¡Habría que comunicarle la defunción de Beecher! ¿Quién debía decírselo? Lo hiciera quien lo hiciese le resultaría insoportable, pero ¿qué sería menos terrible? ¿Su marido..., a solas? ¿Sería capaz de disimular sus sentimientos hacia Beecher? ¿Cabía concebir que Thyer estuviera enterado?

¿Acaso Beecher se había quitado la vida consciente de que la verdad saldría a relucir y que lo culparían del asesinato de Sebastian? Joseph se negaba a pensar siquiera que en efecto lo había hecho, pero tal posibilidad flotaba en los oscuros confines de su mente. ¿O era Aidan Thyer, plantado allí delante con el semblante serio y el cabello cano, tendiéndole la mano para ayudarlo a ponerse de pie, quien había hecho que pareciera un suicidio?

La respuesta era ineludible. Sí, tenía que ir a ver a Connie, tanto si era él mismo o Thyer quien se lo dijera. Habría que ayudarla. Si no iba y se producía una nueva tragedia, él sería el culpable.

Agarró la mano de Thyer, dejó que tirara de él para levantarlo y aceptó su brazo para apoyarse hasta recobrar el equilibrio.

—Gracias —dijo con voz ronca—. Sí, creo que un buen trago de coñac me sentará muy bien.

Thyer asintió con la cabeza y bajó delante la escalera. Luego cruzaron el patio y el pasadizo abovedado en dirección a la casa del director. Las ideas se agolpaban en la cabeza de Joseph mientras caminaba al lado de él un tanto mareado, aproximándose a cada paso al momento que pondría fin a la felicidad de Connie. ¿Creería que Beecher había matado a Sebastian? ¿Sabía incluso lo del chantaje? ¿Beecher lo había contado o lo había aguantado a solas? ¿Acaso la fotografía le pertenecía a él?

Más aún, ¿pensaría que lo había hecho Aidan Thyer? De ser así, quizá sintiera pavor ante su mera presencia. Pero Joseph no podía quedarse allí eternamente para protegerla. ¿Qué podía decir o hacer de modo que ella estuviera a salvo cuando él se marchara? ¿Se trataba de su responsabilidad, porque era el único que lo sabía!

Nada. No había nada que nadie pudiera hacer para ahorrarle el enfrentamiento final con el marido al que había traicionado, cuanto menos con el corazón.

Llegaron a la puerta. Thyer la abrió y la sostuvo, observando atentamente a Joseph por si se tambaleaba y tropezaba. ¿Tan espantoso aspecto presentaba? Seguro. Desde luego, se sentía fatal. Se movía dentro de una pesadilla, como si el cuerpo no le perteneciera.

La espera hasta que Connie llegó pareció interminable. Al principio ella no se dio cuenta de que ocurría algo grave. Hizo un comentario a propósito de tomar el té y entonces, tras reparar en la mirada de Thyer, se volvió hacia Joseph.

Thyer estaba a punto de hablar. Joseph tenía que actuar sin tardanza. Dio un par de pasos hacia delante y dijo:

—Connie, me temo que ha sucedido algo espantoso. Creo que sería mejor que se sentara..., por favor...

Connie titubeó por un instante.

—Por favor —insistió Joseph.

Lentamente, ella obedeció.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Harry Beecher se ha suicidado —repuso Joseph en voz baja. No había modo de quitar contundencia a la noticia. Lo único que le quedaba era intentar salvarla de una reacción reveladora.

Se produjo un breve y terrible silencio y acto seguido Connie palideció. Miró



fijamente a Joseph.

Joseph se interpuso entre ella y su marido, tomando sus manos en las suyas como si así le confiriese entereza, salvando con el contacto físico el abismo de la soledad. Lo que en realidad quería era ocultarla a los ojos de Thyer.

—Lo lamento —prosiguió Joseph—. Me consta que lo apreciaba tanto como yo y que esto supone un golpe espantoso después de todo lo que ha sucedido. Ha sido muy rápido, un único disparo. Aunque nadie conoce todavía el motivo. Me temo que no nos libramos de un sinfín de especulaciones. Tenemos que prepararnos.

Connie inspiró ahogando un grito, con la mirada perdida. ¿Comprendía que él estaba enterado de su relación, que estaba diciéndole todo aquello para brindarle la poca protección que podía ofrecerle?

Thyer se acercó por detrás con dos copas de coñac. Joseph se enderezó para permitir que le diera una a Connie. ¿Sabía algo Thyer? Mirarlo a la cara, que había perdido el color, no le sirvió de nada. Podía muy bien tratarse tan sólo de horror ante la nueva tragedia acaecida en su colegio.

Joseph aceptó el coñac y se lo bebió, atragantándose por estar poco acostumbrado al fuego del alcohol en la garganta. Luego se dejó invadir por el bienestar artificial que proporcionaba y se sintió mejor. Recobró el aplomo y buena parte de sus fuerzas, aunque sabía que sólo era un remedio provisional y que nada iba a cambiar.

—Todavía no sabemos lo que ha sucedido —dijo Thyer dirigiéndose a Connie—. El revólver estaba en el suelo, a su lado. Da la impresión de ser el final de todo esto.

Connie lo miró y fue a decir algo, pero las palabras murieron en su garganta. Meneó la cabeza, gimoteando por un dolor que siempre se vería obligada a ocultar. Nadie lo entendería, nadie le daría el pésame ni tomaría en cuenta su aflicción. Tendría que sobrellevarla sola, incluso fingir que no existía.

Sin embargo, había algo que Joseph podía hacer por ella: compartir la pérdida de un amigo, recordar todas las cosas buenas acerca de él y dejar que ella tomara prestado su pesar. Sin pasar el apuro de decirlo ni exigir ninguna confesión o reconocimiento por parte de ella, podía darle a entender que estaba al corriente y la comprendía.

Se quedó un rato más e intercambiaron comentarios anodinos. Thyer les sirvió otro coñac y esta vez también él tomó uno. Al cabo de una media hora Joseph se marchó, aturdido por la pesadumbre, de vuelta a sus habitaciones, donde pasaría una de las peores noches de su vida. Por fin cayó dormido poco antes de la una y se sumió en una pesadilla que lo atormentó hasta las cinco de la madrugada, hora en que despertó con un tremendo dolor de cabeza. Se levantó, preparó té y tomó dos aspirinas. Se sentó en la butaca y se puso a leer el Infierno de Dante. El viaje por el averno resultaba vagamente reconfortante; tal vez fuese por la fuerza de la visión de Dante, por la música de las palabras y por saber que incluso en el peor dolor del corazón no estaba solo.

Finalmente, a las ocho salió. Era un día como todos los de aquel verano: sereno y sin

viento, con una leve calima que cubría el pueblo, pero dentro de St. John's parecía que la presión se hubiese liberado de súbito.

Joseph se encontró con Perth en el patio.

—¡Ah! Buenos días, profesor Reavley —lo saludó Perth alegremente. Las ojeras seguían confiriéndole un aire cansado, pero iba bien derecho y caminaba con el paso más ligero—. Qué lástima lo del profesor Beecher. Sé que era amigo suyo, aunque quizá sea mejor así. Un final limpio. Sin juicio. También será mejor para la familia del pobre señor Allard. Ahora el público no tiene por qué enterarse de los detalles sórdidos.

Aquellas palabras, envueltas en la incuestionable convicción de Perth, cristalizaron la ira que bullía dentro de Joseph. Lo único que sabía Perth era que Beecher estaba muerto y que el arma homicida había aparecido a su lado y, no obstante, se contentaba o, más exactamente, se alegraba de dar por sentado que había matado a Sebastian y luego se había suicidado. A Joseph le hirvió la sangre de rabia al constatar que Perth estaba dispuesto a dar por cierto aquel supuesto sin investigar más. ¿Qué pasaba con los demás? Hacía años que conocían a Beecher. ¿Acaso todo aquello se esfumaba de repente? Ardía en deseos de gritar a Perth que se detuviera a pensar, sopesar y evaluar. ¡Lo ocurrido no encajaba para nada con el hombre que él había conocido! ¿Cómo se atrevía Perth a estar tan seguro?

Sin embargo, el propio Joseph no se había percatado de la aventura con Connie Thyer aun cuando la tenía delante de las narices, como tampoco había sabido advertir que Sebastian estaba enterado y aprovechaba el hecho para llevar a cabo un sutil chantaje. ¿Hasta qué punto conocía él a nadie?

Además, todo parecía asquerosamente razonable. Las palabras murieron en sus labios. En realidad sólo se había enfadado porque Perth estaba aliviado. Todos respirarían mejor. La suspicacia había tocado a su fin. Ahora estarían en condiciones de comenzar a reconstruir las viejas amistades que habían constituido la trama y urdimbre de sus vidas.

—¿Tan seguro está? —preguntó Joseph forzando la voz. Perth ladeó la cabeza.

—Tiene sentido, reverendo —repuso—. Es lo único que lo tiene, si uno lo piensa bien.

Joseph no dijo nada. Le pareció que el patio daba vueltas a su alrededor y se le nubló la vista.

—Me parece que es el mismo revólver —prosiguió Perth—. Apuesto a que las pruebas de balística lo confirmarán. Al señor Allard lo mataron con un Webley. No sé si se lo había dicho.

Joseph miró al vacío procurando no recordarlo. ¿Qué le había sucedido a Beecher, el erudito de humor incisivo que había conocido, el buen amigo, para llegar al extremo de matar a Sebastian con tal de proteger su reputación? ¿O se trataba de la de Connie? Thyer podría haberlo pasado por alto si nadie lo sabía. Tales cosas se daban con bastante frecuencia. Pero si se hacía público ya era harina de otro costal. Ningún hombre podía ignorar algo semejante. Beecher habría perdido su puesto pero podría haber encontrado otro, aunque no fuese en una universidad tan prestigiosa como Cambridge, ¡o ni siquiera

en Inglaterra! Cualquier cosa hubiese sido mejor que un asesinato. ¿O no?

¿O lo había hecho para proteger a Connie? Tal vez Thyer se hubiera divorciado de ella. ¡Pero hasta aquello habría sido más llevadero!

Por otra parte, ¿tan bajo había caído realmente Sebastian para contarlo a la gente? Haciéndolo habría arruinado la vida de Connie y la de Beecher, convirtiendo a Thyer en el blanco de la compasión. Pero también habría roto para siempre su imagen de joven promesa. Sin duda no habría corrido ese riesgo con tal de ejercer un poder tan mezquino.

—Lo lamento, reverendo —volvió a decir Penh—. Es algo muy triste y cuesta creer algo así de un amigo. Ése es el problema de las vocaciones como la suya. Ustedes siempre ven lo mejor de la gente y se quedan de una pieza cuando descubren el otro lado. En cambio, para mí, me temo que no constituye ninguna sorpresa. —Se sorbió la nariz—. Aunque eso no quita que siga siendo una lástima.

—Sí... —dijo Joseph, ordenando sus ideas—. Sí, por supuesto que sí. Buenos días, inspector. — Sin aguardar respuesta se encaminó hacia el refectorio. No tenía nada de hambre y, desde luego, no le apetecía tener compañía, pero era como sumergirse en agua fría: cuanto más deprisa, mejor.

En el refectorio se respiraba el mismo ambiente de histérico alivio. Los comensales se ponían a hablar y de pronto se interrumpían y tras una breve pausa se echaban a reír con timidez. No estaban seguros de que fuese decente demostrar su alegría por verse libres de toda sospecha, pero ya no temían mirarse ala cara porque las palabras habían dejado de encerrar significados ocultos. Hablaban del futuro, incluso contaban chistes.

A Joseph aquello le pareció intolerable. Tras engullir dos tostadas y una taza de té, se despidió y se marchó. Se estaban comportando como si Beecher no hubiese sido uno de ellos, como si no acabaran de perder a un amigo de la manera más espantosa que cupiera imaginar. En cuanto la verdadera amistad se ponía a prueba ahuecaban el ala.

Se trataba de una opinión injusta, pero no se la quitaría de la cabeza por más razonamientos sensatos que usara. La herida era demasiado grande.

No sabía si volver a la casa del director o no. Detestaba importunar a Connie en un momento que tendría que soportar porque no había alternativa posible. Uno no se moría de sufrimiento. Lo había descubierto con ocasión de la muerte de Eleanor.

Sin embargo, aunque no fuese a ver a Connie expresamente, debería hablar con Mary ahora que, tras la muerte de Beecher, todo el mundo daba el caso por resuelto. Ella y Gerald estarían preparándose para regresar a su casa, y si no se daba prisa quizá no llegase a verlos, dando así una impresión de indiferencia.

La primera doncella lo hizo pasar a la sala de estar y al cabo de unos segundos Connie se reunió con él. Quizás en su fuero interno había dudado si vestirse de negro o no, pero incluso si había considerado que tal vez resultara demasiado revelador de sus sentimientos, había descartado tal precaución. Llevaba un elegante vestido de seda con faja ancha y túnica plisada, negro de la cabeza a los pies, y zapatos del mismo color. Su rostro era blanco

como la tiza.

—Buenos días, Joseph —dijo en voz baja—. Me figuro que ha venido a ver a la señora Allard. Ya tiene la venganza que quería y por fin puede marcharse. —Sus ojos expresaban la ira y el dolor que no osaba manifestar en alto. En un susurro, añadió—. Le agradezco que viniera ayer por la tarde. Yo..., yo...

—No tiene por qué darme las gracias —la interrumpió Joseph—. Apreciaba mucho a Beecher. Fue mi mejor amigo desde que puse un pie aquí.

Vio que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas y le fue casi imposible continuar. El peso que le atenazaba el pecho apenas le permitía respirar.

Justo entonces entró Mary Allard por la puerta.

—Vaya, buenos días profesor Reavley. —Seguía mostrándose orgullosa y airada, y llevaba luto riguroso. El negro favorecía a su tez aceitunada, pero no así a su cuerpo descarnado—. Es muy amable de su parte que haya venido a despedirnos —dijo, dulcificando una pizca la voz.

A Joseph no se le ocurría qué decir. Mary no cedía ni un ápice ni manifestaba el mínimo afecto.

—Confío en que la resolución del asunto le aporte un poco de paz —dijo, y al instante deseó no haberlo hecho. Aquello era como desear que la muerte de Beecher le diera paz, y se sintió como un traidor.

—Pues confía mal —espetó Mary—. ¡Y jamás hubiese esperado que usted, precisamente, sugiriera semejante cosa!

Connie inspiró bruscamente.

Joseph comprendió con amargura que si él sufría por la pérdida de Beecher, Connie tenía que estar desgarrada.

Mary lo miraba a la defensiva. Habló con voz temblorosa.

—Usted ha estado dispuesto a permitir que se dijera que mi hijo hacía chantaje a ese pobre desdichado por un pecado u otro (Dios sabe cuál, a mí no me lo quieren decir) y que asesinó a Sebastian para mantenerlo callado. —La perplejidad y el dolor la hacían temblar como una hoja—. ¡Esa insinuación es monstruosa! Hiciera lo que hiciese ese hombre, o fuera lo que fuese lo que Sebastian sabía, mi hijo no lo habría presionado salvo para intentar convencerlo de que actuara de manera honorable. —Tragó saliva—. Obviamente, no lo consiguió, y ese miserable asesinó a Sebastian para protegerse. Y ahora resulta que este sitio maldito no sólo le ha quitado la vida a mi hijo, sino que también le gustaría privarlo de su memoria. ¡Usted no merece ni siquiera mi desprecio! Si no vuelvo a verlo, profesor Reavley, estaré encantada.

Las palabras de Mary eran a un tiempo arbitrarias e injustas. Joseph estaba lo bastante furioso para contraatacar, aunque no le resultó fácil hacerlo.

—La gente dirá lo que quiera, señora Allard —dijo fríamente, con la boca seca—, o lo que crea que es cierto. No está en mi mano impedirlo, como tampoco puedo evitar que usted diga lo que se le antoje acerca del profesor Beecher, quien también era mi amigo.

—Pues tiene muy mala suerte al elegir a sus amistades, profesor Reavley —replicó Mary—. Su inocencia lo induce a pensar demasiado bien de muchas personas y no lo bastante de otras. En mi opinión le vendría muy bien reflexionar en profundidad sobre su capacidad de juicio. —Adelantó un poco más el mentón—. Ha sido muy gentil de su parte venir a despedirnos. Sin duda ha considerado que era su deber. Le ruego que lo dé por cumplido y que no se sienta obligado a visitarnos en el futuro. Buenos días.

—Gracias —contestó Joseph con un sarcasmo nada frecuente en él—. Eso me tranquiliza sobremanera.

Mary giró en redondo y lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo dice?

—Que no me sentiré obligado a visitarla —respondió Joseph—. Le quedo agradecido.

Mary abrió la boca para replicar, pero, para su frustración, se le saltaron las lágrimas. Se volvió y salió resueltamente de la sala entre el frufrú de las negras faldas de seda, con la espalda muy tiesa.

Joseph se sintió culpable, enfadado y profundamente abatido.

—No ponga esa cara —susurró Connie—. Lo tenía bien merecido. Durante tres semanas se ha comportado como si fuera la única persona de este mundo que ha llorado la pérdida de un ser querido. ¡Me parte el corazón verla así, pero eso no significa que la aprecie! —Inspiró profundamente y soltó el aire con un sollozo—. Y ahora menos aún.

Joseph la miró.

—Yo tampoco —dijo con delicadeza, y ambos se quedaron de pie, sonriendo y pestañeando, procurando no llorar.

Joseph pasó el resto del día aturdido por el sufrimiento. La noche se le hizo espantosa, se levantó tarde y la aflicción volvió a inundarlo como la marea entrante. No fue a desayunar, pero se obligó a regresar al refectorio para el almuerzo. Había supuesto que las conversaciones aún girarían en torno a la muerte de Beecher y se sorprendió al constatar que todo el mundo hablaba de las noticias aparecidas en la prensa la víspera y aquella misma mañana. Entre una cosa y otra no se había enterado de nada.

—¿Tropas? —inquirió, volviéndose de un colega a otro— ¿Dónde?

—En Rusia —respondió Moulton a su izquierda—. Más de un millón de hombres. El zar los movilizó ayer.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué? —Joseph estaba atónito—. ¡Un millón de hombres!

Era algo tremendo y absurdo.

Moulton lo miró con expresión adusta.

—Porque hace dos días Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia —contestó—. Y ayer bombardearon Belgrado.

—Bombardearon... —Joseph sintió frío de repente, como si alguien hubiese abierto una puerta a una noche gélida. Tragó saliva—. ¿Bombardearon Belgrado?

—Eso me temo —dijo Moulton, tenso—. Supongo que con la muerte de Beecher nadie lo mencionó. Es ridículo, me consta, pero la muerte de alguien que conocemos parece peor que la de decenas o incluso centenares de personas cuya identidad ignoramos; pobre gente. Sabe Dios lo que va a ocurrir a continuación. Me parece que ya no hay modo de detenerlo.

—Yo diría que, lamentablemente, la guerra en Europa es inevitable —intervino Gorley-Smith desde el otro lado, con expresión muy seria—. Lo que ya no sé es si acabaremos envueltos en el conflicto. No veo por qué debería ser así.

Joseph pensaba en el millón de soldados rusos y la promesa del zar de apoyar a Serbia contra Austria-Hungría.

—Hace que el despliegue de nuestras tropas en las calles de Dublín parezca un juego de niños, ¿verdad? —dijo Moulton con aspereza.

—¿Qué? —Joseph no sabía a qué se refería.

—El lunes —aclaró Moulton, enarcando las ralas cejas—. Enviamos al ejército a desarmar a los rebeldes. —Frunció el ceño—. Tiene que recobrar la compostura, Reavley. Según parece Allard era un poco calavera después de todo. Y el pobre Beecher perdió la cabeza por completo. La reputación de una mujer, supongo, o algo por el estilo.

—Por el estilo —dijo Addison agriamente desde el otro lado de la mesa—. Nunca lo vi con una mujer, ¿y ustedes?

Joseph dio un respingo y lo fulminó con la mirada.

—Bien, si había alguien por quien mereciera la pena hacerle chantaje, no sería usted, ¿está claro! —espetó.

Gorley-Smith alzó su copa.

—Caballeros, tenemos asuntos mucho más graves y trascendentes de los que preocuparnos en vez de abundar en la tragedia de un pobre hombre y un muchacho que, aparentemente, no era tan buena persona como nos gustaba creer. Todo indica que Europa está al borde de la guerra. Un nuevo mal nos amenaza, algo nunca visto. Tal vez dentro de pocas semanas los muchachos de todo el país se enfrenten a un futuro muy diferente.

—¡No afectará a Inglaterra! —dijo Addison con una leve sonrisa que hizo patente un profundo desprecio—. Irá de Austria-Hungría hacia el este, o hacia el norte si consideramos Rusia.

—Habiendo movilizadado a más de un millón de hombres, ¡cómo no vamos a considerarla! —replicó Gorley-Smith.

—Aun así, queda muy lejos de Dover —señaló Moulton con convicción—. Y más aún

de Londres. No sucederá. Por una razón: ¡piensen en el coste! ¡La destrucción será enorme! Los banqueros no van a permitir que lleguemos a eso.

Addison se apoyó en el respaldo sosteniendo la copa en la mano y el pálido vino blanco alemán que ésta contenía brilló al alcanzarlo un rayo de sol.

—Tiene toda la razón. Claro que no van a permitirlo. Cualquiera con unos rudimentos de economía internacional se daría cuenta de ello. Apurarán al máximo y luego alcanzarán alguna clase de acuerdo. Sólo son poses. A estas alturas ya hemos dejado atrás esa etapa del desarrollo. Por el amor de Dios, Europa es la civilización más avanzada que el mundo ha conocido jamás. Sólo son bravuconadas, nada más.

La conversación siguió desarrollándose alrededor de Joseph, pero él apenas si prestó atención. Su mente no veía el refectorio con las vigas de roble, las ventanas con los antiguos escudos de armas de cristal de colores, los manteles, la cristalería y la cubertería de plata, sino el dorado sol inclinado del atardecer encima del río. Veía a Sebastian contemplando la serena belleza de Cambridge, no sólo la arquitectura sino también los sueños, el conocimiento, los esplendores de la mente y el corazón atesorados a lo largo de siglos, y temiendo la barbarie de la guerra y todo lo que ésta arrasaría en el espíritu de la humanidad.

¡Resultaba imposible creer que en realidad hubiese sido un repugnante chantajista! Y Harry Beecher... Joseph todavía no lograba aceptar que hubiese matado a Sebastian, eso si en verdad lo había hecho.

¿Acaso existía algún vínculo con el asesinato de John y Alys Reavley? ¿Lo había presenciado Sebastian y sabía quiénes eran los responsables? ¿O se trataba de una espantosa coincidencia? ¿Cómo podía guardar relación alguna con Reisenburg y quienquiera que lo matara?

O la peor idea de todas: ¿era posible que Sebastian no chantajeara a Beecher a propósito de Connie sino de la muerte del matrimonio Reavley?

¿O acaso era un tercero quien se había aprovechado de la aventura amorosa de Beecher para ocultar el hecho de que era él a quien Sebastian chantajeaba..., porque lo había visto tender una ristra de abrojos a través de la carretera? ¿Había eliminado a Sebastian sin dilación para luego aprovechar las circunstancias haciendo que la culpa recayera en otra persona, cerrando el caso limpiamente y así desentenderse de todo?

¿O tal vez Joseph sencillamente intentaba, una vez más, eludir una verdad que le dolía demasiado creer? Pese a su tan cacareado amor por la razón, a la fe en Dios que profesaba en voz alta, ¿era moralmente cobarde, carecía del coraje necesario para poner a prueba la verdad, le faltaba la auténtica creencia en algo que no fueran hechos que pudiera ver? ¿Le quedaba algo de confianza en Dios? ¿Se trataba de una relación de espíritu a espíritu o era una mera idea que sólo se sostenía hasta que la hacía cargar con el peso del dolor y la desesperación?

Dejó la servilleta en la mesa y se puso de pie.

—Disculpen. Tengo ciertas obligaciones que atender. Los veré en la cena.

No aguardó la respuesta, sino que se marchó dirigiéndose a grandes zancadas hacia la puerta y el sol.

Ya iba siendo hora de que se enfrentase al asesinato de Sebastian sin más evasivas con las que proteger sus propios sentimientos. Debía tener al menos esa poca honestidad. Quizá no lo había aceptado de veras hasta ahora. Sus emociones todavía trataban de asimilar la muerte de sus padres.

Caminaba sin rumbo pero con decisión suficiente para que nadie le hablara.

A Sebastian le habían pegado un tiro por la mañana, antes de que la mayoría se hubiese levantado. Según Perth lo habían hecho con un revólver Webley, probablemente el mismo que había acabado con la vida de Beecher. Nadie había admitido ver un arma como aquella en el colegio. Así pues, ¿de dónde había salido? ¿A quién pertenecía?

Seguramente, el hecho de poseer semejante objeto indicaba intención de matar. ¿Dónde se podía comprar o robar un arma? Estaba claro, más allá de toda duda fundada, que en ambas ocasiones se había utilizado el mismo revólver, de modo que ¿dónde había estado para que la policía no lo encontrase?

Cruzó el puente de los Suspiros y salió de nuevo al sol. Conocía St. John's bastante mejor que la policía. Si se aplicaba concienzudamente a resolver el problema, quizá lograrse deducir dónde había estado oculta el arma.

Se cruzó con dos estudiantes que paseaban discutiendo acaloradamente. Una batea con un joven y una muchacha a bordo avanzaba perezosamente río abajo empujada por la corriente. Había tres estudiantes sentados en la hierba enfrascados en una animada conversación. Más allá otro estaba absorto en un libro. La paz calaba hasta los huesos, igual que el calor del sol. Si habían leído las mismas noticias que Moulton y Gorley-Smith, no se las habían creído.

¿Dónde cabía esconder un arma de modo que pudiera recuperarse en condiciones de utilizarla otra vez? En el río no, desde luego. Como tampoco donde cualquiera pudiese encontrarla, bien por casualidad, bien porque anduviese buscándola.

Se detuvo en medio del sendero y miró hacia el colegio. Como siempre, su belleza le causó un enorme placer. A la altura del puente de los Suspiros los ladrillos daban paso a unos bloques de piedra blanca que se hundían en el agua. Más allá había una estrecha franja de hierba que descendía hasta el río. Los muros eran lisos salvo por las ventanas, y se alzaban hasta el borde almenado del tejado con sus buhardillas y altas chimeneas.

Pero los hombres de Perth habían estado allí arriba.

En todos los tejados menos el de la casa del director. En deferencia a los Allard se habían limitado a mirarlo desde el tejado contiguo que, al quedar más alto, permitía apreciarlo en su totalidad. Los caños de desagüe eran de cuello ancho para empalmar los tubos que atravesaban las almenas con el agua recogida en el tejado. Tuvo una idea. ¿Era posible? Por el momento se trataba del único sitio donde le constaba que nadie había



buscado.

¿La había escondido allí Beecher después de matar a Sebastian? Y ¿la había recuperado a tiempo para quietarse la vida con ella? Pero aunque Joseph estuviera en lo cierto, ya no había forma de demostrarlo.

¿Sería capaz de deducirlo si se lo proponía? ¿Por dónde debía empezar? Por los movimientos de todos tras el descubrimiento del cadáver de Sebastian. Cualquiera que hubiese subido al tejado de la casa del director habría corrido el riesgo de ser visto, incluso a las cinco y media de la madrugada. En aquella época del año ya era pleno día.

Echó a andar lentamente.

¿Era concebible que la hubiesen ocultado temporalmente de un modo u otro para después ponerla en lugar seguro? Si hubiese sido en lo alto del bajante sólo habría llevado un momento dejarla allí: una visita rápida a una de las habitaciones del ático con ventana abuhardillada, abrirla de par en par, asomarse y arrojar el arma, quizás envuelta en algo. Incluso una bufanda o un par de pañuelos bastarían para disimular el contorno, luego unas pocas hojas y listos.

Si aquélla era la respuesta, sólo podía hacerlo desde la casa del director. No le cabía en la cabeza que hubiese sido uno de los sirvientes. Eso reducía las posibilidades a Aidan y Connie Thyer, a Beecher si se había visto con Connie allí, y a cualquier otro visitante.

Tenían que haber escondido el arma muy poco después de cometer el asesinato de Sebastian, porque la policía había iniciado la búsqueda antes de que transcurriese una hora desde su llegada.

¿Qué habría hecho él de encontrarse en tal situación? Ocultarla en el sotobosque de Fellow's Garden hasta que tuviera ocasión de regresar y entrar en la casa del director pasando inadvertido.

¿Y para recuperarla de nuevo? Tal vez lo mismo.

Todo señalaba otra vez a Connie y Aydan Thyer, y quizás a Beecher. Le costaba creer que fuese Connie, pero cuanto más lo pensaba, más probable parecía que fuese Thyer. ¿Acaso era él a quien Sebastian había visto en la carretera de Hauxton? ¿Cabía que fuese incluso quien estaba detrás del complot? Era un hombre inteligente con una posición que le confería un poder mucho mayor de lo que la mayoría de la gente pensaba. Como director de un colegio universitario en Cambridge ejercía influencia sobre gran número de estudiantes que, una generación después, serían los líderes de la nación. Sembraba semillas que el mundo recogería.

Ahora que tenía aquella idea en mente, Joseph debía ponerla a prueba hasta demostrarla para bien o para mal. Y sólo existía un sitio por el que empezar. Pasaría un mal rato haciéndolo, pero no se le ocurría una alternativa.

Caminó despacio de regreso al puente de los Suspiros y a St. John's, y luego cruzó el patio interior hasta la casa del director. Thyer estaría en la biblioteca aquella hora de la tarde. Confió en que Connie se encontrase en casa.

La primera doncella le hizo pasar a la sala, donde halló a Connie junto a la ventana, contemplando las flores de Fellow's Garden.

Connie esbozó una sonrisa y, con voz un poco ronca, dijo:

—Gracias por venir ayer. Fue muy amable de su parte. —Volvió a mirar hacia el jardín casi de inmediato—. Es un alivio que los Allard hayan regresado a su casa y que Elwyn ocupe de nuevo su habitación. Pero la calma que ahora reina en la casa no es natural. Parece silencio más que paz. ¿No es absurdo?

—No —contestó Joseph. Detestaba lo que estaba a punto de hacer, tanto más puesto que si no demostraba nada quizá fuese algo que ella preferiría infinitamente no saber—. Tengo que hacerle un par de preguntas... —Titubeó, pues no sabía cómo dirigirse a ella. El nombre de pila suponía demasiada confianza; usarlo sería tomarse cierta libertad. Y, sin embargo, llamarla «señora Thyer» resultaba al mismo tiempo frío y amargamente irónico.

Connie sólo mostró una leve curiosidad.

—¿Sobre qué?

Tenía que hacerlo. Notaba la tensión de su cuerpo y la torpeza de su postura.

—Encontré una foto en la habitación de Sebastian —dijo Joseph, sintiéndose mezquino. Advirtió que Connie se ponía tensa y supo al instante que sabía a qué foto se refería y que significaba lo que había supuesto—. Se encontró con Harry en Northumberland. Conozco el lugar donde la sacaron. Fui con él allí una vez.

—Me lo contó —susurró ella con un hilo de voz y los ojos arrasados en lágrimas—. No fui allí para reunirme con él. Fue casi por casualidad. —Ladeó la cabeza y se encogió levemente de hombros—. Tendría que haberme reprimido. Me constaba que no estaba bien y también a donde nos llevaría, ¡pero lo deseaba tanto! Tener, por una vez... —Se interrumpió y apartó la vista. Tardó un poco en recobrar la calma—. Un desconocido sacó la fotografía. Harry se la quedó. Se le caería del bolsillo al dejar la chaqueta sobre el brazo de una butaca. Se puso frenético cuando descubrió que la había perdido. No sabía que la tuviera Sebastian.

El rostro de Connie reflejaba una ira extraña y terrible. Joseph se asustó.

—Connie...

La expresión se desvaneció, ahogada en el sufrimiento.

Joseph tenía que seguir adelante, había otras cosas que precisaba saber. No había más tiempo que perder.

—En cuanto a la mañana en que asesinaron a Sebastian y el día en que Harry murió...

—No sé nada relevante —dijo ella. Su voz volvió a sonar monótona, con la emoción sumergida en un profundo mar de dolor.

—Y acerca del domingo, el día que dispararon contra el archiduque y la duquesa en Sarajevo — prosiguió Joseph.

Connie se volvió de golpe.

—¡Por Dios! ¡No pensaré que Harry tuvo algo que ver con eso! ¡Es una idiotez!

—¡Por supuesto que no! —negó Joseph con vehemencia mientras a su mente acudían el Lanchester amarillo destrozado y los cuerpos de sus padres cubiertos de sangre. Hasta el momento de decirlo no le había pasado por la cabeza que Beecher pudiera ser culpable de aquello pero ahora la idea estaba allí, pendiente de un hilo como una pequeña daga.

Connie lo miraba sin dar crédito, al borde de una rabia que duraría cuanto durase su relación.

—¡No! —insistió Joseph, forzando una sonrisa, esta vez ante el absurdo de que Beecher fuese responsable del magnicidio de Sarajevo—. Sólo he empleado ese acontecimiento para recordarle el día al que me refería. Fue el mismo día en que murieron mis padres.

—¡Oh! —Connie se mostró aturdida y sumamente contrita, adoptando una expresión compasiva—. Joseph, lo lamento mucho. ¡Lo había olvidado por completo! Con... —Inspiró profundamente y retuvo el aire un momento—. Con estos asesinatos —se obligó a emplear aquella aciaga palabra—, aquí en el colegio, una muerte accidental, incluso dos, parecen algo mucho más... limpio. ¿Qué más necesita saber? Si está en mi mano decírselo, lo haré encantada.

Aquél era el momento de decir lo que tenía que decir.

—Pienso que alguien pudo haber visto lo que ocurrió. ¿Sabe dónde estaba Harry hacia el mediodía de ese domingo?

Connie palideció. Tuvo que darse cuenta, pues sus ojos la traicionaron.

—Sí. No pudo ser él —musitó.

Joseph no podía dejarlo ahí por mera delicadeza.

—¿Está segura, le consta como un hecho, no como creencia?

—Absolutamente. —Connie bajó la vista, incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Y la mañana en que Sebastian falleció? —Joseph eligió aquella palabra más suave para resultar menos hiriente.

Connie se volvió ligeramente para mirar otra vez por la ventana.

—Me levanté temprano y salí a caminar por los Backs. Estuve con Harry. No puedo demostrarlo porque no salimos de entre los árboles. No queríamos que nos vieran y suele haber gente por allí, en su mayoría estudiantes, incluso a las cinco o las seis.

—Entonces no es posible que Harry matara a Sebastian —señaló Joseph, observándola atento al más leve cambio en su mirada, o a una alteración en la tensión de su cuerpo que revelase que estaba mintiendo para protegerlo, aun después de muerto.

Connie se volvió hacia él con los ojos muy abiertos y brillantes.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó, sin osar aferrarse a la esperanza—. No nos reunimos hasta eso de las seis. Pudo haberle matado antes, ¿no es cierto?

Estaba muy pálida, quizá preguntándose si Beecher había ido a su encuentro justo después de asesinar al hombre que suponía una amenaza para ambos.

—¿Dónde se encontraron? —preguntó Joseph.

Connie se mostró confusa.

—¿Dónde? Crucé el puente de los Suspiros, ya que al estar cercado nadie me vería, y luego me dirigí a la arboleda. Harry estaba allí.

—¿No vino a la casa?

¡Cielo santo, claro que no! —exclamó Connie, atónita—. ¡No estábamos tan locos!

—¿Cuándo volvió aquí?

—No lo sé. ¿Por qué? Sería un par de días después. Los Allard ya se habían instalado y vivíamos una pesadilla.

Joseph comenzó a sentirse mejor. Estaba claro que Beecher no había matado a Sebastian, puesto que no había tenido tiempo para esconder el arma. Era imposible si ésta había estado oculta en el tejado de la casa del director y, cuanto más lo pensaba más seguro estaba de que era allí donde la habían escondido.

—¿Y antes de que disparase contra sí mismo? —preguntó. Connie volvió a ponerse tensa y pálida.

—Le vi en Fellow's Garden la víspera, sólo un ratito, como un cuarto de hora o así. Aidan regresaría pronto a casa.

—¿Llegaron a entrar?

—No. ¿Por qué?

¿Debía decírselo? La prudencia aconsejaba no hacerlo..., pero ella había amado a Beecher, y la idea de que hubiese cometido un asesinato para luego suicidarse era una herida abierta en lo más profundo de su alma.

No obstante, si se lo explicaba, deduciría por sí misma la terrible alternativa: se trataba de alguien que tenía acceso al tejado de la casa, o sea, su marido. Entonces Connie se convertiría en un peligro para él, y quizá también la matara.

¿Sacaría conclusiones aunque no le dijera nada? No. Todo dependía de que el arma hubiese estado oculta en el tejado. No osó permitir que Connie lo dedujera.

—No estoy seguro —mintió—. Cuando lo esté, se lo diré.

—¿Mató Harry a Sebastian? —preguntó Connie con voz temblorosa y la tez cenicienta.

¿Lo adivinaría de todos modos?

—No, no tuvo ocasión de hacerlo —contestó Joseph—. ¡Pero no se lo diga a nadie! —Convirtió la advertencia en un imperioso mensaje de peligro—. Si no lo hizo él, Connie, ¡lo hizo otra persona! Alguien que puede matarla. Por favor, no hable con nadie de esto, absolutamente con nadie..., ¡ni siquiera con el director! Puede que me equivoque. —Eso también era una mentira; no le cabía duda de que llevaba razón. Aidan Thyer tal vez fuese capaz de matar, pero estaba convencido de que Harry Beecher no. Y si Connie Thyer había salido a los Backs a primera hora de la mañana, Aidan Thyer pudo haber ido a cualquier parte; sin duda pudo haber visitado la habitación de Sebastian, y también matado a Sebastian por el mismo motivo, a saber, que éste estaba haciendo chantaje a uno de ellos o a todos amenazando con sacar a la luz la aventura amorosa de Connie.

O quizá fuese a Thyer a quien había visto en la carretera de Hauxton.

—No diga nada —repitió en tono aún más apremiante, tocándole el brazo a la altura de la delgada muñeca. Tenía la boca seca y le sudaban las manos—. Por favor, recuerde que se trata de asesinato.

—¿Dos asesinatos? —susurró Connie.

—Tal vez —repuso Joseph. No dijo que podían ser cuatro o, si Reisenburg también había sido asesinado, cinco.

Connie asintió con la cabeza.

Joseph se quedó sólo el tiempo necesario para tranquilizarla. Luego salió y caminó despacio bajo el sol ardiente, helado hasta los huesos.

\* \* \*

## 14

Joseph cruzaba lentamente el patio. El sol de primera hora de la tarde calentaba el aire inmóvil. La ropa se le pegaba a la piel. No había nubes en el cielo azul que enmarcaban los remates almenados de las fachadas, pero daba la impresión de que se avecinaba una tormenta. Notaba la electricidad en su interior, la excitación y el temor que le producían el hallarse a punto de descubrir la verdad.

¿Dónde había estado Aidan Thyer la tarde del domingo 28 de junio? ¿A quién podía interrogar al respecto sin que Thyer se enterara? Connie había estado en el jardín con Beecher. Si Thyer había estado en la carretera de Hauxton, ¿adónde habría dicho que iba? Y ¿quién se acordaría de ello cinco semanas más tarde?

No podía preguntar a Connie, pues sabría por qué lo hacía y entonces, por más que se esforzara, sería incapaz de ocultárselo a Thyer.

Caminaba cada vez más despacio mientras trataba de tomar una decisión. Thyer había llegado tarde al partido de críquet. Rattray había capitaneado el equipo de St. John's. ¿Sabría dónde había estado el director antes de su llegada? Merecía la pena preguntárselo. Giró y avivó el paso hacia la puerta del otro extremo del patio para subir a la habitación de Rattray. No estaba allí.

Diez minutos después Joseph lo encontró en un rincón de la biblioteca, entre las estanterías, recorriendo con la vista el estante inferior.

—¡Profesor Reavley! ¿Me estaba buscando, señor? —preguntó, cerrando el libro que llevaba en las manos sin perder el punto.

—Pues la verdad es que sí.

Joseph se inclinó para inspeccionar la hilera de libros con curiosidad. Trataban sobre guerras e historia de Europa. Observó el rostro delgado e inquieto de Rattray.

Rattray se mordió el labio inferior.

—Pinta muy mal, señor —dijo en voz baja—. Ayer el káiser advirtió al zar que si Rusia no se detiene antes de veinticuatro horas, Alemania también se movilizará. El profesor Moulton cree que las bolsas mundiales van a cerrar muy pronto. Puede que incluso el lunes.

—Es festivo —apuntó Joseph—. Tendrán todo el fin de semana para pensárselo.

Rattray se sentó en el suelo, extendiendo las piernas delante de él.

—Dios, sería espantoso, ¿verdad? —Se frotó la mandíbula con el pulpejo de la mano—. ¿Quién iba a decir hace cinco semanas que un loco, en una ciudad de Serbia, al disparar al tuntún contra un archiduque, cuando en Austria los hay a montones, terminaría montando este desaguizado? En tan poco tiempo, poco más de un mes, el mundo entero ha cambiado.

—Hace seis semanas, casi.

A Joseph también se le hizo extraño. Entonces sus padres vivían. Sólo faltaba un día para que se cumplieran seis semanas del sábado en que John Reavley había conducido el Lanchester amarillo hasta Little Wilbraham, donde había hablado con Reisenburg y hallado el documento, para esa misma noche telefonar a Matthew a Londres. Al día siguiente estaba muerto.

—Jugamos al críquet en el campo de Fenner's Field—dijo Joseph en voz alta—. Tú capitaneaste el equipo. Recuerdo que estuve allí, igual que Beecher y el director.

Ratray asintió con la cabeza.

—Sebastian no —continuó Joseph—. Regresó tarde de su casa. Supongo que el director no se mostraría muy contento. Era uno de nuestros mejores bateadores.

—Pero un desastre como lanzador —objetó Ratray con una sonrisa. Parecía al borde del llanto—. No, en realidad el director se contrarió bastante cuando llegó. Le piló por sorpresa que Sebastian no estuviera jugando.

Joseph tuvo un escalofrío.

—¿Cuándo llegó, dices?

—¡También llegó tarde! —Ratray hizo una mueca—. No sé de dónde vendría, pero estaba de un humor de perros. Dijo que se había quedado tirado en Jesus Lane por culpa de un pinchazo, pero me consta que no fue así porque el profesor Beecher pasó por allí y le habría visto. —Suspiró y apartó la mirada, pestañeando con fuerza—. A no ser, por supuesto, que ya no podamos dar crédito a las palabras del profesor Beecher. No consigo... ¡No entiendo nada! —Volvió a morderse el labio inferior para que dejara de temblarle—. Es como si todo se viniera abajo... Usted sabe bien que yo pensaba que Sebastian era un poco arrogante a veces, pero básicamente un buen tipo. —Miró a Joseph—. Tenía algunas ideas extrañas, solía hablar por los codos sobre la paz, sostenía que la guerra era un pecado contra la humanidad y que no había nada en el mundo por lo que mereciera la pena luchar si ello suponía arrasar naciones enteras y llenar la tierra de odio.

Volvió a frotarse la mandíbula manchándola de polvo.

—¡Era un poco exagerado, pero aun así estaba cuerdo, perfectamente en sus cabales! Nunca pensé que pudiera hacer algo tan sórdido como un chantaje. ¡Eso es repugnante! Quizá Beecher estuviera haciendo algo un tanto irregular pero era un hombre decente, estoy seguro. —Se apartó el cabello de la frente con un gesto de infinito cansancio—. Estoy comenzando a preguntarme si en realidad sé gran cosa.

Joseph comprendió su confesión perfectamente, pues se debatía en la misma desesperación, tratando de hallar un sentido a todo para así recobrar el equilibrio perdido. Pero ya no había tiempo para demorarse en conversaciones que aportaran consuelo.

—¿Dónde crees que estaba el director? —preguntó.

Ratray se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Como tampoco me figuro por qué dijo algo que no era cierto.

—¿Sabes si iba en coche? —insistió Joseph.

—Sí, lo vi llegar conduciendo. Estaba esperándolo.

—Gracias.

Ratray lo miró con expresión de curiosidad.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene eso ahora? Se acabó. Todos estábamos equivocados, usted y yo, todos. Beecher está muerto y nuestras disputas poco importan si va a estallar una guerra y nos vemos arrastrados al mayor conflicto que Europa haya conocido. ¿Cree que pedirán voluntarios, señor?

—Dudo que nos veamos involucrados —contestó Joseph, sin saber si decía la verdad—. Será un asunto entre Austria, Rusia y quizás Alemania. Todavía cabe que sólo se estén amenazando para ver quién es el primero en echarse para atrás.

—Tal vez —dijo Ratray sin convicción.

Joseph le dio las gracias otra vez, salió de la biblioteca y de nuevo al primer patio para ir a ver a Gorley-Smith. Sólo quedaba una cosa por averiguar, y temía la respuesta. Le sorprendió lo mucho que le dolía creer que Aidan Thyer fuese culpable de matar a John y Alys Reavley. Seguía sin saber qué motivo lo había empujado a ello.

Llamó a la puerta de Gorley-Smith y aguardó con impaciencia hasta que éste abrió. Gorley-Smith parecía cansado e irritable. Iba con el pelo revuelto, sin chaqueta y con la camisa pegada al cuerpo. Saltaba a la vista que hacía un gran esfuerzo por mostrarse cortés.

—Si viene para disculparse por la cena, la verdad es que no tuvo importancia —dijo bruscamente, disponiéndose a cerrar de nuevo.

—No es eso —contestó Joseph. Estaba más que claro que no podría andarse con sutilezas—. Al parecer Beecher no dejó ninguna nota o últimas voluntades...

—No, me parece que no —repuso Gorley-Smith reprimiendo su fastidio—. Escuche; Reavley, sé que era amigo suyo, pero es obvio que perdió la cordura por culpa de la presión que el joven Allard ejercía sobre él, y a decir verdad prefiero no conocer los detalles. En mi opinión, no deberíamos seguir especulando. —Su rostro reflejaba desagrado y ganas de evitar una situación embarazosa.

Joseph sabía en qué estaba pensando.

—Iba a preguntarle —dijo fríamente— si sabe si tuvo ocasión de hablar con el director antes del suceso. Quizá tenga alguna idea sobre lo que debemos hacer. Que yo sepa, Beecher no tenía parientes próximos, pero digo yo que alguien habrá a quien debamos informar con tanta discreción como sea posible, dadas las circunstancias.

—Oh. —Gorley-Smith parecía desconcertado—. Creo que no. Lo que fuera que le hizo perder los estribos debió de ser bastante repentino, y da la casualidad de que el director estaba en una reunión durante al menos dos horas antes de que nos enterásemos, pues yo asistí a ella también. Lo siento, Reavley, pero tendrá que preguntar en otra parte.



—¿Lo sabe con seguridad? —insistió Joseph. Deseaba que fuese cierto, y sin embargo no encajaba con la única respuesta que se le ocurría.

—Sí, por supuesto que estoy seguro —contestó Gorley-Smith en tono cansino—. Basildon se extendió interminablemente sobre los malditos fondos para un edificio. Pensé que no íbamos a terminar en todo el día, y casi todo el tiempo discutí con el director.

—Entiendo. —Joseph asintió con la cabeza—. Gracias.

Gorley-Smith puso cara de no comprender nada y cerró la puerta.

Joseph bajó por la escalera y salió fuera despacio. Las sombras ya eran oscuras en la parte occidental del patio y las ventanas más altas de la parte oriental estaban bañadas en fuego. Una vez más cruzó el puente hasta los Backs. El aire por fin refrescaba y la luz resplandecía en las flores de colores vivos, que semejabán una vidriera. Los árboles del otro lado del prado apenas temblaban con la leve brisa del atardecer y lo único que se oía era la llamada de los pájaros.

Si Aidan Thyer no había matado a Beecher y Beecher no había matado a Sebastian, ¿cuál era entonces la respuesta?

Caminó lentamente, sin hacer ruido al pisar la hierba seca. Se internó en la sombra de los árboles, donde olía a fresco como si la verde penumbra poseyera una fragancia propia.

¿Quién más había tenido ocasión de dejar el arma en el tejado de la casa del director? ¿O estaba equivocado después de todo? Volvió al principio de cuanto sabía con certeza. Elwyn se había presentado en sus habitaciones, casi histérico por la conmoción y el dolor, porque había ido a buscar a Sebastian para salir temprano a dar un paseo por el río y lo había encontrado muerto de un tiro. El arma homicida no estaba en la habitación. De todas formas, nadie había dado a entender en ningún momento que Sebastian tuviera motivo alguno para quitarse la vida. A ninguno de sus conocidos se le había pasado por la cabeza semejante posibilidad.

Habían avisado a la policía y los agentes habían buscado el arma por todas partes sin éxito. Por todas partes salvo en los embudos de los tubos de desagüe que bajaban del tejado de la casa del director.

Por supuesto, siempre cabía la posibilidad de que existiera otra respuesta que no se le hubiese ocurrido. Quizás el asesino había salido tranquilamente del recinto para esconderla en otro colegio o entregársela a un tercero.

Sólo que quienquiera que fuese la había recuperado sin mayor dificultad para disparar contra Beecher.

Se concentró en quién podía haber matado a Beecher y quién podía haber deseado su muerte.

Después de ésta, todo el mundo daba por sentado que él había sido el asesino de Sebastian, pero ¿alguien lo había supuesto antes?

¿Mary Allard? Desde luego, rabia y amargura para matar no le faltaban; sin embargo,

¿cómo iba a saber dónde estaba el arma o, ya puestos, cómo se las habría ingeniado para salir al tejado en su busca?

¿Gerald Allard? No, carecía de pasión, y tampoco sabía dónde encontrar el revólver.

Joseph estaba delante de Trinity. El viento levantaba un leve susurro en las hojas más altas y la luz decaía rápidamente en la sombra de la arboleda.

¿Elwyn? No había tenido ocasión de matar a Sebastian. Podía demostrar que se encontraba en su habitación a la hora del crimen. Además, ¿por qué iba a hacerlo? Habían estado muy unidos, y no sólo como hermanos, y distaban mucho de ser rivales. Admiraban mutuamente sus habilidades sin envidiarlas.

Por otra parte, Elwyn tampoco había tenido nada que ver con el accidente del Lanchester, ya que había pasado en Cambridge todo el día.

Sin embargo, había estado entrando y saliendo de casa del director para consolar a su madre y ofrecerle el apoyo que su padre parecía incapaz de brindarle, de modo que... ¡había tenido ocasión de recuperar el arma si sabía que estaba allí!

Ahora bien, ¿por qué iba a saberlo? ¿Acaso la había visto? ¿Era concebible que Beecher la hubiese escondido allí? ¿Para hacerle un favor a quién? ¿A Connie? La idea era repulsiva y le provocó una punzada de dolor en el pecho que casi lo dejó sin respiración. ¿Acaso Beecher había estado protegiéndola?

Y Elwyn, ¿había supuesto tal vez que Beecher era quien había asesinado a Sebastian? Eso habría constituido motivo más que suficiente para matarlo y dejar el arma a su lado de modo que pareciera un suicidio, y, por añadidura, una admisión de culpabilidad.

Sólo que se equivocaba.

En la penumbra apenas distinguía el sendero aunque aún había pinceladas de luz en el cielo. Salió de nuevo al prado. Más allá de la arboleda todavía flotaba un crepúsculo etéreo que no era plateado ni gris. Dirigió la mirada hacia el este donde la profundidad de la noche caía como un velo añil.

Por la mañana tendría que enfrentarse de nuevo a Connie y someterla a la prueba final.

Durmió mal y despertó con un fastidioso dolor de cabeza. Tomó una taza de té bien caliente y dos aspirinas, y en cuanto fue la hora en que Aidan Thyer solía dar comienzo a sus obligaciones cotidianas fue a la casa del director.

Connie se sorprendió al verlo, aunque sin mostrarse recelosa. Por el contrario, pareció complacida.

—Buenos días, Joseph. Tiene aspecto de cansado. ¿Ha desayunado ya? La cocinera le preparará lo que quiera rápidamente. ¿Le pido algo?

Se hallaban en la sala de estar y el sol entraba oblicuo por los ventanales.

—No, gracias —declinó Joseph. El nudo que sentía en el estómago le impedía comer y

las aspirinas aún no habían surtido efecto—. He estado pensando mucho sobre lo que tuvo que suceder y he hecho unas cuantas preguntas.

Connie mostró desconcierto aunque sin asomo de esperanza o miedo en el rostro.

—La policía no dio con el arma con que mataron a Sebastian —añadió Joseph—, y eso que creían haber buscado en todas partes.

—Lo hicieron —confirmó Connie—. ¿Por qué dice «creían»? ¿Sabe de algún lugar en el que no buscaran? Estuvieron aquí. Registraron la casa entera.

—¿Cuándo?

Connie reflexionó por un instante.

—Me parece que fuimos los últimos —respondió al cabo—. Supongo que lo hicieron como mera formalidad. Y al principio Elwyn se encontraba aquí, pues estaba desesperadamente conmovido y afligido, y también sus padres, por supuesto.

—¿Registraron el tejado?

¿Mentiría para protegerse a sí misma? ¿Tal vez aunque sólo fuera para dejar el asunto zanjado? ¿Era ella quien había soltado la sutil insinuación de que la aventura amorosa por la que Beecher estaba siendo objeto de chantaje no era con ella sino con el propio Sebastian? Joseph desechó la idea por repulsiva.

—Subieron al tejado contiguo —explicó Connie con actitud pensativa, recordando los hechos mientras hablaba—. Desde allí se alcanza a ver el nuestro entero. No es muy grande. De todos modos, no creo que nadie pudiera subir allí, la verdad. Lo habríamos oído. Además, ¿cómo escondes un revólver en un tejado? Lo descubrirían enseguida.

—No si metes el cañón en uno de los embudos de lo alto de un bajante —señaló Joseph.

—Se alcanzan sin problema desde las buhardillas —dijo Connie, asombrada—. ¡Pudo hacerlo cualquiera que estuviese en esta casa!

—Sí... —convino Joseph.

—¿Aidan? ¿Harry?

—No. —Joseph negó con la cabeza—. Ninguno de ellos tuvo ocasión. Como le he dicho, he estado haciendo unas cuantas preguntas más. Harry no pudo matar a Sebastian, usted misma me lo dijo. ¿Acaso no me contó la verdad?

—¡Por supuesto que le conté la verdad! —aseguró Connie—. ¿Piensa que Aidan lo hizo? Pero ¿por qué? Desde luego, no sería por... —Se sonrojó—. No lo sabe —concluyó con voz ronca.

—¿Qué me dice de Elwyn? —preguntó Joseph—. ¿Es concebible que encontrara el arma allí y que la cogiese para matar a Beecher, creyendo que éste era el asesino de Sebastian?

Connie lo miró fijamente con expresión de dolor.

—¿Es concebible? —repitió Joseph.

—Sí. —Connie asintió con la cabeza—; pero ¿cómo iba a saber que el arma estaba allí? ¿Quién mató a Sebastian? Me cuesta creer que Aidan lo hiciera, y tengo claro que no fui yo. Y Harry no fue, así que ¿quién lo hizo?

—No lo sé —admitió Joseph—. Eso me ha llevado de vuelta al principio. ¿Quién más pudo esconder el arma allí? Tuvo que pasar por dentro de la casa.

—Nadie —dijo Connie tras una breve pausa—. Debieron de esconderla en alguna otra parte. A no ser... —pestañeó varias veces—. A no ser que Aidan la escondiera para un tercero... ¿Ve posible que hiciera eso y que Elwyn se enterase?

—Tal vez, pero ¿por qué? —En cuanto lo hubo dicho Joseph supo la respuesta. Apuntaba otra vez al documento, pero no se atrevió a decírselo a Connie—. Naturalmente, depende de otras cosas —agregó.

Connie fue a decir algo pero cambió de parecer en el último momento.

—La policía y el colegio en pleno piensan que Harry mató a Sebastian —dijo en cambio—, y que cuando creyó que estaban apunto de arrestarlo se suicidó. —Le temblaba la voz—. Ojalá pudiera demostrar que no es cierto. Yo lo quería mucho, pero, aunque no fuese así, creo que no podría permitir que alguien cargara con la culpa de un acto tan horrible si fuese capaz de demostrar su inocencia.

Joseph sintió que parte del viejo afecto que sentía hacia Connie se reavivaba en su interior.

—En ese caso, me parece que lo mejor será que vayamos a contárselo al inspector Perth. Supongo que lo encontraremos en la comisaría del pueblo.

Connie titubeó por un instante. Quizá nunca tendría que hacer algo que le costara tanto como aquello. Una vez que hubiese declarado, jamás podría recuperar aquella intimidad, la seguridad que suponía no saber. Dio un paso al frente y Joseph la acompañó hacia el vestíbulo y la puerta principal.

Fueron a pie hasta la comisaría. Quedaba a poco más de un kilómetro y a aquella hora de la mañana aún no apretaba el calor. En las calles había movimiento de tenderos, repartidores y compradores en busca de gangas. Las aceras estaban atestadas y la calzada era un estrépito de cascos de caballos que tiraban de carromatos, carros de reparto y la calesa de un médico. También circulaban algunos coches, una furgoneta con anuncios en los costados y, como siempre, montones de bicicletas. Sólo prestando mucha atención acertaba uno a oír un tono de voz distinto del habitual o reparaba en que las conversaciones no giraban en torno al tiempo ni a los cotilleos de rigor. Todo eran noticias, inquietudes cuidadosamente disimuladas, bromas forzadas.

Perth estaba ocupado en el piso de arriba y tuvieron que aguardar más de un cuarto de hora sumidos en una tensa y desventurada ansiedad. Cuando por fin se presentó mostró

muy poco entusiasmo al verlos, y sólo gracias a la insistencia de Joseph se avino a conducirlos hasta un pequeño despacho abarrotado de cosas donde pudieron hablar sin ser oídos.

—No sé qué es lo que quiere, reverendo —dijo Perth con impaciencia apenas velada. Parecía cansado e inquieto—. No puedo ayudarlo. Lamento mucho lo del señor Beecher, pero el asunto ya está zanjado. No sé si habrá leído los periódicos de esta mañana; el rey de Bélgica ha movilizadado a todos sus ejércitos enfrentándose a su propio Gobierno. Hay mucho más en juego que la reputación de un solo hombre, señor, y en mi opinión ya no hay más vueltas que darle.

—La verdad siempre merece ser discutida, inspector Perth —dijo Connie con gravedad—. Por eso declaramos guerras: para conservar el derecho a gobernarnos y dictar nuestras propias leyes, para ser quienes queremos ser y no rendir cuentas más que ante Dios. El profesor Beecher no se suicidó y creemos estar en condiciones de demostrarlo.

—Señora Thyer... —comenzó Perth con exagerada paciencia.

—¡No encontraron el arma hasta que apareció junto al cadáver del profesor Beecher! ¿Me equivoco? —lo interrumpió Joseph.

—No, en efecto —reconoció Perth a regañadientes, con un dejo de fastidio en la voz. No le gustaba que le señalaran un fallo—. ¡Pero tenía que saber dónde estaba, puesto que volvió a utilizarla!

—¿Registraron sus habitaciones?

—¡Claro que sí! ¡Registramos todo el colegio! Lo sabe de sobra, señor. Usted nos vio hacerlo.

—Tiene que haber algún lugar que se les pasara por alto —dijo Joseph—. El arma no se desvaneció en el aire para luego reaparecer.

—¿Está siendo sarcástico, señor? —La mirada de Perth se endureció.

—No, simplemente expongo los hechos —replicó Joseph—. Estaba en algún lugar que no registraron —insistió—. He dedicado bastante tiempo en pensar dónde. Buscaron en el tejado, ¿verdad? Recuerdo haber visto a sus hombres allí arriba.

—En efecto, señor. Fuimos muy meticulosos —repuso Perth—. En un tejado no es que haya muchos sitios donde esconder un arma. Un revólver es un chisme bastante grande, y tiene una forma muy característica. Eso por no mencionar que con el sol, brilla. Sólo lo hicimos por una cuestión de rigor. Los días son largos en esta época del año y un hombre en lo alto de un tejado llama la atención —concluyó en tono claramente sarcástico.

—¿Qué le parece el embudo del extremo superior de un bajante —preguntó Joseph—, con el cañón apuntando hacia abajo y la empuñadura tapada con un pañuelo viejo, por ejemplo, convenientemente sucio y unas cuantas hojas secas?

—Buena idea, señor —concedió Perth—. Podría ser. Sólo que miramos.

—¿Incluso en los bajantes de la casa del director? —preguntó Joseph.

Perth guardó silencio inmóvil, con el rostro petrificado. Joseph aguardó, consciente de que Connie aguantaba la respiración a su lado.

—No —contestó Perth al cabo—. Consideramos... que nadie podría esconder nada allí salvo si pasaba por dentro de casa del director para hacerlo. ¿Está diciendo que fue así?

La pregunta la dirigió a Connie.

—Elwyn Allard entraba y salía de casa con frecuencia mientras sus padres fueron nuestros invitados —contestó ella, con voz casi del todo firme—. Estuvo allí una hora antes de que dispararan contra el profesor Beecher.

Perth la miraba fijamente.

—Si está diciendo que mató a su hermano, señora Thyer, se equivoca por completo. Ya lo tuvimos en cuenta. En muchas familias se dan malas relaciones. —Ladeó la cabeza con expresión de desaliento—. Que un hermano mate a otro es tan viejo como la Biblia, si me permiten decirlo, pero sabemos dónde estaba, y no pudo hacerlo él. Quizá no comprenda usted las pruebas forenses, así que tendrá que confiar en nosotros a ese respecto.

—Y el profesor Beecher tampoco lo hizo —dijo Connie con voz ahogada—. Estaba conmigo. —Hizo caso omiso de la cara de incredulidad de Perth—. Soy perfectamente consciente de la hora que era y de la incorrección que eso supone. No admitiría algo así a la ligera y me cuesta imaginar cómo reaccionará mi marido si tiene que hacerse público, pero no permitiré que el profesor Beecher, ni ninguna otra persona, sea tildado de asesino por un crimen que no cometió.

—¿Dónde estaban usted... y el profesor Beecher, señora? —preguntó Perth en tono de incredulidad y, tal vez, de desaprobación. Connie se sonrojó, comprendiendo su desdén.

—En los Backs, junto al río, inspector Perth. En esta época del año, como bien ha dicho, los días son largos, y es un sitio muy agradable para conversar sin llamar la atención.

La expresión de Perth era indescifrable.

—Muy interesante, sin duda. ¿Por qué no lo mencionó antes? ¿O es que la reputación del profesor Beecher ha cobrado repentina importancia para usted?

Connie endureció el semblante. Estaba roja de furia. Joseph advirtió cuántas ganas tenía de arremeter contra Perth pero ya había descubierto sus armas.

—Me temo que, igual que los demás, pensé que Sebastian Allard había estado haciendo chantaje a Beecher debido a su estima por mí y a la indiscreción de ambos —contestó—. Pensé que se había suicidado para evitar un escándalo que él creía inevitable como resultado de la investigación del asesinato de Sebastian.

—Entonces, ¿quién mató a Sebastian, señora Thyer? —preguntó Perth, inclinándose un poco hacia delante por encima del escritorio—. ¿Y quién metió el arma en el bajante de

su tejado? ¿Usted? Perdone que le diga esto, pero sólo tenemos su palabra de que el profesor Beecher estaba con usted. Como sólo tendríamos la suya de que usted estaba con él... pero no se encuentra aquí para respaldarla.

Connie lo entendió perfectamente, pero sin apartar los ojos de los de Perth, dijo:

—Soy consciente de eso, inspector. No sé quién asesinó a Sebastian, pero no fue el profesor Beecher, y tampoco fui yo. Sin embargo, estoy segura de que si investiga un poco más descubrirá que Elwyn Allard mató al profesor Beecher. Y no le costará nada comprender el motivo, puesto que usted mismo dio por sentado que el profesor Beecher era culpable de la muerte de Sebastian.

—No sé si me lo acabo de creer. —Perth se mordió el labio inferior—. Pero supongo que más vale que regrese a St. John's y haga unas cuantas preguntas; por lo menos para averiguar si alguien vio a Elwyn cerca de las habitaciones del profesor Beecher poco antes de que le disparasen. Aunque sigo sin ver cómo pudo saber dónde estaba el arma, ¡suponiendo que estuviera escondida en un bajante del tejado de la casa del director!

—El revólver estaba en el suelo, junto a su mano —dijo Joseph de pronto—. ¿Efectuaron alguna comprobación para averiguar si estaba en el lugar y la posición en que habría caído de la mano de un hombre después de ser disparado?

—¿Y cómo espera que hiciéramos eso, señor? —preguntó Perth adusto—. ¡No podemos pedir a nadie que se pegue un tiro para mostrárnoslo!

—¿Es la primera vez que se enfrentan a un caso de suicidio? —Joseph pensaba a toda prisa. ¿Cómo iba a demostrar una verdad de la que cada vez estaba más seguro?—. ¿Dónde cae un arma después de la sacudida de un disparo? Un revólver pesa. Si te disparas en la cabeza... —prosiguió sin hacer caso del grito ahogado de Connie—, te caes de lado. ¿Dejas caer el brazo tal como lo encontramos y el arma se desliza entre los dedos? Y por cierto, ¿presentaba huellas dactilares?

—No lo sé, señor —respondió Perth con aspereza—. Para mí estaba claro que se trataba de un suicidio, puesto que, tal como usted nos hizo ver, Sebastian Allard había estado chantajeándolo para obtener toda clase de favores, cosas que no hubiese hecho por voluntad propia y que echarían a perder su reputación como profesor.

—Sí, lo sé —objetó Joseph con impaciencia—. Me refiero a pruebas. ¡Piénselo de nuevo! ¿Es así como habría caído un arma?

—No lo sé, señor. —Perth se mostró atribulado—. Supongo que resulta un poco... forzado. Pero eso no demuestra nada. No sabemos cómo estaba sentado, ni qué movimientos hizo cuando recibió el disparo. Le ruego que me perdone, señora. No quisiera herir sus sentimientos, pero me lo están poniendo muy difícil.

—No se preocupe, inspector —dijo Connie con calma, aunque tenía el rostro ceniciento.

Joseph temió que fuera a desmayarse. Se acercó un poco hacia ella por si tenía que sostenerla de improviso.

—Inspector —dijo con apremio, mientras las ideas se agolpaban en su cabeza—. Seguramente, si lográsemos demostrar que el arma estuvo en el embudo de un bajante del tejado del director, sería la prueba de que el profesor Beecher no tuvo ocasión de cogerla para quitarse la vida. ¿Está de acuerdo?

—Sí, señor, así sería, pero ¿cómo vamos a demostrar eso? Las armas no dejan rastro y, si la habían escondido allí, lo más probable es que estuviera envuelta en tela u otra cosa para impedir que se viera o se mojase.

Mojar. La idea fue como un fogonazo.

—¡El día en que murió Beecher llovió! —exclamó Joseph casi gritando—. Si el arma estaba envuelta en tela, ¡el paquete habría obturado el bajante! ¡Los bajantes que dan al jardín de Fellow's Garden desaguan en unos barriles! Si uno de ellos está vacío, ¡ya tiene la prueba que le falta! Y seguro que eligió ese lado, puesto que el otro da al patio y queda mucho más expuesto.

Perth lo miraba fijamente.

—Sí señor, si está vacío, lo aceptaré como prueba. —Se dirigió hacia la puerta sin apenas aguardar a que lo siguieran—. Más vale que vayamos a verlo de inmediato, antes de que vuelva a llover y nos quedemos sin nada otra vez.

El camino hasta St. John's era corto y lo recorrieron sin hablar y esquivando a los peatones que deambulaban por las aceras estrechas. El sol reverberaba en el pavimento y empezaba a hacer calor.

Cuando entraron por la verja principal Mitchell quedó atónito y puso cara de pocos amigos al ver de nuevo a Perth. Luego cruzaron el primer patio, el pasadizo abovedado y el segundo patio y, puesto que la verja estaba cerrada como de costumbre, atravesaron sin más demora la casa del director hasta Fellow's Garden.

Joseph notó que el pulso se le aceleraba mientras pasaban entre las flores, cuyo perfume embalsamaba el aire, y se detenían delante del primer barril.

Echó una mirada a Connie, quien se la devolvió. Tenía la boca seca.

Perth miró el interior del barril.

—Lleno hasta la cuarta parte —anunció—, más o menos. Connie se aproximó a Joseph y le cogió con fuerza de la mano.

Perth fue hasta el barril central y miró dentro. Se quedó inmóvil, un poco inclinado.

Connie apretó más los dedos.

Joseph notaba los latidos de su corazón.

—Está seco... —murmuró Perth con voz ronca. Miró a Joseph y luego a Connie—. Será mejor que comprobemos el último —añadió en voz baja—. Algo me dice que llevaba usted razón, reverendo. De hecho, creo que no cabe duda.

—Si está seco —señaló Joseph—, será porque el arma iba envuelta en algo. Puede que



aún se encuentre ahí, sobre todo si no hay gota de agua.

Perth lo miró de hito en hito y luego, muy despacio, se volvió y se agachó para inspeccionar el interior del bajante.

—Me parece que está aquí mismo —dijo—. Ha bajado casi hasta el final. Voy a ver si puedo sacarlo.

—¿Lo ayudo? —ofreció Joseph.

—No, gracias. Lo haré yo mismo —repuso Perth. Se quitó la chaqueta y se la dio a regañadientes a Joseph. A continuación se arremangó con cuidado y metió el brazo en el caño.

Connie fue hasta el macizo de espuelas de caballero y arrancó una de las cañas que hacía las veces de rodrigón. Regresó y se la ofreció a Perth.

—Gracias, señora —dijo el inspector, cogiendo la caña con una mano sucia y arañada. Tres minutos después sacó un trozo de lona como la que se usaba para cubrir las bateas por la noche. Debía de tener algo más de un palmo cuadrado y presentaba manchas de aceite en el centro. Perth se lo acercó a la nariz y olió.

—¿Huele a aceite para lubricar armas? —preguntó Joseph con voz ronca.

—Eso parece. Más vale que vaya a hablar con el señor Elwyn Allard.

—Iré con usted —dijo Joseph sin titubear. Se volvió hacia Connie—. Creo que es mejor que se quede aquí.

Connie no discutió. Abrió la verja lateral que daba directamente al patio para que Joseph y Perth salieran y luego entró en la casa.

Joseph siguió a Perth hasta la habitación de Elwyn. Le constaba que iba a ser un momento muy doloroso, tanto más cuanto que comprendía de sobra el odio que había empujado a Elwyn a defender a su madre de la aflicción. Y tal vez también el ansia por hacer algo lo bastante impactante para conseguir que se mostrara agradecida con él, aunque lo hiciese sin saber por qué. Tal vez de ese modo despertaría de su obsesión por Sebastian el rato suficiente para darse cuenta de que aún le quedaba un hijo con vida que era tan merecedor de su amor como el otro.

Encontraron a Elwyn en la habitación de Morel. Estaban estudiando juntos, comentando distintas opciones para traducir un discurso político. Fue Morel quien abrió la puerta. Al ver de nuevo a Perth, se mostró atónito.

—Perdone que lo moleste, señor —dijo Perth con gravedad—. Tengo entendido que el señor Allard está aquí.

Morel se volvió justo cuando Elwyn se asomaba detrás de él.

—¿Qué sucede? —preguntó Elwyn, mirando a Joseph y a Perth alternativamente. Si tenía miedo, no había el menor indicio en su rostro.

Joseph habló antes de que Perth contestara.

—Creo que sería conveniente que vinieras con nosotros a la comisaría, Elwyn. Hay algunas preguntas que quizá puedas contestar y será mejor hacerlo allí.

Perth lo miró con expresión de disgusto, pero accedió.

—Como quiera —convino Elwyn, revelando cierta tensión. Morel miró a su compañero y luego a Joseph. Finalmente se volvió hacia Elwyn.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias señor Morel —intervino Perth—. Se trata de un asunto de familia. —Dio un paso atrás para sostener abierta la puerta de la escalera—. Por aquí, señor —ordenó a Elwyn.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elwyn antes de llegar abajo.

Perth no contestó hasta que hubieron salido al patio.

—Me lo llevo para interrogarlo, señor, acerca de la muerte del profesor Beecher. Pensé que sería mejor para usted que el señor Morel no se enterara aún. Si me da su palabra de que vendrá sin armar un escándalo, no será necesario que le ponga las esposas ni nada por el estilo.

Elwyn palideció.

—¡Esposas! —tartamudeó. Se volvió hacia Joseph.

—Si quieres que te acompañe, lo haré encantado —propuso Joseph—. O si prefieres que antes avise a tus padres o a un abogado, me encargaré de eso primero.

—Yo...

Elwyn estaba perdido, anonadado, como si nunca hubiese considerado la posibilidad de que le ocurriera aquello. Meneó la cabeza, perplejo.

—El señor Allard es una persona adulta, reverendo —objetó Perth con frialdad—. Si quiere un abogado, desde luego puede tenerlo, pero no necesita a sus padres, ni tampoco a usted. En sentido estricto, señor, esto no es asunto de su incumbencia. Le agradecemos la ayuda prestada, pero el señor Allard no va a causarnos ningún problema, de modo que usted puede quedarse en St. John's. Quizá resulte más útil si le cuenta al director lo ocurrido y se encarga de que avisen a los señores Allard.

—Eso ya lo habrá hecho la señora Thyer —señaló Joseph, viendo la chispa de furia que encendía el rostro de Perth al caer en la cuenta de ello—. Acompañaré a Elwyn, a no ser que él prefiera que no lo haga.

Elwyn titubeó y ese instante de indecisión bastó para que Joseph se convenciera de su culpabilidad. Estaba asustado, confuso, pero para nada indignado.

Perth se dio por vencido y los tres cruzaron la verja principal para salir a la calle.

Una vez en la comisaría se tramitaron las formalidades para acusar a Elwyn del asesinato de Harry Beecher. Elwyn se declaró inocente, y, siguiendo el consejo de Joseph,

rehusó decir nada más hasta que se presentara su abogado.

Gerald y Mary Allard llegaron a St. John's una hora después de que Joseph regresase de la comisaría. Mary estaba fuera de sí, con el rostro crispado de ira. En cuanto Joseph entró en la sala de estar de la casa del director giró sobre sus talones dando la espalda a Aidan Thyer, con quien estaba hablando, para fulminar a Joseph con la mirada. Su cuerpo enjuto se veía decididamente descarnado envuelto en un ajustado traje de seda negra que le otorgaba el aspecto de un cuervo en invierno.

—¡Esto es monstruoso! —gritó con voz estridente—. ¡Es imposible que Elwyn matara a ese desgraciado! Por el amor de Dios, ¡Fue Beecher quien mató a Sebastian! Cuando se dio cuenta de que el cerco se iba estrechando, se suicidó. Todo el mundo lo sabe. Suelten a Elwyn de inmediato..., y con una disculpa por esta estúpida equivocación. ¡Ahora mismo!

Joseph permaneció inmóvil. ¿Qué podía decirle? Uno de sus hijos estaba muerto y el otro era culpable de asesinato, aunque lo hubiese cometido erróneamente por venganza.

—Lo lamento —dijo, y lo lamentaba de veras, con un dolor que le partía el alma—, pero tienen pruebas.

—¡Tonterías! —espetó Mary—. Eso es totalmente absurdo. ¡Gerald!

Gerald se acercó con aire desdichado, pálido y con la mirada empañada.

—Por Dios, ¿qué está pasando aquí? —inquirió—. Beecher mató a mi hijo y ahora van y arrestan a mi otro hijo cuando es más que obvio que Beecher se quitó la vida.

Levantó tímidamente una mano para tocar a Mary, pero ésta se apartó de él.

—No —dijo Joseph con toda la delicadeza de que fue capaz. No conseguía que Gerald le cayera bien, pero le inspiraba una profunda lástima—. Beecher no mató a Sebastian. Lo vieron en otra parte a la hora del crimen.

—¡Miente! —exclamó Mary, furiosa—. Beecher era amigo suyo y está mintiendo para protegerles., ¿Quién demonios vio a Beecher en parte alguna a las cinco de la mañana? A no ser que estuviera acostado con alguien. Y si fue así, ¡sería con una ramera, y la palabra de una ramera no vale un pimiento!

—Mary... —comenzó Gerald, amedrentándose acto seguido bajo la mirada fulminante de su esposa.

—Estaba dando un paseo —contestó Joseph—. Y el arma que mató a Sebastian se hallaba oculta en un sitio donde sólo contadas personas pudieron haberla dejado o recuperarla...

—¡Beecher! —exclamó Mary en tono triunfal—. ¡Naturalmente! Es la única respuesta que tiene sentido.

—No —replicó Joseph—. Quizá tuvo ocasión de esconderla, pero no de recuperarla. Elwyn, en cambio, sí.

—Sigue siendo ridículo —sostuvo Mary, tan tensa que temblaba—. ¡Si hubiese sabido

dónde estaba se lo habría dicho a la policía? Así a lo mejor habrían arrestado al asesino de Sebastian. ¿O es que está tan loco para creer que también lo hizo él?

—Claro que no. Me consta que Elwyn no fue. No sé quién lo hizo —admitió—. Y creo que Elwyn pensaba sinceramente que fue Beecher quien lo mató y que la ley no lo castigaría...

—¿Entonces está justificado! —dijo Mary con fiereza—. Mató a un asesino...

—Mató a alguien que creyó que era un asesino —la corrigió Joseph—, y se equivocó.

—El que se equivoca es usted —insistió Mary. Se volvió y gritó con voz estridente por la desesperación, como si el mundo entero se hubiese vuelto loco—. ¡Tuvo que hacerlo Beecher! Elwyn es moralmente inocente de todo crimen y voy a encargarme de que no sufra por ello.

Joseph miró más allá de ella hacia Aidan Thyer y otra vez lo asaltó el sombrío presentimiento de que era él quien estaba detrás del documento y quizá también de la muerte de Sebastian. Se lo veía pálido y cansado, con las arrugas del rostro más marcadas. ¿Sabría lo de Connie y Beecher? ¿Lo había sabido siempre? Joseph lo miró fijamente, escrutando su semblante, pero en sus ojos no encontró nada revelador.

—¿Profesor Reavley? —dijo Gerald con vacilación—. ¿Hará... lo que pueda por Elwyn? Yo..., es decir, me gustaría que él... Usted es una persona influyente aquí... La policía... —Se quedó sin saber qué decir.

—Sí, por supuesto —convino Joseph—. ¿Tienen ustedes representación legal en Cambridge?

—Sí, sí... Me refería más bien..., no sé..., como amigo...

—Desde luego. Si lo desea, iré a verlo ahora mismo.

—Sí..., por favor, hágalo. Yo me quedaré con mi esposa.

—¡Yo voy a ver a Elwyn! —gritó Mary mirando hacia su marido.

—No, de eso nada —contestó Gerald con inusitada firmeza—. Tú te quedas aquí.

—Voy a...

—Te quedas aquí y punto —repitió Gerald, cogiéndola por el brazo e impidiéndole avanzar—. Ya has hecho bastante daño.

Mary giró en redondo y lo miró boquiabierta con una mezcla de estupefacción, rabia y dolor, pero no discutió.

Joseph se despidió de los presentes y se marchó.

Perth no tuvo inconveniente en que Joseph viera a Elwyn a solas en la celda de la comisaría. Era última hora de la tarde y las sombras se alargaban. La habitación olía a cerrado, a viejos temores y desdichas.

Elwyn estaba sentado en una de las dos sillas de madera y Joseph en la otra; una tosca

mesa de madera los separaba.

—¿Está bien mi madre? —preguntó Elwyn en cuanto cerraron la puerta dejándolos solos. Se lo veía muy pálido y sus ojeras parecían moratones.

—Está muy enfadada —contestó Joseph sinceramente—. Le ha costado aceptar que puedas ser culpable de la muerte de Beecher, pero cuando no ha tenido más remedio que hacerlo, ha considerado que tienes un motivo justo y que eres moralmente inocente.

Elwyn se relajó. Su tez presentaba un aspecto extrañamente muerto, como si al tocarla uno fuera a encontrarla fría.

—Tu padre va a contratar a un abogado —prosiguió Joseph—, pero me gustaría saber si puedo hacer algo por ti como amigo.

Elwyn bajó la vista a las manos que tenía apoyadas sobre la mesa.

—Cuide de mi madre en la medida que le sea posible —contestó—. Sufre muchísimo. Si conociera a—mi tía Aline lo comprendería. Es su hermana mayor. Siempre lo hace todo bien y es la primera en cuanto se propone. Tiene el don de hacer que sientas que nunca serás tan inteligente ni tan importante como ella. Me parece que siempre ha sido así. Hizo que... —Se interrumpió de golpe al darse cuenta de que ya no conducía a nada. Inspiró profundamente y prosiguió con mayor serenidad—. Usted apreciaba a Sebastian, veía lo mejor de él. Siga haciéndolo y no permita que digan que era un cobarde... —Levantó la vista buscando los ojos de Joseph.

—Nunca he oído a nadie decir que fuera un cobarde —respondió Joseph—. Ni siquiera dándolo a entender. Era arrogante y a veces manipulador. Disfrutaba con el poder que le otorgaba su encanto. Aunque creo que con el tiempo incluso eso se olvidará y la gente preferirá recordar sólo lo que había de bueno en él.

Elwyn asintió brevemente con la cabeza y se frotó la cara con la mano. Parecía desesperadamente cansado.

Joseph se sentía muy apenado. A aquel pobre muchacho le habían exigido mucho más de la cuenta. Su hermano había sido idolatrado y Mary, en su aflicción, había contado con que Elwyn dejara a un lado su propio pesar para cargar con el suyo, defendiéndola de la verdad y soportando el peso de sus emociones. Y por lo que Joseph sabía, ella no le había dado nada a cambio, ni siquiera su gratitud o su aprobación. Sólo ahora, cuando era demasiado tarde, tomaba en cuenta a su hijo menor y se mostraba dispuesta a defenderlo. En cierto modo había sido su pasión la que había conducido a Elwyn a buscar tan terrible venganza, y, para colmo, ésta había resultado equivocada.

La verdad aún estaba por descubrirse. Una tercera persona había escondido el arma en el bajante después de matar a Sebastian, alguien que tenía acceso a la casa del director. ¿Habría sido Connie, para proteger su reputación y con ésta todo lo que su matrimonio le daba? ¿O Aidan Thyer, por ser él a quien Sebastian había visto en la carretera de Hauxton cuando el Lanchester se estrelló? Aquella tal vez fuese la última oportunidad que Joseph tendría de preguntado. Elwyn ya no tenía nada que perder y si lo sabía quizá se lo dijera.

—Elwyn...

Elwyn hizo un gesto dándose por aludido, pero no levantó la vista.

—Elwyn, ¿cómo encontraste el revólver?

—¿Qué? Ah..., lo vi.

—¿Desde la ventana de la habitación de arriba?

—Sí. ¿Por qué? ¿A quién le importa eso ahora?

—A mí me importa. Tú no viste al profesor Beecher esconderlo allí. ¿Lo hizo el señor Thyer? ¿O fue su esposa?

Elwyn lo miró fijamente con los ojos muy abiertos.

Joseph le sostuvo la mirada. Parecía una lucha de voluntades.

—Sí que lo vi, y era el profesor Beecher —dijo Elwyn por fin.

—En ese caso lo hizo por otra persona —apuntó Joseph, consciente del golpe que le estaba dando, pero se trataba de una verdad que no podría ocultar para siempre—. El profesor Beecher no mató a Sebastian. No tuvo ocasión de hacerlo. Estaba en otro lugar y hay un testigo para corroborarlo.

Elwyn tenía el cuerpo rígido y los ojos hundidos, casi negros bajo la luz mortecina de la celda.

—¿Otra persona? —susurró horrorizado, aunque no con incredulidad. Joseph se dio cuenta justo antes de que Elwyn intentara disimular, y por un instante se miraron mutuamente con ese pleno conocimiento que nunca más podrían ignorar.

Finalmente Joseph apartó la vista. Lo que acababa de averiguar le desgarraba las entrañas. ¡Elwyn había sabido en todo momento que Beecher no era el asesino de Sebastian! ¿Por qué había disparado contra él entonces? ¿A quién pretendía proteger? A Connie no. ¿A Aidan Thyer? ¿Acaso Sebastian había visto a Thyer en la carretera de Hauxton y se lo había contado a Elwyn antes de morir? ¿Era por eso por lo que Elwyn no hablaría ni siquiera en las actuales circunstancias? ¿Cabía concebir que hubiese matado a Beecher obedeciendo órdenes de Thyer para evitar su propia muerte? Las ideas se arremolinaban en la mente de Joseph como hojas en el caos de una tormenta. ¿Formaría parte todo aquello del complot que John Reavley había descubierto en el documento de Reisenburg? ¿Iba a costarle la vida a Elwyn Allard también?

Cerró los ojos.

—Te ayudaré en lo que pueda, Elwyn —dijo en voz baja—. Y que Dios me asista, ¡pues no sé cómo hacerlo!

—No puede —susurró Elwyn, tapándose la cara con las manos—. Ya es demasiado tarde.

\* \* \*

El domingo por la mañana Joseph despertó tarde. En su mente aún resonaban las últimas palabras que Elwyn le había dirigido la víspera sumido en la desesperación. No obstante, el muchacho estaba resuelto a ocultar parte del secreto que envolvía la muerte de Sebastian a pesar del precio que iba a pagar. Joseph no había dejado de darle vueltas en las horas de insomnio, sin sacar ninguna conclusión que tuviera sentido.

Era 2 de agosto y seguía sin saber quién había matado a sus padres, en qué consistía el documento ni qué había sido de éste. Había intentado averiguarlo, pero todas las respuestas se evaporaban en cuanto las formulaba. John y Alys Reavley estaban muertos, igual que Sebastian Allard, el alemán Reisenburg y ahora Harry Beecher, y el pobre Elwyn quizá también muriera bajo la acción de la justicia. Joseph se sentía impotente.

El día siguiente era festivo; debería regresar a St. Giles y pasarlo con Judith. Durante los últimos días había estado tan abrumado que ni siquiera le había escrito, como tampoco a Hannah.

Se levantó lentamente, se afeitó y se vistió, pero no fue al refectorio a desayunar. No tenía hambre y desde luego no le apetecía para nada encontrarse con Moulton o cualquier otro colega. No iba a dar explicaciones acerca de Elwyn ni a comentar el asunto. Era una tragedia terrible, pero debía quedar en el ámbito de lo privado. Bastante tenían que soportar los Allard sin el azote añadido de la especulación de la gente.

Dedicó la mañana a ordenar libros y papeles y escribió una extensa carta a Hannah que, pese a no decir nada importante, serviría para mantener el contacto con ella. Asistió al oficio religioso de las once en la capilla y se encontró escuchando al párroco como quien oía llover, sin hallar el consuelo que tanto necesitaba. Aunque, a decir verdad, tampoco era que hubiese contado con ello. Quizá conocía tan bien las palabras que ya no las oía. Incluso la perfección de la música parecía irrelevante en el mundo cotidiano, donde se enseñoreaban la desilusión y la pérdida.

Por la tarde pasó a ver a Connie Thyer, pero ésta sólo disponía de unos minutos que dedicarle. Volvía a estar desbordada por la creciente histeria de Mary Allard y la futilidad de sus intentos por ayudarla, deber que, no obstante, se sentía obligada a cumplir movida por la compasión y la gravedad de las circunstancias.

Joseph salió del recinto por la verja principal y paseó sin prisa ni rumbo fijo por las calles casi desiertas del pueblo. Siendo día de guardar, todas las tiendas estaban cerradas. Las pocas personas que vio iban sobriamente vestidas y al cruzarse con ellas se limitaron a saludarlo respetuosamente con una inclinación de cabeza.

Sin proponérselo fue a parar a Jesus Lane e instintivamente torció a la derecha por Emmanuel Road. Pasó por Christ's Pieces y finalmente cruzó St. Andrews Street, siguiendo por Downing Street hacia Corpus Christi y el río.

En realidad no pensaba, más bien dejaba que las ideas le pasaran por su cabeza. Aún tenía ésta llena de preguntas y no sabía dónde hallar un hilo por el que empezar a

desenmarañar siquiera una respuesta. Quizá debía remontarse a quién había matado a Sebastian y por qué.

El día más largo del verano ya quedaba bastante atrás y a eso de las seis y media Joseph estaba cansado y sediento y el sol empezaba a ponerse por el oeste. Tal vez había llegado hasta la taberna cercana al estanque de Mill Pond intencionadamente, pese a no haber sido consciente de ello. Allí podría sentarse a cenar después de tomar un merecido refresco sin prisas. Buscaría la ocasión de hablar con Flora Whickham de nuevo. Si Sebastian había sabido algo sobre el accidente del Lanchester, ella sería la única persona a quien se lo habría contado aparte de Elwyn, y Joseph tenía muy claro que no lograría sonsacar al muchacho, encerrado como se hallaba en su desdicha y pesar, tal vez atenazado por el miedo, también. Si estaba en posesión de aquella información letal, transmitiéndola corría el peligro de convertirla en el catalizador de su propia muerte. ¿Por qué iba a confiar en Joseph? Por el momento no había tenido éxito en nada, salvo en demostrar que Beecher no había matado a Sebastian ni se había suicidado.

La taberna estaba poco concurrida, sólo había un puñado de ancianos tomando cerveza con la expresión adusta y la voz apagada. El tabernero evolucionaba entre ellos con calma, llenando jarras y fregando mesas. No había bromas ni para Flora.

Joseph tomó empanada fría de carne con ensalada de tomate, encurtidos y verduras, y luego frambuesas con nata. Las demás mesas estaban vacías y una calima dorada flotaba en el aire cuando por fin Flora pudo dedicarle toda su atención. Los otros clientes se habían marchado y el patrón le dejó terminar la jornada más pronto.

Flora estuvo encantada de ir a dar un paseo por la arboleda de los Backs pese a lo avanzado de la tarde. En el río no había un alma, al menos en aquel tramo, y una brisa muy leve apenas movía las hojas que alternaban entre el verde oscuro y el oro. Sólo se oía el susurro del viento, ninguna voz, ninguna risa.

—¿Es verdad que el hermano de Sebastian mató al profesor Beecher? —preguntó Flora.

—Sí. Me temo que así es.

—¿Para vengar a Sebastian?

—No. El profesor Beecher no mató a Sebastian y Elwyn lo sabía.

Flora frunció el entrecejo. La luz dorada convertía su pelo en un halo alrededor de su rostro.

—Pues entonces, ¿por qué? —preguntó—. Él amaba a Sebastian, ¿sabe? —Hizo un breve ademán de negación con la cabeza—. No lo idolatraba, conocía sus defectos, incluso a pesar de no comprenderlo demasiado bien. Eran muy diferentes. —Miraba al frente hacia la luz que atravesaba la suave curva del prado, las diminutas motas de polvo que se arremolinaban en el aire, el sol que doraba la superficie del agua—. Si va a haber una guerra, y por lo que dice la gente parece probable que así sea, Elwyn habría ido a luchar. Habría pensado que era su deber, por honor. Pero Sebastian habría hecho cualquier cosa



con tal de impedirla.

—¿Elwyn sabía eso?

—Creo que sí. —Flora hizo una pausa antes de continuar—. Aunque no comprendía lo importante que era la paz para Sebastian. Nadie lo comprendía.

—¿Ni siquiera la señorita Coopersmith? —preguntó Joseph con delicadeza. Ignoraba si Flora estaba enterada de su existencia, pero aun cuando no lo estuviese, seguramente nunca había esperado que Sebastian le brindara nada más que amistad, como mucho. Menos habría sido algo sucio y de escaso valor.

—Me parece que algo sabía —repuso Flora, apartando la vista de Joseph—. Y eso la incomodaba. Vino a verme después de su muerte. Me pidió que no dijera nada para salvar el buen nombre de Sebastian y supongo que también para evitar que su familia se sintiera herida. —Torció un poco los labios adoptando una expresión compasiva—. Él no la amaba y ella lo sabía. Pensaba que quizá con el tiempo surgiría el amor. Tiene que ser una sensación espantosa. Pero aun así quería protegerlo.

Joseph trató de imaginarse la escena, la orgullosa y poco agraciada Regina envuelta en su elegante traje de luto frente a la camarera con la cara ovalada y el reluciente pelo casi pre-rafaelita, pidiéndole que guardara silencio sobre su amistad con Sebastian para salvar la reputación del muchacho. Y quizás en parte para rescatar un poco de su orgullo público, ya que no privado, del hecho de que hubiese preferido a Flora como confidente.

—¿Tanto le importaba a Sebastian? —preguntó Joseph, recordando la conversación que había mantenido con su pupilo a pocos metros de allí. Se había tratado de una Charla intensa, de eso no había duda, pero ¿había sido sobre temores y sueños o sobre la voluntad de hacer algo? Flora había hablado de actos—. ¿Iba más allá de las meras palabras?

Flora bajó la vista a la hierba y dijo en voz muy baja.

—Era su pasión. Al fin y al cabo, en su vida nada importaba más que... mantener la paz, cuidar de toda esta belleza que nos ha legado el pasado. Le aterrizaron las consecuencias de la guerra, no sólo los combates y las bombas. —Levantó un poco la cabeza y miró más allá del río brillante hacia las torres de los intrincados edificios inconmensurablemente hermosos que se recortaban contra el límpido cielo—. La capacidad de romper, aplastar y quemar, pero ante todo la muerte del espíritu. Cuando hemos destruido la civilización, ¿qué queda dentro de nosotros? ¿La fuerza y los sueños para volver a empezar? No, no es cierto. Tras destrozar lo que nos queda de sabiduría, de belleza, de lo que habla de lo sagrado que llevamos dentro, también nosotros nos destruimos. Nos convertimos en salvajes, pero sin las excusas que los salvajes tienen para serlo.

Joseph creyó oír un eco de las palabras de Sebastian en el discurso de Flora, como si él volviera a estar allí, caminando con pasos silenciosos en aquel exquisito atardecer.

—¿Lo comprende? —preguntó con apremio, volviéndose hacia él. Parecía importarle mucho que lo hiciera.

Justo por esa razón era preciso que le contestase con franqueza. —Depende de lo que uno esté dispuesto a hacer para impedir que haya guerra.

—¿De veras? —inquirió Flora—. ¿Acaso no merece la pena hacer lo que sea?

—¿Es lo que pensaba Sebastian?

—¡Sí! Yo... —Parecía preocupada y apartó la vista otra vez—. ¿Qué ha querido decir con eso de que «depende»? ¿Qué puede haber peor que la guerra? Sebastian me contó algunas cosas sobre la guerra de los Bóers. —Se estremeció—. Los campos de concentración, lo mucho que sufrieron algunos niños y mujeres —susurró—. Si haces eso a la gente, ¿qué te queda cuando vuelves a casa aunque hayas vencido?

—No lo sé —confesó Joseph con un escalofrío—. Pero he llegado a un punto en el que no puedo creer que aplacar la ira sea la respuesta. Pocas personas en su sano juicio desean combatir, pero quizá debemos hacerlo.

—Me parece que eso es lo que le daba más miedo. —Flora se detuvo. Estaban delante de Trinity; St. John's se alzaba oscuro contra el ocaso y sólo había una delgada franja de luz en el agua de debajo del puente—. Los últimos días estaba sumamente disgustado por algo. No podía dormir, me parece que le daba miedo. Era como si llevara dentro un dolor tan profundo que nunca se libraba de él. Después de ese asesinato en Serbia lo vi tan al borde de la desesperación que temí por él... ¡Quiero decir que realmente tuve miedo! Era como si para él ya sólo hubiera tinieblas. Procuré consolarlo pero no lo conseguí. —Miró otra vez a Joseph con el rostro transido de pena—. ¿Está muy mal que diga... que a veces casi me alegro de que no haya vivido para ver todo esto? Porque vamos a entrar en guerra, ¿verdad? Todos.

—Creo que sí —repuso Joseph en voz baja. Aquella conversación parecía ridícula con la espectacular puesta de sol en el horizonte, el aire preñado de aroma a hierba, ningún otro sonido más que el murmullo del follaje y una bandada de estorninos en vuelo ascendente por el azul traslúcido del cielo. ¿Acaso no era aquello la mismísima alma de la paz, generaciones elevándose hasta la cima de la civilización? ¿Cómo era posible que pudiera romperse?

—¡Se esforzó tanto! —exclamó Flora con la voz quebrada de rabia y compasión—. Pertenece a una especie de club de luchadores por la paz, una organización muy grande con sucursales por todo el mundo. Y habría hecho cualquier cosa por ellos.

Joseph dio un respingo.

—Vaya. ¿Y quiénes son esa gente?

Flora meneó la cabeza.

—No lo sé. No quiso decírmelo, pero estaba muy entusiasmado con las grandes ideas que tenían para detener la guerra que ahora se avecina. —Inclinó la cabeza y se estrujó las manos—. ¡Me alegra que no tuviera que ver esto! Sus sueños eran tan grandes, y tan buenos, que no hubiese soportado ver cómo quedaban en nada. Faltó poco para que enloqueciera antes de que lo mataran. A veces me pregunto si no lo harían por eso. —Buscó

los ojos de Joseph—. ¿Cree que alguien partidario de la guerra puede ser tan perverso como para matarlo por si lograba evitarla?

Joseph no contestó. Una dolorosa opresión en el pecho lo había dejado sin habla. ¿Se trataba del complot que había descubierto su padre? ¿Había estado Sebastian enterado en todo momento? ¿Qué precio estaban dispuestos a pagar por una paz que a juicio de John Reavley arruinaría el honor de Inglaterra?

Flora echó a andar otra vez, bajando la pendiente de hierba hacia el río, quizá porque la luz se estaba desvaneciendo tan rápido que necesitaba apartarse de los árboles para saber adónde iba. Encajaba divinamente en el paisaje, el cutis perfecto pintado de oro por el último resplandor del día, el pelo formando una aureola alrededor de su rostro.

Joseph la alcanzó.

—Te acompañaré de regreso —propuso.

Flora sonrió y negó con la cabeza.

—No es tarde. Si puedo cruzar por el colegio volveré por la calle. Pero gracias de todos modos.

Joseph se avino. Tenía que ver a Elwyn. Era el único que podría contestar a las preguntas que bullían en su mente y no había tiempo que perder. La oscuridad no se cernía sólo en el aire y el cielo, sino también en su corazón.

No regresó a St. John's sino que atajó por el puente más próximo para atravesar el recinto de Trinity hasta la calle, donde se dirigió hacia la comisaría caminando tan deprisa como le fue posible. Su mente era un torbellino de ideas, las mismas preguntas se repetían con insistencia exigiendo contestación.

Tenía que ver a Elwyn a toda costa. Despertaría a quien fuese preciso y le daría la excusa que hiciera falta.

No había un alma en las calles. Las farolas, como lunas inciertas, alumbraban de amarillo los adoquines y losas del suelo. Sus pasos sonaban huecos, rápidos.

Llegó a la comisaría y vio luces encendidas. Bien. Habría alguien, quizás aún de servicio. Las puertas estaban abiertas y entró sin más dilación. Hizo caso omiso del hombre que había tras el mostrador y oyó que éste lo llamaba mientras entraba con aire resuelto en la habitación siguiente donde Perth discutía acaloradamente con Gerald y Mary Allard y un hombre con un traje oscuro, seguramente su abogado.

Se volvieron hacia Joseph. Perth se veía agobiado y tan cansado que tenía los ojos enrojecidos.

—Reverendo... —dijo.

—Necesito hablar con Elwyn. —Joseph no podía ocultar un dejo de desesperación en su voz. Si el abogado lo hacía antes que él, quizá nunca llegaría a saber la verdad.

—¡No puede! —denegó Mary—. Lo prohíbo. Usted sólo ha traído desgracias a mi

familia y...

Joseph miró a Perth.

—Creo que sabe algo sobre la muerte de Sebastian. Por favor. ¡Es muy importante!

Todos los ojos estaban fijos en él. El rostro de Mary no cedía un ápice y el abogado se arrimó a ella como para apoyarla. Gerald permaneció inmóvil.

—¡Creo que Sebastian estaba enterado de la muerte de mis padres! —exclamó Joseph presa del pánico, amenazando con perder el dominio de sí mismo—. ¡Por favor!

Perth tomó una decisión.

—¡Ustedes se quedan aquí! —ordenó a los Allard y al abogado—. Usted venga conmigo —dijo a Joseph—. Si el muchacho quiere verlo, no tendré inconveniente.

Sin aguardar una posible reacción salió del despacho con Joseph pisándole los talones.

Las celdas donde Elwyn estaba encerrado quedaban bastante cerca, y en cuestión de minutos llegaron a la puerta de la suya. La llave colgaba de un gancho fuera. Perth la cogió, la metió en la cerradura y la hizo girar. Abrió la puerta y se detuvo, paralizado.

Joseph estaba un paso detrás de él y era más alto. Vio a Elwyn por encima del hombro de Perth. Pendía de los barrotes del ventanuco que se abría en lo alto de la pared. La soga que rodeaba su cuello estaba hecha de jirones de camisa trenzados y era lo bastante fuerte para sostener su peso y estrangularlo.

Perth se precipitó hacia él con un grito ahogado.

Joseph creyó que iba a vomitar. La emoción lo embargó con una fuerza aplastante; sintió compasión y alivio a un tiempo. Apenas notaba las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Perth se esforzaba por desatar a Elwyn con dedos torpes, rasgando los nudos, rompiéndose las uñas, jadeando entrecortadamente.

Joseph vio la carta que había en el catre y la cogió. Nadie podía hacer ya nada por Elwyn. El sobre iba dirigido a él. Lo abrió antes que Perth o algún otro se lo impidiera.

Leyó:

*Querido profesor Reavley:*

*Sebastian estaba muerto cuando fui a su habitación aquella mañana, y el arma estaba en el suelo. Entendí que se había suicidado, pero pensé que lo había hecho porque tenía miedo de ir a la guerra. Siempre creyó que tendría que ir. Ahora parece que llevaba razón. Pero no leí su carta hasta después, cuando ya fue demasiado tarde. Sólo pensé en ocultar su suicidio. Mi madre no habría soportado la idea de que su hijo era un cobarde. La conoce lo bastante para entender lo que quiero decir.*

*Cogí el revólver y lo escondí en el embudo de lo alto del bajante de la casa del director. En ningún momento tuve intención de culpar a nadie, pero el asunto se me fue de las manos.*

*El profesor B echer debió de darse cuenta. Usted oyó lo que dijo en el rellano sobre Sebastian y la valentía. Aunque para entonces ya había leído su carta, era demasiado tarde. No tengo palabras para decirle cuánto lo siento. Ahora ya no me queda nada. Al menos esto es la verdad.*

ELWYN ALLARD

Dentro del sobre había otra carta, escrita en otra clase de papel y con la caligrafía de Sebastian:

*Querido profesor Reavley:*

*Pensaba que tenía la respuesta. Paz, la paz a toda costa. Una guerra en Europa aniquilaría a millones, ¿qué significaban una o dos vidas si a cambio se salvaba tantísima gente? Eso es lo que creía y hubiese dado mi propia vida encantado. Deseaba preservar la belleza. Tal vez no sea posible y tengamos que combatir después de todo.*

*Yo estaba en Londres cuando me enteré de que habían robado el documento. Aquella misma noche regresé a Cambridge. Me dieron un arma pero preferí hacer los abrojos yo mismo con alambre. Así parecería un accidente. Sería mucho mejor. No era difícil, sólo tedioso.*

*Al día siguiente salí en bicicleta y la dejé en un campo. Se trataba de un plan muy simple, y mucho más terrible de lo que me había figurado. Piensas en millones y te quedas anonadado. Ves a dos conocidos hechos pedazos, desprovistos de espíritu, y se te parte el alma. La realidad de la sangre y el dolor es muy distinta de la idea. No puedo seguir viviendo ahora que sé cómo soy.*

*Ojalá no hubiesen sido sus padres, Joseph. Lo lamento mucho, tanto que no tengo otro remedio.*

SEBASTIAN

Joseph se quedó mirando el papel. Lo explicaba todo. Cada cual a su manera, Elwyn y Sebastian eran muy parecidos: ciegos, heroicos, autodestructivos. Y al final todo había sido en vano. La guerra estallaría de todos modos.

Perth tendió a Elwyn en el suelo con cuidado, poniéndole una manta debajo de la cabeza, como si eso sirviera de algo. Levantó la vista hacia Joseph. Tenía el rostro ceniciento.

—No es culpa suya —dijo Joseph—. Al menos así no habrá que celebrar juicio.

Perth intentó decir algo y acabó soltando un quejido.

Joseph volvió a dejar la carta de Elwyn encima del catre y guardó la de Sebastian.

—Voy a informar a sus padres —anunció. Tenía la boca seca. ¿Cómo se lo diría? Salió de la celda para regresar al despacho. Perth podría ordenar que alguien le echara una mano.

En cuanto entró en la estancia Mary dio un paso al frente y tomó aire para exigir una explicación, pero al ver el semblante de Joseph se dio cuenta con terror de que había algo que iba espantosamente mal.

Gerald se aproximó a ella por detrás y le puso las manos sobre los hombros.

—Lo siento —dijo Joseph en voz baja—. Elwyn ha admitido que mató al profesor Beecher porque éste adivinó la verdad sobre la muerte de Sebastian...

—¡No! —gritó Mary con voz aguda, intentando levantar los brazos para zafarse de su marido.

Joseph no se movió. No había modo de evitarlo. Se sintió como si estuviera dictando una sentencia de muerte contra aquella desdichada mujer.

—Nadie asesinó a Sebastian, sino que éste se suicidó. Elwyn no quería que usted lo supiera, de modo que escondió el arma e hizo que pareciera un crimen para protegerla. Lo lamento.

Mary se quedó anonadada.

—No —musitó—. No es verdad. Está mintiendo. No sé por qué pero miente. ¡Esto es una conspiración!

Gerald comprendió poco a poco el alcance de las palabras de Joseph. Soltó a Mary y se tambaleó hacia atrás hasta desplomarse en una de las sillas de madera.

El abogado estaba estupefacto.

—No —repitió Mary—. ¡No! —Levantó la voz—. ¡No!

Perth apareció en el vano de la puerta.

—He mandado avisar a un médico...

Mary giró en redondo.

—¡Está vivo! ¡Lo sabía!

—No —dijo Perth con voz ronca—. Es para usted. Lo siento. A Mary le flaquearon las piernas.

Joseph se acercó para sostenerla y ella la emprendió a golpes, contra él, que intentaba ayudarla a sentarse en otra silla. Le dio en el rostro, pero sólo de refilón.

—Más vale que se marche, señor —dijo Perth quedamente. No había enojo en su semblante, sólo compasión y un cansancio infinito.

Joseph le hizo caso y salió a la fría oscuridad que amortajaba la noche. Necesitaba estar solo.

Al día siguiente, 3 de agosto, Mitchell le llevó el periódico a primera hora.

—Vamos a entrar en guerra, señor —anunció sombríamente—. Ya no hay forma de evitarlo.

Ayer Rusia invadió Alemania y los alemanes han marchado sobre Francia, Luxemburgo y Suiza. Nuestra armada se ha movilizado y las tropas custodian las vías férreas para garantizar el suministro de municiones y demás pertrechos. Ha llegado la hora de la verdad, profesor Reavley. Dios nos asista.

—Sí, Mitchell, supongo que así es —contestó Joseph. La realidad de la noticia resultaba tan sofocante como la ausencia de aire en los pulmones.

—¿Se marchará a su casa, señor?

Fue más una constatación que una pregunta.

—Sí, Mitchell. Por el momento aquí no hay nada que hacer. Tengo que estar con mi hermana.

—Sí, señor.

Antes de irse hizo una breve visita a Connie. Había muy poco que decir. No podía contarle lo de Sebastian y, además, en cuanto la vio pensó en Beecher. Sabía muy bien cómo era lo de perder a la única persona que creías poder amar y también lo que uno sentía exactamente al enfrentarse a un porvenir vacío y sin fin. Lo único que podía hacer era sonreírle y comentar algo sobre la guerra.

—Supongo que muchos de ellos se alistarán como oficiales —dijo Connie en voz baja, mirando con ojos empañados los soleados muros del jardín.

—Probablemente —convino Joseph—. Es lo mejor que pueden hacer, si llega lo peor.

Connie se volvió para mirarlo.

—¿Cree que hay alguna esperanza de que no sea así?

—No lo sé —reconoció Joseph.

Se quedó sólo un rato más, ansiando decir algo a propósito de Beecher, aunque ella lo comprendió sin necesidad de palabras. Había conocido a su amigo quizá mejor que él mismo y, por consiguiente, lo echaría más de menos. Al final sólo dijo «adiós» y fue en busca del director para despedirse.

Cumplidas las formalidades, se dirigía a la calle por el patio exterior cuando vio a Matthew entrar por la verja principal. Se le veía pálido y cansado, como si hubiese pasado en vela buena parte de la noche. El sol le había aclarado el pelo rubio y llevaba puesto el uniforme.

—¿Te llevo a casa? —preguntó.

—Sí..., gracias.

Joseph titubeó apenas un instante, preguntándose si a Matthew le apetecería tomar una taza de té o cualquier otra cosa antes de recorrer los últimos kilómetros, pero vio la respuesta en sus ojos.

Diez minutos después estaban de nuevo en la carretera. El ambiente era semejante al de cualquier otro fin de semana de verano. Los setos de los caminos lucían un follaje tupido, los campos estaban listos para la siega, salpicados con el ardiente escarlata de las amapolas. Las golondrinas se iban agrupando.

Con el corazón en un puño, Joseph refirió a Matthew lo acaecido la noche anterior. Se

sabía de memoria la carta de Elwyn y aún conservaba la de Sebastian. La leyó en voz alta. No necesitaba explicación ni comentarios al margen. Cuando terminó de leerla la dobló y la metió otra vez en el bolsillo. Se volvió hacia Matthew. Tenía el rostro transido de pena y también de rabia por la futilidad de tantos disgustos. Miró brevemente a Joseph de reojo. Fue una mirada de compasión, muda y profunda.

—Tienes razón —convino en voz baja, tomando la última curva de la carretera antes de St. Giles y viendo la calle desierta al final—. Ninguno de nosotros puede hacer nada ahora. Pobres diablos. Todo ha sido tan absurdo... Supongo que sigues sin saber qué sucedió con el documento.

—No —repuso Joseph en tono sombrío—. Ya te lo he dicho.

—Sí, es verdad. Y yo sigo sin saber quién está detrás..., a no ser que sea Aidan Thyer, tal como sugieres. ¡Maldita sea! Me caía bien. —A mí también, pero estoy comenzando a darme cuenta de lo poco que importa eso —dijo Joseph compungido.

Matthew le lanzó una mirada al doblar la esquina de la calle mayor con la de su casa.

—¿Qué vas a hacer ahora? Archie seguirá en el mar como de costumbre. No tendrá alternativa. Y yo seguiré en el SIS, naturalmente. Pero ¿y tú?

—No lo sé —admitió Joseph, a todas luces preocupado.

Matthew detuvo el coche delante de la casa. Los neumáticos hicieron crujir la grava. Un momento después Judith abrió la puerta principal con una expresión de inmenso alivio. Bajó la escalinata en dos zancadas y abrazó a Joseph y a Matthew.

Mientras paseaban por el jardín, bajo los manzanos, le contaron lo de Elwyn y Sebastian, dejándola atónita. La rabia, la compasión y la confusión arremetieron contra ella como las olas de un mar embravecido y acabaron por marearla.

Almorzaron tarde, cada cual sumido en sus pensamientos. Fue una de esas extrañas e interminables ocasiones en que el tiempo se detiene. El ruido de los cubiertos contra la porcelana resultaba ensordecedor.

Hoy, mañana, un día de aquéllos Joseph tendría que tomar una decisión. Tenía treinta y cinco años. No estaba obligado a combatir. Podía alegar toda suerte de exenciones y nadie pondría objeciones. La vida tenía que seguir su curso en la patria: había sermones que predicar, personas que bautizar, casar y enterrar, visitas que hacer a los enfermos e inválidos.

De postre sirvieron frambuesas. Dio cuenta de ellas despacio, saboreando su dulzura, como si no las fuese a probar nunca más. Tuvo la impresión de que Matthew y Judith esperaban que dijera algo pero no sabía el qué, y Matthew salvó la situación interrumpiendo su indecisión.

—He estado pensando —dijo lentamente—. No sé de qué armamento disponemos, al menos en detalle. Lo que me consta es que no es suficiente. Tal vez nos pidan que entreguemos cualquier arma que esté en buenas condiciones. Ignoro si alguien las querrá,



pero es posible.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Judith, pálida y asustada—. Quiero decir...

—¡No, claro que no! —la interrumpió Joseph. Lanzó una mirada de advertencia a Matthew.

—Puede que nos pidan las armas —dijo Matthew fríamente—. Yo no estaré en casa y no sé si vosotros os quedaréis aquí o no. —Miró a Joseph, empujando la silla hacia atrás. Se puso de pie—. Por lo menos hay dos escopetas, una nueva y una vieja que quizá no sirva para nada. Y también está el mosquete.

—¡Podrías abatir a un elefante con eso! —dijo Judith irónicamente—, Aunque harían falta dos hombres para apuntar. Matthew puso la silla en su sitio.

—De todos modos lo sacaré. Es probable que aún sea de utilidad a alguien.

Joseph fue con él, no porque tuviera especial interés en las armas, pues las detestaba, sino tan sólo por hacer algo.

—¡No es preciso que la asustes de esa manera! —dijo en tono agrio—. Por el amor de Dios, ¡sé más sensato!

—Es mejor que sepa a qué atenerse —replicó Matthew.

Las armas se guardaban bajo llave en un armario del estudio. Matthew lo abrió. Dentro había las tres armas que había mencionado y una pistola de tiro al blanco. Las examinó una por una, abriendo las escopetas para comprobar el estado del cañón.

—¿Ya has decidido lo que vas a hacer? —preguntó, entrecerrando los ojos para mirar por el cañón de la primera escopeta.

Joseph no contestó. Sus pensamientos habían ido adquiriendo formas inamovibles desde hacía más tiempo del que era consciente. Ya le habían cortado toda posible vía de retirada para eludir lo inevitable. Ahora se veía obligado a reconocerlo.

Matthew inspeccionó el otro cañón y volvió a cerrar el arma. Cogió la segunda escopeta y la abrió.

—No dispones de mucho tiempo, Joe —dijo—. Apenas un par de días.

Joseph esperó que su hermano lo adivinase en una última y vana tentativa de aferrarse a la inocencia. Comprendió el miedo de Sebastian. Quizá fuese eso lo que había visto en él, una impotente compasión ante el sufrimiento que se sentía incapaz de aguantar, siquiera para aliviarlo, porque lo abrumaba. Le horrorizaba la rabia inherente a la guerra, la capacidad de odiar, de convertir en un objetivo la muerte del prójimo... por la causa que fuera. Si se avenía a formar parte de aquello estaría acabado.

Matthew cogió el enorme mosquete. Era un artilugio extraño que se cargaba por la boca del largo cañón. No se abría por la mitad como una escopeta, pero era letal en las distancias cortas y estaba en condiciones de uso.

—¡Maldita sea! —exclamó irritado, escudriñando el cañón—. ¡No veo nada! Quien

diseñó estas malditas armas tendría que haber pensado en su mantenimiento. No sé si funciona o no. ¿Recuerdas cuándo se usó por última vez?

Joseph no estaba escuchando. Su mente vagaba por el hospital donde había comenzado las prácticas de medicina años atrás, recordando las heridas, el dolor, las muertes que no podía evitar.

—Joe! —gritó Matthew, enojado—. ¡Maldita sea! ¡Presta atención! ¡Pásame esa varilla para que compruebe si está limpio o no!

Joseph le pasó la varilla y Matthew la metió por el cañón del mosquete.

—Hoy algo ahí dentro —dijo con impaciencia—. Es... —Bajó lentamente las manos sin soltar el arma—. Es papel —agregó con voz ronca—. Es un rollo de papel.

Joseph notó un escalofrío.

—¡Sostén el arma! —ordenó, cogiendo la varilla de la mano de Matthew y comenzando a hurgar cuidadosamente con ella. Las manos le temblaban tanto como las de su hermano sujetando el cañón del mosquete.

Le llevó casi diez minutos sacar el papel sin romperlo. Lo desenrolló y lo alisó. Él y Matthew lo leyeron a la vez.

Era un documento provisional y aún no estaba firmado, pero se trataba de un acuerdo entre el káiser y el rey Jorge V, cuyos términos eran tremendamente simples. Gran Bretaña se mantendría al margen y permitiría que Alemania invadiera y conquistase Bélgica, Francia y, por descontado, Luxemburgo, salvando los cientos de miles de vidas que se perderían si se intentaba defender a esas naciones.

A cambio se constituiría un imperio anglo—alemán con un poderío invulnerable en la tierra y el mar, y ambas naciones se repartirían las riquezas del mundo: África, India, el Lejano Oriente y, lo mejor de todo, América.

La intervención militar sería rápida y casi indolora, la recompensa, inconmensurable.

—¡Santo cielo! —exclamó Matthew—. Es... ¡Es monstruoso! Es...

—Es lo que papá quiso evitar y por lo que pagó con su vida dijo Joseph con voz quebrada. Creer en aquello había sido lo único que le había permitido conservar la entereza a pesar de las desgracias ocurridas. Su padre había estado en lo cierto en todo momento. Lo invadió una sensación de paz, una suerte de certidumbre esencial—. Y quizá se salió con la suya. Habrá guerra. Sabe Dios cuánta gente morirá pero Inglaterra dio su palabra a Bélgica y no la traicionará. Eso sería peor que la muerte.

Matthew se frotó la cara con las manos.

—¿Quién está detrás de esto?

Se sentía agotado, pero ahora que la duda y la vulnerabilidad habían desaparecido hallaba renovadas fuerzas en su interior.

—No lo sé —respondió Joseph—. ¿Thyer? ¿Qué has averiguado?

Matthew meneó la cabeza.

—Chetwin... El propio Shearing, supongo. ¡Incluso Sandwell! Tampoco lo sé.

—O cualquier otra persona en la que ni se nos ha ocurrido pensar —apuntó Joseph.

Matthew lo miró fijamente.

—Sea quien sea se trata de alguien astuto y despiadado, y es libre de seguir haciendo lo que le plazca.

—Pero ha fracasado...

—No aceptará el fracaso. —Matthew se mordió el labio inferior. Estaba pálido—. Un hombre capaz de soñar esto no se detendrá así como así. Tendrá planes alternativos, otras ideas. Y, desde luego, no actúa solo. Tiene aliados, otros soñadores ingenuos e idealistas, desafectos y ambiciosos. Y nunca sabremos quiénes son hasta que sea demasiado tarde.

Algo contenido en aquellas palabras cristalizó lo que Joseph ya sabía en el fondo de su ser haciéndolo innegable, sellándolo para siempre. Sintiera lo que sintiese, costara lo que le costase a su mente o a su corazón, a pesar del horror o de su falta de carácter para lograr algo de provecho, tenía que ir a la guerra. Si había que salvar el honor, la fe, cualquier valor humano o divino, no tenía escapatoria. Aprendería a mantener sus emociones al margen, a no sentir rabia ni piedad, y así lograría sobrevivir.

—Me alistaré en el ejército —dijo—, como capellán. —Fue una declaración rotunda, incuestionable, sin vuelta de hoja—. No lucharé pero estaré allí. Ayudaré.

Matthew sonrió y su rostro adoptó una expresión de extraordinaria ternura, con un brillo en los ojos que Joseph, para su asombro, identificó como orgullo.

—Contaba con ello —dijo quedamente.

En algún rincón de la casa sonó el teléfono.

La luz de la calle empezaba a decaer, volviéndose neblinosa.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —preguntó Matthew, mirando el documento.

—Volver a esconderlo en el mosquete —contestó Joseph con decisión—. Puede que lo necesitemos algún día. Nadie creerá en su existencia sin verlo. Cuando registraron la casa no lo encontraron. Este lugar es tan seguro como cualquier otro. Si inutilizas el arma de forma evidente a nadie se le ocurrirá requisada.

Matthew contempló un tanto compungido el viejo mosquete. —Detesto hacer esto —dijo mientras sacaba el percutor. Joseph enrolló el documento otra vez y lo metió en el cañón, sirviéndose de la varilla para empujado hasta el fondo.

Justo cuando terminaron Judith se asomó a la puerta con el semblante demudado.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Joseph.

—Era para Matthew —dijo ella entrecortadamente—. El señor Shearing. Sir Edward Grey ha dicho en el Parlamento que si Alemania invade Bélgica, Gran Bretaña hará honor

al tratado para salvaguardar la neutralidad belga y entrará en guerra. Quiere que regreses en cuanto puedas. — Suspiró con un estremecimiento—. Habrá guerra, ¿verdad?

—Sí —contestó Joseph—. La habrá.

Matthew asintió con la cabeza.

—Hemos encontrado el documento que le costó la vida a papá —informó a Judith—. Será mejor que vayamos a la sala de estar y te contemos lo que contiene.

Judith no se movió.

—¿Qué es? —inquirió—. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no lo encontramos antes?

—Dentro del mosquete —repuso Joseph—. Es algo tan terrible como papá dijo..., e incluso más.

—¡Quiero verlo! —exclamó Judith.

Matthew respiró hondo.

—¡Quiero verlo! —repitió Judith.

Joseph cogió el mosquete del armario y comenzó a sacar el papel con sumo cuidado otra vez.

Matthew le echó una mano sujetando el arma. Por fin salió. Lo desenrolló y se lo entregó a Judith.

Ella lo tomó en sus manos y lo leyó lentamente.

En lugar de miedo su rostro mostró un inmenso y doloroso orgullo. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y no les hizo el menor caso cuando resbalaron por sus mejillas. Levantó la vista hacia sus hermanos.

—¡Entonces tenía razón!

—¡Desde luego! —dijo Joseph con voz ahogada—. Fue típico de papá restar importancia al problema. Hubiese cambiado el mundo entero convirtiendo a Inglaterra en la nación más deshonrosa de los anales de la historia. Quizá se hubiesen salvado vidas, o no, pero sólo a corto plazo. Al final el coste habría sido incalculable. Hay cosas por las que merece la pena luchar...

Judith asintió con la cabeza y regresó lentamente a la sala de estar. El sol ya se ponía, proyectando largas sombras.

Joseph y Matthew metieron por segunda vez el documento en el cañón del mosquete y se reunieron con ella.

Conversaron un rato, hasta que la luz se desvaneció, recordando momentos que habían compartido, unos divertidos, otros no tanto, todos ellos entretejidos en la tela de la memoria para brillar en la oscuridad del porvenir.

Luego Shearing volvió a llamar. Matthew contestó al teléfono y escuchó.

—Sí —dijo al cabo—. Sí, señor. Por supuesto. Estaré ahí a primera hora de la mañana. —Colgó el auricular y miró a Joseph y Judith—. Alemania ha declarado la guerra a Francia y ha concentrado tropas para invadir Bélgica. Cuando eso suceda, enviaremos un ultimátum a Alemania, que naturalmente ésta rechazará. Mañana a medianoche estaremos en guerra. Grey ha dicho: «Las lámparas se están apagando por toda Europa, quizá no volvamos a verlas encendidas en nuestra vida.»

—Quién sabe. —Joseph suspiró profundamente—. Tendremos que llevar nuestra luz... todo lo bien que podamos.

Judith apoyó la cabeza en su hombro y Matthew la rodeó con el brazo, cogió la mano de Joseph y la estrechó con fuerza.